

P. C. Doherty

LA LLEGADA DEL VAMPIRO



Lectulandia

Durante un peregrinaje, varios personajes deciden compartir historias de terror durante las noches que van a pasar juntos. La llegada del vampiro es la aventura que relata el Caballero, acerca de una serie de enigmáticos asesinatos que tuvieron lugar en Oxford unos años atrás.

Los habitantes de Oxford están desconcertados por una ola de extraños asesinatos que está dejando un reguero de cadáveres desangrados y sin signos de violencia. Nadie había visto nunca una cosa igual en las Islas Británicas, y al terror se une la más absoluta estupefacción hasta que una anciana llegada de los Balcanes empieza a recordar viejas leyendas centroeuropeas.

Lectulandia

Paul Doherty

La llegada del vampiro

Peregrinos de Canterbury - 1

ePub r1.0

FLeCos 11.08.16

Título original: *An Ancient Evil*
Paul Doherty, 1994
Traducción: Gemma Rovira Ortega

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mi hijo Mark y su viva imaginación.

Prólogo

Las tibias lluvias de abril no habían ayudado a limpiar los sucios adoquines y los enfangados arroyos de Southwark. Con todo, los aguaceros fueron bien recibidos por aquellos que tenían huertos de manzanos, lechos de flores, jardines o simplemente hierba para el pastoreo; la lluvia también había beneficiado a los viajeros, pues había obligado a los bandoleros a contentarse con refunfuñar en las lamentables cervecerías que había en cada calle y cada callejón de Southwark. Sin embargo, las ratas, negras y con largas colas, sabían que la lluvia había ablandado los montones de basura de los albañales, y ahora, con sus ojillos rojos y relucientes, hurgaban en ellos en busca de restos tiernos. También un gato andaba al acecho amparado por la oscuridad de un callejón; el animal se detuvo de pronto, con las orejas gachas y una pata levantada, frente al patio adoquinado de la posada del Tabardo, situada frente a la mansión del abad de Hyde. El gato escudriñó el patio desierto, y rápidamente vio que todas las puertas estaban cerradas y atrancadas; no había ninguna oportunidad de atrapar a los escurridizos ratones que correteaban entre la paja o llenaban con avidez sus pequeñas panzas en los cajones de salvado, avena y otros piensos. El gato miró con sus ojos ambarinos hacia la luz y se quedó escuchando las estridentes voces y las risas que se filtraban por el cristal de la gran ventana salediza, dividida con parteluces, de la fachada de la taberna. El letrero del Tabardo crujió y gimió azotado por la suave brisa de abril. Un caballo relinchó a lo lejos; un adormilado mozo de cuadra abrió la pequeña puerta del granero para asegurarse de que todo estaba en orden, y el gato aprovechó la ocasión para colarse dentro.

En la cavernosa cervecería de la posada del Tabardo, Harry, el mesonero, sentado a la cabecera de la larga mesa, contemplaba a sus veintinueve clientes y compañeros de peregrinaje, pensando en el beneficio que obtendría esa noche y a su regreso de Canterbury. Harry levantó su enorme jarra de cerveza, y mientras la espuma burbujeaba alrededor de su boca y su nariz estudió una vez más a sus acompañantes con sus saltones ojos. Al día siguiente por la mañana temprano, antes incluso de despuntar el alba, iniciarían su largo viaje por el camino de Rochester para rezar ante los huesos benditos de santo Tomás Becket en Canterbury. «Un grupo variopinto, vive Dios», pensó Harry. A su izquierda estaba el caballero, con la melena gris hasta los hombros, el rostro surcado de arrugas; tenía los oscuros ojos entrecerrados y se estaba aflojando el cinturón tras haber comido perdiz, codorniz y chorlito asados en el espetón hasta que la carne se volvió de un blanco apetitoso. El caballero no hablaba mucho; había bebido y comido con moderación, al igual que su hijo, que estaba sentado a su lado; era un joven de cabello rubio y rizado, con el rostro y los modales de una doncella. Más callado aún que su padre, pero escuchaba atentamente cada palabra del caballero, alargando de vez en cuando el brazo para cortarle la comida a su padre. «Un escudero y un hijo servicial —pensó el mesonero—, y buen

conocedor de los modales en la mesa.»

El otro acompañante del caballero, el criado de cabeza rapada y cutis curtido, ataviado con un sayo verde, escuchaba pacientemente al mercader que tenía a su izquierda, un fanfarrón con cara de orgulloso y barba ahorquillada tocado con un gran sombrero de castor flamenco que ni siquiera se quitó para comer. Al otro lado de la mesa, a la derecha de Harry, el abogado de mirada astuta describía al adinerado terrateniente una comida que le habían servido en el Colegio de Abogados de Londres. El terrateniente, un individuo con barba blanca como la nieve, amante de la buena mesa, escuchaba con atención, relamiéndose ante la descripción que el abogado hacía de las carnes asadas, el faisán cebado y las fuertes salsas de pescado. Harry sonrió para sí. Se alegraba de no estar sentado junto al desgreñado cocinero, que se jactaba de saber preparar un excelente manjar blanco. Cuando el cocinero se sentó a la mesa, pasando una pierna por encima de la banquetta, Harry vio la herida abierta que el hombre tenía en el tobillo. «A mí no me va a preparar ningún manjar blanco», le aseguró por lo bajo Harry a su viejo amigo el marino.

El mesonero también vigilaba discretamente al ujier, un individuo de semblante feroz, espesas y negras cejas y barba rala. El hombre estaba cubierto de pústulas, blancas y rojas, y tenía la nariz encarnada como las brasas del infierno. Desde su llegada al Tabardo, había bebido tanto como el resto de los peregrinos juntos. Al ujier no le importaba ni lo más mínimo sino que, como el dios Baco, llevaba una guirnalda sobre la cabeza. De todos modos, era un hombre al que había que vigilar; Harry le había visto dos veces intentando apoderarse de la bolsa de seda que colgaba del cinturón del terrateniente. El resto de los peregrinos también eran muy peculiares. El vendedor de indulgencias, de rostro enjuto, con sus bolsas llenas de baratijas que vendía como reliquias, era un verdadero espantajo, con su largo cabello rubio y lacio colgándole como una pieza de lino hasta los hombros. Junto al vendedor de indulgencias estaba el baile, delgado como la vara que llevaba, de mirada implacable, con manchas rojizas de ira en las angulosas mejillas. Luego estaba el molinero, robusto como un árbol, completamente calvo, aunque con una barba roja y larga que parecía una lengua de fuego. Harry miró una vez más al molinero y cerró los ojos. Rezó en silencio para que aquel desgraciado no cogiera su gaita y se pusiera a tocar otra vez. Sin ninguna duda eso escandalizaría a la madre Eglantine, la priora, que sólo hablaba en francés, con voz nasal, mientras acariciaba el guardapelo que llevaba colgado del cuello o le daba sorbos de leche al perrito faldero que llevaba a todas partes.

—Estáis muy callado, maese Harry.

El tabernero miró al monje y al fraile, ambos calvos, muy morenos, de rostro lozano; Harry no se fiaba ni un pelo de ninguno de los dos.

—Estaba pensando —respondió el mesonero.

—¿En qué? —preguntó Alice, la rolliza viuda de Bath—. Vamos, señor, ¿en qué estabais pensando? —Se volvió y le guiñó un ojo al apacible capellán de la madre

Eglantine.

—Estaba pensando en lo hermosa que sois —dijo Harry riéndose.

La viuda de Bath batió palmas y esbozó una sonrisa burlona, mostrando su deteriorada dentadura.

—He bailado con cinco maridos, ¡siempre estoy dispuesta a bailar con un sexto! Movié el trasero, amplio como un escudo, en la banquetta, y se arregló con coquetería el pañuelo bordado que llevaba sobre los hombros.

Harry clavó la vista en la mesa.

—Estaba pensando —dijo— en que hemos acordado que cada uno cuente al menos dos historias. Una por día, pero ¿qué me decís de las noches?

—De eso ya me encargaré yo. —La viuda de Bath compuso una sonrisa boba ante las risas y los silbidos de los demás.

—¡No! ¡No! —Harry golpeó la mesa y desató una bolsita de monedas que llevaba atada al cinturón—. Aquí dentro hay una cantidad importante de plata, y por mi alma que si alguien se atreve a ponerlo en duda, le romperé la cabeza con una barra. Mañana, cuando partamos hacia el manantial de Santo Tomás, que alguien nos explique un cuento alegre para instruir o divertir. Pero por la noche —añadió bajando la voz—, que sea diferente. —Recorrió con la mirada a los peregrinos, que ahora guardaban silencio—. Que sea un cuento de misterio que nos hiele la sangre, nos pare el corazón y nos ponga los pelos de punta. —Miró con burla al molinero y agregó—: Aunque sean los de la barba, en vuestro caso. El ganador, el que cuente la mejor historia, recibirá como premio esta bolsa.

Los peregrinos murmuraron por lo bajo, fascinados ahora por el cambio de humor de su anfitrión.

—¡Sí! ¡Sí! —La estridente voz del vendedor de indulgencias interrumpió el silencio—. Contemos una historia de asesinatos y muertes, y que no sea demasiado fantástica, sino que salga del corazón, de las mismas entrañas de cada uno de nosotros.

El resto de los peregrinos, que habían comido y bebido a placer, mostraron su aprobación, deseosos de escuchar un cuento de misterio mientras estuviesen allí sentados, y bien alimentados, frente al fuego de aquella u otra taberna en su viaje a Canterbury.

—Bien —dijo Harry poniéndose en pie—, ¿quién quiere empezar? —Miró a su izquierda, donde, durante la conversación, el caballero apenas había pestañeado y permanecía con la mirada clavada en el vacío. Harry confiaba en que el caballero fuera el primero en contar una historia al día siguiente, en cuanto partieran de Southwark; quizá la etiqueta dictara que también él fuera el primero en contar una historia nocturna.

—¡Caballero! —exclamó Harry—. ¿Estáis de acuerdo?

El caballero levantó la cabeza, mesándose la barba plateada. Se limpió las migas del jubón, que todavía tenía manchas de la armadura que había llevado. Miró de

soslayo a su lozano hijo.

—Estoy de acuerdo —respondió—. ¡Y seré el primero en hablar!

Harry le hizo señas para que se sentara en su silla, a la cabecera de la mesa.

—Entonces, señor, si sois tan amable, ocupad mi asiento, y yo os serviré el mejor vino de esta taberna, una buena copa del más excelente clarete de Burdeos.

El caballero se levantó sin hacer ruido, sigiloso como un gato. Se sentó en la gran silla de respaldo alto de Harry, apoyando los codos en los brazos.

—Os contaré —empezó— una historia de terror y de misterio. —Elevó la voz—. De una maldad inimaginable. Una historia sobre un terror ancestral, engendrada por el propio Satanás, que tuvo su origen en una época de guerras en que Saturno regía los astros y dejó que su hijo, el belicoso Marte, se paseara por las verdes praderas de Inglaterra. Una época de terror en la que incluso Plutón, el Señor del Infierno, palidecía ante los horrores que había en los asuntos de los hombres. —El caballero se reclinó en el respaldo de la silla—. Mi historia comienza hace cientos de años, poco después de la llegada del gran Conquistador. Os pido, caballeros, que me prestéis atención mientras describo esos horrores surgidos del mismísimo fondo del Infierno. —Y empezó.

PRIMERA PARTE

El relato del caballero

Capítulo 1

Los cuervos, atiborrados de carne humana, con el negro y sedoso plumaje manchado de sangre, planeaban sobre el desolado campo de batalla. El sitio donde aquellos salvajes pájaros solían descansar, la gran torre del homenaje que se elevaba hacia el cielo río arriba, estaba ahora envuelta en llamas que rugían con fiereza hacia las negras nubes. Alrededor de la fortaleza incendiada yacían los muertos, tiesos como palos. Las enormes torres de asalto que habían sido colocadas contra los muros de la torre del homenaje también habían ardido, y sus sólidas vigas se ennegrecían y crujían convertidas en abrasadoras cenizas. Los cadáveres, convertidos en masas de grasa burbujeante, impregnaban el aire de olor a carne quemada. En los bosques cercanos, una vieja bruja se apoyó contra un árbol; le temblaban de miedo las larguiruchas piernas, y unos mechones de pelo fino le acariciaban la cara mientras contemplaba la inmensa nube de humo negro que se estaba formando sobre los árboles.

—¡Están quemando a los condenados! —chilló—. ¡Están enviando a los demonios con su amo!

Los pájaros que había en los árboles del linde del claro la oyeron y se agazaparon en las ramas como si notaran lo que estaba pasando. Los aldeanos de la región también se escondieron, aterrados por aquel día de ira, aquel espantoso ajuste de cuentas. Se agazaparon en sus pobres cabañas, pero al retirar las protecciones de piel de buey, vieron cómo las masas de helechos se teñían de rojo, cómo incluso los enormes robles que se alzaban en sus campos parecían doblarse y retorcerse azotados por un pérfido viento que impulsaba hacia ellos el humo y el hedor de la batalla.

Sir Hugo Mortimer, señor de Oxford, se arrodilló con la cabeza descubierta, rodeado por sus comendadores y entonó el salmo de David de alabanza y triunfo sobre los enemigos de Dios. Terminada la oración, Mortimer se levantó, recorrió con la mirada el campo de batalla, y sintió que la desesperación causada por el elevado coste de su victoria neutralizaba su júbilo.

—Las viudas llorarán durante meses —suspiró—, pero al menos sus hijos están a salvo. —Echó un vistazo a la gran torre del homenaje, ahora oculta tras unas feroces llamas. Se volvió hacia su escudero y dijo—: ¿Cuántos hombres hemos perdido, Stephen?

—En la torre de asalto, por lo menos sesenta, mi señor. En la torre del homenaje, más de doscientos. —Stephen se secó el sangriento sudor de la cara—. Fuera, entre las levas de campesinos, ¡quién sabe! ¡Quizá trescientos, o cuatrocientos!

Junto a *sir* Hugo había un anciano monje benedictino de barba cana, que observaba, horrorizado, a una figura encapuchada encadenada bajo las ramas de un roble.

—Deberíamos quemarlo, *sir* Hugo —murmuró el monje—. Ha salido de las

entrañas del infierno. ¡Allí es donde debería volver!

Sir Hugo escrutó el sobrio y venerable rostro del exorcista.

—Eso sería demasiado sencillo, padre. Ese desgraciado merece una muerte más lenta.

—¡No! —protestó el exorcista.

Miró aquella espantosa y silenciosa figura encadenada, rodeada por los mejores mercenarios de *sir Hugo*. Los soldados apuntaban al prisionero con las ballestas cargadas, como desafiándolo a que se moviera.

—Satanás se pasea por aquí —murmuró el exorcista—. No esperéis ver un monstruo peludo de torso hinchado, boca apestosa y ojos rojos. Mirad a ese *strigoii*. —Señaló con un dedo huesudo al prisionero—. Es un muerto viviente. ¡Vino aquí con falsas excusas, engatusando a la gente con sonrisas y dulces palabras, para beberse la sangre de los humanos y descargar su ira sobre los inocentes niños de Dios!

Sir Hugo contemplaba al prisionero sin prestar demasiada atención a las palabras del exorcista. Al fin lo había capturado. Sus hombres habían irrumpido en la torre y acorralaron a aquel *strigoii*, aquel demonio encarnado, en lo alto de su espantosa torre, obligándole a elegir entre rendirse a la justicia normanda o ser quemado vivo. El *strigoii* había seguido luchando, mostrando una fuerza increíble, y al parecer insensible a todas las armas excepto a las reliquias más sagradas que había llevado el exorcista, y que ahora estaban guardadas en un cofre, en el carro vigilado por varios guardias reales. El resto del grupo de endemoniados había muerto en el incendio, pero el jefe se había entregado, lo habían cubierto de cadenas desde el cuello hasta los pies y le habían puesto una capucha para impedir que utilizara sus poderes contra sus captores. Ahora *sir Hugo* tenía que decidir qué hacer con él. El rey Guillermo había sido muy explícito: tenían que castigar con el látigo, sin miramientos, a aquel diabólico extraño y a sus secuaces; tenían que impedir que siguiera aterrorizando a las gentes del lugar, quemar su fortaleza y construir un monasterio como reparación y como acción de gracias por la justicia de Dios. Como recompensa, Guillermo de Normandía había regalado a *sir Hugo* los terrenos que rodeaban la fortaleza, con sus bosques, sus campos, sus pastos, ríos y derechos de caza; una finca fértil en la región del norte de Londres.

Hugo parpadeó para protegerse del humo que arrastraba el viento. Tosió y se dio la vuelta, sin darse cuenta de que el exorcista esperaba una respuesta. El rey también quería saber cómo había llegado aquel forastero a Inglaterra, y Hugo estaba sorprendido de lo que había averiguado: al parecer aquel demonio encarnado había viajado desde Valaquia, en los Balcanes, haciéndose pasar por clérigo. Se había instalado en la vieja torre del homenaje y la había reconstruido, fingiendo ser un siervo de Dios dedicado a las obras de Cristo. Al principio tanto él como sus seguidores fueron respetados, y hasta apreciados, por los pequeños caballeros, terratenientes y aldeanos de los caseríos y las aldeas circundantes. Luego llegaron las

desgracias; empezaron a aparecer cadáveres sin una gota de sangre en sotos solitarios, en las orillas de los arroyos o hasta en el camino real. Los niños iban a jugar y no regresaban. Los comerciantes, caldereros y buhoneros solitarios que habían intentado adelantar una milla de camino tras la puesta de sol, y los habitantes de pequeñas granjas solitarias eran hallados muertos, el rostro blanco como la cera, la garganta cortada de oreja a oreja, y sin una sola gota de sangre en el cuerpo. Los lugareños presentaron peticiones ante el gran consejo de Londres y los jueces del rey fueron enviados a investigar. Los jueces, junto con sus escribanos, capellanes y soldados también fueron asesinados, a sólo unas millas de donde ahora se encontraba *sir* Hugo. Sin embargo el rey insistió, y hasta envió a su propio hijo, Guillermo Rufus, para que descubriera la causa de los estragos. El rastro de sangre conducía hasta aquella impresionante torre del homenaje. Entonces el rey, pronunciando solemnes juramentos y prometiendo venganza, le entregó aquella gran finca a Hugo Mortimer y lo envió a luchar contra aquellos demonios de forma humana. El santo Anselmo, abad de Bec, recomendó que avisaran al más experto exorcista de Inglaterra y que utilizaran también las reliquias sagradas de la nueva abadía del rey, la abadía de Westminster.

El *strigoii*, o muerto viviente, había sido apresado, y ahora esperaba su merecido castigo.

—*Sir* Hugo, ¿qué pensáis hacer?

Mortimer miró al exorcista.

—Voy a aplicar la justicia del rey —replicó.

Y, con el casco bajo el brazo, Mortimer se acercó al prisionero. El silencio y la inmovilidad del *strigoii* aumentaban el aura de terror que lo rodeaba, y hasta los recios mercenarios brabanzones estaban nerviosos y acobardados, pese a las enormes ballestas que empuñaban.

—¿Os habéis decidido ya, *sir* Hugo? —preguntó el encapuchado prisionero con una voz a la vez amable y burlona—. Sois un caballero, *sir* Hugo, disteis vuestra palabra de que no moriría en el fuego.

—¡Quemadlo! —gritó el exorcista, que estaba de pie junto a Mortimer—. ¡Quemadlo ahora mismo!

Uno de los escuderos de Mortimer se acercó corriendo a su señor.

—Ha llegado el carro —dijo jadeando—. El ataúd está preparado.

Hugo Mortimer esbozó una leve sonrisa. Desenvainó su espada y la sujetó por debajo de la empuñadura, como si fuera una cruz.

—Di mi palabra —anunció en voz alta—, y ahora pronuncio la sentencia del rey. Yo, Hugo Mortimer, barón y juez del rey en el condado de Oxford, pronuncio sentencia contra ti, rebelde, adorador del diablo, asesino y traidor prendido en armas contra tu soberano señor. Permanecerás encadenado y serás enterrado vivo en los túneles que discurren por debajo de tu ensangrentada torre. La torre será derribada, y en su lugar se construirá un monasterio, para así compensar a nuestro buen señor

Jesucristo.

Hasta los mercenarios brabanzones que oyeron aquella espeluznante sentencia quedaron horrorizados. El personaje encadenado se revolvía, nervioso, y los eslabones de las cadenas de acero rompían el silencio con sus chirridos. El exorcista se arrodilló y entrelazó las manos.

—Debemos quemarlo —murmuró—. Por el amor de Dios, *sir* Hugo, ¡debe morir en la hoguera!

—Morirá de asfixia bajo su propia torre —replicó Mortimer—. Su cuerpo permanecerá esposado, y será colocado en un ataúd forrado de plomo, también encadenado. Luego lo pondremos en uno de los túneles que hay debajo de la torre —dijo Mortimer señalando la torre del homenaje, todavía en llamas—, y tapiaremos el túnel con ladrillos. Así recordará sus malas acciones y la sangre que él y sus seguidores han derramado.

—¡*Sir* Hugo! —dijo el cautivo con voz melodiosa, casi alegre—. ¡No reconozco a vuestro rey ni al que describís como vuestro buen señor! ¡Regresaré!

Sir Hugo envainó la espada y sacudió la cabeza.

—Cuando se haya apagado el fuego —ordenó—, ¡cumplid el castigo!

Diálogo entre los peregrinos

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó el mesonero—. Esta historia es espantosa, señor.

—Más diabólica que humana —comentó el cura de pueblo, humildemente vestido.

—Y sin embargo, es cierta —terció la viuda de Bath—. En mi peregrinaje a Colonia, cuando atravesábamos los grandes bosques, nos previnieron contra esos demonios que padecen de locura de sangre. Nos explicaron que adoran a Satanás y que durante el día se esconden en el infierno, pero que de noche salen en busca de sus presas.

—Súcubos —la interrumpió el vendedor de indulgencias—. Son súcubos, demonios con forma de humanos.

—Son tan viejos como el mundo —explicó el estudiante de Oxford, deseoso de hacer alarde de sus conocimientos—. Los griegos hablaban de hermosas mujeres llamadas lamias... —Bajó la voz y miró al caballero—. Sí, esos seres podrían encontrarse entre nosotros ahora —murmuró—. He oído una extraña historia...

Harry, el mesonero, lo miró con curiosidad; el estudiante, tan pedante y reservado, parecía ahora asustado, como si las palabras del caballero le hubieran hecho recordar algo siniestro.

—Basta, caballeros, por favor —se apresuró a intervenir Harry—. Señor, proseguid con vuestro relato y contadnos todos los detalles de ese gran misterio.

SEGUNDA PARTE

Capítulo 1

Los jinetes detuvieron sus caballos y miraron a través de la cortina de agua. El cielo estaba encapotado, y las densas y pesadas nubes descargaban una fría lluvia. Se oyó un trueno, y un rayo iluminó el horizonte como un ángel caído, haciendo relinchar y estremecerse a los caballos. Los jinetes se cubrieron con las capuchas, pero fue en vano, porque la intensa lluvia ya les había empapado la ropa. El más alto de los dos se secó la cara y se volvió hacia su acompañante.

—Oxford, por fin, ¿no, Alejandro?

El más joven y bajo de los dos sonrió, pese a la lluvia. La sonrisa confería un aire infantil a su cara, suave y aceitunada.

—¡Secos, *sir* Godfrey! —exclamó—. ¡Pronto estaremos secos! Aunque para los soldados como vos, este tiempo debe de ser una nimiedad.

Ahora era el caballero quien sonreía, contemplando los tejados de tejas rojas y los edificios de arenisca amarilla de Oxford. Al principio le molestó la presencia del escribano, con sus delicadas manos, su rostro infantil y su constante buen humor, pero durante el viaje que habían iniciado en Londres *sir* Godfrey había descubierto que aquel hombre le caía muy bien, lo que no ocurría a menudo. Alejandro no era un escribano corriente. Hijo ilegítimo de un caballero del norte y de una dama enamorada a la que éste había conocido mientras luchaba en Escocia, Alejandro se planteaba la vida con optimismo. Era un excelente imitador y narrador de divertidas historias, y, pese a haberse educado en Cambridge, siempre se sometía a *sir* Godfrey, aunque muchas veces el caballero descubría una pizca de burla en los verdes ojos del escribano.

—¿Habíais estado aquí alguna vez? —preguntó *sir* Godfrey.

—Una o dos veces —contestó Alejandro. Extendió el brazo, sin importarle la lluvia que se le metía por la manga—. Hacia el este —explicó— está el castillo. Se ve desde aquí.

Sir Godfrey miró hacia donde su acompañante señalaba y atisbó los altos torreones del castillo.

—Y allí —continuó Alejandro— están las iglesias de San Frideswyde y Santa María, y la aguja del monasterio de los trinitarios.

—La ciudad parece tranquila —murmuró Godfrey.

—Debería estarlo. Es un centro de estudio, hogar de estudiantes, amanuenses y eruditos. —El escribano se encogió bajo la lluvia, cada vez más intensa—. Por el amor de Dios, *sir* Godfrey, ¿vamos a bajar, o vamos a quedarnos aquí hasta que pillemos fiebre? —El escribano se quitó la capucha—. ¿Qué más da? —murmuró—. Ya estoy calado hasta los huesos.

Godfrey lo miró. Ahora el escribano tenía el negro cabello empapado y enmarañado, y los ojos enrojecidos, pues habían cabalgado todo el día bajo la

tormenta. El caballero se quitó la capucha y se frotó el cabello, cortado al cepillo.

—Deberíais cortaros el cabello —aconsejó al escribano—. De ese modo, en la batalla vuestro adversario no tiene donde agarrarse y cuando llueve no se os empapa.

Alejandro se inclinó hacia delante y dijo:

—Así es, *sir* Godfrey, ¡pero en invierno tengo la cabeza caliente!

El caballero se rió y espoleó su caballo.

—Tendríamos que haber hecho caso a aquel tabernero y quedarnos un día más.

—¡Jamás! —gritó Alejandro siguiendo a *sir* Godfrey—. ¿No os fijasteis en el tamaño de las pulgas que había en aquella cama? Prefiero la lluvia.

El caballero espoleó su caballo, pero la sonrisa se borró de su cara y su curtido rostro adoptó una expresión más severa. No quería que se le notara, pero estaba asustado. Sí, había visto muchas batallas, castillos asaltados y combates cuerpo a cuerpo en los campos bañados en sangre de Normandía. Sin embargo, lo que les esperaba en Oxford era completamente diferente. Desde su partida de Londres, *sir* Godfrey apenas le había hablado a Alejandro de aquello, pero sabía que al escribano lo embargaba un temor parecido al suyo; los terrores que les aguardaban yacían como una espada invisible entre ellos dos. *Sir* Godfrey se secó los ojos y se frotó la barbilla. Acababa de cumplir veinticinco años, y sin embargo se sentía como un anciano; cuando recordaba lo que había visto y la sangre que él mismo había derramado, envidiaba la inocencia de su acompañante. Alejandro McBain sólo era unos años más joven que él, pero era un erudito, un escribano, hábil con el pergamino, con las cifras y con las normas de cortesía, así que ¿qué sabía él de la verdadera oscuridad del corazón humano? ¿De los hombres capaces de matar, apuñalar y despedazar a sus adversarios sin pensárselo dos veces? ¿O de otros, más malvados todavía, que invocaban a Satanás y empleaban la magia para conseguir sus malvados fines?

Sir Godfrey apenas daba crédito a lo que el canciller del rey le había dicho en Londres. Al principio se había reído, pero la marchita cara del canciller permaneció impassible mientras describía los espantosos asesinatos que estaban ocurriendo en la ciudad de Oxford. Y sin embargo había cosas peores. El canciller, encerrado en su cámara secreta de Westminster, le había explicado en susurros el origen de esos asesinatos: ritos secretos y terrores ancestrales que habían vuelto a aparecer para intervenir en las vidas de los hombres. *Sir* Godfrey se quedó lívido, y al principio se negó a creer lo que le estaban contando, pero el canciller insistió.

—Necesito que vayáis a Oxford, *sir* Godfrey —reiteró—. La abadesa, que es parienta del rey, ha solicitado vuestra presencia, y ahora la ha exigido el propio rey. Para este asunto no confiamos en nadie más. Sin embargo, tendréis un acompañante, mi joven escribano, el escocés Alejandro McBain. Él será vuestros ojos y vuestros oídos, Alejandro sabe enfrentarse a las sutilezas y las estrategias con las que nuestros buenos eruditos de Oxford podrían intentar engañaros. Confíad en él. ¡Confíad en él plenamente!

Sir Godfrey soltó una maldición y le dio unas palmadas en el cuello a su caballo.

Después de decir aquello, el canciller se negó a darle más detalles, limitándose a entregarle dos bolsas de plata y un puñado de cartas y mandamientos declarando que «el fiel servidor del rey, *sir* Godfrey Evesden, y maese Alejandro McBain, escribano, han recibido el encargo de investigar ciertos brutales y sangrientos asesinatos perpetrados en la ciudad de Oxford».

—En Oxford recibiréis más ayuda —murmuró el canciller, frotándose las manos de infladas venas sobre un brasero de carbón—. La abadesa os dará más información; podéis confiar en ella. Y la hermana Edith Mohun, que es exorcista, os ofrecerá su ayuda.

—¡Una exorcista! —exclamó *sir* Godfrey—. ¿Qué ayuda se supone que puede ofrecerme una exorcista?

El canciller lo miró fijamente con sus legañosos ojos.

—Será mejor que partáis, señor. Os esperan en Oxford mañana antes del anochecer.

Al llegar al camino que conducía a la ciudad, Godfrey se secó la lluvia y el sudor de la cara y desmontó. Alejandro le imitó.

—¿Qué ocurre, noble caballero?

Godfrey se encogió de hombros y compuso una sonrisa burlona.

—¡Un viejo truco de soldado! —gritó por encima del hombro—. Nunca entréis en una ciudad por la puerta principal, porque no sabéis quién os puede estar esperando.

Rodearon las murallas de la ciudad y entraron en Oxford por una puerta trasera; luego pasaron por delante de la iglesia de San Budoc y llegaron a la calle Freren, que conducía al centro de la ciudad.

Las casas que había a cada lado de la calle estaban tan apiñadas que sus gabletes se juntaban y paraban la lluvia; el agua se acumulaba en los tejados de las grandes mansiones, mientras que las cabañas de los artesanos pobres, remendadas con juncos, paja o tablillas, estaban medio deshechas. Godfrey se ató las riendas del caballo a la muñeca y miró a su alrededor; pese a la intensa lluvia que caía, los puestos del mercado, colocados delante de las casas, estaban montados, obligando a los transeúntes a pasar por el centro de la calle y sortear las empapadas montañas de desperdicios que tapaban el albañal central. Alejandro, que iba detrás de Godfrey, levantó una bota y gruñó. El barro y la suciedad le llegaban a los tobillos, y el escribano miró con lástima a un grupo de chiquillos que, pese a la lluvia, jugaban con el barro hasta las rodillas. Le habría gustado expresarle su desagrado al impasible caballero que avanzaba delante de él, pero el ruido era ensordecedor. La calle estaba abarrotada de estudiantes, andrajosos alumnos sin beca y bachilleres con sus oscuras y raídas túnicas que se gritaban unos a otros, compitiendo con los gritos de los comerciantes.

Alejandro se dio cuenta enseguida de que Oxford, al igual que Cambridge, no era una ciudad corriente, pues oyó diversas lenguas: galés, alemán, flamenco, español, italiano y hasta las de visitantes de países más orientales. Finalmente *sir* Godfrey se

apartó del camino y llevó su caballo al patio de la taberna del Tabardo de Plata. Alejandro, entusiasmado, le tiró las riendas al malhumorado mozo de cuadra, que maldijo por lo bajo, enojado por tener que salir con aquella lluvia.

—Comida caliente y algo para beber —murmuró Alejandro—. No pido nada más.

—Ahora no —dijo *sir* Godfrey, e, ignorando las protestas de su acompañante y el agradable y empalagoso olor que salía de la cervecería, el caballero se arrebujo en la capa y salió del patio.

—¿Por qué? —gritó Alejandro siguiendo a *sir* Godfrey.

—Odio las ciudades —replicó Godfrey—. Me siento encerrado como un caballo en una cuadra —miró con severidad al escribano y añadió—: La gente no tardará en enterarse de que estamos aquí. Nos vigilarán y seguirán nuestros pasos. ¿Sabéis con quién nos vamos a enfrentar, Alejandro? Con hábiles y sanguinarios asesinos que aparecen en la noche como fuegos fatuos. Que conocen los caminos, las puertas, los callejones y las trampas de esta ciudad. Pues bien, ahora tenemos ocasión de aprender. Es posible que nuestras vidas dependan de ello.

El caballero, con Alejandro pisándole los talones, cruzó Carfax y echó a andar por la calle Catte, pasando por delante de los vendedores de pergaminos ilustrados, la mayoría de los cuales habían dejado de intentar vender algo aquel día y habían trasladado sus valiosos artículos a las habitaciones delanteras de sus casas. De pronto la lluvia empezó a disminuir. Se detuvieron un rato en la Cabeza del Sarraceno. Godfrey pidió dos cuencos de vino, pero se quedó de pie junto a la puerta y bebió rápidamente, instando al escribano a que hiciera otro tanto, hasta que Alejandro sintió que su habitual buen humor se debilitaba.

Volvieron a las calles y pasaron por los colegios mayores, edificios bajos y enmaderados donde se hospedaban los estudiantes: el Águila, el Halcón, el Dragón y el Gorrión. Siguieron por la calle de la Escuela, dejando atrás la iglesia de Santa María, hasta High Street, abriéndose paso por el Mercado de la Paja hasta llegar a la iglesia de Todos los Santos. *Sir* Godfrey estaba animado, e ignoraba las furibundas miradas de su acompañante. Al principio Oxford le había parecido un mero laberinto de calles sucias, una conejera de oscuros arroyos. Ahora se daba cuenta de que Oxford era una ciudad hecha de pequeñas ciudades. Las aldeas eran los colegios mayores: cada uno, rodeado por su propia muralla, contenía una mansión además de la biblioteca, el refectorio, los dormitorios, talleres, forjas y cuadras. Godfrey se secó la lluvia de la cara y contempló la alta aguja de la iglesia de Todos los Santos. «Muy cómodo, muy cerrado —pensó Godfrey—, pero una trampa mortal para cualquiera que huyera de la ley o fuera perseguido por algún asesino.»

Se apartaron ambos cuando la puerta de la iglesia se abrió y los estudiantes, con sus andrajosos tabardos sujetos a la cintura con cordones y cintas de cuero, salieron de la misa de mediodía. Los estudiantes se empujaban unos a otros y gritaban, y algunos cantaban blasfemas parodias de los himnos que acababan de entonar.

—*Sir* Godfrey —dijo Alejandro—, ¿tenemos que quedarnos aquí muriéndonos de

frío?

El caballero dio una palmada y dijo:

—Te has ganado la comida. —Cogió al escribano por el brazo y lo arrastró al interior de la taberna Swindlestock, gritando al mesonero que les sirviera sopa de cebolla, pan recién hecho y tocino entreverado. Se sentaron y se pusieron a comer con avidez de las bandejas, y luego se reclinaron en los asientos, chupándose los dedos y suspirando con alivio.

—¿Adónde vamos ahora, caballero? —bromeó Alejandro, con su buen humor de siempre.

—A visitar a la abadesa de Santa Ana, que nos está esperando. —El caballero vació su cuenco de vino y añadió—: ¿Sabéis a qué hemos venido?

—Más o menos. Ha habido unos terribles asesinatos.

—No sólo eso —replicó Godfrey—. Es cierto, se han producido varias muertes, y más cosas. ¿Os lo explicó con detalle el canciller?

Alejandro negó con la cabeza.

—Al principio —dijo Godfrey reclinándose en el asiento— desapareció algún estudiante, y sus preocupados parientes emprendieron investigaciones, pero a esos casos, por supuesto, no se les dio demasiada importancia. —Godfrey sonrió burlonamente—. Al fin y al cabo, no es extraño que los estudiantes y los clérigos se vayan de peregrinaje o hagan alguna tontería para distraerse de los estudios. Sin embargo —continuó—, esas desapariciones se fueron haciendo cada vez más frecuentes, y no llegaron a encontrar a ninguno de los estudiantes desaparecidos. Entonces, hace tres meses, empezaron los asesinatos. El primero se atribuyó a unos ladrones, pero ahora ha habido tres incidentes, todos ellos parecidos. Alguien entra en una casa a altas horas de la noche, aunque sin forzar puertas ni ventanas. Mata a toda la familia: padre, madre, hijos y criados. Les corta el cuello y cuelga sus cadáveres de una viga del techo por los tobillos, como si fueran cerdos, para extraer la sangre de los cuerpos.

Alejandro palideció y se llevó una mano al estómago, con la esperanza de que éste no lo traicionara.

—El gobernador y los censores de la universidad han intentado explicárselo, pero han sido incapaces de descubrir nada. Lo que les ha sorprendido —dijo Godfrey mirando fijamente al escribano— es que a todos los cadáveres les han extraído la sangre, pero no hay señales de ella en la casa.

—Entonces, ¿qué había detrás de esos asesinatos?

—Ni beneficio ni ganancia; creen que los asesinatos están relacionados con algún rito ancestral que implica la ingestión de la sangre de las víctimas.

Alejandro tuvo una arcada; el caballero alargó el brazo y cogió su cuenco de cerveza.

—Será mejor que bebáis —dijo en voz baja—. Eso os calmará el estómago.

—Y ¿qué tiene que ver en eso la abadesa de Santa Ana? —preguntó Alejandro,

rechazando la cerveza.

—Es parienta del rey, y tanto el gobernador como los censores de la universidad acudieron a ella en busca de ayuda. Al parecer —prosiguió Godfrey jugando con el anillo que llevaba en el dedo—, la abadesa es una mujer erudita que conoce muy bien la historia de esta región. Ella cree que los asesinatos están relacionados con unos espantosos crímenes ocurridos en Oxford y en sus alrededores hace cientos de años. No sólo pidió ayuda a su majestad el rey, sino también al arzobispo de Canterbury y al canciller. Ellos se reunieron para deliberar, y han enviado a una exorcista al convento de Santa Ana. Se trata de una anacoreta llamada Edith Mohun. Nuestra misión —continuó *sir* Godfrey bruscamente— consiste en encontrar a los asesinos y ahorcarlos. No ha de haber juicios ni protestas públicas.

—¿Es por eso que os han enviado a vos?

Godfrey sonrió y respondió:

—De vez en cuando los jueces y los comisarios del rey descubren casos que no pueden juzgarse en un tribunal ordinario. Sí, yo me encargo de esos juicios.

—Pero esto es diferente, ¿no?

—En efecto, maese escribano. Esta vez nos enfrentamos a unos asesinos que no matan por provecho ni por venganza, sino porque creen en ritos ancestrales. Se trata de los señores de la horca, de los amos de las tumbas, que rechazan la cruz de Jesucristo y confían en el Príncipe de las Tinieblas.

El escribano palideció.

—Por lo tanto —prosiguió el caballero—, esto no es asunto de la cancillería. Vuestra tarea consistirá en recoger y examinar cuidadosamente las pruebas, ser mis ojos y mis oídos en esta ciudad de astutas mentes. Pero basta; ya os he dicho lo que sé. Será mejor que sigamos nuestro camino.

Godfrey y Alejandro salieron de la taberna, subieron por Northgate, pasaron por delante de la iglesia de San Pedro y llegaron a Buddicot Lañe, donde se encontraba la pestilente cárcel de la ciudad. Godfrey se detuvo y la contempló un rato, intrigado por los soldados que, empapados, montaban guardia ataviados con la pintoresca librea de la ciudad. Un poco más allá, al final del muro de la cárcel, se alzaba la siniestra horca, con un cadáver podrido y picado por los pájaros, encerrado en su jaula de hierro.

—No puedo más —se quejó Alejandro.

—Esta vez estoy de acuerdo con vos —replicó Godfrey, y lo llevó al Tabardo de Plata, donde recogieron sus caballos. Bordeando la muralla de la ciudad llegaron al convento de Santa Ana. Un portero les abrió la puerta y los mozos de cuadra se apresuraron a coger sus caballos mientras una anciana hermana lega, mirando con desaprobación sus ropas empapadas, los conducía por los húmedos claustros, más allá de la capilla, hasta la cámara de la abadesa.

La hermana lega dio unos golpes en la puerta y luego la abrió invitando a los visitantes a entrar en una cámara caliente y perfumada; después se retiró.

—¿Qué ocurre?

Pese a su edad, la mujer sentada al escritorio se levantó rápidamente. Llevaba un hábito marrón y un griñón azul oscuro con ribete dorado. Se apartó de la silla de respaldo alto colocada cerca del fuego, donde había estado conversando en voz baja con dos individuos cuyas caras quedaban ocultas por las sombras.

Su rostro era delgado; y piadoso, de no ser por los penetrantes ojos negros y la nariz aguileña. Tenía unos labios delgados y pálidos.

—Soy *lady* Constance, la abadesa de este convento —dijo con tono autoritario, aunque las palabras iban acompañadas de una generosa sonrisa—. *Sir* Godfrey Evesden, sin duda, y vos debéis de ser Alejandro McBain. —Dejó que el caballero, y luego el escribano, le besaran la mano.

—Señora —murmuró Godfrey—, os pedimos disculpas por nuestra repentina llegada, pero ésta se debe a la voluntad de Dios.

La abadesa sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

—Sois bienvenidos aquí, señores, y el rey y el canciller me han hablado muy bien de vos.

Lady Constance se quedó mirando a los dos jóvenes. Vio que Alejandro no era más que un joven radiante, alegre y lleno de las alegrías de la primavera. El caballero era diferente. Se fijó en las arrugas que tenía alrededor de la boca y en la expresión dolida de su mirada.

—Maese McBain, el canciller dice que sois el más ingenioso de sus escribanos, y, *sir* Godfrey, vuestras proezas en la batalla y en los torneos son famosas. Lamento... lamento la reciente muerte de vuestra esposa.

Godfrey apartó la mirada.

—Maese McBain, el canciller dice que sois un granuja —dijo la abadesa con sarcasmo para aligerar la atmósfera—. ¿Es eso cierto?

—Si eso es sinónimo de ingenioso, señora, pues sí, lo soy.

La abadesa echó la cabeza hacia atrás y rió como una jovencita, batiendo palmas.

—Sí, sí, ingenioso, así fue como él os describió. —Adoptó una expresión seria yladeó la cabeza—. Vais a necesitar toda vuestra habilidad y todo vuestro ingenio —murmuró—. En Oxford ocurren cosas espantosas. Creedme, señores, habéis entrado en el Valle de las Sombras, y Satanás y todos sus ángeles caídos nos acechan.

La abadesa miró a sus visitantes con tristeza, y Godfrey tuvo el presentimiento de que cuando se marcharan de Oxford, si es que algún día se marchaban de allí, sus vidas habrían cambiado. *Lady* Constance miró por encima del hombro a los dos individuos que estaban sentados en silencio delante del fuego, y movió los labios, como si hablara sola. Se volvió y forzó una sonrisa.

—Pero esos asuntos pueden esperar. Estáis empapados. ¿Dónde habéis dejado vuestras alforjas?

—Con los caballos.

—¡Oh, eso no puede ser! —murmuró *Lady* Constance—. ¡No puede ser!

Volvió a su escritorio y, cogiendo una campanilla, la agitó vigorosamente para que resonara por la estancia.

—Nuestros invitados se alojarán en la hospedería —dijo a la hermana lega que acudió a la llamada—. Id a buscar sus bolsas. —Se acercó al fuego, murmuró algo a los dos hombres que seguían sentados allí, y luego volvió—. Vamos, os acompañaré.

La abadesa, caminando con paso enérgico, la cabeza erguida y los hombros rectos como los de un caballero, bajó por la escalera hasta el claustro. Godfrey miró hacia arriba y vio que las nubes se estaban dispersando y que el sol ya pugnaba por atravesarlas. Unas cuantas monjas habían salido y estaban sentadas en los bancos colocados a lo largo de la pared del claustro; aguardaban el calor reconfortante del sol mientras observaban un grupo de pajarillos que recorrían el blando césped del patio del claustro en busca de larvas y gusanos. Cuando estaban a punto de salir del claustro, Godfrey y Alejandro vieron a una joven sentada a solas e inclinada sobre una labor de bordado. Ella levantó la cabeza al aproximarse ellos, y el caballero y el escribano se pararon y se quedaron mirándola.

—¡Una auténtica Venus! —murmuró Alejandro.

Godfrey asintió con la cabeza, boquiabierto. La chica debía de tener diecisiete o dieciocho años. Su cabello no era rubio, sino dorado, y caía en generosas cascadas sobre su espalda, sujeto sólo por una cinta de color púrpura con un ramillete de diamantes en el centro. Llevaba un vestido verde oscuro, con los puños y el cuello orlados con filigrana de plata. Godfrey se fijó en el volumen de sus pechos, en su delgada cintura y en sus delicadas manos, pero lo que le hizo estremecerse de admiración fue su cara. Era una cara ovalada, de cutis radiante, con unos ojos azules como un cielo de verano y unos labios suaves, rojos y carnosos. La abadesa también se había detenido, y miró hacia atrás con enojo; luego miró hacia donde miraban los invitados y esbozó una sonrisa.

—*Lady Emilia* —dijo en voz baja—. ¿Conocéis a estos caballeros?

La chica se puso en pie tímidamente, con las mejillas arrojadas y una mirada de cervatillo.

—No, *lady Constance* —balbuceó con voz suave pero musical—, no los conozco. Alejandro se adelantó contoneándose.

—Aceptad mis disculpas, señora. —Se inclinó ante la joven y añadió—: No debimos miraros de esa forma, pero no esperábamos encontrar en un convento...

—A una doncella tan joven y tan atractiva —terció *lady Constance* con aspereza— entre tanto vejestorio.

—Señora —replicó Alejandro—, la belleza es pasajera y adopta muchas formas. En vos se manifiesta de una manera, y en *lady Emilia* de otra.

Ambas damas sonrieron ante el ingenioso cumplido del escribano. Godfrey seguía allí plantado, contemplando a Emilia con avidez, y haciéndola ruborizarse aún más.

—*Lady Emilia* de Vere, os presento a los enviados del rey, *sir Godfrey Evesden* y el escribano Alejandro McBain —dijo la priora.

Ambos le presentaron sus cumplidos. Alejandro, charlando como una cotorra, hizo reír tanto a la joven que ésta se ruborizó y se tapó la cara con la mano, abrumada por el torrente de cumplidos que le lanzaba el escribano.

—¡Ya basta! —dijo *lady* Constance, y se llevó a sus invitados.

Alejandro miró por encima del hombro y le guiñó disimuladamente un ojo a Emilia, que se ruborizó aún más.

—Una verdadera rosa —murmuró Alejandro.

Godfrey le lanzó una mirada penetrante para disimular su confusión; siempre le pasaba lo mismo: era capaz de blandir un hacha o de montar un brioso potro, pero cuando se encontraba ante una mujer hermosa se le hacía un nudo en la garganta. Alejandro le dio un empujón.

—¡Vamos, noble caballero! ¿Habíais visto alguna vez semejante belleza?

—*Lady* Constance —dijo Godfrey intentando ocultar su bochorno—, esa joven ¿es novicia del convento?

—No, no, es una de las protegidas del rey, propietaria de tres mansiones y de fértiles tierras no lejos de Oxford. Su matrimonio está en manos del rey.

—Qué afortunado —susurró Alejandro.

Godfrey siguió caminando mientras *lady* Constance los llevaba por la empapada hierba hasta un edificio de arenisca de dos pisos.

—La hospedería está vacía —explicó la abadesa—. Seréis los únicos invitados que se alojarán en ella. —Les mostró la pequeña despensa y el refectorio donde comerían y les presentó a una hermana legua de mejillas sonrosadas—. Matilda cuidará de vos —añadió—. No podéis comer con nosotras en nuestro refectorio, pero os traerán la comida aquí. —Tocó la empapada capa de Godfrey y agregó—: Vuestras cámaras están arriba. Podéis cambiaros de ropa, y luego haré venir aquí a mis otros invitados.

—¿Ha llegado la exorcista?

—Sí, sí. Le hemos ofrecido una pequeña celda construida en el interior del muro de la iglesia, cerca del sagrario. Ella ha dicho que estaría bien allí.

La priora se marchó, y Matilda, una mujer alegre y campechana de edad indeterminada, los condujo al piso superior y les mostró sus sencillas pero cómodas cámaras.

* * *

El soldado corría cuanto podía, con la túnica desgarrada por las crueles y puntiagudas ramas que bajaban para cerrarle el paso y arañarle la piel. A su alrededor, el viento, que gemía entre los árboles, se burlaba de sus movimientos. Se detuvo, agotado, y apoyó las manos en las rodillas intentando recobrar el aliento. ¿Estaba a salvo? Seguramente. Se incorporó e inspiró el fresco aire del bosque. Lamentó haber

salido del castillo. Quizá debería regresar, coger la reliquia e informar al gobernador de lo que sabía. Pero ¿qué podía contarle? Era un ladrón, y ahora Satanás se levantaba de su trono para arrastrarlo hasta el profundo abismo donde los escorpiones le comerían las entrañas durante una eternidad. Después de todo, había quebrantado su juramento; pertenecía a una orden de hospitalarios, y sin embargo había descuidado sus votos, había robado una reliquia y huía hacia el oeste. Su intención era llegar a la isla de Lundy y buscar pasaje para el extranjero; los príncipes del Rin, los arzobispos de Maguncia y Colonia, pagarían generosamente por la reliquia que se había llevado del altar mayor de su iglesia de Londres.

Todo había cambiado. Había bajado al pueblo para entregarle un mensaje al molinero y regresaba a Oxford, silbando una canción que le recordaba días más alegres y más cálidos en la provincia vinícola donde nació.

Cuando estaba en medio del sencillo puente, sobre las frías y revueltas aguas del río, vio la espeluznante escena que se estaba desarrollando en la orilla a la que él se dirigía. Una oscura criatura arrodillada junto al cuerpo de una joven, una moza de pueblo, con las faldas levantadas revelando las desnudas y morenas piernas. Distraído por su aparición, el encapuchado se volvió y soltó un gruñido, dejando ver el cuerpo de la joven, bañado en sangre, con una horrible herida en el cuello. La criatura se levantó al tiempo que el soldado daba media vuelta y echaba a correr por el puente, con el corazón acelerado de terror al oír pasos detrás de él.

El soldado corrió cuanto pudo, con el corazón a punto de estallar y jadeando, hasta que tuvo que parar. Pensó que aquel espantoso perseguidor debía de haber renunciado a atraparlo. El hospitalario se quedó quieto. Oyó una rama que se partía y se dio cuenta de que en el bosque ya no se oía el canto de los pájaros. Desenfundó su daga y siguió caminando. Oyó una risa espantosa a su espalda. Se detuvo, se dio la vuelta y chilló de pánico al ver a la figura vestida de negro saltando por encima de los troncos, corriendo como un galgo hacia él. El hospitalario siguió corriendo, el corazón latiéndole con furia en los últimos instantes de vida. ¿Lograría llegar al castillo? Miró alrededor. No había ni rastro de su perseguidor, así que se detuvo, recobró el aliento y, sujetando todavía la daga con ambas manos, empapadas de sudor, siguió adelante, sin hacer caso de las ramas que le lastimaban la cara ni de los ásperos helechos que le pinchaban las piernas y le impedían avanzar. Atisbó una sombra con el rabillo del ojo. ¿Lo seguía todavía aquella criatura? El hombre gimió, temiendo la muerte. Se le ocurrió algo espantoso. Al parecer la criatura, fuera lo que fuera, estaba jugando con él, y el hospitalario estaba seguro de que había caído en una emboscada. ¿Lo había estado esperando aquel demonio? ¿De dónde podía haber salido? ¿Del monasterio? ¿Sería uno de aquellos sacerdotes tan reservados y sigilosos? ¿Qué espantosos misterios ocultaba?

El soldado llegó a un claro; al fondo brotaba una pequeña cascada, junto a un camino que serpenteaba entre los árboles. Corrió hacia allí, pero una figura encapuchada le cerró el paso. El soldado se volvió, pero había otra criatura detrás de

él. Ciego de pánico, el hombre se metió en el arroyo y fue hacia la cascada. Casi había llegado. El miedo le impedía pensar con claridad, pero creyó que si lograba colocarse bajo la cortina de agua estaría a salvo. Tropezó y cayó sobre una roca. Intentó ponerse en pie y vio a la figura encapuchada encima de él: la cara sonriente, los labios separados como para dar un dulce beso. Se le unió otro encapuchado. Lo sacaron del agua y lo sacudieron como a un pez recién pescado. El soldado echó la cabeza hacia atrás y gritó, y entonces uno de sus perseguidores le hincó los dientes en el blando y carnoso cuello.

Capítulo 2

El monasterio trinitario estaba en las afueras de Oxford, y sus diversos edificios estaban rodeados por un muro de piedra gris. Más allá, el terreno descendía en una fuerte pendiente hasta los peligrosos pantanos y ciénagas que los monjes, pese a todos sus esfuerzos, no habían conseguido desecar. Los pantanos, cubiertos de un traicionero cieno verde y de zarzas, se extendían hasta el borde de un oscuro bosque donde los árboles se apiñaban tan densamente unos con otros que el que se hubiera atrevido a desafiar la siniestra reputación del bosque habría tenido dificultades para adentrarse en él. Edmundo, prior del monasterio, estaba de pie junto a la ventana de su celda abovedada y contemplaba con expresión triste aquel paisaje oscuro y silencioso. Acarició suavemente los nudos de la borla del cordón que llevaba atado a la cintura, tres en total, que representaban los votos de pobreza, castidad y obediencia. Edmundo nunca había puesto en duda aquellos votos. Él era un erudito, un asceta, y se sentía más feliz entre el papel vitela, el pergamino y el cuero de la biblioteca que dirigiendo una casa religiosa, sobre todo conociendo los espantosos secretos que ésta guardaba.

Edmundo era monje desde hacía treinta años. Cuando era un joven postulante, había oído las historias y leyendas de aquel lugar. Por la noche los novicios se asustaban unos a otros susurrando todo tipo de fantasmagóricas y horrorosas historias. Edmundo siempre las había ignorado. Sus responsabilidades habían ido aumentando hasta incluir el cuidado de aquellos novicios, la dirección de la enfermería y, sobre todo, el cuidado del escritorio donde los hermanos pintaban, con asombrosos colores, hermosos libros de horas o copiaban los textos de san Juan Crisóstomo, san Eusebio, san Atanasio y los otros grandes padres de la Iglesia. La supervisión del monasterio, la administración de sus fincas, la disciplina de los hermanos y el bienestar espiritual de la comunidad siempre habían estado en las firmes manos del abad Sansón, pero la brutal y repentina muerte del abad había alterado todo aquello.

Edmundo se daba cuenta de que ahora aquellas leyendas e historias eran una realidad y no sabía qué hacer. Hizo lo que pudo, naturalmente. Trajo una vieja bruja del bosque para que lavara el cuerpo de Sansón y lo vistiera para el entierro, e informó al resto de la comunidad de que el abad había muerto de un ataque repentino causado por una grave enfermedad. Cuanto antes cantaran la misa de réquiem y enterraran el cadáver frente al altar mayor, mejor. Los hermanos lo aceptaron, salvo los más ancianos, como Lanfranc, que trabajaba en los archivos, y Mateo, el bibliotecario. Sospechaban. Durante las reuniones del cabildo, desafiaban a Edmundo con la mirada, como si quisieran retarle a anunciar que el mal ancestral sobre el que se construyó el monasterio estaba libre de nuevo para ejercer su funesta influencia.

Edmundo cerró los ojos y susurró una breve oración. Los ancianos mantendrían

sus votos de silencio, pero ¿hasta cuándo? En realidad nadie conocía los secretos del monasterio, que sólo se transmitían a cada nuevo abad después de que éste hiciera un juramento solemne de no divulgarlos jamás. Se suponía que Edmundo los conocía. Él no quería ejercer de abad, y sin embargo pasarían meses hasta que la casa madre de Francia autorizara el nombramiento de un sucesor de Sansón. Edmundo se secó los húmedos labios con el dorso de la mano. Había enviado varias cartas selladas al otro lado del canal, pero lo único que recibía eran órdenes estrictas de guardar silencio. Edmundo miró hacia los verdes pantanos; el tiempo se estaba agotando. La letanía de horrorosos asesinatos perpetrados en la región aumentaba cada mes. Hombres, mujeres y niños eran cruelmente asesinados y al parecer nadie podía hacer nada para impedirlo.

El prior, nervioso, entrelazó los dedos de las manos. ¿Por qué tuvo que romper su voto el abad Sansón y abrir la puerta reforzada de hierro que conducía a las criptas? Ningún abad podía hacerlo, pero Sansón, tan testarudo, no sólo abrió las criptas, sino que tocó el ataúd forrado de cadenas. Y alguien había entrado allí con él, un extraño sigiloso y mortal que se había colado en el monasterio como un murciélago. El abad Sansón le había abierto la puerta personalmente y lo llevó a sus aposentos, donde se quedaron ambos hasta que el resto de la comunidad se retiró. El prior Edmundo advirtió esos extraños sucesos, pero no les dio importancia hasta que se despertó, muy entrada la noche, bañado en sudor y temblando, presa de horribles pesadillas. Edmundo bajó apresuradamente a las criptas y halló al abad muerto, sin ninguna señal de violencia en el cuerpo pero con la cara desfigurada por una mueca terrible, la boca y los ojos abiertos. No había ni rastro del misterioso visitante. Edmundo entró en la gris y siniestra cripta y miró el cofre, ahora abierto, el herrumbroso candado forzado, las cadenas sueltas, la tapa ligeramente desplazada hacia un lado. Edmundo colocó bien la tapa y fue a buscar otro candado, con el que cerró el ataúd.

Mientras lo hacía miraba hacia otro lado, pero hasta a él le impresionó lo que vio: el cadáver incorrupto de un atractivo joven, con los ojos cerrados como si estuviera sumido en un profundo y apacible sueño. Edmundo echó un vistazo a la cripta. Estaba seguro de que habían registrado el ataúd, pero no podía entretenerse. Cogió el martillo y la palanca que Sansón había utilizado y sacó el cadáver del abad fuera de la cripta, volviendo a cerrar y sellar la puerta. Sacó el cadáver a rastras por el túnel y, aprovechando la oscuridad, llevó el pesado cadáver al gabinete del abad, donde un criado lo encontró a la mañana siguiente. «¿Por qué abrió el abad la cripta? —se preguntaba Edmundo—. ¿Qué le había pasado? ¿Qué vio? ¿Qué había hecho? ¿Tenían la culpa aquellos pantanos que había al pie de la colina? ¿Buscaba Sansón oro, nuevas riquezas para desecar los pantanos y convertirlos en pastos fértiles? ¿Quién era su misterioso visitante?» Edmundo se dio la vuelta y se quedó mirando la puerta cerrada de su celda. Tenía que poner fin a aquello; llevaba tiempo escondiéndose del resto de la comunidad, y los demás ya empezaban a notar que algo andaba mal. Cogió su crucifijo del reclinatorio y lo apretó contra su pecho. El

gobernador había dicho que enviarían ayuda, pero ¿qué pasaría cuando llegara esa ayuda? La muerte del abad Sansón y los brutales asesinatos eran terroríficos, pero también podían ser terroríficos aquellos enviados reales con su autoridad para interrogar y amenazar.

El prior se apoyó en el reclinatorio, escuchando los pájaros que agitaban las alas en los aleros del tejado del monasterio. Quizá debería ocuparse de aquellos asuntos personalmente, hablar con Lanfranc y Mateo y exigirles que le permitieran ver la crónica secreta. Tamborileó con los dedos en la madera, recordando aquella puerta secreta, el impresionante y fangoso pasillo lleno de ratas que había detrás y el ataúd. El prior Edmundo era un hombre bueno, pero débil; se estremeció e, inclinando la cabeza, pidió ayuda a Dios para enfrentarse a las fuerzas de las tinieblas.

* * *

Los miedos y la ansiedad del monje se habrían convertido en puro terror si supiera qué tipo de reunión tenía lugar en las profundidades del bosque que había más allá del monasterio. Unas sombrías y encapuchadas figuras habían entrado por caminos secretos, sin detenerse hasta llegar a un claro rodeado por unos enormes robles. En el centro del claro había varios plintos de piedra rectangulares, desgastados y cubiertos de musgo. En su día aquellos plintos formaron un gran altar utilizado por los druidas, que sacrificaban allí a sus víctimas antes de colgarlas de las ramas de un roble como ofrenda a los dioses que adoraban. El grupo de figuras con capucha negra utilizaba ahora esas piedras como bancos, y estaba sentado allí en silencio, confundiendo con la oscuridad. A la débil luz que se filtraba por entre los árboles parecían monjes reunidos para rendir culto en alguna antigua catedral. De hecho, para ellos aquel lugar era como una iglesia y lo llamaban su campo de sangre, pues estaba protegido por seres malignos y rebosaba de espantosos pecados. Allí estaban a salvo, envueltos en la oscuridad, lejos de ojos y oídos curiosos. Permanecieron sentados en silencio hasta que el sol poniente quedó oculto tras unas nubes. Su jefe suspiró, y ese fue el único sonido que interrumpió el silencio, porque ningún animal se acercaba nunca al claro. Su frondoso y siniestro silencio nunca se veía interrumpido por el canto de los pájaros. El jefe volvió a suspirar.

—Aquí estamos —dijo—. Nos hemos reunido para cobrar fuerza y trazar nuestro plan. Tengo noticias para vosotros. Pronto llegarán los enviados del rey. Ya no podemos retardar más su llegada, y tampoco podemos resistir el poder de lo que llaman la reliquia sagrada.

—¡Debimos destruirla! —intervino a gritos uno de los presentes.

—No podemos hacerlo. Es demasiado poderosa, y si nos viéramos expuestos a ella podría desvelar nuestra verdadera naturaleza.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—En primer lugar, dejar la reliquia. Y después, fingir. Que los hombres del rey persigan sus rayos de luna y sus fuegos fatuos. Pronto se cansarán, y su amo se aburrirá. Los llamarán de nuevo; este reino está en guerra con Francia y el rey necesita a todos sus hombres. Sin embargo, mientras estén aquí debemos ser prudentes —hizo una pausa y respiró hondo—. Ahora el espíritu de nuestro amo está en libertad —continuó—, y el rumor de su regreso se ha extendido. Se nos conoce en París, en las grandes ciudades del Rin y en los pueblos de más allá del Danubio. Pronto allí de donde procede nuestro amo tendrán noticias de nosotros —el jefe recorrió el antiguo círculo con la mirada—. Reabriremos las arboledas sagradas y obtendremos fuerza de nuestros enemigos, pues su sangre es nuestro alimento —el jefe hizo una pausa y esperó hasta que los delgados rayos del sol se apagaron entre los árboles—. ¡Encended las antorchas! —ordenó—. ¡El Señor de las Tinieblas nos espera!

Golpearon una yesca y cada uno encendió el hachón que llevaba. Se pusieron todos en pie y desfilaron en procesión hasta formar un círculo alrededor del gran roble, cuyas ramas se elevaban como oscuros dedos hacia el cielo. El árbol siempre estuvo retorcido, y en los huecos naturales de sus ramas los druidas colocaban antaño los cestos de mimbre que contenían sus sacrificios humanos. Ahora albergaba una espantosa carga: el cadáver del hospitalario.

* * *

En el convento, Godfrey abrió sus bolsas, se desnudó, se lavó y se tumbó en el pequeño catre. Echó un vistazo a la celda, desnuda y austera y, mientras se preguntaba por cuánto tiempo sería aquel su hogar, se quedó dormido. Alejandro lo despertó bruscamente, con una sonrisa en la cara.

—Vamos, soldado —bromeó el escribano—. La comida está servida.

Godfrey se incorporó, olfateó los sabrosos aromas y bajó con Alejandro. La ajetreada Matilde había puesto copas de vino, un poco de queso, pan de harina blanca y dos cuencos de caldo humeante en la mesa. Los dos visitantes engulleron la comida, y antes de que terminaran la madre Constance regresó con los dos extraños que Godfrey había visto antes en su cámara. Uno era de baja estatura, con las mejillas sonrosadas como las de una doncella y con unos mechones de cabello rubio tapándole la incipiente calva. Andaba contoneándose, y con su protuberante barriga y su pecho prominente, *sir Oswald Beauchamp*, gobernador de Oxford, a Alejandro le recordó a una paloma muy gorda que tuvo como mascota. Sin embargo, pese a sus blandas facciones, el gobernador era un hombre astuto y calculador, con unos ojos inquietos y una boca delgada como la bolsa de un avaro. Tenía la irritante costumbre de rascarse la punta de la nariz, hasta tal punto que la piel había empezado a pelarse. Su acompañante, Nicolás Ormiston, censor de la universidad, era un joven

prematuramente envejecido; pese a no tener más de treinta años, su delgado rostro estaba ya surcado de arrugas, el cabello empezaba a escasearle y tenía la espalda arqueada tras tantos años de estudio. Sin embargo, sus rápidos y oscuros ojos eran amistosos y acogedores.

La madre Constance hizo las presentaciones y mandó a Matilde a la cocina del convento, cerrando la puerta con firmeza tras ella.

—¿Habéis comido y bebido bien? —preguntó mientras se sentaba a la cabecera de la pequeña mesa—. ¡Estupendo! —continuó, sin esperar una respuesta, doblando cuidadosamente las mangas de su hábito—. Lo que ahora vais a oír, como representantes del rey, os parecerá siniestro y terrible. En Oxford se han cometido unos espantosos crímenes, y creemos que van a producirse más. ¿*Sir Oswald*?

—Sí, sí —balbuceó el gobernador, y sacó de su bolsa un trozo de pergamino que dejó sobre la mesa.

Alejandro lo cogió y leyó los seis nombres que había escritos en él.

—¿Qué es esto?

—Son los nombres de los estudiantes del colegio Stapleton, en el Turl, que han desaparecido en los últimos meses.

—¿Desaparecido? —Alejandro chasqueó los dedos—. ¿Como la niebla? ¿Sin dejar rastro?

—Ni el más mínimo —intervino el censor de la universidad con una voz grave y melodiosa—. Se llevaron las pocas pertenencias que tenían. A un par de ellos los vieron caminando por High Street antes de que desaparecieran. Todos procedían de diferentes regiones del reino, excepto uno, Guido, que era flamenco. Sus familias están intranquilas, pues tampoco ellas han visto a los chicos, ni han tenido noticias de ellos.

—Pero creo —les interrumpió Godfrey— que no se trata sólo de la desaparición de esos seis jóvenes, ¿no es así?

—Sí, sí, así es. En la ciudad, desde hace unos meses, alguien ha entrado en unas cuantas casas —contestó el gobernador—. Aunque para ser exactos, hay que decir que no se forzaron puertas ni ventanas. Diferentes casas —añadió como si hablara solo—, y siempre el mismo resultado. Todos los hombres, mujeres y niños de la casa aparecen muertos, degollados y sin ni una gota de sangre en el cuerpo. Sin embargo, los asesinos desaparecen tan silenciosa y misteriosamente como llegaron.

—¿No hay ninguna relación —preguntó Godfrey— entre las familias asesinadas?

—No, ninguna.

—Y ¿robaron algo de las casas?

—Se llevaron las monedas, algo de oro y de plata, pero nada más.

—¿Había signos de lucha?

Beauchamp sacudió la cabeza.

—Eso es lo más aterrador. Las habitaciones están empapadas de sangre, pero no hay señales de violencia, de la más mínima pelea, y ni en un solo caso los vecinos se

han despertado. Es como si... —El gobernador se frotó, nervioso, la punta de la nariz—. Es como si un demonio pudiera atravesar las paredes y las puertas, matar sin hacer ruido, beberse la sangre de las víctimas y desaparecer.

—¿Eran ancianas, las víctimas? —preguntó Godfrey—. Sin duda, un hombre joven opondría resistencia, en un caso así.

—Una de las familias tenía dos hijos jóvenes —respondió el censor de la universidad—, uno de quince años y otro de diecisiete. Murieron como los demás.

—Y ¿las calles están vigiladas por la noche? —preguntó Godfrey.

—Tenemos alguaciles, funcionarios de la universidad y unos cuantos soldados del castillo —respondió Beauchamp—. Ahora están demasiado asustados para salir de noche, y de todos modos, ¿qué más da, *sir* Godfrey? Ni un solo mendigo, ni una sola prostituta han visto nada extraño.

—Esto es obra de las brujas —intervino la madre Constance—. Un grupo de adoradores de Satanás de los que hablan las leyendas.

El gobernador exasperado sacudió la cabeza.

—Señora, señora, ya hemos oído esas historias, y no son más que leyendas.

Alejandro apartó su copa de vino y apoyó los codos en la mesa.

—Yo colecciono leyendas —dijo sonriente—, como las historias que cuentan en mi tierra sobre Oengus y su perro de guerra.

—Éstas son diferentes —replicó la abadesa bruscamente. Contuvo el aliento y prosiguió—: Hace muchos años, poco después de que el Conquistador sojuzgara este país, llegó un joven a lo que entonces era el pueblecito de Oxford. Procedía del este. Pero no, no era un sarraceno ni un turco, sino que venía de los países que hay al norte de Grecia, rodeados de agrestes montañas y oscuros bosques. Al parecer era un buen hombre entregado al servicio de Dios y a las buenas obras. Atrajo a otros hombres. Se instalaron en una torre en ruinas y la reconstruyeron y la restauraron utilizando piedras de una cantera cercana —la madre Constance suspiró—. En aquella época reinaba una gran confusión en Inglaterra, y llegaban muchos forasteros como aquel. Al principio, los lugareños acogieron a aquel extraño y a sus compañeros, que rezaban continuamente y hacían buenas obras entre los pobres, sobre todo atendiendo a los viajeros que recorrían los caminos hacia los condados del norte o a los que bajaban en barcaza por el río. Hasta construyeron un puente sobre el río Cherwell. Sin embargo, pasado un año de la llegada del forastero, empezaron a producirse muertes extrañas. Aparecían hombres, mujeres y niños degollados, y sin una gota de sangre en el cuerpo —la madre Constance pasó los dedos por la superficie de la mesa—. Es una historia larga y brutal, pero el caso es que tras varios meses de crímenes horribles culparon de las muertes al forastero y a la misteriosa orden que él había fundado en la torre en que se alojaban —se pasó la lengua por los labios y añadió—: Pidieron ayuda a Londres. El rey envió soldados al norte, y, tras una cruel y sangrienta batalla, quemaron la torre y mataron o colgaron a todos los que allí vivían. —Se quedó callada y agachó la cabeza.

—¿Qué fue del forastero? —preguntó Alejandro.

—Según cuenta la leyenda, *sir* Hugo Mortimer, el comendador normando cuyos descendientes todavía poseen tierras en esta región, quemó la torre hasta derrumbarla. Debajo de la torre Mortimer encontró unos túneles y pasadizos secretos, e hizo meter a aquel malvado forastero en un ataúd forrado de plomo, atado con cadenas, y enterrarlo vivo.

La abadesa hizo una pausa. Godfrey se fijó en lo silenciosa que se había quedado la hospedería; el único ruido que se oía era el del agua que goteaba de los aleros. Alejandro estaba fascinado, y los otros dos hombres parecían abatidos.

—¿Qué queréis decir con eso, señora? —preguntó Godfrey.

—No he terminado. Según las leyendas, sobre aquellas ruinas construyeron un monasterio, que después fue ocupado por los frailes trinitarios. Pasaron los siglos, y los viejos pecados, que rezumaban un terror ancestral, fueron calmados mediante misas y oraciones.

—Pero, según decís, ahora la maldición ha vuelto —apuntó Alejandro.

—Sí —la abadesa esbozó una sonrisa—. Yo estudio las estrellas y sus diferentes constelaciones. Sí, ya sé que la Iglesia condena la Astrología, pero los planetas se han desplazado hasta adoptar una configuración terrible, y el espíritu de aquel maldito forastero se encuentra de nuevo entre nosotros.

—¿Qué pruebas tenéis de eso? —preguntó Godfrey.

—Ninguna, salvo la serie de muertes violentas que evoca un pasado maldito, y quizá la muerte del abad Sansón y del monje trinitario —se pasó la lengua por los resecos labios—. Sansón, que gozaba de buena salud, murió repentina y misteriosamente, y su cadáver fue colocado inmediatamente en un ataúd y puesto ante el altar mayor —se encogió de hombros y agregó—: El gobernador y yo asistimos a la misa funeraria. En ese monasterio hay algo siniestro.

—¿Y las desapariciones? —terció McBain—. Supongo que el director y los miembros del consejo del colegio Stapleton habrán realizado investigaciones.

—Sí, así es, pero no saben nada —replicó Ormiston.

—*Sir* Oswald —dijo Godfrey—, cuando llegamos a la ciudad vimos que había fuerte vigilancia en la cárcel de la ciudad. ¿A qué se debe esa medida?

—Anoche —contestó el gobernador— atacaron otra casa, la de una solterona y sus dos hermanas, costureras de la parroquia de Santo Tomás Becket.

—¿Qué ocurrió?

—Cerca de la casa encontraron a un clérigo, Eudo Lascalle, un brabanzón. Lo encontraron hecho uva, tendido en un callejón, desarmado, ileso pero cubierto de sangre de pies a cabeza. Ha estado encerrado en la cárcel de la ciudad porque, aparentemente, es otro clérigo juerguista.

—Y ¿ha confesado?

—Lo único que ha confesado es que estuvo bebiendo como un condenado en la taberna del Gallo y el Aro.

—¿Y la casa?

—Cerrada y vigilada. Veréis —prosiguió el gobernador—, hasta ahora en la ciudad no ha habido más que sospechas, simples rumores. Si esta historia saliera a la luz, alimentaría viejos agravios, sobre todo entre los ciudadanos y la universidad. —Se encogió de hombros y añadió—: Habría motines y ni las autoridades de la ciudad ni las de la universidad desean que los haya —*sir Oswald* se levantó de la mesa—. Hemos hecho todo lo que hemos podido —dijo con voz trémula—. Centinelas, oficiales, patrullas callejeras, pero, como ya he dicho, también ellos están muertos de miedo.

—Y ¿cómo es que nuestra abadesa se implicó en este asunto? —preguntó Alejandro mirando a la madre Constance con una sonrisa deslumbrante.

La abadesa se ruborizó ligeramente, como una joven doncella al recibir un cumplido.

—Estoy muy sola, y *sir Oswald* y maese Nicolás me honran a menudo con su presencia a la hora de comer. Al principio pensé que las muertes eran parte de la dura tarea de vivir, pero mientras ellos me explicaban lo sucedido recordé las leyendas; y la universidad, amablemente, me permitió consultar ciertos manuscritos que se guardan en la iglesia de Santa María. Entonces fue cuando empecé a sospechar —tragó saliva y agregó—: Escribí al rey y al arzobispo —mostró la palma de la mano y concluyó—: El resto ya lo sabéis.

—¿Han retirado ya los cadáveres de la casa? —preguntó Godfrey.

—No —contestó *sir Oswald*—. Los cadáveres los descubrió un buhonero que vendía baratijas. Hasta mañana también él descansará en la cárcel de la ciudad. Como de costumbre, esperaremos a que anochezca para sacar los cadáveres.

Godfrey se puso en pie y dijo:

—En ese caso, vamos a verlos ahora mismo.

El censor sacudió la cabeza:

—Yo no puedo acompañaros —susurró—. Demasiada sangre, demasiadas muertes.

—Yo iré —dijo *sir Oswald*. Les lanzó una mirada de advertencia y añadió—: Espero que tengáis un estómago fuerte.

Se despidieron de la abadesa, salieron a buscar sus caballos a las cuadras del convento y regresaron a la ciudad. Las mujeres asesinadas vivían en un callejón detrás de una hilera de casas cerca de Carfax. Dos soldados ataviados con la librea de la ciudad montaban guardia frente a la puerta. Estaban pálidos y parecían nerviosos, pero se alegraron de ver al gobernador y a sus acompañantes. Interrumpieron inmediatamente la sigilosa conversación que mantenían con el sacerdote que estaba con ellos.

—¿Hemos de quedarnos? —preguntó en tono quejumbroso uno de los centinelas mientras el otro sujetaba las riendas de los caballos.

Sir Oswald apartó de una patada la tierra y la basura del callejón.

—¡Por el amor de Dios! —dijo el gobernador—. ¡Los muertos no pueden haceros daño!

—No —replicó el centinela—, pero los que acechan en la oscuridad sí.

—¡Vigilad los caballos! —ordenó *sir* Godfrey.

—¡Padre Andrés! —exclamó *sir* Oswald—. ¿Os habéis enterado de la noticia?

El sacerdote salió de las sombras. Era un hombre de mediana estatura, de rostro agraciado y aspecto juvenil, aunque las canas salpicaban prematuramente su negro cabello. Godfrey se fijó en sus ojos cansados, pero también en las arrugas que una sonrisa marcaba alrededor de su firme boca.

—Sí, me he enterado —contestó el padre Andrés. Miró fijamente a Godfrey y a Alejandro, con ojos vigilantes.

Sir Oswald hizo las presentaciones.

—Bienvenidos a Oxford —murmuró el padre Andrés. Hizo la señal de la cruz en el aire y añadió—: Como dice san Pedro, «Estad alerta: Satanás ha venido a esta ciudad y deja su marca por todas partes».

Sir Oswald emitió un gruñido y, avanzando unos pasos, desenfundó su daga y cortó los sellos que había en el marco de la puerta. Luego sacó una llave de su bolsa, y tras girar la llave en la cerradura abrió la puerta de un empujón.

Godfrey y Alejandro, seguidos del padre Andrés, entraron en la estancia, húmeda y oscura. Alejandro notó que se le erizaba el pelo de la nuca y sintió una aterradora presencia antes incluso de que *sir* Oswald golpeará una yesca y encendiera una lámpara de aceite. También encendieron una antorcha de brea que había en un soporte de hierro. Alejandro miró alrededor y estuvo a punto de desmayarse. La habitación era sencilla: suelo de tierra, una mesa, unos cuantos estantes en las paredes encaladas, un pequeño hogar, un cazo de cocina sobre las blancas cenizas y un cesto de pan colgado de las vigas para impedir que los ratones lo alcanzaran. Unas cuantas vasijas, un plato de arcilla, un cazo de peltre, cuchillos y brochetas colgados sobre el hogar. Todas aquellas cosas, tan sencillas, no hicieron más que aumentar el terror de Alejandro, pues las paredes estaban salpicadas de sangre, la mesa cubierta de una reluciente capa de sangre coagulada, y en el suelo, los cadáveres de las mujeres yacían como montones de carne, con la cabeza echada hacia atrás, mostrando las heridas abiertas que tenían en el cuello, que parecían una segunda boca, y los sencillos vestidos apelmazados por la sangre. Alejandro tuvo suficiente con echar un vistazo a las caras, de un blanco azulado; se tapó la boca con la mano y siguió al sacerdote, que estaba tan impresionado como él, al oscuro callejón. En la habitación, el gobernador se volvió para mirar a *sir* Godfrey. También él había palidecido, y, aunque no era la primera vez que contemplaba una escena tan horrorosa como aquella, tenía el rostro cubierto de sudor y el miedo agrandaba sus ojos. Se apoyó en la pared, sin importarle que estuviera manchada de sangre, y cerró los ojos.

—*Kyrie eleison, Christe eleison, Kyrie eleison* —susurró—. Señor, tened piedad, Cristo tened piedad, Señor tened piedad.

Finalmente abrió los ojos y miró las vigas y los tres trozos de cuerda que todavía colgaban de ellas. Luego miró los pies de las víctimas y vio que todavía tenían los tobillos atados con cuerdas. Cogió a *sir Oswald* por el hombro y le preguntó:

—¿Es así como las encontrasteis?

—Sí, atadas como pollos. El resto ya lo veis.

—¿Nada más?

—Nada. No han tocado nada, no se han llevado nada. La cámara de arriba está intacta. —El gobernador señaló con la cabeza y añadió—: Sólo esta abominación.

—Y ¿no oyeron nada los vecinos?

—Nada en absoluto, *sir Godfrey*, os lo juro por Dios.

—¿Y ese clérigo, Lascalle?

—Lo encontraron en la boca del callejón, borracho como una cuba.

Sir Godfrey se volvió y salió de la casa, respirando el aire nocturno como si intentara limpiar su mente además de sus pulmones y borrar de ella las imágenes que acababa de ver. El gobernador salió y cerró la puerta tras él.

—¿Tenéis suficiente?

Alejandro todavía estaba apoyado en la pared, intentando controlar las náuseas, y el padre Andrés le daba unas suaves palmadas en la espalda.

—Dios mío —susurró el escocés—. Espero no volver a ver jamás nada parecido, *sir Godfrey*.

El caballero cerró los ojos y dijo:

—He visto ciudades tomadas por asalto y pueblos quemados tras el pillaje y la violación, pero vive Dios que en esa estancia había algo maldito. Tan ordenada, tan tranquila, salvo por esos tres cadáveres y las paredes manchadas de sangre.

—¿Habéis examinado los cadáveres, *sir Oswald*?

—Mi médico, Gilberto Tanner, los examinó. No encontró marcas ni magulladuras en los cuerpos, aunque dijo que antes de matarlas las habían amordazado.

—Que Dios se apiade de nosotros —susurró el padre Andrés—. Tengo que regresar, señores. Maese gobernador, si os puedo ayudar en algo...

El sacerdote echó a andar por el callejón. El caballero se quedó mirándolo.

—¿Es un buen hombre, *sir Oswald*? —preguntó.

—Sí, es el párroco de San Pedro, una iglesia que hay muy cerca del castillo. Lleva cinco años aquí y ayuda a los pobres. Él también cree que esto es obra de fuerzas misteriosas.

Se dirigieron adonde los soldados habían llevado los caballos, bastante lejos, como si quisieran poner la mayor distancia posible entre ellos y aquella casa de dos pisos bañada en sangre. Montaron de nuevo. *Sir Oswald* recordó concisamente a los soldados cuáles eran sus deberes, y volvieron todos en silencio al convento. Al llegar a la entrada principal, el gobernador detuvo su caballo y cogió cariñosamente a *sir Godfrey* y luego a Alejandro de la mano.

—Regresaré mañana, señores. Pero ya hemos hecho bastante. Creo que esta

noche hablareis con la exorcista. Que Dios os proteja.

Godfrey y Alejandro se despidieron del gobernador y entraron en el oscuro patio del convento.

—¿Comemos algo? —preguntó el caballero mientras el mozo se llevaba los caballos.

Alejandro se detuvo y aguzó el oído en la oscuridad.

—¿Lo oís, *sir* Godfrey? —preguntó, ignorando la proposición del caballero—. Las monjas están en vísperas —esbozó una sonrisa—. A lo mejor vemos a la hermosa Emilia —adoptó una expresión seria y añadió—: Me gustaría ir a misa esta noche. Si lo que hemos visto en esa casa es a lo que hemos de enfrentarnos, necesitaremos la protección de Dios.

Sir Godfrey se encogió de hombros y lo siguió por el tortuoso y empedrado sendero hacia la iglesia del convento, donde una hermana lega les abrió la puerta. La nave estaba oscura, y una sola antorcha chisporroteaba débilmente contra la oscuridad. La hermana lega los guió más allá de las oscuras columnas hasta un banco situado frente a la reja del coro. En el sagrario, el altar mayor estaba iluminado con velas; las monjas, sentadas en sus sitios, entonaban con voz melodiosa los salmos de David. Alejandro recorrió los bancos con la mirada, buscando a Emilia, y sonrió al verla sentada junto a la abadesa, con un grñón azul claro cubriendo su reluciente cabello rubio. La joven levantó rápidamente la cabeza, vio a Alejandro y sonrió, haciendo que el joven se emocionara. Luego miró a las otras figuras encapuchadas y el miedo volvió a apoderarse de él. Miró de soslayo y vio que *sir* Godfrey tenía los ojos cerrados y movía los labios. Alejandro sumó su voz a las de las monjas y también él cerró los ojos.

—Libradnos, señor —susurró—, del mal y del terror que acechan en pleno día.

* * *

En la celda de anacoreta construida en la pared de la iglesia del convento, la hermana Edith Mohun, la exorcista, también reflexionaba acerca de su llegada a Oxford. No le había sido fácil dejar su pequeña celda de paredes de piedra, la intimidad de su iglesia de Londres y la rutina diaria de oraciones, comidas frugales, meditación y sueño. Edith se arrodilló en el suelo de tierra batida y confesó su orgullo y su cobardía. En Londres se sentía a salvo; siempre estaba protegida de aquellas espantosas visiones, aquellas horribles pesadillas en las que se le aparecían demonios con cabezas enormes, cuellos largos, rostros enjutos, piel cetrina, ojos salvajes y gargantas que vomitaban fuego. Ahora volvía a oír sus misteriosas y horribles voces, al contemplar de nuevo la maldad de los hombres. Edith percibía la desgracia de la confrontación que se avecinaba. Algo terriblemente vil le esperaba en las oscuras y pestilentes calles de Oxford, algo que ella ya conocía; pero esta vez quizá fuera algo

más real, más amenazador. Esta vez no se enfrentaba a un niño poseído por los demonios, sino a una realidad más aterradora, aquella horrible alianza entre el libre albedrío del hombre y el poder del mal. Lo que le había dicho la abadesa despertó en Edith los recuerdos de oscuros bosques en solitarios valles de Valaquia y Moldavia, lugares poco habituados a la cruz y al poder real de Cristo. Allí conoció la verdadera maldad, y el mal la había perseguido. Pero ¿cómo podía destruirse aquel mal? Eran sólo tres personas: un caballero, un escribano y una monja que había perdido la vista, pues tenía los párpados cosidos y ni siquiera percibía la luz del sol.

Edith se agachó en el frío suelo. ¿Qué forma adoptaría aquel mal? ¿Dónde se ocultaría? En su juventud, Edith había visto las tallas populares, las pinturas en que Satanás era representado como una bestia monstruosa con la nariz aguilena y el cabello rizado. Pero ella sabía que no era así. Satanás era un joven atractivo con un pico de oro que podía resultar sumamente agradable. No debía olvidarlo; las apariencias engañan. Satanás podía citar las Escrituras y Edith tendría que estar alerta. Tocó la cruz de madera que llevaba colgada al cuello y se puso a murmurar, incapaz de dar crédito a lo que le había contado la madre Constance. Ella lo sabía todo acerca de los *strigoii*, los muertos vivientes, pero le costaba creer que estuvieran en Inglaterra, un país santificado, cubierto de iglesias, donde la cruz había sustituido al roble sagrado, la magia de los druidas y los círculos de piedra para sacrificios. Quizá, concluyó, el mal nunca llegó a desaparecer, sino que se ocultó a la espera de que llegara el momento adecuado. La hermana Edith levantó la cabeza al oír unos insistentes golpes en la puerta de madera de la celda.

—¡Ya empieza! —susurró—. ¡Ya empieza!

Capítulo 3

Sir Godfrey y Alejandro estaban terminando su cena, compuesta de caldo de buey, queso y pan, cuando oyeron unos golpes en la puerta y entró la abadesa. Alejandro y Godfrey se levantaron.

—Tenemos visita —dijo la abadesa—. ¡La hermana Edith Mohun!

La mujer, ataviada con un hábito de color gris, salió de las sombras y entró silenciosamente en la habitación. Alejandro se quedó boquiabierto. La exorcista ciega era de mediana estatura. Llevaba un sencillo hábito de color gris, y el cabello, blanco como la nieve, le caía suelto sobre los hombros. Una venda azul oscuro que le tapaba los ojos subrayaba la suavidad y la blancura de su cutis de doncella.

—¿Vais a quedaros así, contemplándome como un par de catetos? —preguntó la mujer, risueña. Se volvió y dijo—: Sobre todo vos, *sir* Godfrey Evesden, paladín del rey y su más íntimo consejero. Me han hablado mucho de vuestra valentía.

El caballero se secó la boca con el dorso de la mano y balbuceó una respuesta. La hermana Edith se le acercó un poco más, al tiempo que la abadesa salía de la hospedería cerrando la puerta con suavidad. La hermana Edith le estrechó la mano al caballero.

—Sólo bromeaba. No era mi intención molestaros, señor —se volvió hacia Alejandro y agregó—: Maese McBain, escocés y escribano del rey, estudiante de Cambridge, si yo tuviera una moneda por cada vez que habéis estado enamorado... —amplió la sonrisa y concluyó—: Podría alimentar a todos los pobres de Londres —caminó hacia el escribano y le tendió las manos. Alejandro se arrodilló y besó la suave y tibia piel de las manos de la mujer. La exorcista le acarició suavemente la cara—. Sois valiente —susurró—, y vais a necesitar ambos todo vuestro coraje, para enfrentaros al terrible mal que nos aguarda. Pero venid, dejadme compartir vuestra comida.

Fue hacia la cabecera de la mesa. Alejandro se apresuró a llevarle una banqueta, observándola con curiosidad; pese a ser ciega, la exorcista se movía con mucha seguridad.

—¿Qué miráis, escocés? —preguntó la hermana Edith.

—¿Podéis ver, señora? —balbuceó Alejandro.

La exorcista sonrió y dijo:

—Sí, en cierto modo. Si dibujáis algo mentalmente y os negáis a aceptar la oscuridad, es maravilloso lo que podéis llegar a hacer —cogió la copa de vino que Alejandro le había acercado—. ¡Excepto leer! —susurró—. Añooro mucho los libros. Cuando todo esto haya terminado, ¿querréis leer para mí, Alejandro?

—¿Qué os gustaría que os leyera, señora?

—Los manuscritos que coleccionáis. Las historias sobre vuestros grandes héroes: Macbeth, Malcolm Canmore...

—Por supuesto —contestó Alejandro—. Leeré para vos.

La hermana Edith asintió con la cabeza y, sin andarse con más rodeos, preguntó:

—Y ¿sabéis a qué nos enfrentamos?

—Yo sí —contestó *sir* Godfrey—, pero el escribano todavía no está muy informado.

La hermana Edith se volvió hacia Alejandro.

—El gobernador y el censor lo saben, pero, aunque están aquí y escuchan, no reconocen el mal que asola esta ciudad. Ellos son como todos nosotros, sólo tienen fe en lo que pueden ver, oír, tocar, saborear y oler. Hace muchos años —prosiguió con voz queda—, como ya os ha contado la abadesa, antes de que se creara este lugar de estudio con sus facultades, sus escuelas, sus castillos y sus censores, un gran mal cruzó los mares y se instaló aquí. Fue dominado, pero no destruido; alejado, pero no quemado. Pues bien, un mal que no es destruido es como el humo: se lo puede atrapar, pero cuando descubre una grieta o una rendija, se cuela por allí —hizo una pausa—. ¿Os asusta lo que no podéis ver, Alejandro McBain?

—Nunca lo he pensado, señora.

—Y ¿qué es lo que veis? —insistió ella.

—Quizá sólo la mitad de lo que debería ver —bromeó Alejandro.

—No, os hablo en serio —susurró la hermana Edith—. ¿Qué ocurre si nuestra realidad es mayor de como la vemos? Somos como una mosca, Alejandro, que se posa en un trozo de pan y cree que sólo existe lo que puede ver y catar. A nosotros nos ocurre lo mismo, Alejandro. Somos pequeñas criaturas en el cosmos de Dios, y llegamos a la arrogante conclusión de que sólo existe lo que nosotros vemos. —La exorcista elevó el tono de voz y continuó—: Pero los cristianos sabemos que no es así. Creemos que nuestra realidad sólo es una parte de una realidad mayor, y que en el otro mundo existen seres espirituales que, al igual que nosotros, están en conflicto. Ya lo decía el apóstol: no luchamos contra seres de carne y hueso, sino contra todas las fuerzas del infierno.

—La iglesia también nos enseña que Cristo siempre está con nosotros y que nos bastará con su fuerza —le interrumpió Alejandro.

—Sí, al final siempre bastará con su fuerza, pero debemos distinguir entre la batalla y la victoria inevitable. Tendemos a pensar que todos los males están hechos por la mano del hombre: el ladrón, el adúltero, el violador y el asesino; pero hay otra dimensión y en ella el mal que vemos pacta con el mal que no podemos ver. —La hermana Edith acarició cariñosamente la mano de Alejandro—. No pretendo sermonearos, pero lo que habéis visto esta noche en Oxford no es nada comparado con lo que yo vi. —Edith se quedó pensativa, recordando su pasado—. Hace mucho tiempo —prosiguió—, cuando yo era joven y atractiva...

—¡Todavía lo sois, señora!

—La adulación es el más dulce de los vinos, escocés —dijo Edith sonriendo—. Yo era una muchachita —continuó—, hija única de un padre chocho y viudo. Él era

un humilde caballero que poseía algunas tierras que se extendían hasta la costa, en Northumberland. Mi padre me mimó y me malcrió, y recibí una buena educación en el convento de la región. Un día, cuando tenía quince años, mi padre fue a visitarme. Stephen Mohun iba con él. —Se rió con sinceridad—. Yo me habría casado con él allí mismo, porque lo quería mucho y a mí no había quién me soportara. —Volvió el rostro hacia *sir* Godfrey—. Pasado un año salí del convento, y me convertí en la esposa de Stephen Mohun. Él era el hijo menor de una gran familia. Vivíamos con mi padre, que nombró a Stephen su heredero. Pues bien, mi tío Simón era soldado hospitalario. —La hermana Edith sacudió la cabeza—. Qué tiempos aquellos... Nos alimentábamos de glorias, de las grandes hazañas de los paladines de Carlomagno, y cuando el papa Juan y los demás empezaron a alentar una cruzada, nosotros respondimos. Mi padre emitió empréstitos por sus tierras y nos unimos a la expedición de hospitalarios que se dirigía a Grecia para ayudar a los francos. —Volvió a sacudir la cabeza—. Qué insensata es la juventud. Nos hicimos mercenarios y luchamos junto a nuestra pequeña tropa de hospitalarios mientras ésta avanzaba por Valaquia para proteger a las comunidades cristianas que había en aquella región. ¿Conocéis el país?

Alejandro negó con la cabeza.

—Siempre está oscuro, hay montañas negras como la noche, con unas escarpadas gargantas; está cubierto de sombríos bosques y bañado por ríos traicioneros e imprevisibles. —La exorcista se quedó callada; levantó la cabeza como si aguzara el oído—. Incluso ahora —murmuró— sigo soñando que estoy allí. Un lugar terrible, lleno de demonios. —Separó los labios y se quedó unos momentos con la boca abierta—. No puedo describir lo que sucedió, pero el caso es que el convoy en que yo iba sufrió una emboscada, y murieron casi todos los hombres. Un soldado y yo logramos escapar, pero él no tardó en morir a causa de las terribles heridas que tenía en el cuello.

Hizo una pausa. Alejandro y *sir* Godfrey comprendieron, por la entrecortada respiración de la exorcista, que la hermana Edith no quería describir los terrores de la pérdida de su familia. La mujer salió de su ensueño.

—Pasé un tiempo rondando por el bosque como un animal. Al principio creí que los únicos peligros que me amenazaban eran los turcos, los osos salvajes y los lobos, pero eso no eran más que fantasías infantiles comparado con los verdaderos terrores que allí me acechaban. —Se detuvo y rió—. Yo era muy arrogante. Había estudiado los mitos griegos y la historia de las lamias, unas mujeres horrendas que engatusaban a los jóvenes atractivos para beberse su sangre y comerse su carne. En aquellos oscuros bosques de Valaquia aprendí que esos sueños formaban parte de nuestra realidad. Un día estaba en un poblado mendigando comida y bebida. Me invitaron a asistir al funeral de un joven que se había caído de un árbol; amortajaron el cadáver y me pidieron que me uniera al banquete fúnebre que habían preparado alrededor de él. Comí y bebí cuanto pude. El cadáver fue enterrado en un pequeño cementerio que

había junto a la iglesia. Volví al bosque y no volví a pensar en ello. Me mantenía alejada del poblado porque una tropa de *spahis* turcos —la hermana Edith se volvió hacia *sir* Godfrey—, soldados de la caballería turca, había entrado en la región. Una noche estaba sentada a solas ante un pequeño fuego cuando una oscura figura apareció entre los árboles y se dirigió hacia mí. No vi el resplandor de ningún arma, y el hombre tenía las manos tendidas en un ademán de paz. Le invité a acercarse más, y le dije que se calentara junto al fuego. —La hermana Edith hizo una pausa—. El hombre avanzó hacia mí sin hacer el menor ruido. Su rostro quedaba oculto por las sombras, pero cuando se sentó, el fuego llameó y me quedé paralizada de pánico. Tenía el rostro muy pálido, los ojos enrojecidos y hundidos; era el mismo hombre a cuyo funeral había asistido yo la semana anterior. Se quedó allí sentado, observándome, y yo no podía hacer nada. Estaba paralizada de miedo. El hombre sonrió, mostrándome los dientes, como un lobo; luego se levantó y desapareció silenciosamente en el bosque.

Alejandro se revolvió, nervioso, pues la historia de la mujer le trajo a la memoria recuerdos recientes de las espantosas experiencias que había tenido en la ciudad.

—Al principio —prosiguió la hermana Edith como si hablara sola—, pensé que era un fantasma, pero a la mañana siguiente vi que el suelo todavía conservaba la huella de donde él se había sentado. Fui a hablar con el jefe del poblado, pensando que quizás el joven no había muerto y que lo habían enterrado por error. —La exorcista se mordió el labio—. A veces ocurre: la víctima sufre un profundo desmayo, sin que se aprecien los latidos de su corazón, y la dan por muerta. La entierran en una tumba poco profunda, revive y sale de la tumba. —La hermana Edith hizo otra pausa, y se quedó escuchando los ruidos nocturnos. Alejandro, sentado a su lado, se esforzaba por controlar sus propios miedos.

—Continuad, señora —susurró.

—El anciano del poblado escuchó atentamente lo que le expliqué y no disimuló su terror. Inmediatamente ordenó que los hombres regresaran de los campos y declaró el toque de queda por la noche. Me dijo que aquel joven, al que el párroco había excomulgado, se había convertido en un *strigoii*, un muerto viviente. —La hermana Edith se pasó la lengua por los resechos labios y redujo la voz a un susurro—. Yo rechacé aquella interpretación y dije que no era más que una superstición de campesinos, por supuesto, así que el jefe me dijo que esperara. Envió a buscar a otros miembros del concejo del poblado y, con el permiso del sacerdote, abrieron la tumba del joven. Jamás olvidaré lo que vi. El cadáver todavía estaba caliente, tenía buen color y ninguna señal de corrupción. Los miembros no estaban rígidos y la cabeza estaba girada hacia un lado en lugar de mirar hacia el cielo. El jefe del poblado se mostró satisfecho; cogieron una estaca y se la clavaron al joven en el corazón. —La exorcista abrió y cerró la boca—. Nunca olvidaré aquel grito. Fue horrible, espeluznante. —La hermana Edith suspiró—. Después quemaron el cadáver. Nunca supe si el hombre al que había visto era un fantasma o un demonio. Pocos días

después los turcos me capturaron. —Su voz se endureció—. Descubrieron que era una mujer e intentaron abusar de mí. Yo me defendí con fiereza, así que me pusieron un hierro al rojo en los ojos, cegándome de por vida. —Edith hizo una pausa—. ¿Los oís? —preguntó en voz baja.

Alejandro y *sir* Godfrey, absorbidos por la historia, levantaron la cabeza.

—No. ¿Qué ha sido, señora? —preguntó el caballero.

Edith se llevó un dedo a los labios y dijo:

—¡Escuchad!

Ellos aguzaron el oído y oyeron unos débiles chillidos procedentes del exterior.

—Son murciélagos —dijo *sir* Godfrey—. Seguramente anidan bajo los aleros.

—No sé —replicó la exorcista—. En Valaquia los campesinos aseguraban que los murciélagos eran los emisarios y heraldos de los *strigoii*, los vampiros bebedores de sangre.

Alejandro sacudió la cabeza.

—Señora, ahora no nos digáis que a esos murciélagos también los han enviado.

—Podría ser.

—Pues ¿quién se supone que los envía? ¿Insinuáis que esos *strigoii*, esos vampiros, rondan por aquí? Si así es, los perseguiremos y los mataremos como hizo el jefe del poblado de Valaquia.

—¡Sólo os he contado la mitad de la historia, McBain! —dijo la hermana Edith—. Todavía no sabéis lo peor. Me capturaron, me dejaron ciega, me cosieron los párpados. Me obligaron a trabajar en los campos, así que me convertí en una campesina valaca. Creedme, Alejandro, no hay nadie bajo el cielo más desgraciado que esos campesinos. Al principio los consideraba ignorantes, brutos e incultos, pero ellos me enseñaron más de lo que yo había aprendido en la escuela o en las bibliotecas de nuestros monasterios.

—Cuando llevaba cuatro años cautiva, el poblado donde vivía fue atacado por unos demonios peores que los turcos. Tres hombres crueles y malvados, verdaderos hijos de Satanás, habían sido ejecutados. El sacerdote del poblado, que era un santo, instó a que quemaran los cadáveres de los tres malhechores. El jefe turco se rió de él y dejaron los cadáveres colgados en la horca. —Edith hizo una pausa y sacudió la cabeza—. El primer ataque se produjo pasada una semana. Encontraron a una chiquilla con el cuello cortado de oreja a oreja, y sin una gota de sangre en el cuerpo. Los ataques fueron sucediéndose, y eran cada vez más brutales. Los turcos desplegaron soldados por la región, *spahis* y hasta un excelente escuadrón de jenízaros. Recorrieron la zona, pero no encontraron ni rastro de aquellos misteriosos atacantes. —La hermana Edith le cogió la mano a Alejandro—. ¡Escuchad! —susurró—. Un día yo estaba en el bosque cogiendo bayas; lo hacía para entrenar mi mente y sobreponerme a la ceguera. Un chiquillo del poblado me había acompañado hasta allí. De pronto tiró de mi capa y me suplicó que me agachara detrás de un matorral. Lo hice, y el niño me susurró que había visto a un *spahi* que se dirigía hacia nosotros,

pero que había unos asaltantes esperándole en los árboles. Oí el ruido de un golpe, el relincho de un caballo seguido de un grito desgarrador. El chico, acurrucado a mi lado, se desmayó. —La exorcista le apretó la mano a Alejandro, como un chiquillo apretaría la mano de su padre—. Me quedé junto a aquel niño más de una hora, perdida en un infierno invisible y escuchando los ruidos más espantosos que podáis imaginar. —La hermana Edith se quedó callada, mirando sin ver a sus acompañantes.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Alejandro.

—El niño recobró la conciencia. Juntos regresamos al poblado. Él pasó dos días encerrado en su cabaña, sin poder hablar. Después nos contó lo que había visto. El spahi había sido atacado por una familia de leñadores, un marido, su esposa y su hijo, un joven que no tenía más de diecisiete años. El niño dijo que su aspecto era normal, pero que la velocidad y la violencia de su ataque eran increíbles. Se lanzaron sobre el spahi, derribando al jinete y al caballo. El hijo desgarró el cuello del soldado de un mordisco brutal, como un zorro haría con un pollo o una comadreja con un conejo. Luego ahorcaron al pobre soldado y le quitaron toda la sangre. Antes de desmayarse, el niño vio cómo empezaban a beberse la sangre del muerto.

Alejandro miró fijamente a la exorcista, y después a *sir* Godfrey. Habría jurado que aquello no era más que imaginaciones, de no ser por el terror que se dibujaba en el rostro de la mujer y por las gotas de sudor que le corrían por la frente empapando la venda que llevaba sobre los ojos. *Sir* Godfrey había visto a mucha gente asustada, pero no recordaba nada que pudiera compararse con el terror que ahora se apoderaba de aquella mujer, por lo general serena.

—Al principio nadie creyó al niño, pero pusieron vigilancia en la cabaña del leñador —prosiguió la hermana Edith—. El leñador, su esposa y su hijo se comportaban con normalidad y su aspecto no había cambiado. Sus ataques no se regían por los cambios de estación ni por los ciclos del sol o de la luna. Sólo se fijaron en una cosa. El sacerdote del pueblo declaró que, aunque el leñador y su familia iban a la iglesia, habían dejado de comulgar, y siempre se situaban de modo que no tuvieran que mirar directamente hacia el altar mientras se celebraba la misa. —La hermana Edith apretó un poco más la mano de Alejandro—. Recordadlo, y vos también, *sir* Godfrey. Y olvidad los cuentos de viejas sobre cruces, sortilegios o talismanes, como el ajo o algunas plantas.

—¿Qué pasó? —insistió Alejandro. El frío de las manos de la mujer parecía extenderse por su cuerpo.

—Nombraron a un nuevo jefe turco. Un anciano muy sabio. Ordenó que los cadáveres de los tres malhechores fueran quemados y que mataran inmediatamente al leñador y a su familia. Tenían que apresarlos al amanecer, matarlos, destruir sus cuerpos y derribar su casa.

—Y ¿se cumplieron sus órdenes? —preguntó *sir* Godfrey.

—Sí, asaltaron la cabaña, pero el leñador y su familia se defendieron como demonios. Al parecer poseían una fuerza, una velocidad y una agilidad

sobrehumanas. El jefe del poblado, que presenció el ataque, dijo que antes de que muriera el hijo murieron ocho jenízaros. —La exorcista exhaló un suspiro—. Y entonces fue cuando empezó lo peor. Vos sois soldado, *sir* Godfrey, y cuando vuestro enemigo cae, os olvidáis de él.

—¿Y aquellos revivieron?

—Oh, no, peor aún. De pronto, uno de los oficiales jenízaros se volvió contra sus hombres y empezó a matarlos. Los turcos comprendieron que no luchaban contra seres de carne y hueso, sino contra espíritus que pasaban de un cuerpo a otro, como alguien que se traslada de su casa en ruinas a una nueva vivienda.

Sir Godfrey sacudió la cabeza.

—¡Eso es imposible, señora!

—¿Eso pensáis? Leed los evangelios. ¿Recordáis cuando Cristo exorcizó a aquel hombre, y el demonio que el poseso llevaba dentro suplicó que le dejaran trasladarse a otro lugar? Yo he realizado muchos exorcismos, y el procedimiento siempre es el mismo. Le pides al demonio que se identifique y luego empiezas el ritual solemne. Generalmente el demonio pide a gritos un lugar a donde ir, pero la respuesta del exorcista siempre es la misma: «Al oscuro abismo del infierno». Lo que yo presencié en Valaquia era diferente. Aquellos espíritus eran señores del infierno, y tenían el poder de pasar de un cadáver a un cuerpo vivo. Por eso los campesinos los llaman *strigoii*; son los muertos vivientes.

—Pero ¿cómo se explican las sangrías?

Edith acarició el crucifijo que llevaba colgado al cuello.

—Los *strigoii* ocupan el cuerpo de un hombre y lo convierten en un asesino; lo que buscan es la sangría, porque obtienen su fuerza de la sangre.

—¿Qué pasó en aquel pueblo? —preguntó *sir* Godfrey.

—El jefe turco actuó con gran valentía. Detuvo el ataque y pidió al sacerdote que bajara el copón con una hostia consagrada. El sacerdote obedeció y sostuvo el copón en alto mientras los soldados iniciaban un segundo ataque. Pero esta vez, cuando finalmente mataron al leñador y a su esposa, utilizaron fuego griego, y los cadáveres se quemaron inmediatamente. Por lo visto, si eso se hace deprisa, el exorcismo resulta eficaz y los demonios deben regresar a su oscuro pozo.

La exorcista se calló, y Alejandro se quedó contemplando la negrura de la noche.

—¿Es a eso a lo que nos enfrentamos ahora, señora?

—Sí, Alejandro. No luchamos contra seres de carne y hueso, sino contra los señores del infierno.

—Y ¿no hay ninguna forma de detectar a esos endemoniados?

—No, no la hay. Hablan, cantan, lloran, comen y beben como los demás. Se comportan como personas normales, ya sean plebeyos o grandes señores. Pero lo que sé es que no pueden comulgar durante la misa. Si se exponen a la hostia consagrada, lo cual no resulta fácil, pronto muestran su verdadera naturaleza.

—¿Cuántos podría haber? —preguntó Alejandro.

—No lo sé. Podría ser uno, podrían ser seis, diez, veinte, treinta o cuarenta.

—¿Pueden multiplicarse?

—No, creo que no, pero a menos que el cuerpo habitado por un *strigoii* sea quemado, el demonio pasa a otro cuerpo. Es como una peste mortal, que mata y se contagia.

Alejandro cerró los ojos y murmuró una oración para recuperar las fuerzas.

Recordó las espantosas escenas que había visto en aquella casa y se estremeció.

—No puede ser —murmuró—. ¿Y si se tratara de otra cosa? ¿Cómo sabéis que las criaturas responsables de esas muertes de que nos han hablado son *strigoii*?

—Por dos motivos. En primer lugar, la universidad tiene grandes archivos y bibliotecas. En uno de ellos hay una crónica escrita por un monje de Osney. Pues bien, está llena de extrañas historias de apariciones, curaciones milagrosas y sucesos horribles. El monje la escribió unos cincuenta años después de la conquista, y en esa crónica, que la abadesa me leyó, hay una referencia a una extraña orden que desembarcó en la costa de Kent y que luego se trasladó a Oxfordshire. Repararon una vieja torre en desuso situada en una zona apartada y se instalaron en ella. Ese grupo se hacía pasar por una comunidad de hombres y mujeres religiosos, peregrinos que cumplían algún voto solemne, hasta que empezaron los horribles asesinatos.

—¿Eran *strigoii*? —la interrumpió Alejandro.

—Sí, procedían de Valaquia o de un lugar cercano, Moldavia, un principado de los Balcanes. Guillermo, el primer rey normando, destruyó la torre por completo...

—¿Y a los *strigoii*?

—No se sabe, pero sospecho que no destruyeron todos sus cuerpos.

—¿Por qué lo decís, señora?

—Sospecho que el líder de aquellos *strigoii*, a los que destruyó Guillermo *El Normando*, fue encarcelado en alguna cripta. Es posible que alguien abriera aquel lugar y que el espíritu del *strigoii* haya quedado ahora en libertad, rondando a su antojo.

—Entonces —intervino *sir* Godfrey—, ¿podría haber uno solo?

—Sí, pero él es un príncipe de los *strigoii*, y quizá haya llamado a sus vasallos para que le ayuden.

—¿Por qué no podemos destruir su lugar de descanso? —preguntó Alejandro.

La hermana Edith sonrió:

—Pero ¿dónde está? Y en realidad el mal ya está hecho: el espíritu ha quedado en libertad. Quizás incluso el cuerpo.

—¿Cómo eligen los *strigoii* a las personas que poseerán?

—La gente cree que sólo la maldad puede atraer a semejantes demonios —dijo la exorcista—. A veces es así, pero todos los débiles de espíritu, los que no están preparados y los que no comulgan regularmente son vulnerables a sus ataques.

Sir Godfrey se inclinó hacia delante y dijo:

—No habéis terminado vuestra historia, ¿verdad, señora?

Alejandro notó que el cuerpo de la exorcista temblaba de miedo.

—Como yo había ayudado a identificar a los asesinos, el jefe turco permitió que los hospitalarios me rescataran y me devolvieran a Inglaterra. Pero antes de partir, aquel hombre, que era un buen musulmán, me dijo algo muy extraño.

La hermana Edith se aflojó la venda de los ojos.

—¿De qué se trata?

—Me dijo que poco antes de que el último *strigoii* fuera destruido en la matanza que tuvo lugar alrededor de la cabaña del leñador, gritó una terrible profecía. —La exorcista cruzó los brazos y se inclinó hacia delante, como si sintiera un intenso dolor.

—¡Debéis decírnoslo, señora!

—El *strigoii* gritó: «Decidle a la ciega que volveremos a encontrarnos. Ella será más anciana e irá acompañada del hijo de un rey».

Alejandro soltó un grito de asombro.

—¿Es que no lo veis? —susurró Edith—. Los terribles crímenes cometidos en Oxford y vuestro nombre, McBain, que significa «hijo de rey». Cuando la noticia de los asesinatos llegó a Londres y el canciller me preguntó quién quería que me acompañara, oí hablar de vos y supe qué clase de demonios me aguardaban en Oxford.

Alejandro se revolvió, muy nervioso, para ocultar su pánico.

—Así que el *strigoii* me conocía antes de que yo hubiera nacido.

—No, pero profetizó que un día seríais su enemigo.

—Pero aquí hay un error. ¿Cómo es posible que esos *strigoii* de Valaquia sean los mismos que merodean por las calles de Oxford?

—Os lo diré, McBain. Me habéis preguntado si los *strigoii* pueden multiplicarse. No pueden hacerlo. Pero imagináoslos como una fuerza enemiga que cruza un gran río y establece una cabeza de puente para que otros puedan seguirlos. —La exorcista acercó la cara a la de Alejandro—. Si no destruimos a los *strigoii* aquí, ellos extenderán su poder y después vendrán otros. —Sujetó al escribano por la muñeca y agregó—: ¡Creedme, Alejandro! ¡Se avecinan días terribles!

La hermana Edith se levantó y salió a la oscuridad, dejando a Alejandro y a *sir* Godfrey mudos y más asustados de lo que lo habían estado jamás en sus vidas. Alejandro inspiró hondo, se levantó, se acercó a la ventana y se puso a mirar las estrellas.

—A Dios me encomiendo —murmuró, y empezó a entonar la gran oración de san Patricio—: «Que Cristo vaya a mi lado, que Cristo vaya delante de mí, que Cristo vaya dentro de mí».

Sir Godfrey rezó con él, y luego el caballero se levantó, se arrodilló hacia el este, se santiguó y subió en silencio a su cámara. Alejandro se quedó un rato sentado junto al fuego mirando cómo las chispas saltaban como diminutos diablillos en su pequeño infierno.

—¡Alejandro, amigo mío —susurró—, ha llegado tu hora! —Sonrió y añadió—: Serás un héroe, Alejandro. Reza tus plegarias, amigo, y prepara tu espada.

Se quedó un rato canturreando, pero cuando empezaba a invadirle el sueño, recordó las palabras de un gran poema épico gaélico: «Los que luchan contra monstruos deben tener cuidado para no convertirse en monstruos, y recuerda: cuando te asomas al infierno, el infierno te devuelve la mirada».

Capítulo 4

A la mañana siguiente *sir* Godfrey y Alejandro desayunaron en el pequeño refectorio. La jovial Matilde les sirvió pan blanco, jarras de cerveza y queso de oveja que tenía un gusto agrio y picante. *Sir* Godfrey ya había rezado sus oraciones, arrodillado junto a su cama, dedicando todas sus acciones a las cinco heridas de Cristo y solicitando la protección de la Virgen bendita. Alejandro, más práctico, había rezado mientras se vestía.

Ahora estaban ambos sentados comiendo pan con queso y reflexionando sobre lo que la exorcista les había contado la noche anterior. Alejandro cogió una pequeña hogaza de pan blanco e interrumpió el silencio.

—Yo sólo como este pan —dijo—. Un físico judío de Salerno me dijo que el pan de centeno es perjudicial para los intestinos, y que además produce pesadillas.

—Nosotros no necesitamos pesadillas —gruñó *sir* Godfrey—. Estamos viviendo una. Esos cadáveres, esa horrible y silenciosa casa, los relatos de la hermana Edith... ¿Qué opináis de ella, Alejandro?

—Yo estudié en Cambridge, *sir* Godfrey. Recibí clases de lógica y me adoctrinaron en las materias del trívio y el cuadrívio. Me muevo en un mundo que depende del tacto y del gusto —el joven escribano se rascó la desgredada cabeza— pero, san Pablo dice que no sólo luchamos contra seres de carne y hueso, sino contra legiones de seres infernales, los señores del aire que rondan por la creación de Dios, dispuestos incluso a destruir Su obra.

Sir Godfrey masculló por lo bajo.

—¿Decíais algo? —preguntó Alejandro inclinándose hacia delante.

—Yo lucho contra seres de carne y hueso —contestó el caballero—. Lo que vimos ayer era obra de seres de carne y hueso.

Alejandro sacudió la cabeza.

—*Sic et non*, como diría el gran Abelardo. Sí y no, *sir* Godfrey. ¿Y si los que perpetraron esos horribles asesinatos estuvieran poseídos por demonios o se creyeran seres diferentes?

—¿Qué queréis decir? —preguntó bruscamente el caballero.

—Bueno, en Cambridge había un hombre al que la gente consideraba idiota. Vivía en los sótanos de una taberna, en las afueras de Trumpington. Estaba convencido de que era el ángel Gabriel, y nadie pudo disuadirlo de ello.

—¿Y si lo era? —preguntó Alejandro con una sonrisa burlona.

Sir Godfrey se metió un trozo de queso en la boca e ignoró el guiño de Alejandro. El joven escribano vació su jarra de cerveza.

—*Sir* Godfrey, quienesquiera que sean los asesinos, nos disponemos a entrar en el Valle de la Muerte, pero —Alejandro no pudo contener una discreta chanza— tenemos vuestra espada, mi cerebro y las oraciones de la hermana Edith.

—Creo que vamos a necesitar algo más que eso.

El caballero y el escribano se volvieron sorprendidos y vieron a la exorcista plantada en el umbral. Se levantaron ambos, un poco turbados. Alejandro vio que la hermana Edith iba vestida como una dama; se había quitado el hábito gris y llevaba otro azul oscuro, adornado con un ribete plateado, y un velo y un griñón del mismo color cubrían su cabeza. Una vez más a Alejandro le impresionó que, pese a la venda que llevaba sobre los ojos y el cabello blanco que asomaba por debajo del griñón, el rostro de la hermana Edith fuera suave y atractivo como el de una jovencita, y sus labios rojos y carnosos.

—¡Dios no pretende que seamos desgraciados! —exclamó Edith adelantándose.

Alejandro se mordió el labio y se ruborizó, pues la exorcista parecía haberle leído los pensamientos. También le fascinaba que la exorcista pudiera caminar con paso tan firme y con un porte tan majestuoso. La hermana Edith se sentó a la cabecera de la mesa con la elegancia de una dama de honor de la reina. Alargó el brazo y cogió una hogaza de pan que partió con los dedos.

—¿Habéis comido bien? —preguntó.

—Un pan y un queso fresquísimos, señora —replicó *sir* Godfrey—. Y una cerveza excelente. ¿Qué más podríamos pedir?

La exorcista rió con jovialidad.

—Sí, ¿qué más, *sir* Godfrey? Debéis fortaleceros. El diablo sabe aprovecharse de un estómago vacío y un espíritu débil. ¿Habéis rezado ya vuestras oraciones? —preguntó con voz queda.

—Sí, señora.

—Y ¿habéis planeado lo que vais a hacer?

Los dos hombres se miraron con expresión preocupada.

—Si tenéis que entrar en un laberinto —dijo la exorcista—, lo mejor que podéis hacer es palpar la pared. ¿Qué es lo que sabéis de momento?

Alejandro dejó su tajo en la mesa.

—¿Queréis un poco de cerveza, señora?

—Un poco, una copa pequeña.

Alejandro se levantó y entró en la despensa. Regresó, llenó la copa hasta el borde y se la puso suavemente en las manos a la exorcista.

—Tenéis las manos calientes —la exorcista sonrió—. Vuestra sangre corre caliente por vuestras venas, Alejandro McBain, y eso me gusta. Pero ¿qué respondéis a mi pregunta?

—Lo que sabemos es muy poco —contestó *sir* Godfrey mirando fijamente a la exorcista. Habría jurado que aquella mujer podía ver cada uno de los movimientos que ellos hacían.

—¿Pero? —preguntó ella con agudeza.

—Pero hay unos cuantos cabos sueltos, señora. En primer lugar, esos estudiantes que desaparecieron del colegio Stapleton, en el Turl. Deberíamos ir allí. En segundo

lugar, ese extraño asunto del monasterio trinitario; también deberíamos visitarlo.

La exorcista asintió con la cabeza.

—Al fin y al cabo —continuó *sir* Godfrey—, el monasterio está edificado sobre el lugar donde antes se elevaba la torre de los *strigoii*, y también está el asunto de la repentina y misteriosa muerte del abad Sansón. También deberíamos visitar a la familia Mortimer. —*Sir* Godfrey miró a Alejandro y preguntó—: ¿Dónde está la casa solariega?

—En el camino hacia Woodstock.

—Y por último —concluyó *sir* Godfrey— deberíamos interrogar a ese clérigo que tienen encarcelado en la cárcel de la ciudad. Quizá pueda contarnos algo que nos resulte útil.

—Entonces —dijo la hermana Edith secándose los dedos con la servilleta— deberíamos ponernos en camino sin tardanza.

Los hombres se miraron sorprendidos.

—Voy a acompañaros —añadió la exorcista con tono desafiante—. Puede que sea ciega... —chascó la lengua alegremente—. Pero me sentará bien salir de nuevo al mundo y mezclarme con mis semejantes. —Su rostro adoptó una expresión solemne—. Quizá pueda ayudaros. —Se levantó y le acarició las orejas a Alejandro—. Podéis escuchar con ellas y podéis escuchar con el alma. —Levantó una mano como si pronunciara un juramento—. Os doy mi palabra de que si os molesto me quedaré aquí, pero me encantaría ir con vos.

Alejandro miró a *sir* Godfrey, que se limitó a encogerse de hombros y mostrar las palmas de las manos.

—Por supuesto, señora —dijo el caballero mientras Alejandro hacía una mueca—. Pero no debéis ponerlos en peligro.

—¿En peligro? —La exorcista echó la cabeza hacia atrás y rió—. Noble caballero, ¡yo he vivido siempre entre peligros!

La conversación se interrumpió al sonar unos fuertes golpes en la puerta. La abadesa entró acompañada de un soldado desaliñado que llevaba las botas llenas de barro y el andrajoso tabardo manchado. El individuo los saludó a los tres con una reverencia, pero Alejandro se percató de que el soldado estaba fascinado por la exorcista. La abadesa estaba de pie detrás de él, con expresión ceñuda, sin disimular el desprecio que sentía por aquel hombre que apestaba a sudor de caballo y que no paraba de secarse la nariz con el dorso de la mano.

—Lo envía el gobernador —dijo la abadesa.

—¿Y bien?

—*Sir* Oswald... —El mensajero cerró los ojos—. *Sir* Oswald os envía sus... sus...

—Saludos —sugirió *sir* Godfrey, crispado.

—No, señor, sus saluciones. Requiere vuestra presencia inmediata en el castillo.

—¿Por qué? —preguntó Alejandro.

El soldado abrió los ojos.

—No lo sé, maese, pero esta mañana han llevado un cadáver envuelto en una sábana empapada en sangre. Todavía goteaba cuando *sir* Oswald ordenó que lo bajaran a uno de los sótanos.

—Otra muerte —murmuró la exorcista—. Quizá deberíamos empezar por el castillo.

Despacharon al mensajero y Godfrey y Alejandro subieron a recoger sus talabartes y sus capas. La exorcista se quedó hablando con la abadesa, que estaba ansiosa por saber qué podía necesitar la hermana Edith.

—Sólo necesito un caballo —dijo la exorcista cuando los hombres bajaban por la escalera—. Que sea manso, pero fuerte. Un noble palafrén.

La abadesa los condujo a las cuadras. Al pasar por los jardines, empapados de lluvia, oyeron cantar a una muchacha. Alejandro se detuvo.

—Esa canción es francesa, ¿no? *La belle dame sans merci, La dama sin piedad.*

Y, sin que nadie lo hubiera invitado, Alejandro entró por un hueco del seto de alheña tras el que se ocultaba la cantante. La expresión de su rostro se suavizó en cuanto descubrió a *lady* Emilia de pie junto a una fuente, con una paloma de un blanco deslumbrante en su mano enguantada. Emilia acariciaba dulcemente el pecho del pájaro mientras le cantaba, completamente abstraída.

Sir Godfrey se acercó a Alejandro. Ambos se quedaron mudos de admiración, pues la luz del sol iluminaba el cabello sin trenzar de la joven y creaba una aureola dorada alrededor de su cabeza. Con su largo vestido granate, ceñido en la cintura por un cordón de plata, a Alejandro le recordó a una hermosa princesa que había visto en algún libro de leyendas, en una biblioteca de Cambridge.

—¡Es un espejismo! —murmuró.

La joven siguió cantando. Godfrey no podía apartar los ojos de ella, y se preguntaba por qué su corazón perdía el compás, por qué la sangre le corría tan furiosamente por las venas y por qué sentía un cosquilleo de emoción en el estómago.

«¡Por todos los santos! —pensó—. Sólo la he visto dos veces, y parezco un muchacho enamorado.»

Las dos religiosas los alcanzaron. La paloma batió las alas. Emilia dejó de cantar al darse cuenta de que la estaban escuchando. Dejó la paloma suavemente en el suelo y los miró tímidamente sin levantar del todo los párpados.

—Buenos días, señores —dijo.

Alejandro dio un paso adelante, y sus botas crujieron sobre el camino de grava. La paloma emprendió el vuelo y empezó a describir círculos sobre la joven. Alejandro hizo una espléndida reverencia.

—Permitidme que os diga, señora, que jamás había oído cantar tan deliciosamente esa canción.

—Me la enseñó mi madre.

Alejandro miró el pájaro, que seguía volando.

—¿Es vuestra mascota?

—Algo parecido.

Alejandro observó la paloma, una ráfaga blanca destacada contra el cielo matutino.

—En ese caso, señora, ¡es la más afortunada de las palomas!

—¿Por qué, señor? —*Lady Emilia* miró a Alejandro y pestañeó.

Godfrey sintió envidia, pues la chica se esforzaba por disimular la risa.

—¡Por poder posarse en vuestra mano, señora!

Emilia se ruborizó. La madre Constance carraspeó, pero la exorcista, como haciéndose eco de la alegría de la chica, soltó una carcajada.

—¿Conocéis ya a la hermana Edith? —preguntó *sir Godfrey* haciendo un esfuerzo.

La madre Constance se adelantó y las presentó. Emilia se adelantó para besar a la hermana Edith, y acarició suavemente las mejillas de la exorcista con sus rojos labios.

—Sois hermosa —susurró la hermana Edith al apartarse de ella—. Y una excelente cantante. —Miró a Alejandro y añadió—: ¿De verdad conocéis esa canción?

Alejandro, ansioso por aprovechar cada segundo, adelantó una pierna, echó la cabeza hacia atrás y puso los brazos en jarras, adoptando la postura de un juglar profesional.

—¿Tendríais la bondad de acompañarme, *lady Emilia*? ¿Cómo dice el primer verso?

—«*La nuit devient trop tard*»

Alejandro empezó a cantar con su melodiosa voz de tenor, y Emilia se le unió en el tercer verso. Juntos cantaron el más precioso dueto que *sir Godfrey* había oído jamás. Cuando terminaron, hasta el severo rostro de la madre Constance estaba iluminado por una sonrisa. La exorcista aplaudió, pero *sir Godfrey* no pudo hacer otra cosa que mirarlos fijamente, dividido entre la envidia que sentía hacia Alejandro por su facilidad para la galantería y la inmensa admiración que sentía por aquella doncella.

—¡Esto no puede ser! ¡No puede ser! —declaró la madre Constance fingiendo enojo—. Maese McBain, el gobernador os espera.

Alejandro cogió la mano de Emilia, se la acercó a los labios y besó sus largos y fríos dedos. Deleitándose con su sedosa suavidad, retuvo la mano de la joven mientras la miraba con descaro. Emilia, por su parte, se comportó como una perfecta coqueta, retirando la mano a regañadientes cuando la etiqueta y la severa mirada de la madre Constance lo exigieron.

—Señora —murmuró Alejandro—, deberíais seguir cantando.

—Vuestro acompañamiento ha sido perfecto —replicó Emilia con voz queda.

Alejandro dio un paso atrás y volvió a hacer una reverencia, pero en lugar de volverse caminó hacia atrás como si le resultara imposible apartar los ojos de la

joven. Emilia se puso a reír. La madre Constance echó a andar, mientras la exorcista cogía a Alejandro de la mano.

—Vamos, señor —susurró—. Gozáis de la tolerancia de la abadesa, hasta de su aprobación. No tentéis vuestra suerte.

Sin embargo *sir* Godfrey no se movió y esperó a que sus acompañantes hubieran atravesado el seto de alheña que protegía aquel escenario. Entonces se adelantó. Intentó sonreír, pero se sintió falso, así que conservó su expresión seria. Emilia lo miró extrañada; veía la pasión en el rostro de *sir* Godfrey, y el fuego en sus ojos, y comprendió que aquel hombre no creía en el coqueteo. Se cogió las manos sobre el estómago.

—¿Os quedáis, *sir* Godfrey?

El caballero le tendió la mano, y Emilia deslizó sus dedos sobre ella. Entonces el caballero se llevó la mano de Emilia a los labios, la acarició suavemente y la soltó.

—Consideradme vuestro humilde servidor, señora.

Emilia se ruborizó, pero esta vez no fue de timidez, sino abrumada por la pasión dibujada en la cara de *sir* Godfrey. Despegó los labios para decir algo, pero *sir* Godfrey dio media vuelta y echó a andar para reunirse con los demás en las cuadras. Los criados habían sacado un pequeño palafrén gris y Alejandro estaba ayudando a la exorcista a montar. La hermana Edith se volvió hacia *sir* Godfrey.

—Ya sé lo que pensáis, *sir* Godfrey —dijo—. Soy ciega, pero no inútil. Puedo montar a caballo tan bien como un recién nacido mama de los pechos de su madre. — Dio unos golpecitos en el puño de madera de la larga daga que siempre llevaba bajo la capa, y que ahora estaba atada a la silla de montar—. Y si hay que luchar, sé defenderme. —La exorcista sonrió y añadió—: Pero no os acerquéis demasiado a mí. A veces resulta difícil distinguir al amigo del enemigo.

Alejandro rió a carcajadas mientras él y el caballero montaban en sus caballos.

—¡*Sir* Godfrey! —dijo la abadesa—. El escribano me ha dicho que queréis visitar a la familia Mortimer.

—Sí, así es. Creo que tienen una mansión entre la ciudad y Woodstock.

La abadesa sacudió la cabeza.

—Allí ya no vive ningún Mortimer. Lo siento, debí informaros antes; su único descendiente es *sir* Oswald Beauchamp, el gobernador. Creí que ya lo sabríais.

Sir Godfrey negó con la cabeza.

—No, lo ignoraba —murmuró—. Pero no lo olvidaré.

Salieron juntos de los edificios del convento, Alejandro llevando el caballo de la exorcista por la brida. Tuvieron que hacerse a un lado cuando los alguaciles de la ciudad pasaron empujando un carro con el cadáver de un suicida; lo llevaban a Eastgate para enterrarlo en la fosa común. Luego subieron por High Street hacia el castillo. Había llovido todo el día, la calle estaba embarrada y la lluvia había llenado el albañal del centro hasta casi desbordarlo. Con todo, la perspectiva de un día mejor, así como el tañido de las campanas de diversas iglesias y los gritos de los aprendices,

habían hecho salir a la multitud. Monjes benedictinos con sus hábitos negros, carmelitas con hábitos blancos, frailes vestidos de negro y gris y la multitud de estudiantes (unos elegantemente vestidos, otros andrajosos, pero todos pálidos y ceñudos y sin despegar la mano del puño de la daga) se abrían paso a empujones por las calles. Los criados pasaban corriendo, llevando libros a las facultades. Un sacerdote, precedido por una cruz de plata, recitaba oraciones para el reposo del alma del cadáver que daba tumbos en un carro, detrás de él. De vez en cuando Alejandro distinguía a diferentes profesores: los doctores con sus mantos de tela carmesí, las capuchas forradas de piel de los teólogos y los relucientes birretes blancos de los maestros de Arte.

Era una multitud decidida, que entraba y salía con prisas de los muchos colegios que bordeaban High Street o se metía en las casas de comidas para desayunar, atraída por los sabrosos olores del buey y la cebolla que impregnaban el aire matutino. Los campesinos con sus zuecos de madera y sus capuchas marrones y verdes empujaban a los ricos burgueses con sus capas forradas de lana. Las atareadas sirvientas corrían por entre los puestos del mercado cargadas con sus cestas, memorizando en voz baja las cosas que tenían que comprar. Alejandro los observaba a todos, y le llamó la atención la hostilidad que había entre los estudiantes y la gente de la ciudad. Un grupo de estudiantes apartó de su camino a un mercader, arrojándolo casi al apestoso albañal. Un burgués estuvo a punto de desenvainar la espada al oír unos susurros salaces dirigidos a su joven hija, cuyo hermoso rostro asomaba de una capucha cubierta de damasco. Continuamente los estudiantes hablaban con voz estridente mientras se preparaban para una jornada de estudio en las escuelas, y Alejandro alcanzó a oír fragmentos de sus canciones. Los alguaciles y los bedeles vigilaban atentamente al ruidoso gentío. Todos iban armados con bastones, pero Alejandro vislumbró el pomo de una espada bajo la capa de uno de ellos. *Sir Godfrey*, que también lo había visto, se volvió en la silla y dijo:

—Aquí hay mucha tensión. Esto es como el patio de un granero lleno de gallos de pelea.

—Siempre hay tensión —observó Alejandro con amargura—. Los estudiantes odian a los ciudadanos, y los ciudadanos odian a los estudiantes. En Cambridge pasaba lo mismo.

«No —pensó Godfrey mirando alrededor—, esto es diferente.» Se preguntó si los misteriosos asesinatos habrían avivado la hostilidad entre la universidad y la ciudad. Salieron de High Street y pasaron por San Martín hasta la iglesia de San Pedro. Allí se detuvieron y observaron con curiosidad: la iglesia, situada a sólo unos pasos de High Street, estaba cerrada a cal y canto, aunque el pequeño pórtico que había junto a la iglesia estaba lleno de gente. *Sir Godfrey* miró a los harapientos hombres y mujeres que salían del pórtico en tropel, charlando con el sacerdote que ellos habían conocido la noche anterior. El sacerdote había montado un pequeño puesto junto al pórtico y servía cuencos de potaje caliente y pequeñas barras de pan a los pobres o a cualquiera

que se acercara por allí. El padre Andrés los vio y sonrió. Le dio el cucharón a un joven desgreñado y fue a saludarlos.

—Buenos días, señores. —El sacerdote miró a la exorcista, que estaba sentada en su montura, absorta en sus propios pensamientos.

—Buenos días, padre Andrés. —Alejandro estrechó las manos al sacerdote y observó su rostro bonachón—. Os presento a la hermana Edith Mohun.

—¿La exorcista?

—Sí —contestó Alejandro—. ¿Habéis oído hablar de ella?

El sacerdote se acercó, tomó la mano de la exorcista y la besó cariñosamente.

—Yo nací en Whitby, en el norte, pero fui cura en St. Dunstan's-in-the-Fields. Ya entonces erais famosa.

—¿Famosa yo? —preguntó la hermana Edith con aspereza—. ¿Por qué, por esconderme de todos?

El padre Andrés rió abiertamente y retrocedió.

—Por vuestras plegarias y vuestras buenas obras.

Sir Godfrey señaló la mesa, el caldero humeante y a los pobres que se apiñaban alrededor de él.

—Igual que vos, padre Andrés.

—Es lo menos que puedo hacer —replicó el sacerdote—. A Oxford viene mucha gente. El precio de una cama o de una barra de pan es un lujo incluso para los ricos. Me pareció buena idea utilizar los ingresos de la iglesia para poner remedio a esa situación.

Sir Godfrey asintió con la cabeza. Había visto escenas parecidas en otras ocasiones: jornaleros errantes, estudiantes pobres, hasta familias enteras de mendigos. Recordó los debates en el gran concejo reunido por el rey la Pascua anterior; las calles estaban abarrotadas mientras los señores utilizaban sus campos y sus pastos cultivables para criar ovejas y enriquecerse con los beneficios de la lana, mientras los pobres se veían obligados a abandonar sus casas. La exorcista, que había olido los sabrosos olores procedentes del caldero, hizo avanzar su palafreñ.

—Veo que os ocupáis del cuerpo de los necesitados, sacerdote. Pero no oigo ninguna campana llamando a misa, ni a nadie entrando por vuestra puerta.

El padre Andrés rió y dijo:

—Señora, veis mejor que muchos que no tienen problemas de visión. La iglesia está cerrada porque el tejado está deteriorado, y las vigas se están agrietando. —El padre Andrés rió de nuevo—. Ya sé que se supone que la iglesia es la puerta del cielo, pero no deberíamos interpretar esas palabras en un sentido demasiado literal.

Todos rieron la agudeza del sacerdote, se despidieron y siguieron su camino; cruzaron el puente levadizo y subieron al castillo. Los criados se encargaron de sus caballos, y un mayordomo los condujo a una cómoda solana del segundo piso, donde los esperaban *sir Oswald Beauchamp* y el desgarbado y ceñudo censor, Nicolás Ormiston. Tras las presentaciones oportunas, intercambiaron cumplidos mientras un

criado les llevaba una bandeja de copas de vino blanco dulce y un plato de higos secos y azucarados. Se sentaron alrededor de la pequeña mesa de la solana, y Alejandro tomó la iniciativa.

—*Sir Oswald*, vos sois descendiente de los Mortimer, y del señor que retó y destruyó a los *strigoii*, ¿no es así?

Sir Oswald movió los pies y bajó la cabeza para ocultar su nerviosismo.

—No es un tema del que me guste hablar —murmuró—. Mi madre fue la última Mortimer, y se alegró mucho de adoptar el apellido de mi padre.

—No seáis demasiado duro con *sir Oswald* —terció el censor—. ¿Os han dicho, maese escribano, que yo también soy pariente de los Mortimer? —Miró de reajo al gobernador y añadió—: Aunque mi parentesco es más lejano.

La hermana Edith escuchaba con atención, con la cabeza ligeramente ladeada. Alejandro la miró, desconcertado. Era a un tiempo vieja y joven, distante y venerable. Sabía blasfemar como un carretero, pero tenía una mente aguda y práctica. El padre Andrés tenía razón: veía mejor que cualquiera con ojos de lince. La exorcista se volvió hacia Alejandro y sonrió. El escribano se fijó en lo blancos y perfectos que eran sus dientes.

—Estoy escuchando, maese escribano, y estoy fascinada. Decidme, *sir Oswald*, ¿había en vuestra familia leyendas sobre los *strigoii*?

Beauchamp se encogió de hombros.

—No había nada escrito —respondió lentamente—. Sólo leyendas y cuentos transmitidos oralmente de generación en generación. *Sir Hugo* era considerado un gran paladín de la Corona y de la Iglesia.

—¿Dónde está enterrado? —preguntó la hermana Edith.

—Tenía sangre normanda y poseía tierras a ambos lados del canal. Está enterrado bajo el altar mayor en Caen, en Normandía.

La hermana Edith susurró algo por lo bajo. A Alejandro le pareció que sus palabras eran: «Así pues, al menos él está a salvo».

—¿Qué otras leyendas circulaban? —preguntó de pronto la hermana Edith.

Sir Oswald apoyó los codos en la silla y miró hacia el techo de vigas, incapaz de disimular su turbación.

—No muchas —dijo vacilante—. Es como una pesadilla que no logras recordar con exactitud. Conocíamos las leyendas de los *strigoii* y de cómo Hugo destruyó su torre. A veces las historias eran consideradas meras leyendas, pero a veces había un inquietante presentimiento de que los *strigoii* regresarían para vengarse.

—Hay una historia... —El censor miró con curiosidad a su pariente lejano—. ¿La recordáis, *sir Oswald*?

—¡Ah, sí! —El gobernador cerró los ojos, mordiéndose el labio mientras intentaba recordar—. Un dicho famoso en la familia Mortimer —murmuró—. Sí, ahora me acuerdo. —Abrió los ojos—. «¡Ten cuidado, Mortimer, cuando el diablo de la torre vieja baje a la roca que hay cerca de la torre nueva!» —Se encogió de

hombros y dijo—: ¡Eso es todo!

—¿Qué significa? —preguntó Alejandro.

—No lo sé. Si lo supiera os lo diría.

La exorcista se había vuelto hacia el censor como si lo observara atentamente.

—¿Sois doctor en Teología, señor?

—Sí, señora.

—¿Experto en Filosofía y Lógica?

Ormiston rió como un muchacho.

—Bueno, eso dicen. Los hay que me alaban y los hay que me critican. En Oxford hay mucha sabiduría, pero muy poca caridad. ¿Por qué lo preguntáis?

La exorcista sonrió.

—Os debe resultar difícil creer en demonios y *strigoii*, en gente que cambia de forma y bebe sangre humana.

Ormiston sacudió la cabeza.

—Me resultaba difícil cuando era más joven —replicó lentamente—. Pero creo en los poderes de las tinieblas. Salid al campo, señora, y encontraréis a gente que va a misa el domingo y que, la noche antes, ha bailado en claros iluminados por la luna ofreciendo sacrificios a Cernunnos, el dios cornudo. —Ormiston cambió de postura—. Hace tres años, en esta misma ciudad, presidí el juicio de un estudiante que había hecho una imagen de un rival suyo con grasa de un ahorcado, y que luego le había clavado varias agujas.

—Esas cosas pasan a menudo —dijo Alejandro.

Ormiston miró con frialdad al escribano.

—Oh, no, no lo juzgaban por eso. Lo que quería saber el tribunal era por qué una mañana a la imagen se le rompieron las piernas, maese escribano, cuando un carro le destrozó las piernas a su rival, en Carfax.

El censor se inclinó hacia delante. Acercó su cara a la de la exorcista como si creyera que la hermana Edith podía ver a través de la venda.

—Sí, creo en el mal, hermana Edith. Satanás puede recorrer los callejones de Oxford con la misma facilidad con que se pasea por los claros de los bosques.

La hermana Edith miró fijamente a Beauchamp.

—¿Tenéis dudas, *sir* Oswald?

El gobernador se revolvió en el asiento, turbado.

—Hermana Edith, yo soy un funcionario de la Corona. Persigo a proscritos. Apreso criminales y cuelgo asesinos. No sé qué son esos vampiros de que habláis, esos adoradores del diablo. —Agitó las manos y concluyó—: Para mí no son más que viles asesinos.

Alejandro miró de soslayo a la exorcista. Él tenía las mismas dudas que el gobernador, y le intrigaba el hecho de que el caballero, que tenía una mente muy práctica, no hubiera cuestionado lo que la exorcista les contó la noche anterior.

—Lo único que puedo decir —replicó la hermana Edith— es que nos

enfrentamos a unos asesinos; pero, lo creáis o no, actúan bajo la autoridad de poderes más elevados y más tenebrosos. Ellos creen que los sacrificios humanos y la ingestión de sangre humana fortalecen su causa. Son los *strigoii*, los muertos vivientes, lo que otros llaman vampiros.

Sir Oswald se puso en pie.

—Bueno, sean lo que sean —murmuró—, han vuelto a matar. Será mejor que vengáis a verlo.

Tomó dos antorchas de la pared, le dio una a *sir Godfrey* y, con la hermana *Edith* apoyándose en el brazo de *Alejandro*, los condujo por una estrecha escalera de caracol hasta los sótanos del castillo.

Capítulo 5

El gobernador despachó a los dos centinelas que montaban guardia ante la herrumbrosa puerta de la mazmorra. Metió una llave en la cerradura y precedió a los demás al interior de la celda, pestilente y de techo alto. Habían barrido la estancia; había dos cajas rectangulares, una al lado de la otra, en el suelo de losas. La hermana Edith, gimoteando, se quedó cerca de la puerta; Alejandro percibió su espanto. El gobernador, apartando la cara, levantó las tapas de los dos rudimentarios ataúdes. Los restos humanos que había dentro eran repugnantes. Ormiston salió inmediatamente de la celda. Alejandro cerró los ojos e hizo todo lo posible por contener las náuseas. *Sir Godfrey* se acercó a los ataúdes y miró en su interior. La muchacha tenía el cuello como si se lo hubieran mordido y el rostro gris y demacrado; no le quedaba ni una sola gota de sangre en el cuerpo. El hombre estaba completamente mutilado; también le habían abierto el cuello, pero su cuerpo presentaba unas extrañas marcas, unos brutales agujeros como si alguien hubiera intentado clavarle la cornamenta de un ciervo en el pecho y en los brazos.

—Ya hemos visto suficiente —murmuró *sir Oswald*—. ¡Por el amor de Dios!

Sir Godfrey se quedó mirando. Había visto cosas peores en las zanjas y en los campos de batalla de Normandía, pero esto era diferente. No le resultaba difícil aceptar lo que había dicho la hermana Edith. *Godfrey* había visto el mal otras veces, en todas sus formas, pero esto era otra cosa: una maldad decidida y deliberada, un asesinato realizado en nombre de algún antiguo rito.

—¡Cerradlos! —ordenó *sir Godfrey*. Miró fijamente el pálido rostro de Alejandro—. Aquí no —dijo—. Aquí no podemos hablar.

Sir Oswald hizo cerrar la mazmorra y los condujo de nuevo a la solana, donde, malhumorado, ordenó a un criado que les llenara las copas. Ormiston y Alejandro estaban a punto de vomitar. *Sir Oswald* repartió las copas con mano temblorosa. La hermana Edith estaba inmóvil en su asiento, como una estatua, con los labios, delgados y pálidos, fuertemente apretados.

—¿Qué os hace pensar que a esas dos personas que acabamos de ver las asesinaron como a las demás? —preguntó Alejandro—. Tengo entendido que no las encontraron en la ciudad.

—No —contestó el gobernador—, las encontraron en los bosques que hay hacia el norte. A la muchacha la encontraron cerca de un vado. El mismo grupo de cazadores descubrió el cadáver del soldado, colgado como una res muerta de las ramas de un roble.

—¿Tienen algo de especial en los sitios donde los hallaron? —preguntó *sir Godfrey*.

—El vado lo utiliza mucha gente, pero el claro... Bueno, según las leyendas antes lo utilizaban los sacerdotes paganos, mucho antes de que llegaran los romanos.

—Y ¿cómo lo encontraron los cazadores?

—No fueron ellos, sino sus perros. Olieron la sangre y los llevaron directamente hasta el cadáver.

—Decís que ese hombre era un soldado —comentó Alejandro—. Sin embargo, está completamente desnudo. ¿Acaso lo conocíais, *sir Oswald*?

—Sí, lo conocía —contestó el gobernador reclinándose en el respaldo de la silla—, o al menos creía conocerlo. Vino al castillo y dijo que se llamaba Reginald Bouilang. Iba por la región ofreciendo su espada al mejor postor. Aseguraba haber servido en el séquito de algún gran señor de Francia. Le ofrecí una cama y la paga normal de un sargento, y él aceptó. —Beauchamp se encogió de hombros y miró al caballero—. Ya sabéis a qué clase de persona me refiero, *sir Godfrey*. Los caminos están llenos de individuos así. Van de castillo en castillo ofreciendo sus servicios. Ese hombre parecía bastante capacitado, discreto y trabajador. Se mezcló con el resto de la guarnición como si hubiera nacido aquí y los hombres lo aceptaron sin rechistar. Ayer lo enviaron a ver a uno de los molineros del pueblo para preguntar el precio del maíz y la harina.

—¿Habéis dicho que creíais conocerlo? —preguntó *sir Godfrey*.

—Sí, así es. —El gobernador sacó un pequeño rollo de pergamino de su bolsa—. Aproximadamente a la misma hora a la que trajeron aquí su cadáver y el de esa muchacha, yo recibí este bando del gobernador de Londres sobre un proscrito, un tal Jean Mabelle —agitó el pergamino—. Según este bando, Mabelle era un sargento de la orden de los hospitalarios de Clerkenwell, en las afueras de Londres. Al parecer, huyó de allí con una bolsa de oro y un valioso relicario que contenía un trozo de la cruz de Jesucristo. La descripción de Mabelle coincide con la de Bouilang.

Sir Godfrey suspiró y se recostó en la silla.

—Supongo que habréis registrado las posesiones de ese hombre —apuntó Alejandro.

—Sí, claro que lo he hecho, y no me ha llevado mucho tiempo. Unas alforjas viejas llenas de baratijas, una muda de ropa, dos estiletos y una bolsa vacía; pero ni rastro del oro ni del relicario.

—¿Creéis que pudo esconderlos en algún sitio?

Sir Oswald sacudió la cabeza.

—Eso ya lo he pensado. Nadie vio actuar de forma sospechosa a ese hombre, y yo mismo he registrado el castillo. Conozco cada ladrillo de este edificio. Podría haberlos escondido en cualquier sitio: en un campo, o bajo algún árbol, en el bosque. —El gobernador tiró el trozo de pergamino sobre la mesa—. Escribiré a Londres y les diré que Mabelle ha muerto y que el oro y el relicario han desaparecido.

—¡Esperad! —dijo la hermana Edith levantando una blanca mano. Se inclinó hacia delante—. Tenemos dos muertos. A la chica la mataron cerca de un vado. ¿Había ocurrido eso antes, *sir Oswald*?

—No, nunca. Todas las muertes se habían producido dentro de la ciudad.

—Pero el soldado —continuó la hermana Edith— no sólo fue asesinado fuera de la ciudad, sino que fue utilizado como víctima de algún tipo de sacrificio. —Hizo una pausa, entrelazando los dedos de las manos.

—¿Qué insinuáis, hermana Edith? —preguntó Alejandro.

—Usad la lógica, escribano. Para empezar, ninguna de las otras muertes se produjo más allá de las murallas de la ciudad, y ahora en cambio tenemos dos. En segundo lugar, un soldado que ha robado una valiosa reliquia (y sospecho que la reliquia es auténtica, y no una de esas que venden los vendedores de indulgencias por todo el reino) es asesinado en el mismo bosque que la muchacha. Por último, ese soldado era un hombre combativo, y por lo tanto no se habría resignado fácilmente a morir. Por lo tanto, creo que al soldado le tendieron una emboscada; esos *strigoii*, esos asesinos, lo estaban esperando. La pobre muchacha tuvo mala suerte: pasó por el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿Creéis que al soldado lo mataron para robarle el relicario?

La hermana Edith rió y sacudió la cabeza.

—A los *strigoii* les horrorizaría una reliquia así, igual que la hostia. No, no; si el soldado la hubiera llevado encima, habría estado a salvo. Los asesinos jamás se le habrían acercado. Creo que ese soldado, y el relicario que llevaba, les causaron mucho temor y muchas molestias a los asesinos, y que ellos lo castigaron con la muerte —sacudió la cabeza y agregó—: No sé por qué, cómo, ni cuándo. Pero deberíamos averiguar dónde escondió ese pobre hombre el relicario, y eso quizá nos conduzca hasta sus asesinos. ¿Tenéis alguna pista, *sir Oswald*?

—Una cosa —contestó el gobernador—. Mabelle dormía en el cuerpo de guardia con otros soldados. Como ya he dicho, sus objetos personales eran escasos, y ya los he revisado. Pero Mabelle había escrito una palabras en la pared, encima de su jergón, como si no quisiera olvidarlas. «*Le chevalier outre mer*», el caballero de ultramar. —*Sir Oswald* se encogió de hombros—. Pero lo que esas palabras significan es un misterio. Y ahora... —Se levantó, fue hacia la puerta, le susurró algo al capitán de la guardia y regresó—. Tengo una última cosa que mostraros —anunció—. Se trata de ese clérigo al que encarcelamos, un brabanzón llamado Lascalle. Es el estudiante que encontraron cerca de la casa donde mataron a esas mujeres. Estaba cubierto de sangre, pero asegura que de lo único que es culpable es de beber demasiada cerveza en la taberna del Corazón del Gorrión.

—Y ¿qué pensáis vos, *sir Oswald*? —preguntó el caballero.

—He estado en el colegio mayor de Lascalle —les interrumpió el censor—. Lascalle no es el alumno más aplicado de Oxford. Es un borrachín, un individuo escandaloso que descuida sus estudios y pasa más tiempo ebrio que sobrio. Es de Dordrecht y goza de la protección de uno de los caballeros de la reina, pero lleva una vida convencional, sin nada de particular.

—¿Deberíamos ahorcarlo! —terció *sir Oswald*—. No recuerda nada. Lo encontraron cerca de la casa, no llevaba su daga y estaba cubierto de sangre.

—*Sir Oswald*, como gobernador no tenéis autoridad sobre él —insistió el censor—. Debería ser juzgado por la universidad o por la iglesia. Es un clérigo de una orden menor.

El gobernador hizo un ruido grosero con la boca, pero Alejandro comprendió que no pensaba seguir insistiendo. En cualquier caso, la conversación terminó, la puerta se abrió de par en par y dos centinelas entraron con el desgraciado Lascalle, que llevaba los tobillos y las muñecas atadas con cadenas.

No era una imagen muy agradable. Tenía la cara colorada y cubierta de verrugas, sin afeitar y sucia; los ojos enrojecidos por falta de sueño y su cabello, manchado de barro, estaba despeinado y enmarañado. Todavía llevaba en la túnica manchas de sangre mezcladas con vómito y suciedad de todas las mazmorras donde había estado encerrado. Miró fijamente el severo rostro del gobernador y cayó de rodillas, con los brazos cruzados, mientras lloriqueaba solicitando piedad en un dialecto que a Alejandro le costó entender.

—¡Sabéis hablar inglés! —insistió Ormiston—. Maese Lascalle, se os acusa de unos horribles asesinatos.

—¡Soy inocente! —gimió el clérigo—. ¡Soy inocente! ¡Puedo jurarlo! ¡Demostraré mi inocencia!

Alejandro se levantó, se acercó al prisionero y lo cogió por el codo.

—¡Valor! —susurró—. Por el amor de Dios, hombre, poneos en pie y contestad las preguntas que os vamos a hacer.

—¡Este es mi tribunal! —protestó el gobernador.

—No, no lo es —intervino *sir Godfrey* con serenidad—. Nosotros representamos al rey en este asunto.

Cuando Lascalle oyó aquello empezó a temblar, y habría vuelto a caer de rodillas si Alejandro, arrugando la nariz para defenderse del pestazo que despedía el cuerpo de aquel hombre, no lo hubiera sujetado firmemente por el brazo. *Sir Godfrey* se levantó y tocó con el dedo el pecho de Lascalle.

—Os escucharé —dijo en voz baja—. Me contaréis la verdad y, después, si me convenzo de que sois inocente, podréis salir de este castillo por vuestro propio pie. Pero si mentís... Bueno, por mí podéis estar emparentado con todos los cardenales de Roma, pero colgaréis de las murallas del castillo. —Cogió la barbilla sin afeitar del clérigo con los dedos y la apretó ligeramente—. Y ahora ¡decidme la verdad!

Lascalle inspiró hondo.

—Hace dos noches fui a la taberna del Corazón del Gorrión. Allí hay una moza, Rosana, a la que le gustan los estudiantes jóvenes. —Lascalle se pasó la lengua por los labios—. Es muy generosa con sus favores. Pero aquella noche no quiso saber nada de mí, porque uno de los jóvenes señores pasaba por Oxford. Así que me senté a solas y empecé a beber. Se me unió otro estudiante, un joven que iba muy bien vestido, con una bolsa llena de plata, y los cuencos de cerveza se fueron sucediendo. Recuerdo que salí, vomité en el pozo negro y volví a entrar para seguir bebiendo.

—Y ¿qué pasó?

—De pronto me estaba dando patadas en las costillas; me levantaron y me ataron las manos. Me metieron en el Bocardo y me acusaron de un asesinato. ¡Dios sabe por qué! Mi daga había desaparecido. —Lascalles pestañeó y miró alrededor—. Yo no he matado a nadie —dijo lloriqueando—. ¡Voto a Dios, que no sé de dónde salió toda esta sangre!

—¿Quién era aquel estudiante, el que bebía con vos? —preguntó amablemente la exorcista.

Lascalles la miró fijamente. Si el caballero de mirada penetrante le asustaba, la mujer, con sus ojos vendados, el rostro apacible y el cabello blanco, le inspiraba aún más miedo.

—¿Qué es todo esto? —gimoteó. Miró implorante al censor—. ¿Quiénes son? ¿Por qué me tienen que interrogar los comisarios del rey?

Sir Godfrey le dio unos golpecitos en la mejilla.

—Limitaos a responder a las preguntas —insistió.

—No conozco al otro estudiante. Era de baja estatura, tenía el cabello rojizo e iba bien afeitado.

—Esa descripción corresponde a la de miles de estudiantes —observó Alejandro.

—Bueno —bramó *sir Oswald*—, ¿lo ahorcamos?

—¡Esperad! —La hermana Edith se levantó y, sin ayuda de nadie, se dirigió hacia el prisionero, se plantó delante de él y le tocó la cara—. *Sir Oswald*, ¿hay una capilla en el castillo?

—¡Por supuesto!

—Y ¿se guarda allí la hostia bendita?

—¡Por supuesto!

—Decidle al capellán que traiga una hostia.

Sir Oswald iba a protestar, pero *sir Godfrey* asintió con la cabeza, así que el gobernador fue a buscar al capellán.

El grupo se quedó en la solana, en silencio. Lascalles, que de vez en cuando se movía, miraba a todas partes excepto a aquella extraña mujer que llevaba los ojos vendados. La hermana Edith estaba de pie como una estatua, sin moverse ni un ápice mientras Lascalles agitaba los brazos y las piernas levantando ráfagas de pestilente sudor. Finalmente *sir Oswald* regresó seguido de un sacerdote con una capa sobre los hombros y un pequeño copón en las manos.

—Y ahora, Lascalles —dijo la hermana Edith—, ¿estáis dispuesto a tomar el sacramento y a jurar por él que sois inocente?

El joven clérigo asintió con la cabeza. El sacerdote se le acercó, abrió el copón y levantó la pequeña y blanca hostia.

—*Ecce Corpus Christi* —entonó—. Este es el Cuerpo de Cristo.

Lascalles cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca. El sacerdote casi había colocado la hostia sobre su lengua.

—¡Deteneos! —La hermana Edith sujetó al sacerdote por la muñeca—. Lo siento, padre, no era mi intención blasfemar. Pero quizá Lascalle no esté en las condiciones idóneas para recibir el sacramento.

El sacerdote devolvió la hostia al copón, lo cubrió con el extremo de su capa y retrocedió. *Sir Oswald* le dijo que podía marcharse.

—¿Por qué habéis hecho todo esto? —preguntó *sir Godfrey*.

La hermana Edith dio unos golpecitos en las esposas que Lascalle llevaba en las muñecas.

—Este hombre no es ningún *strigoii* —murmuró—, ni ningún asesino. *Sir Oswald*, dejad que se bañe y se cambie de ropa, dadle una comida caliente y dejadlo marchar.

Sir Godfrey estuvo de acuerdo, y Lascalle, balbuceando fórmulas de agradecimiento y jurando que encendería mil velas por el alma de la hermana Edith, fue despachado de la cámara.

—Si fuera uno de esos a los que buscamos —explicó la hermana Edith antes de que se lo preguntaran—, no habría podido recibir el sacramento. Creedme, señores, habríais visto a un hombre frenético, como nada que hayáis visto antes. Los objetos sagrados, verdaderamente poderosos, les debilitan.

—No puedo creerlo —murmuró *Ormiston*.

La hermana Edith se rió.

—Ah, ¿no? Decidme, si hubierais cometido algún crimen espantoso, ¿seríais capaz de jurar y de recibir el sacramento y seguir asegurando que sois inocente? —Sacudió la cabeza y volvió a su silla—. ¿No habéis visto a ningún cristiano hostigando a un judío con un trozo de carne de cerdo? ¿O a un cristiano obligado a renegar de la cruz de Cristo? No, no —susurró dándose unos golpecitos en la sien—; aquí, según vuestro estado, mandan los ángeles o los demonios.

—¿Qué tenemos que hacer? —dijo el gobernador bruscamente—. ¿Ordenar que toda la ciudad de Oxford comulgue públicamente?

La exorcista volvió la cabeza hacia él.

—Es muy posible que lleguemos a ese extremo, *sir Oswald*. Creedme, tratándose de lo que se trata, es muy posible.

Poco después, *sir Godfrey* y *Alejandro*, con la hermana Edith cómodamente instalada en la silla de montar de su palafren, se marcharon del castillo de Oxford. Pasaron por *Great Bailey* y llegaron a *Newington Hall Street*. Al llegar a la taberna del *Trillok*, donde la calle se ensanchaba, *sir Godfrey* se detuvo.

—Podríamos hablar de lo que acabamos de ver —murmuró. Señaló con un ademán a los estudiantes, los eruditos y los comerciantes que pasaban por su lado—. Pero Dios sabe quién podría estar escuchándonos. ¿Adónde vamos ahora?

Alejandro estaba cansado, y se frotó la mejilla. Le habría gustado volver al convento de *Santa Ana*, no sólo para comer, lavarse y descansar, sino también para ver a *lady Emilia*. Mientras *sir Godfrey* preguntaba solícitamente a la exorcista si

necesitaba algo, Alejandro se quedó mirando las paredes con entramado de madera del colegio mayor de Santa María, al final de la calle. El edificio le recordó a su colegio mayor de Cambridge y los felices y alegres días que había pasado allí.

«Este asunto no me gusta nada —pensó—. ¡Por mi alma, no me gusta nada!» Recordó con nostalgia sus días en la cancillería real, recorriendo Londres, reuniéndose con sus amigos en una taberna a orillas del río, participando en importantes decisiones, codeándose con los personajes más poderosos del reino. Añoraba sus pulcras cámaras, encima de una tienda cerca de San Pablo, sus libros, sus manuscritos, la paz y la rutina de su vida: misa por la mañana, desayuno en una fonda, una dura pero recompensante jornada redactando cartas o sellando documentos. Por la noche visitaba a sus amigos; a veces cogía una barcaza y bajaba por el río hasta uno de los palacios donde los escribanos aprovechaban sus privilegios para cenar y divertirse a su antojo. O, si le apetecía, se unía al coro de San Pablo en sus relucientes sitials de madera y cantaba con ellos el *Salve Regina*. Un mendigo que pedía limosna lo distrajo. El hombre tenía la cara cubierta de espantosas llagas, y cojeaba por la calle, utilizando un bastón para reemplazar la pierna que tenía cortada por debajo de la rodilla. El mendigo, con el rostro deformado por el dolor, pedía limosna tendiendo una esquelética mano. Alejandro se le acercó y le arrojó una moneda.

—¿Sólo esto? —dijo el mendigo con rencor.

Alejandro le dio otra moneda y el hombre se marchó cojeando, sin darle las gracias ni mirar hacia atrás.

«No hay más que porquería —pensó Alejandro—, horribles asesinatos, adoradores del diablo..., el mundo se ha vuelto loco.»

—¡Alejandro!

El escribano se volvió. *Sir Godfrey*, sujetando las riendas de los caballos, lo miraba con extrañeza.

—¿Estáis bien, Alejandro?

«¿Es que nada os importa? —pensó Alejandro contemplando el atractivo pero severo rostro del caballero—. ¿No estáis asustado? ¿No tenéis un hogar, seres queridos?»

—¿Estáis atontado? —dijo el caballero—. Tenemos que irnos. La hermana Edith dice que quiere visitar el colegio Stapleton. Los estudiantes que desaparecieron de allí... —El caballero, enojado, le hizo señas a Alejandro para que se acercara—. ¡Vamos! —dijo con voz áspera—. ¡Estáis soñando despierto, como una doncella!

El escribano se mordió la lengua para no replicar. La exorcista se inclinó desde la montura y le acarició suavemente el cabello con gesto maternal.

—No os enfadéis, Alejandro —murmuró la hermana Edith—. Todos estamos cansados. Todos estamos asustados, y cuanto antes solucionemos este asunto, antes podremos regresar a casa.

Alejandro asintió y sujetó las riendas del palafrén de la hermana Edith. Entraron

en Cheyne Lane, con *sir* Godfrey a la cabeza, torcieron a la izquierda en Peter Hall y bajaron hacia el colegio Stapleton. Entraron en el edificio por una puerta lateral. Un portero llamó a los mozos y les ordenó que llevaran sus caballos a las cuadras; luego los acompañó por el patio, dejando atrás la capilla y la biblioteca, hasta las cámaras del director, en la Torre Palmer. Dentro no había nadie. Un criado les dijo que el director estaba en la biblioteca, así que los condujeron hacia allí, por la estrecha escalera de madera. El cielo se había nublado, las nubes amenazaban lluvia, y la alargada biblioteca estaba iluminada con velas colocadas en el borde de una rueda, levantada mediante poleas. Una mesa, con banquetas a ambos lados, ocupaba el centro de la cámara. Las paredes estaban llenas de armarios, cuyas puertas estaban abiertas y dejaban ver los libros, con cubiertas de piel y vitela oscura, sujetos por gruesas cadenas. El criado los dejó allí y cerró la puerta al salir. La hermana Edith se sentó en una banqueta, *sir* Godfrey se quedó de pie a su lado, y Alejandro se puso a pasear por la polvorienta y misteriosa cámara.

—¿Os gusta nuestra biblioteca?

A Alejandro le dio un vuelco el corazón al ver salir de las sombras a una figura oscura y encapuchada. Una mano que parecía una zarpa retiró la capucha, destapando el cabello canoso peinado hacia atrás, la alta y curvada frente y el pálido cutis de una cara iluminada por unos ojos grises y con una afilada nariz sobre los labios, delgados y pálidos. El hombre le tendió la mano.

—Tomás Wakeham —dijo—, director y tesorero del colegio mayor Stapleton.

Alejandro esbozó una sonrisa y, tras presentarse, presentó también a sus acompañantes. El director miró con curiosidad a la hermana Edith. A *sir* Godfrey le dedicó una mirada desdeñosa, como si cualquiera que llevara armas fuera objeto de su desprecio, y le dio la espalda al caballero con una amarga sonrisa en los labios.

—Os esperábamos, maese McBain. El censor Ormiston me avisó de vuestra llegada. Y de la de vuestros acompañantes —añadió mirando por encima del hombro.

Sir Godfrey le dio unas palmadas en la mano a la hermana Edith.

—Tranquilizaos —murmuró.

—Nos está provocando —susurró ella.

Sir Godfrey avanzó unos pasos y, cogiendo a Wakeham por el hombro, lo obligó a volverse.

—Sí, ya lo creo que nos esperabais. El rey nos ha asignado una misión.

Wakeham retrocedió, y su rostro perdió parte de su arrogancia.

—Y nuestras preguntas son sencillas —continuó *sir* Godfrey—. Ciertos estudiantes que han vivido y estudiado en este colegio han desaparecido sin dejar rastro y sin dar ninguna explicación. ¿Por qué?

—No lo sé —contestó Wakeham con petulancia—. Hemos realizado nuestras propias investigaciones. Pedimos ayuda al gobernador y al censor. —Agitó los huesudos hombros y concluyó—: Se han ido.

Sir Godfrey estaba convencido de que el hombre iba a darle la espalda de nuevo.

—¡Maese Wakeham! —exclamó—. Ya sé que estáis ocupado, pero yo también lo estoy. Nuestra autoridad nos la ha conferido el rey, así que contestaréis nuestras preguntas.

Wakeham miró de soslayo a Alejandro, se pasó la lengua por los labios y decidió que la situación exigía discreción. Se apoyó en la mesa y se cruzó de brazos.

—Sí, señor, han desaparecido algunos estudiantes de este colegio. Ignoramos su paradero, pero estaban relacionados entre sí. Perteneían a una sociedad secreta que se hacía llamar los *Luminosi*, los Iluminados —tradujo con condescendencia. Hizo un ademán a Alejandro con sus huesudos dedos—. Como maese McBain bien sabe, en Oxford y en Cambridge abundan esa clase de sociedades. Jóvenes en busca de la sabiduría secreta: la piedra filosofal, la misteriosa alquimia, los textos cabalísticos de hombres como Roger Bacon... Podría nombrar al menos treinta sociedades que existen actualmente en ambas universidades. ¿Estoy en lo cierto, maese McBain?

—Sí, así es —dijo Alejandro con una sonrisa—. Cuando estudiaba en Cambridge pertenecía a un grupo llamado los *Scelerati*, los Pecadores. Nosotros buscábamos otro tipo de conocimiento.

—Seguro que otros miembros de ese grupo —insistió *sir* Godfrey—, amigos de los estudiantes desaparecidos, siguen estudiando aquí.

—Ojalá tuvierais razón —replicó Wakeham—. Pero no, eran un grupo pequeño y reservado, muy aislado. Asistían a las clases de las escuelas, y a los coloquios que se celebran aquí, en el colegio. No alborotaban ni se emborrachaban, así que no les prestábamos mucha atención.

—¿Y sus pertenencias? —preguntó Alejandro.

—No son muchas —respondió Wakeham—. Plumas, algún libro, ropa, rosarios... Y ahora todo eso se lo hemos devuelto a sus familias.

—¿Encontrasteis algo interesante?

—Sí. Todos los alumnos tenían unas cartas, pequeños trozos de papel vitela emitidos por el gobernador y por el censor Ormiston. La del gobernador les autorizaba a salir de la ciudad después del toque de queda.

—¿Y la del censor Ormiston?

—Era un permiso para estudiar en la biblioteca de la universidad, en la iglesia de Santa María.

Sir Godfrey miró a Alejandro.

—Qué raro —dijo de pronto la hermana Edith—. Ni el gobernador ni el censor nos lo han comentado.

—Bueno —Wakeman se cogió las voluminosas mangas de la túnica—, yo no puedo deciros nada más, señores. —Se levantó, frunciendo los labios.

Sir Godfrey y Alejandro le dieron las gracias con toda la cortesía de que fueron capaces, ayudaron a levantarse a la hermana Edith, salieron de la biblioteca y cruzaron el húmedo jardín hasta la entrada principal. El cielo estaba más oscuro, pues el día llegaba a su fin. Un penetrante viento les golpeó la cara y les heló los dedos

mientras golpeaban el suelo con los pies, esperando a que el portero les llevara los caballos.

—¿Todos los eruditos son tan acogedores? —gruñó *sir* Godfrey—. ¡Por los clavos de Cristo, Alejandro, parecía que yo fuese un inquisidor!

—Para los hombres como Wakeham lo sois —replicó la hermana Edith malhumorada—. Estamos en Oxford, noble caballero, una ciudad hostil con los forasteros.

Unos mozos les llevaron sus caballos; traspasaron las puertas y salieron a la calle. Cuando se disponían a partir, el desaliñado portero que los había llevado a la Torre Palmer se escabulló de pronto por la puerta y cogió a Alejandro por el borde de la capa.

—¡Por favor! —susurró mirándolo con sus enrojecidos y legañosos ojos—. Esos alumnos que desaparecieron... Yo era su criado. No sé nada más que esto...

—¿Qué? —preguntó Alejandro, acercándose a él.

—Id a la taberna del Mitre. Preguntad por una sirvienta, Leticia. Ella conocía al brabanzón. Quizá sepa algo más.

Y, antes de que Alejandro pudiera seguir preguntando, el hombre se volvió y regresó al colegio.

—Esto es cada vez más extraño —comentó *sir* Godfrey mientras bajaban por la oscura calle Turl—. La taberna del Mitre está en Carfax, ¿no es así? —Miró a Alejandro por encima del hombro.

El escribano asintió.

—Bien, pues iremos allí. Y esperemos que no llueva.

Subieron por la calle, sin ver a la figura encapuchada que los miraba desde la ventana de una de las casas. El hombre abrió la desvencijada ventana de madera, cubierta con un delgado pergamino engrasado. Estiró el cuello para mirar a los dos hombres, y a la dama Edith, que cabalgaba detrás de ellos, abriéndose paso entre la multitud hacia High Street. El hombre tenía los ojos fríos y oscuros como la noche. Observaba como una serpiente observa a su presa, con los labios apretados, canturreando una melodía que había oído en una taberna.

—Se marchan —murmuró dirigiéndose a otra figura encapuchada que estaba sentada en una banqueta en un rincón de la vacía y mohosa estancia—. Han hablado con Wakeham, pero él es tan ignorante y tan arrogante que no les habrá contado nada. Pero el criado quizá les haya sido útil. ¿Lo matamos?

—No —contestó el otro con voz queda—. ¿Para qué perseguir pececillos cuando hay un lucio tan gordo en el estanque?

—¿Son peligrosos? —preguntó el que estaba asomado a la ventana.

—Sí, lo son. El caballero es un asesino, uno de los mejores espadachines del rey. Es despiadado, y su sentido del deber no es nada habitual.

—¿Y McBain?

—Un petimetre de corte, un presumido. O eso quisiera él. Pero tiene una mente

muy despierta. Es como el caballero, aunque quizá no tenga su valor.

El hombre cerró la ventana y miró a su encapuchado acompañante.

—Es la mujer, ¿no?

—¡Una bruja hipócrita y peligrosa! —confirmó el que estaba sentado—. Tarde o temprano, y seguramente será temprano, olerá algo raro: la reliquia, la muerte del soldado. Y atará cabos.

—¿Qué vamos a hacer?

Su interlocutor aspiró aire por las rendijas de la máscara.

—Nuestro jefe pronto se reunirá con nosotros. Así que, de momento, los evitaremos. Si siguen molestando, los mataremos a todos.

Capítulo 6

La cervecería del Mitre estaba abarrotada de estudiantes y comerciantes. Los juncos del suelo eran ahora un charco fangoso, y los sudorosos pinches y las mozas sacaban bandejas de carne roja de las cocinas y traían pasteles calientes de una casa de comidas cercana. Los criados corrían entre la clientela sirviendo jarras de espumeante cerveza y cuencos de vino. En un rincón, cinco estudiantes practicaban una cancioncilla. Alejandro sonrió al oír la letra, pues, aunque cantaban en latín, en realidad los estudiantes se estaban burlando de la hija del alcalde de Oxford y haciendo amplias generalizaciones sobre la moral de las mujeres de Oxford. Afortunadamente, los comerciantes que había sentados a su alrededor no entendían la injuriosa canción de los estudiantes; estaban ocupados llenándose la panza y hablando de los negocios del día. También había unos cuantos mendigos, y Alejandro distinguió al que había visto en la calle aquel mismo día. Dos prostitutas de aspecto cansado acosaban a los clientes, pero llevaban la cara tan maquillada y sus rígidas sonrisas mostraban unos dientes tan negros que seguramente no conseguirían gran cosa. Alejandro les sonrió y le arrojó una moneda a cada una. Ellas cogieron las monedas sin dar las gracias y se abrieron paso hasta las enormes tinas de cerveza, junto a las que el tabernero tomaba los pedidos de las tiras de buey que se asaban en la cocina. Alejandro, que protegía como podía a la hermana Edith de los constantes empujones, se dio cuenta de que *sir* Godfrey se estaba poniendo de mal humor y vio que ya tenía la mano sobre el puño de la espada. El escribano sujetó a una de las mozas por el brazo.

—¿Leticia? —le gritó.

La muchacha sacudió la cabeza.

—¡Todavía no ha venido! —respondió—. No llegará hasta que las campanas toquen a vísperas. Tiene otras cosas que hacer.

—¡Por el amor de Dios! —le gritó Godfrey a Alejandro por encima del vocerío—. Pide una cámara.

Alejandro lo hizo, y el sudoroso tabernero, con su grasiento delantal, los condujo por una temblorosa escalera de madera hasta una pequeña cámara encalada que había encima de la cervecería. Era una estancia desnuda y lúgubre, y no demasiado limpia, pero al menos allí estarían tranquilos, pues el intenso ruido de la cervecería quedaba reducido a un constante murmullo. Pidieron cerveza, pan y carne en salmuera con un plato de cebollas. La hermana Edith sólo comió un poco, pero *sir* Godfrey y Alejandro lo hicieron con avidez.

—No hay nada como recorrer las calles de Oxford —dijo *sir* Godfrey— para abrirle el apetito a un hombre.

—Pero ¿ha valido la pena? —preguntó Alejandro—. ¿Estáis cansada, hermana Edith?

—Desconcertada —contestó la exorcista con una sonrisa—, muy desconcertada. Veamos, maese escribano, ¿qué hacemos ahora? Para empezar: hay leyendas según las cuales hace cientos de años un jefe *strigoii* construyó una torre y aterrorizó a las gentes de la región. Él y su grupo fueron eliminados por *sir* Hugo Mortimer, un antepasado de nuestro buen gobernador *sir* Oswald Beauchamp. Además, si damos crédito a lo que hemos oído esta mañana, el censor Ormiston también está emparentado con los Mortimer. En segundo lugar: parece ser que el jefe *strigoii* ha regresado, ha formado un grupo y ha perpetrado unos terribles asesinatos en la ciudad. ¿Qué más?

—Los estudiantes —dijo *sir* Godfrey apartando la jarra de sus labios.

—Ah, sí, tercero: un grupo de estudiantes del colegio Stapleton, que se hacen llamar los *Luminosi*, desaparecen sin dejar rastro. Nadie conoce su paradero —continuó la hermana Edith—. Y lo más extraño es que esos jóvenes desaparecieron uno a uno, y que ningún miembro del grupo presentó ninguna queja ante las autoridades.

—De eso no estamos seguros —intervino *sir* Godfrey—. El director del colegio, Wakeham, no ha sido muy explícito, y Ormiston y Beauchamp habrían podido ser más francos. Quizá les pareció raro que todos los estudiantes que han desaparecido solicitaran permisos para evitar el toque de queda y visitar la biblioteca de la universidad. Me gustaría interrogarlos acerca de eso. Disculpad la interrupción, hermana Edith, ¿qué estabais diciendo? —se disculpó con una sonrisa.

—Cuarto: los asesinos atacan por la noche —continuó la exorcista—. Pueden matar a todos los habitantes de una casa sin despertar a los vecinos y sin ser detectados por la ronda, y, por lo que parece, los invitan a entrar en las casas. Maese McBain, ¿a quién dejaríais entrar en vuestra casa en plena noche?

—¡A una monja!

La hermana Edith se rió.

—Pero ¿qué iba a hacer una monja por las estrechas calles de Oxford después del toque de queda?

—A una autoridad —sugirió *sir* Godfrey—. Alguien con un mandamiento. Alguien que tiene derecho a entrar en las casas.

—Quizá —replicó la hermana Edith—. Pero ¿qué más sabemos?

—Bueno, quinto: el extraño asunto del monasterio trinitario —dijo Alejandro—. Todavía tenemos que ir allí.

—Sí, deberíamos ir —murmuró la hermana Edith—. Tenemos la repentina y misteriosa muerte del abad Sansón, y no hay que olvidar que el monasterio está construido sobre el terreno donde antes se alzaba la torre de los *strigoii*.

—Sexto —añadió *sir* Godfrey—: el extraño caso del hospitalario fugitivo. ¿Por qué lo mataron? ¿Le tendieron deliberadamente una emboscada en esos bosques que rodean la ciudad? ¿Dónde escondió su famosa reliquia? Y ¿qué significan las palabras «El caballero de ultramar»?

—¡Silencio! —La hermana Edith se incorporó. Notó que le daba un vuelco el corazón, y el miedo le erizó los pelos de la nuca.

—¿Qué ocurre, hermana Edith?

La mujer se estremeció y cruzó los brazos sobre el pecho. Sintió que se le contraía la garganta y que se le secaba la boca.

—He oído un ruido. —Cogió a Alejandro de la muñeca—. Maese McBain, complaced a una anciana y asomaos a la ventana.

Alejandro miró los postigos de madera, aguzando el oído por si oía algo por encima del barullo procedente de la cervecería.

—No se oye nada —susurró—. El viento está arreciando, nada más.

Sir Godfrey se levantó y se dirigió hacia la ventana. Abrió los postigos y miró hacia la sucia calle adoquinada de la taberna. Divisó la luz que se colaba por la puerta entreabierta y el enorme y agrietado letrero que chirriaba ligeramente colgado de sus cadenas. Miró a derecha e izquierda. La fría brisa le azotó la cara y le despeinó.

—Aquí no hay nada —anunció, pero también él sentía aprensión. Sintió el mismo cosquilleo en el estómago, la misma tensión en el cuello y los hombros que había experimentado en Francia en una ocasión, cuando salió por la noche para espiar la posición de los franceses y se dio cuenta de que sus exploradores lo acechaban en la oscuridad. Volvió a asomarse. Dos estudiantes torcieron la esquina, borrachos, cantando una canción. Se pararon y le saludaron con la mano. Sir Godfrey suspiró y cerró los postigos. En la calle, los dos estudiantes se enderezaron rápidamente y desaparecieron en la oscuridad, mientras arriba, en el inclinado tejado de la taberna, la figura vestida de negro sonreía al comprobar que había escapado por los pelos. Avanzó sin hacer ruido por la cornisa y, ágil como un gato, saltó al tejado de la casa contigua.

En la cámara, la hermana Edith se tranquilizó.

—Fuera lo que fuera —susurró—, ya se ha marchado.

—Decidme, señora —dijo Alejandro—, vos sois una mujer de gran poder espiritual. ¿Veis con el alma?

—No, Alejandro —replicó ella—, eso es sólo lo que dice la gente. Yo no soy más que un instrumento de Dios. Todo lo que hago lo hago por él.

Alejandro sonrió.

—Lo que os pregunto —continuó vacilante— es si creéis que esos *strigoii* son de carne y hueso.

La exorcista asintió.

—Pero las reliquias los debilitan, las espadas los matan y el fuego los destruye, ¿no?

—Sí, hay que destruirlos con fuego —dijo la hermana Edith—. Recordad lo que os he dicho, Alejandro. Si los matáis, sus espíritus entran en el cuerpo de sus compañeros y los fortalecen. Hay que arrancarlos como si fueran ramas muertas y arrojarlos al fuego. Pero ¿queríais preguntarme algo más?

—Sí, y no me andaré con rodeos. ¿Podrías detectar a uno de esos *strigoii*? ¿Podrías, si os encontrarais en medio de una multitud, deteneros y reconocer a uno?

—No, van muy bien disfrazados, pero si se vieran expuestos quizá podría identificarlos. Recuerdo que en una ocasión —prosiguió—, en una ciudad francesa cuyo nombre no recuerdo, un asesino era conducido por la plaza del pueblo para ser ejecutado al mismo tiempo que yo pasaba por allí. Sentí un profundo terror, tan violento que me desmayé.

—¿Quiere eso decir —preguntó *sir* Godfrey con curiosidad— que esos *strigoii* se pasean por toda Europa?

—Sí, *sir* Godfrey, ya lo creo. Existen diferentes tipos de posesión diabólica, y ésta es la peor. Estoy segura de que el malhechor que murió en aquella plaza era un *strigoii*. A veces actúan solos, aunque son más poderosos si forman un grupo dirigido por un jefe. Veréis, una persona sola puede ser descubierta, pero un grupo astutamente dirigido, cuyos miembros se camuflan bajo un buen disfraz y se protegen unos a otros, puede vivir varios años sin ser descubierto. —La hermana Edith suspiró y se frotó las manos—. Sí, a veces percibo la maldad de los *strigoii*, pero primero ellos tienen que revelarse. —Sonrió y añadió—: Yo no tengo ningún poder secreto. Cualquiera persona honrada se sentiría intranquila en presencia de una de esas bestias. —Hizo una pausa al oír un fuerte golpe en la puerta. El tabernero entró contoneándose, cogiendo de la muñeca a una joven de rostro delgado.

—Esta es Leticia —anunció el tabernero—. Pero no puede quedarse mucho rato hablando aquí arriba. —Le guiñó un ojo a *sir* Godfrey—. Hace un poco de frío, ¿no? ¿Quién ha abierto los postigos?

Sir Godfrey señaló la enorme y gruesa vela de sebo.

—He sido yo —dijo—. Esa vela huele muy mal.

—¿Qué le pasa a mi vela? —preguntó el tabernero—. Es de pura grasa de cerdo. —Señaló la ventana que había en el otro extremo de la estancia, que en lugar de postigos tenía unos pequeños cuadrados de vidrio—. No hay muchas tabernas que puedan presumir de tener ventanas de vidrio. No habréis intentado abrir también aquella, ¿verdad?

Sir Godfrey sacudió la cabeza con hastío.

—¡Menos mal! —gruñó el tabernero—. Porque podría romperse.

Alejandro sacó una moneda de su bolsa y, sonriendo, se la puso en la mano al tabernero.

—Gracias, buen hombre —dijo—. Dejad a Leticia aquí. —Miró el delgado y ansioso rostro de la muchacha y añadió—: No te preocupes. Le acercó una banqueta.

El tabernero abandonó la estancia y cerró la puerta de golpe. Leticia se sentó y se quedó mirando a los forasteros; el escribano parecía amable, pero le daban miedo el caballero de semblante adusto y la misteriosa anciana con el cabello blanco y la venda sobre los ojos.

—¿Qué queréis? —Leticia los miraba con expresión de asombro para disimular el

miedo.

Alejandro le tocó suavemente la mano.

—Sólo queremos hacerte unas cuantas preguntas.

—Yo no he hecho nada malo —protestó la chica—. Soy una buena chica. Trabajo mucho.

—¿Qué sabes del brabanzón? —preguntó Alejandro.

—Se ha marchado.

—Sí, eso ya lo sabemos —insistió Alejandro—, pero él se portaba bien contigo.

La muchacha tiró de un hilo suelto de su delgado delantal y luego se pasó la mano por el grasiento cabello castaño.

—Me compraba chucherías —dijo con timidez. Levantó la vista y preguntó—: ¿Queréis saber adónde ha ido? —Sacudió la cabeza—. No lo sé.

—No. Queremos que nos hables de sus compañeros. Se hacían llamar los *Luminosi*. ¿No se preocupó Guido cuando los demás desaparecieron?

—No, nada de eso. Dijo que los habían enviado a diferentes regiones del país para cumplir una misteriosa misión secreta. Y que quizá también él tuviera que marcharse.

—¿Quién los enviaba?

—Alguien a quien llamaban el Guar...

—¿El guarda?

—No, no era el guarda.

—¿El Guardián? —sugirió la hermana Edith en voz baja.

—¡Sí, eso es! —La chica batió palmas, como si hubiera resuelto un acertijo—. Los enviaba el Guardián.

—Y ¿quién era el Guardián?

Leticia se pasó la lengua por los labios y posó las manos sobre el regazo.

—Soy muy pobre —añadió con malicia.

Alejandro le puso una moneda en la mano. La chica levantó la cabeza. Vio el rostro blanco apretado contra la ventana de bisagras, detrás de sus tres interrogadores. Ni siquiera pestañeó; se limitó a mirar fijamente. La cara era blanca, los ojos dos enormes y oscuros pozos de maldad asesina. Un dedo se posó sobre los labios de aquella cara pidiendo silencio. Leticia abrió la boca. Parpadeó y, cuando volvió a mirar, la cara había desaparecido. La hermana Edith sintió un ruido sordo en la cabeza y se volvió hacia la ventana.

—¿Quién es? —exclamó sujetando a Alejandro por la muñeca.

La hermana Edith sintió un arrebato de miedo; Leticia se incorporó de un brinco, derribando la banqueta.

—¡Tengo que marcharme! —balbuceó la chica—. ¡Tengo que bajar ahora mismo!

Alejandro, confuso ante la reacción de la hermana Edith y el súbito arrebato de Leticia, miró a *sir* Godfrey, que se limitó a encogerse de hombros.

—¡Vuelve, mujer!

Leticia había llegado a la puerta y tenía la mano sobre el picaporte.

—¡No! ¡No! —susurró—. ¡Si osáis tocarme gritaré! ¡Gritaré y diré que habéis intentado propasaros conmigo!

—¡Tranquila! —dijo Alejandro poniéndose en pie.

La muchacha abrió la boca.

—No, no —se apresuró a decir Alejandro—. Puedes irte, pero dime, ¿de qué tienes miedo?

Leticia sacudió la cabeza. Alejandro miró hacia la ventana, pero sólo vio la oscuridad de fuera. Volvió a mirar a la muchacha.

—Escucha —dijo—, ahora vete, pero si quieres verme otra vez, ve al convento de Santa Ana y pregunta por Alejandro, el escribano. Te daré una moneda de oro.

La muchacha asintió y salió a toda prisa de la estancia.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó *sir* Godfrey.

Alejandro hizo una mueca.

—Estaba asustada —respondió la hermana Edith cruzándose de brazos—. Igual que yo. *Sir* Godfrey, maese McBain, os aseguro que nos vigilan. Los *strigoii* saben que estamos en Oxford. Primero utilizarán el miedo para debilitar nuestras defensas, pero estad alerta, porque su ataque será rápido y certero como el de una serpiente.

Sir Godfrey, con la tétrica advertencia de la exorcista ensombreciendo su estado de ánimo, precedió a sus acompañantes fuera de la taberna y por las calles oscuras, mal iluminadas por algún que otro farol colgado sobre una puerta. Cruzaron la ciudad y no se relajaron hasta llegar a las paredes cubiertas de hiedra del convento de Santa Ana, donde un portero jovial y parlanchín les abrió la puerta.

—La abadesa os espera —dijo el individuo—. Lleva esperando todo el día.

Se disponía a iniciar un discurso mucho más largo, pero *sir* Godfrey le ordenó que se callara y le tiró las riendas de sus caballos. La hermana Edith dijo que estaba cansada y que necesitaba descansar. Una hermana lega la acompañó a la iglesia, mientras otra llevaba a *sir* Godfrey y a Alejandro al salón de la abadesa. La madre Constance estaba sellando unas cartas y enseñando a una novicia de pálido cutis cómo fundir la cera y doblar el pergamino para que no se agrietara. En cuanto anunciaron a *sir* Godfrey y a Alejandro, la abadesa despachó a la muchacha, que se marchó con expresión de alivio. La abadesa acercó su silla al fuego de troncos de pino. Sirvió vino caliente con especias a sus invitados, utilizando un trapo para sacar la jarra caliente del rincón de la chimenea y llenar las copas hasta el borde. Luego se sentó entre ellos dos, acercando las manos de largos y delgados dedos al fuego.

—¿Habéis tenido un día provechoso? —preguntó.

Sir Godfrey le describió brevemente lo sucedido durante el día. La abadesa asintió con la cabeza.

—Señora —dijo Alejandro aprovechando una pausa en la conversación—, vuestro portero dice que nos habéis estado esperando todo el día.

—Sí, quería veros —confirmó la madre Constance—. Pero no para hablaros de

vuestra misión, sino de *lady* Emilia de Vere. Elegiré mis palabras con sumo cuidado. *Lady* Emilia no es lo que parece. —La madre Constance miró cómo un tronco se rompía, despidiendo chispas rojas—. Es huérfana, pupila del rey, una rica heredera, pero no es tan inocente ni desvalida como parece. Tras ese hermoso semblante hay un cerebro que sería la envidia de cualquier escribano de la cancillería, y una firme voluntad. No es sólo tenaz, sino sumamente obstinada, como yo misma he podido comprobar. *Lady* Emilia eligió este convento porque está cerca de sus propiedades. Insiste en que sus administradores la visiten frecuentemente para tenerla informada. Incluso al rey maneja a su antojo; aunque he de admitir que eso no es difícil. Nuestro noble Eduardo, que Dios lo bendiga, no sabe resistirse a una cara hermosa. —La madre Constance hizo una pausa y bebió de su copa—. Para lo joven que es, *lady* Emilia ha conseguido importantes concesiones. No sólo adquirirá sus propiedades cuando alcance la edad indicada, sino que el rey le ha prometido que se le permitirá casarse por amor y que no tendrá que aceptar ningún matrimonio de conveniencia. —La madre Constance tosió—. Es tímida, pero ese es el escudo con que se protege del mundo. Veréis, su madre murió joven, y ella vio cómo mataban a su padre en un violento torneo cerca de Osney. Lo derribaron del caballo y, cuando llegaron los médicos, el hombre estaba cubierto de heridas de pies a cabeza. Murió tras una terrible agonía, que *lady* Emilia presenció. Creo que eso también ha entristecido su alma.

—Gracias por contárnoslo —dijo *sir* Godfrey—, pero ¿qué tiene eso que ver con nosotros? —preguntó mirando con expresión inocente a Alejandro.

—Noble caballero —contestó la madre Constance—, quizá yo sea una virgen consagrada a Dios, inocente respecto a los anhelos de la carne y los encantos del mundo, pero a veces tengo la astucia de una serpiente. —Se rió—. Será mejor que no nos andemos por las ramas. *Lady* Emilia es una joven encantadora. Vosotros os habéis encaprichado de ella, ¿no es así?

Sir Godfrey y Alejandro se quedaron mirando el fuego, turbados.

—¡Hombres! —exclamó la madre Constance—. ¡Tan valerosos para la guerra, pero frágiles como pajarillos para el amor!

—¡Sois muy sincera! —gruñó *sir* Godfrey—. Cualquier hombre quedaría prendado de *lady* Emilia.

—¡Ah! —La madre Constance agitó las mangas de su hábito—. Pero vayamos al grano. Veréis, *lady* Emilia se ha encaprichado de vosotros dos. ¡Y eso complica su situación!

—¿Lo ha dicho ella? —*Sir* Godfrey se maldijo, consciente de que hablaba como un jovencuelo enamorado.

La abadesa sonrió remilgadamente.

—No directamente. Sin embargo, por lo poco que he visto y lo poco que ella me ha contado, no hay que ser demasiado inteligente para adivinarlo.

Alejandro se revolvió en el asiento, complacido, mientras contemplaba el fuego.

Odiaba aquella misión que lo había llevado a Oxford, pero cuando la misión concluyera, ¿sería capaz de conquistar a *lady* Emilia? Su rostro se ensombreció al recordar las palabras de la abadesa. Miró a *sir* Godfrey y le impresionó la dura y calculadora mirada que vio en los ojos del caballero. «Ahora somos rivales —pensó Alejandro—. Dios sabe cómo acabará esto.»

Sir Godfrey pensaba lo mismo. Lamentaba que su amistad con aquel ingenioso y sagaz escribano pudiera acabar en una amarga hostilidad, pero él estaba tan decidido como su oponente. Él, que creía que jamás volvería a enamorarse, amaba apasionadamente a *lady* Emilia.

—Puedo leer vuestras mentes —murmuró la abadesa. Se quitó la cadena de plata que llevaba al cuello y se la acercó a los dos hombres—. ¡Jurad! —les instó—. Jurad por esta cruz que no os pelearéis por *lady* Emilia. Al menos —añadió— hasta que hayamos resuelto el asunto que os ha traído aquí.

Los dos hombres la miraron fijamente. El rostro de la madre Constance adoptó una expresión severa. Estaba a punto de amenazarlos con enviar a la joven lejos del convento, pero ¿qué valor tenía un juramento realizado bajo coacción? Su expresión se suavizó.

—Por favor —dijo—. ¡Por el amor de Dios! ¡Hacedlo por mí! ¡Por todos los que han muerto a manos de esos horribles asesinos! ¡Por vuestra lealtad al rey y a la Iglesia, os ruego que juréis!

Ambos alargaron el brazo para tocar el crucifijo.

—Os doy mi palabra —declaró *sir* Godfrey.

—Yo también —añadió Alejandro.

La madre Constance se colgó de nuevo la cadena.

—Muy bien. Esta noche seréis mis invitados en la cena. Vosotros, la hermana Edith, y *lady* Emilia, por supuesto.

En su celda de la iglesia del convento, la hermana Edith se lavó meticulosamente el polvo de la cara y las manos. Se ató de nuevo la venda de seda que ocultaba sus ojos y se arrodilló ante el crucifijo.

—He vuelto a encontrarlos —susurró—. Esta noche estaban allí, Señor. Cerca de esa taberna. —Se estremeció y miró sin ver la cara de su Salvador—. Pero había algo más. ¿Qué era, Señor? —Se sentó sobre los talones y dejó que su mente flotara como una pluma arrastrada por la brisa. Dejó que fluyeran las imágenes: el ruido y el hedor de la ciudad, el dulce olor del pergamino en la biblioteca del colegio Stapleton, la sensación de terror en la pequeña cámara de la taberna, la premonición... Le dio un vuelco el corazón. Se puso en pie, mordiéndose el labio, nerviosa.

—¡Oh, Señor! —rezó—. ¡Oh, no! —Recordó la premonición, que tuvo durante unos segundos cuando Leticia se negó a continuar hablando.

—Posé mi mano... —La hermana Edith hablaba dirigiéndose a las desnudas paredes encaladas—. Posé mi mano. Toqué la de McBain. Él siempre tiene las manos calientes y suaves, pero durante aquellos escasos segundos... —Se llevó un dedo a

los labios—. Durante aquellos escasos segundos —susurró—, la mano de McBain estaba fría y dura como el hielo.

* * *

En el salón de la abadesa, la madre Constance insistía en llenar las copas de sus invitados para celebrar el juramento que acababan de hacer, cuando de pronto una hermana lega, con el velo ondulando, irrumpió en la estancia sin llamar a la puerta.

—¡Madre abadesa! ¡Madre abadesa! ¡Venid en seguida!

La madre Constance se levantó.

—¡Por el amor de Dios, mujer! —dijo—. ¿Qué pasa? ¿Han desembarcado los franceses? ¿Ha llegado el rey? ¡Hermana Verónica! ¿Por qué no estáis trabajando en la enfermería?

—De allí es de donde vengo —dijo la monja, pálida y jadeante—. Al salir de la enfermería pasé por el cementerio para poner unas flores en la tumba de la hermana Richolda. —Hizo una pausa, con la boca abierta—. No puedo explicároslo —balbuceó—. ¡Tenéis que venir en seguida! Madre, tenéis que venir, y vuestros invitados también, por favor.

La madre Constance recogió su capa y encendió pausadamente dos velas. Entregó una a la enfermera y, seguida del caballero y el escribano, salió del convento, rodeó la iglesia y entró en el cementerio. El cementerio estaba desolado. Una brisa nocturna agitaba los tejos y arrastraba las hojas secas del otoño por la húmeda hierba, mientras las cruces de madera de las tumbas crujían y se movían sobre sus lechos de tierra.

Alejandro miró alrededor y se estremeció. Maldijo por lo bajo cuando un búho bajó volando, casi rozándoles las cabezas, persiguiendo algún animal nocturno hasta el fondo del cementerio. Vio las fantasmales alas agitándose; el pájaro bajó en picado, hubo un pequeño chillido y el búho levantó el vuelo y desapareció entre las oscuras ramas de un árbol. La hermana Verónica adelantó a Alejandro y se paró en medio del cementerio, que estaba dominado por una gran cruz de madera labrada al estilo celta. Debajo de la cruz había un pequeño altar de piedra, y, frente al altar, Alejandro vio las tres cruces invertidas. La hermana Verónica señaló, y luego se apartó. *Sir* Godfrey cogió una de las velas y se agachó, con Alejandro de pie tras él. Se miraron, impresionados por la visión que tenían ante ellos, intentando ignorar los gemidos y los gritos de la abadesa.

—¿Quién habrá sido? —susurró la madre Constance—. ¡Esto es una broma macabra!

—Tres cruces —dijo *sir* Godfrey con aire pensativo.

Sacó una de la tierra y la puso plana en el suelo. Cogió su daga y soltó el murciélago muerto que habían clavado en medio del travesaño. Arrancó la cruz donde habían grabado su nombre.

—Tres cruces —murmuró—. Cada una con un murciélago clavado y nuestros nombres grabados debajo: *sir* Godfrey Evesden, Alejandro McBain y hermana Edith Mohun.

Se puso en pie y derribó de una patada las otras dos cruces, y luego, intentando dominar su ira, amontonó las tres cruces.

—¿Madre Constance?

—¿Qué, *sir* Godfrey?

—Haced que rocíen las cruces con aceite y que las quemem inmediatamente.

La abadesa hizo una seña a la enfermera.

—¡Haced lo que os dicen! —ordenó—. ¡Ahora mismo! ¡Id a buscar a un pinche de cocina para que os ayude!

La madre Constance regresó con sus invitados al cómodo y cálido salón.

—¿Quién puede haber sido? —preguntó tras cerrar la puerta—. ¿Es una broma de estudiantes?

—No. —*Sir* Godfrey se acercó a la chimenea, y se quedó contemplando el fuego mientras bebía su vino. Miró por encima del hombro al pálido escribano—. Está empezando —dijo—. Nos hemos aprendido la melodía, hemos memorizado los pasos y ahora la danza de la muerte está a punto de empezar. La hermana Edith tiene razón: los *strigoii* saben que hemos llegado a Oxford y nos han enviado su primer aviso.

Sir Godfrey y Alejandro volvieron a sus cámaras, prometiendo que no mencionarían aquel incidente a nadie. Se lavaron y se cambiaron, poniendo mucha atención en su aseo, hasta que una hermana lega los invitó a bajar al cómodo refectorio de la abadesa, una pequeña sala con una plataforma elevada bajo un toldo azul y dorado. La madre Constance estaba sentada en el centro, con la hermana Edith a su derecha y *lady* Emilia a su izquierda. *Sir* Godfrey y Alejandro se sentaron enfrente de ellas. Al principio la conversación fue afectada, y Alejandro tuvo la impresión de que la exorcista sabía que pasaba algo. Con todo, los dos hombres sólo tenían ojos para Emilia, que estaba encantadora con un velo blanco sujeto por una diadema de oro y un vestido azul y plateado forrado de costosa piel de cebellina. Todos sus movimientos eran delicados, y los hombres percibieron su exquisito perfume, una combinación de almizcle y hierbas dulces. Emilia los miró con timidez y a la hermana Edith le costó disimular su sonrisa. «Es una mujer de armas tomar —pensó—, puro acero oculto bajo el más suave terciopelo; admira profundamente a estos dos hombres y está decidida a jugar con ellos.» La hermana Edith escuchaba la elegante conversación. Confiaba en que aquella hermosa doncella no provocara celos entre los dos hombres por los que la hermana Edith también sentía un secreto afecto. «Son buena gente —pensó—, tienen sus pasiones y sus debilidades, pero tienen un corazón puro, son bien intencionados, fuertes y valerosos.»

Alejandro se fijó en que la exorcista apenas comía y se limitaba a jugar con la pequeña hogaza de pan blanco que había partido sobre la bandeja de plata que tenía delante. Apartó a regañadientes la mirada de Emilia.

—Hermana Edith —dijo—, estáis muy callada.

—Os pido disculpas, maese escribano, pero estaba pensando.

—¿En qué pensabais? —preguntó Alejandro, deleitándose con la dulce sonrisa de Emilia—. ¿En vuestra visita a Oxford o quizás en otro de vuestros viajes? Vos habéis viajado más que ninguno de los aquí presentes.

La hermana Edith captó la indirecta e inició una extensa comparación entre la Universidad de Oxford y las de Padua y Genova, en el norte de Italia. La hermana Constance, que ya se había recuperado de la impresión que le había causado la herejía perpetrada en el cementerio, suspiró aliviada y levantó la mano para indicar al mayordomo que podía servir los espléndidos manjares que había hecho preparar. Se aseguró de que llenaran continuamente las copas del caballero y el escribano, y vio cómo el vino, la buena comida, la presencia de una mujer hermosa y las fascinantes anécdotas de la exorcista obraban su magia y les hacían olvidar los terrores del día. La comida era excelente: cisne cocinado con sofrito, filetes de buey asados con salsa de azúcar moreno, pimienta negra, jengibre y canela; ensaladas aderezadas con hierbas; crema de verduras; hogazas de pan blanco; cordero asado con ajo y romero; guisantes y cebollas con civetas y, para terminar, miel tostada con piñones.

La hermana Constance miró a sus invitados, satisfecha del éxito de la comida, y, en el momento oportuno, anunció que se retiraba, dejando a sus invitados en animada charla. Hasta la hermana Edith se divertía con el relato que McBain estaba haciendo de sus aventuras con la tinta invisible. La hermana Constance dio las gracias a su cocinera y a las criadas que la ayudaban y volvió a su cámara. Una criada había reanimado el fuego y había llenado la jarra de vino que se calentaba en el rincón de la chimenea. La hermana Constance se arrodilló en su reclinatorio, encendió dos grandes velas, e inició sus oraciones. Entonó el salmo en voz baja y cuando oyó su nombre pensó que estaba soñando:

—¡Constance! ¡Constance! ¡Oh, Constance, abre la ventana!

La abadesa se levantó y se tapó la boca con una mano. Hacía muchos años que nadie la llamaba simplemente por su nombre, desde que era una cría y vivía en la mansión de su padre y los otros niños la invitaban a jugar.

—¡Constance! ¡Constance!

La abadesa se precipitó hacia la ventana, abrió los postigos y escudriñó la oscuridad. Una antorcha vacilaba cerca de la entrada, arrojando algo de luz, pero no la suficiente para que la abadesa distinguiera a la persona que la llamaba.

—¡Constance!

La voz estaba mucho más cerca. Vio que la enredadera que cubría la pared se movía. Primero miró a la derecha y luego, justo debajo de ella, vio las figuras, completamente vestidas de negro, con ojos oscuros y bocas sonrientes en unos rostros pálidos. «Es una pesadilla», pensó, y apartó la mirada. Pero cuando volvió a mirar, las figuras seguían allí: cuatro, cinco figuras aferradas a la hiedra como murciélagos, y todas mirándola con una sonrisa en la cara. La madre Constance cerró los postigos

bruscamente y corrió, gritando, hacia la puerta.

Diálogo entre los peregrinos

–¡Que me aspen! –exclamó Harry, el tabernero, contemplando las expectantes caras de los peregrinos, reunidos alrededor de la gran mesa de la cervecería de la taberna del Tabardo–. ¡Que me aspen! –repitió–. Qué historia tan truculenta, noble caballero. Continúad, por favor.

El caballero sacudió la cabeza y señaló la vela.

–Se está haciendo tarde. Ya es suficiente por esta noche. Quizá continúe mañana, después de la cena.

–Pero ¿quiénes son esos asesinos? –preguntó el ujier, un hombre de expresión amenazadora–. Vamos, noble caballero, no hagáis trampas.

–No –intervino Harry–. Ya hemos establecido las reglas: cada peregrino tiene que contar su historia sin que los demás le interrumpen.

–Pero ¿existen esas criaturas? –preguntó el vendedor de indulgencias, apartándose el lacio y rubio cabello de la demacrada cara–. Strigoii, vampiros, criaturas del infierno... ¡Eso son tonterías, caballero!

Los demás expresaron a coro su acuerdo.

–Yo no estoy tan seguro –terció el estudiante de Oxford–. Caballero, vuestra historia me ha refrescado la memoria, y he recordado anécdotas y leyendas que había oído contar. Vuestra descripción de la universidad es en todo acertada. Me consta que en el colegio Exeter había un director llamado Wakeham y, según los registros de la ciudad, *sir Oswald Beauchamp* era el gobernador del rey. –El estudiante de Oxford hizo una pausa–. Pero ¿no murió en un incendio? ¿Y el censor Ormiston? Un individuo extraño, cuya súbita desaparición siempre ha sido un misterio.

El estudiante captó la discreta petición de silencio que le lanzaba el caballero.

–Pero ¿cómo? –les interrumpió el corpulento fraile–. ¿Insinuáis que esta historia es cierta?

–Yo también he reconocido algunos nombres –declaró el humilde cura, acurrucado junto a su sucio hermano, el labrador. Se inclinó hacia delante, sujetando la cuerda de la bolsa que llevaba colgada del cuello.

–¿A quién habéis reconocido, padre? –preguntó el caballero.

–Pues al sacerdote de San Pedro, el padre Andrés. Cuando yo era joven él era cura de una iglesia de Londres. Un hombre venerable, muy dado a las obras de caridad.

–Ah, sí –declaró el incontenible estudiante de Oxford, señalando hacia el techo con un huesudo dedo–. Ahora han restaurado la iglesia de San Pedro. El padre Andrés murió. He visto su tumba delante del altar mayor. Se lo venera mucho por sus buenas obras.

–Entonces, ¿es cierta esta historia? –preguntó el terrateniente, rascándose la blanca barba.

–Yo no he dicho eso –replicó el caballero, mirando rápidamente a su hijo, que lo contemplaba con expresión de extrañeza.

–Pero ¿existen seres así? –insistió el abogado.

–Ya os he dicho –bramó la viuda de Bath– que cuando iba en peregrinaje a la tumba de la Virgen Bendita, en Colonia...

–En busca de otro marido, seguro –bromeó el monje.

–Bueno, aunque así fuera, os aseguro que no habría elegido a alguien como vos –se defendió la viuda de Bath–. He oído hablar de los *strigoii*, los muertos vivientes. –Se colocó bien el griñón, y agitó las regordetas y blancas manos–. No, no, escuchad todos. Según lo que me han contado, los *strigoii* son hombres y mujeres poseídos por espíritus malignos, y esos espíritus los hacen alimentarse de sangre humana, que fortalece sus cuerpos y a los demonios que llevan dentro.

La viuda de Bath vació su copa de un trago.

–Estando en un pueblo de las afueras de Colonia, oí una historia parecida sobre un joven llamado Ulrich, un labrador. Aunque tenía una gran fuerza física y raramente enfermaba, Ulrich empezó a tener dificultades para respirar. –La viuda de Bath apoyó los codos en la mesa y miró sonriendo a los otros peregrinos, feliz de ser ahora el centro de atención–. Eso empezó después de una discusión con su hermano por un terreno. Ulrich se debilitó y empezó a escupir sangre. No tardó en morir, y enterraron su cuerpo en el cementerio del pueblo. Pasados dieciséis años reapareció en el pueblo; aseguraba que no había muerto, sino que uno de esos *strigoii* lo había desenterrado de la tumba y lo había resucitado.

–¿Qué fue de él? –preguntó la priora con los ojos desorbitados por el miedo.

–Lo quemaron, como hacen con las brujas. Pero lo importante es que eso confirma la historia del caballero: esos *strigoii* se rigen por una jerarquía de jefes y nunca mueren, a menos que los destruya el fuego. Es más –añadió la viuda de Bath con aire amenazador–, esos jefes *strigoii* pueden adoptar la forma de ángeles de luz, abogados, ujieres, hasta vendedores de indulgencias.

–¿Quién sabe? –El sacerdote habló con una voz aguda–. Cualquiera de nosotros podría ser un *strigoii*.

–¿Es eso posible? –El cocinero, que seguía masticando un trozo de carne salada, miró fijamente al caballero–. ¿Es eso posible, caballero?

El caballero no apartaba la vista del monje.

–Sí, ya lo creo –dijo con calma–. Como dice mi historia, esos seres sólo se revelan cuando les interesa hacerlo, o involuntariamente, si se encuentran ante la hostia o alguna santa reliquia. Incluso entonces intentarán escapar, presentar alguna excusa, pero si no logran huir... – El caballero hizo una pausa y se reclinó en el respaldo de la silla.

Los peregrinos se estremecieron mientras la enorme taberna crujía y gemía a su alrededor.

–¡Continuad! –le instó el marino.

–Si no lo logran –continuó el caballero– revelarán su verdadera naturaleza, y esa es la visión más espantosa que podáis imaginaros.

El monje, hundiendo el curtido rostro en la jarra de cerveza más grande que Harry el tabernero le pudo proporcionar, tosió, riendo a carcajadas, y dio un golpe en la mesa con la jarra.

–¡Tonterías! –declaró con su sonora voz–. ¡Historias ridículas para asustar a los niños!

–¿Por qué lo decís? –preguntó el caballero.

–Yo he estado con los monjes trinitarios de Oxford –contestó el monje –. Me he alojado en su hospedería. Jamás oí ninguna leyenda sobre

strigoii, túneles o tumbas vacías. Estoy seguro de que los buenos hermanos me habrían hablado de esas cosas. Es más, estudié una crónica de la casa y no encontré en ella ninguna leyenda. ¡Todo eso son pamplinas!

El caballero se encogió de hombros y sonrió.

–Yo no he dicho que fuese cierto –señaló–. Mi anfitrión me ha pedido que cuente una historia. Si vos la creéis o no... –Abrió las manos y apartó su silla de la mesa–. Pero ahora, amigos míos, señoras, debo retirarme. Os deseo buenas noches.

–¿Acabaréis la historia mañana? –preguntó el cocinero.

–Sí, por supuesto –prometió el caballero–. ¡Mañana conoceréis el desenlace de mi historia!

Su hijo lo acompañó, diligente, fuera de la estancia y hasta la cámara que habían alquilado encima de la cervecería. El escudero encendió las velas que había en la mesa, ayudó a su padre a quitarse el jubón de cuero, y sacó de las alforjas una camisa de dormir y unas polainas de lana limpias para el día siguiente. Como había hecho en incontables ocasiones, el escudero se quedó mirando cómo su padre se colocaba ante el lavatorio y se lavaba. Sintió la mezcla de cariño y temor que siempre sentía al ver las horribles cicatrices y heridas que marcaban el cuerpo del caballero desde el cuello hasta los dedos de los pies. Ya nunca le preguntaba a su padre dónde recibió aquellas heridas, porque cuando lo hacía siempre obtenía la misma respuesta: «Al servicio de Dios y por la gloria de la Iglesia».

–Padre.

–Sí –contestó el caballero con voz cansada mientras se secaba bruscamente y se ponía la camisa de dormir por la cabeza.

–¿Es cierta la historia que has contado, padre?

–¿Tú qué crees?

El escudero miró fijamente a su padre, que le sonrió.

–Pues vete a la cama, hijo. Mañana será otro día, y tengo otra historia que contar.

El escudero se desvistió y se tendió en el jergón mientras el caballero iniciaba la ceremonia que realizaba cada noche. Sacó su gran espada de la vaina, clavó la punta en el suelo y se arrodilló ante ella, con las manos sobre el travesaño. Se santiguó y empezó a rezar. El rito no variaba nunca: un padrenuestro, tres avemarías y una oración especial que el caballero había memorizado, pidiéndole a Cristo que lo alejara de todo mal. Después el caballero envainó de nuevo la espada, cogió una botellita de piel llena de agua bendita y bendijo su cama y la de su hijo, haciendo la señal de la cruz por encima de ellas. Luego besó el precioso relicario que llevaba colgado del cuello y se metió en la cama.

El escudero vio cómo su padre cerraba los ojos.

–Padre.

–Dime, hijo.

–¿Cómo era mi madre?

–Hermosa como la noche –contestó el caballero–. Cabello negro como el azabache, piel de seda, brillantes ojos azules y una sonrisa inolvidable.

–Y ¿murió al darme a luz? –El escudero siempre le hacía la misma

pregunta.

El caballero miró a su hijo con una sonrisa en los labios.

–No te culpes por ello. Cogió unas fiebres, se debilitó y murió. Yo lamenté su muerte, pero su alma está con Dios, y su espíritu nos vigila a ambos.

–¿Por eso te marchaste de Inglaterra?

–Yo hago mi propia cruzada. Ando buscando algo, y cuando lo encuentre, tú lo sabrás.

–¿Qué opinas de nuestros acompañantes? –preguntó de pronto el escudero, incorporándose—. Me refiero a los otros peregrinos.

–Hay de todo –contestó su padre–: buenos, malos y neutros. Pero te voy a dar un consejo: aléjate de ese monje.

–¿Por qué, padre? Le gusta la caza y me he dado cuenta de que coquetea con la priora, pero ¿qué tiene eso de malo?

–Aléjate de él –repitió el caballero—. Y ahora, a dormir. Es tarde y mañana iniciaremos nuestro viaje.

–Una pregunta más, padre.

–Dime.

–¿Por qué vamos a Canterbury? ¿A darle las gracias al mártir bendito?

–A darle las gracias –repuso el caballero– y a pedirle su bendición.

–¿Te confesarás allí? –insistió el escudero.

El caballero rió y se incorporó.

–¿Qué sabes tú de mis pecados?

–Nada. –El escudero se arrepintió de haber hecho aquella pregunta—. Sólo que antes de que nos marcháramos de Minster Lovell, matasteis a un hombre en las orillas del Windrush.

–Él desenvainó su espada y me retó –contestó su padre—. No tuve más remedio que defenderme. Informé de su muerte al gobernador, y mi criado juró que yo había matado en defensa propia. Y ahora –dijo tapándose la cara con la manta–, ¡a dormir!

El escudero se quedó allí tendido, escudriñando la oscuridad. Sí, había oído decir que su padre mató a aquel hombre cerca del río, como hizo con otros muchos. «Pero ¿por qué? –se preguntaba el escudero, adormilado—. ¿Por qué a veces su padre se aseguraba de que los cadáveres de los hombres que mataba fueran quemados inmediatamente?»

A la mañana siguiente se despertaron temprano al oír los berridos del tabernero. Se reunieron con el resto de los adormilados peregrinos en la cervecería para desayunar pan, queso, tocino ahumado y cerveza. Después recogieron su equipaje y esperaron en el gran patio adoquinado mientras los mozos y los palafreneros les preparaban sus caballos. Había mucha confusión: gritos, relinchos de caballos y tintineo de arneses. Finalmente montaron todos, y Harry, el tabernero, los guió hasta la calle mayor de Southwark, por la iglesia de San Jorge y hasta la antigua carretera romana de Watling Street, que los conduciría en dirección sudeste hasta Canterbury.

Hacía un hermoso día. Al principio se mostraron un tanto intranquilos al llegar a campo abierto; habían oído hablar de los forajidos y ladrones que atestaban aquellas regiones desiertas y atacaban a los pobres peregrinos. Sin embargo, Harry pronto los tranquilizó, indicando que el caballero iba armado y que había un buen número de fornidos varones en el grupo, capaces de ahuyentar a cualquier criminal que se

atrevieran a molestarlos.

Cabalgaron bajo el generoso sol de primavera y cruzaron extensos prados en los que empezaba a brotar la hierba. El caballero inició su relato diurno, que versaba sobre los caballeros tebanos Arcite y Palamon y su rivalidad por la mano de una hermosa hermana de la reina de las Amazonas. Para cuando llegaron al manantial de Santo Tomás el caballero había terminado la historia. Allí tuvieron que parar un rato. El molinero estaba igual de borracho que la noche anterior, y había seguido bebiendo de un odre desde que salieron del Tabardo. Harry el tabernero intentó razonar con él.

—¡De ninguna manera! —gritó el molinero—. No pienso callarme. Insisto en contar mi historia ahora, y, si estoy borracho, la culpa la tiene la cerveza de Southwark. Pero, ya que nuestro caballero nos ha hablado de Oxford, yo os contaré otra historia sobre un repugnante carpintero que vivía en esa ciudad y sobre su delgada esposa, Alison, más amante de los deportes de cama que ninguna otra mujer que hayáis conocido.

El baile, que era carpintero de profesión, oyó aquellas palabras, e inmediatamente se inició una terrible discusión entre él y el molinero, que duró hasta que dieron por terminado el trayecto del día. Nadie hacía mucho caso al molinero. Estaba borracho desde el día de su llegada, y para cuando terminaron de cenar, roncaba en un rincón abrazado a su gaita. Esperaron hasta que los criados se retiraron de la estancia que habían alquilado y luego pidieron al caballero que continuara su historia.

El caballero estaba de pie junto a la ventana, escrutando la oscuridad, observando las sombras de los árboles que había al otro lado de la calle de la taberna.

—Vamos, noble caballero —dijo Harry con jovialidad—. Tened piedad, señor; anoche empezasteis una historia que nos aterrorizó a todos. No descansaremos tranquilos en nuestras camas hasta que la terminéis.

El caballero escudriñaba la oscuridad. Estaba convencido de que lo miraban atentamente; alguien que seguía a los peregrinos por el Watling Way o uno de sus compañeros de viaje. No lo sabía, pero vigilaba de cerca al monje. Intuía que el carácter campechano de aquel hombre ocultaba cosas más oscuras y misteriosas. Harry el tabernero siguió rogándole que retomara su relato; el caballero sonrió y volvió a la cabecera de la mesa.

—Terminaré mi historia —declaró—. ¡Escuchadme bien!

TERCERA PARTE

Capítulo 1

Los gritos de la madre Constance despertaron a todo el convento, y *sir* Godfrey y Alejandro salieron corriendo del refectorio. Se encontraron en el salón de la abadesa, y la madre Constance, incapaz de hablar, se quedó un rato sentada, temblando de miedo. No se tranquilizó hasta que Alejandro le puso una copa de vino en los labios; entonces les describió, con frases entrecortadas, la espantosa escena que había presenciado desde su ventana.

Sir Godfrey ordenó inmediatamente que cerraran todas las puertas y ventanas. Corrió hacia la hospedería, seguido de Alejandro. Se puso la cota de mallas y el talabarte y salió a grandes zancadas a los jardines, con la espada en una mano y el puñal en la otra. Alejandro, también armado, lo siguió y juntos rodearon los edificios del convento, pero no descubrieron nada raro. Sólo los chotacabras cantando en los árboles, algún aullido de perro y débiles ruidos procedentes de las ventanas iluminadas del convento rompían el silencio. Registraron los jardines hasta que a *sir* Godfrey se le ocurrió pensar que los hombres a los que había visto la madre Constance podían haber entrado en el edificio por alguna puerta lateral o por alguna ventana abierta.

—Vuelve adentro, Alejandro —ordenó—. Yo seguiré buscando por aquí.

Sir Godfrey fue a la parte más alejada del convento, más allá de la iglesia, hasta llegar al gran huerto que se extendía hasta los muros. Percibió el olor agrídulce de las manzanas podridas que había en el suelo, pero, al quedar rodeado de árboles, notó algo inquietante y se arrepintió de haber bebido tanto vino, porque le había embotado los sentidos. Esgrimiendo el puñal y la espada, avanzó a grandes zancadas por el huerto hasta llegar a un pequeño claro, y se dio cuenta de que estaba equivocado. Reinaba un silencio sepulcral; ni siquiera se oía el ulular de un búho ni el correteo de animalillos por la hierba. El caballero se colocó en el centro del claro. Las nubes se habían dispersado y los árboles quedaban bañados por la plateada luz de la luna. *Sir* Godfrey se detuvo. Se quedó escuchando su pesada respiración, y de pronto emitió un grito estrangulado al ver cinco figuras que salían de detrás de los árboles y caminaban hacia él. Vestidas de negro de pies a cabeza, se confundían con la oscuridad. Llevaban la cara enmascarada, de modo que *sir* Godfrey sólo alcanzaba a ver el destello de un ojo, un trozo de piel sobre el labio superior. Adoptó una postura de lucha, dominando el impulso de echar a correr hacia el convento.

—No queremos haceros ningún daño, *sir* Godfrey Evesden —declaró la figura que estaba en el centro. Sin embargo sus palabras fueron seguidas de una risita que convirtió aquellas solemnes y tranquilizadoras palabras en una amenaza—. Bueno, no queremos haceros ningún daño de momento. Lo que suceda en el futuro tendréis que decidirlo vos.

Sir Godfrey retrocedió; las figuras se detuvieron.

—¿Quiénes sois? —preguntó el caballero—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Qué queréis de mí? ¿Por qué habéis asustado a una pobre y anciana abadesa en plena noche?

—Vamos, *sir* Godfrey —replicó la voz—. Sabemos a qué habéis venido y la misión que os han encomendado. Regresad con vuestros amos de Londres y llevaos a ese escribano entrometido y a esa bruja ciega con vos. Decidle al rey que este asunto no os incumbe, que no es ninguna conspiración contra la Corona, ninguna traición ni ninguna trama de oficiales corruptos. Y bajad la espada. Si quisiéramos quitaros la vida, ya lo habríamos hecho.

—Entonces, ¿qué es lo que queréis? —insistió *sir* Godfrey.

—Terminar nuestro trabajo aquí.

—Y ¿cuál es ese trabajo?

—¡Eso no es asunto vuestro, caballero!

—Entonces, ¿cómo lo vais a acabar? —continuó *sir* Godfrey—. ¿Asesinando? ¿Derramando sangre de personas inocentes? ¿Cometiendo espantosos crímenes en plena noche? ¿Degollando a inocentes y bebiéndoos su sangre?

—No es muy diferente de lo que hacéis vos, *sir* Godfrey —replicó la voz—. ¿Acaso no habéis luchado vos en los campos de batalla de Francia, donde los muertos se amontonan, o bajado en barcaza por el río Támesis y viendo los cadáveres que flotan en sus aguas como basuras? La vida humana es barata, *sir* Godfrey. Tan fácil y gratamente sustituible.

—¡Sois unos asesinos y unos endemoniados! —replicó el caballero.

—Cada uno tiene su señor, *sir* Godfrey. Pero basta ya. Hemos asustado a esa vieja bruja, la abadesa. Ella no debió traeros aquí, y ya os hemos avisado. ¡Os damos tres días para marcharos de Oxford!

—¿Y si me niego a irme de aquí?

—Entonces volveremos a vernos.

La figura retrocedió, ocultándose entre los árboles, y desapareció. *Sir* Godfrey envainó la espada y la daga y se apoyó en la fría corteza de un árbol. Esperó hasta que los temblores que le sacudían el cuerpo cesaron, y luego regresó al convento.

Alejandro le esperaba junto a la entrada. Miró a *sir* Godfrey y le preguntó:

—¿Habéis visto un fantasma, noble caballero?

—Peor, escribano. ¡He visto al demonio en persona!

Sir Godfrey le describió brevemente a Alejandro lo que había ocurrido en el huerto. El caballero se sentó en una banqueta y apoyó la cabeza en la pared encalada, contemplando un sencillito crucifijo negro.

—Han venido a asustarnos —murmuró—, y a avisarnos. —Miró al escribano y añadió—: Si supieran lo poco que hemos averiguado hasta ahora, no se habrían molestado en hacerlo.

—Todo gira en torno a una cuestión —replicó McBain.

—¿De qué se trata?

—¿Cómo se meten en las casas sin que se oigan ni ruidos ni gritos y sin que los

vecinos lo adviertan?

Alejandro fue al refectorio y regresó con dos copas de vino. Le dio una al caballero y sonrió.

—La madre Constance se ha retirado. La hermana Edith está rezando en la iglesia, y le he asegurado personalmente a... —ensanchó la sonrisa—. Le he asegurado personalmente a *lady* Emilia que está a salvo. —Hizo una pausa—. Podríamos hacer una cosa, *sir* Godfrey.

El caballero lo miró con extrañeza.

—Sabemos que esta noche los *strigoii* están en Oxford. Quizá tengan pensado visitar alguna otra casa. Demos una vuelta por la ciudad, veamos qué pasa en plena noche en los callejones y las calles de Oxford, quién se pasea por ellos.

Sir Godfrey estaba cansado, y todavía ligeramente abotargado tras la succulenta comida y la abundante bebida. Aun así, aceptó la acertada sugerencia del escribano y, antes de una hora, con las botas, las capas y las armas, salieron del convento e iniciaron su paseo por la dormida ciudad de Oxford.

Recorrieron las calles, tapándose la nariz para protegerse del hedor de la basura acumulada en el foso cerca de Holywell, más allá de Smithgate; pasaron por Bocardo Lane, bajo la silenciosa y oscura mole de San Miguel, en Northgate, y llegaron a Fish Street. Al principio creyeron que las calles estaban vacías, pero de vez en cuando se encontraban a un grupo de estudiantes caminando por los callejones, susurrando animadamente y jactándose de la habilidad con que habían quebrantado las reglas de sus colegios. Cerca de San Aldate se encontraron con la ronda de la ciudad, un grupo de hombres asustados que se calentaban las manos en un reluciente brasero. Su jefe los paró, pero cuando *sir* Godfrey les explicó quiénes eran, les dejó pasar sin poner reparos. Había mendigos por todas partes, pidiendo a gritos comida o limosnas con sus esqueléticos brazos. De vez en cuando oscuras sombras cruzaban corriendo un callejón, pero *sir* Godfrey creyó que eran los típicos buitres nocturnos: un bandolero en busca de una presa fácil, algún estudiante borracho o un ciudadano que regresaba a casa tras una noche de jarana en la taberna.

—Nada —murmuró *sir* Godfrey cuando se dirigían de nuevo al convento.

—Nada, pero eso ya es algo —replicó Alejandro.

—¿Qué queréis decir?

—Bueno, las calles no están tan desiertas como creíamos. Es posible que alguno de esos grupos con los que nos hemos cruzado... —Alejandro carraspeó—. Dejad que me explique. Es posible que los asesinos se hicieran pasar por alguno de los grupos con que nos hemos cruzado. Un grupo de estudiantes jaraneros que preguntan una dirección, dos burgueses perseguidos por un bandolero buscando refugio. Pensad, *sir* Godfrey, volved a pensar. ¿A qué clase de persona le abriríais la puerta en plena noche?

* * *

Cuando el caballero y el escribano regresaron a Santa Ana, los Cotterill, una familia de caldereros, estaban acabando de cenar en su casa, en un callejón de Bocard Lane. La cena no había sido agradable. Isolda, la esposa de Raúl, estaba sentada con los labios apretados, sin apenas tocar su cuenco de sopa de cebollas y champiñones. Miraba con odio a su hija Catalina, una muchacha de lustrosa melena negra, cutis blanco y alegres ojos castaños. Se fijó en cómo el abundante pecho de su hija se ceñía contra el raído delantal de lana y descubrió subrepticias miradas entre ella y su segundo marido, Raúl. Isolda tenía motivos para estar preocupada. Aquel mismo día, poco después de que Raúl regresara con su carretilla del mercado, Isolda los había sorprendido en el pequeño jardín que había detrás de la casa, fundidos en un abrazo muy poco adecuado entre un padre y su hijastra. Después de todo, Catalina era la única hija que tuvo con Alejandro, que ahora yacía enterrado bajo los viejos y nudosos tejos del rincón del cementerio de San Pedro.

El hijo que Isolda había tenido con Raúl, Roberto, de seis años, pelirrojo, con la cara llena de pecas, percibía la tensión en la mesa, y al ver que su madre estaba distraída se escabulló escaleras arriba para seguir con su juego favorito. Roberto había encontrado una pequeña habitación, poco más que un armario empotrado en la pared, a la que se accedía a través de una pequeña trampilla escondida detrás del baúl que había en el estrecho pasillo donde se encontraba la habitación de su madre. Había descubierto que colándose detrás del baúl y levantando la trampilla podía meterse en su cámara secreta, donde podía jugar a su juego favorito de monstruos y dragones. Cuando levantaba la trampilla su padre lo llamó, pero era demasiado tarde. Roberto se coló por el hueco y cerró la trampilla tras él. Cogió la yesca que se había llevado del almacén de su padre y encendió la vieja vela de sebo que había en el suelo, en el centro de la habitación. El chiquillo vio cómo la llama de la vela crecía. Sonriente, empezó a hacer sombras con las manos y los brazos sobre las paredes.

—Este es el dragón —murmuró cerrando su pequeño puño y sosteniéndolo en alto. Vio cómo las sombras vacilaban en la pared. Luego separó tres dedos—. Y este es el caballero con su caballo, que va a luchar contra el dragón.

Roberto hizo una pausa; oyó unos golpes en la puerta de abajo, a su madre riendo, banquetas arrastradas, y a su padre caminando por el pasillo.

—¡Visitas! —susurró el niño. Aguzó el oído, pero sólo distinguió una voz—. ¡Sólo una! —murmuró, y siguió jugando con las sombras. Oyó que su madre lo llamaba: «¡Roberto, baja!». Pero el chiquillo se quedó sentado con la espalda pegada a la pared y siguió jugando. Debió de quedarse dormido unos minutos, hasta que lo despertó un grito amortiguado. Abajo la puerta volvió a abrirse y Roberto oyó que más gente entraba en la casa. ¿O eran sus padres que se marchaban? Oyó unos pasos pesados en la escalera; debía de ser su padre, pensó, que subía al desván a buscar una tina de su mejor cerveza.

Se abrieron y cerraron puertas. Había alguien fuera, en el pasillo, que respiraba entrecortadamente. De pronto el chiquillo tuvo miedo. Sin pensarlo, se inclinó hacia

delante, apagó la vela y se quedó acurrucado en la oscuridad. El terror le agarrotaba los músculos de todo el cuerpo, y le temblaban las piernas. Notaba las manos frías y pesadas, como los enormes bloques de hielo que había ayudado a llevar a su padre desde el río las navidades pasadas. Fuera de la habitación había algo terrible. Una criatura grotesca salida de una de sus peores pesadillas estaba de pie al otro lado de la pared. El chico se acurrucó, paralizado como un conejillo. Dejó que la espantosa sensación de maldad flotara a su alrededor y le erizara los pelos de la nuca con sus helados dedos. Roberto no se atrevía a moverse. El demonio había entrado en su casa y todos los juegos infantiles habían terminado.

Capítulo 2

Al día siguiente *sir* Godfrey y Alejandro se levantaron temprano, animados por el reluciente cielo azul y los débiles rayos de sol. Se reunieron con la hermana Edith en la iglesia del convento. Se arrodillaron en sus reclinatorios ante la reja del coro, escuchando a las monjas cantando el divino oficio, y después la misa celebrada por el capellán del convento. El sacerdote iba ataviado con unas vestiduras rojas y doradas, con una hermosa paloma blanca de seda bordada en la parte trasera de la casulla. *Sir* Godfrey rezaba con devoción, atento a cada movimiento del sacerdote, siguiendo la epístola, el evangelio y el ofrecimiento del pan y el vino.

La hermana Edith intentaba rezar. Intentaba mentalmente traspasar la gran columna de fuego, la entrada del reino de Dios. No sabía por qué, pero cada vez que rezaba o pensaba en Dios se imaginaba un mar de fuego, de puro amor, que calentaba, nutría y fortalecía, pero que nunca quemaba. Sabía por qué la madre Constance había pedido que se oficiara aquella misa: era un ruego a Dios para que enviara su Espíritu Santo a vigilar y proteger a la comunidad del convento tras los terribles sucesos de la noche anterior. La exorcista sabía que los *strigoii* habían estado allí; hasta estando acurrucada en su fría y oscura celda percibió su maldad y su corrupta influencia paseándose por allí, como el acre hedor de un estercolero.

Volvió la cabeza hacia McBain, que ahora rezaba arrodillado, y tuvo que disimular una sonrisa. El escribano era un joven devoto, estaba segura de ello, pero le interesaba más contemplar a la encantadora Emilia que rezar para pedir el auxilio de Dios. Ella tenía razón. Alejandro rezaba sus oraciones, pero de vez en cuando miraba fijamente a Emilia, que estaba sentada recatadamente en su sitial, junto a la madre Constance. Alejandro la miró hasta que ella le devolvió la mirada, y cuando eso sucedió, él hizo una mueca. La chica sonrió y bajó la cabeza. Alejandro siguió mirándola, Emilia lo miró tímidamente sin alzar la cabeza. Alejandro sonrió y puso los ojos en blanco. La chica empezó a reír, pero cuando la madre Constance levantó la cabeza, el rostro de Alejandro se asemejaba al de un gran místico: la cabeza ladeada, los ojos fijos en el altar, el semblante y la postura devotos como los de un monje.

Después de la misa, la madre Constance se reunió con el caballero y el escribano, que estaban desayunando gachas de avena, pan con queso y cerveza en la pequeña sala de la hospedería. La abadesa entró con la hermana Edith cogida de su brazo, con un porte tan severo como siempre; pero *sir* Godfrey y Alejandro sabían que los sucesos de la noche anterior la habían asustado mucho. Se dieron todos el beso de la paz. Matilde puso cubiertos para las dos mujeres. La madre Constance bendijo la mesa, y Godfrey y Alejandro se miraron arrepentidos, pues ellos habían olvidado hacerlo. Alejandro felicitó a la abadesa por la misa, sobre todo por los cantos de las monjas. La madre Constance sonrió tímidamente y fue rápidamente al grano.

—¿Corremos peligro aquí?

—¿Os referís a los sucesos de anoche? —preguntó Alejandro.

Sir Godfrey sacudió la cabeza.

—No lo creo —dijo. Miró a la exorcista y añadió—: ¿Qué opináis vos, señora?

La hermana Edith sorbió de la cuchara de palo, con cuidado, porque las gachas de avena estaban muy calientes.

—Los *strigoii* son demonios —explicó—, malvadas criaturas a las que les gusta jugar y regodearse con el miedo que provocan en los demás. Anoche vinieron para asustaros, madre Constance, así como para avisar a *sir Godfrey* y a maese McBain y obligarlos a marcharse de Oxford.

—¿Por qué? —preguntó Alejandro—. ¿Por qué no mataron a *sir Godfrey*?

—Quizá no les resultara tan fácil —dijo el caballero con sorna.

El escribano le tocó suavemente el dorso de la mano para disculparse. La exorcista dejó la cuchara sobre la mesa y apartó el cuenco de gachas de avena.

—Los *strigoii* son malvados, pero no idiotas. Saben que cumplís una misión que os ha encomendado el rey. Atacaros significaría atacar la Corona. No quieren soldados del rey vigilando cada casa, ni jueces del rey metiéndose en cada arroyo, albañal y estercolero de Oxford, pero eso es lo que pasaría si los enviados del rey fueran asesinados. Sin embargo —prosiguió con un suspiro—, lo mejor es ser precavido. Señora abadesa, pedid al gobernador que envíe unos cuantos soldados aquí. Declarad el toque de queda antes de que oscurezca. Ordenad que cuando suene la campana, se cierren todas las puertas y ventanas, y que las verjas y las puertas laterales queden cerradas con cerrojo. Que no salga ni entre nadie sin vuestro permiso especial.

Sir Godfrey tamborileó con los dedos en la mesa.

—¿Qué se proponen hacer en Oxford? —se preguntó.

—¡Sólo Dios lo sabe! —contestó la hermana Edith—. Pero ¿qué podemos hacer nosotros para descubrirlo e impedirlo?

—Bueno —respondió *sir Godfrey*—, todavía tenemos que visitar dos sitios. Madre Constance, nos gustaría estudiar la crónica que vos habéis leído, la que se guarda en la biblioteca de la universidad, en la iglesia de santa María.

—Allí la encontraréis —replicó la abadesa—. He señalado cuidadosamente con cruces negras las secciones más relevantes. ¿Cuál es el otro lugar que queréis visitar?

—El monasterio trinitario.

—Eso no os resultará tan fácil. Son una orden de clausura, reacia a aceptar visitas, y menos dispuesta aún a hablar de las leyendas del lugar.

Godfrey sacó su mandamiento de la cartera.

—Este es el mandamiento del rey. Estoy seguro de que nuestros buenos hermanos del monasterio trinitario querrán hablar conmigo.

La madre Constance se despidió y se marchó. La hermana Edith dijo que estaba lista para partir, pero aconsejó a sus acompañantes que cogieran sus espadas y dagas.

Preguntó a *sir* Godfrey si tenía ballesta.

—Tenemos dos —contestó él.

—Pues cogedlas —le aconsejó la exorcista—. No vayáis a ningún sitio desarmados.

—Entonces, a esos *strigoii* ¿se los puede matar? —preguntó Alejandro.

—Sí, maese McBain, ya os lo he dicho. Pero no basta con matarlos: hay que quemar sus cadáveres.

—¿Por qué no utilizamos reliquias? —preguntó Alejandro al tiempo que retiraba su banqueta.

La hermana Edith soltó una risita.

—Ojalá pudiéramos confiar en ellas. Pero en primer lugar, la mayoría de las reliquias auténticas están ahora selladas bajo las piedras de diversos altares. Además, ¿cómo sabemos que una reliquia es auténtica? He visto suficientes trozos de la cruz como para construir un barco de guerra con ellos, y todavía quedaría madera para una mansión.

Sir Godfrey rió y se terminó la jarra de cerveza.

—La hermana Edith tiene razón —declaró—. Pensad, Alejandro, en la basura que venden por ahí. Un trozo de la túnica de Jesús, un pelo de la barba de san José, una pluma del ala del Espíritu Santo...

—Entonces, ¿por qué no usar la hostia? —preguntó Alejandro, obstinado.

—¿Qué proponéis que hagamos? —preguntó la hermana Edith—. ¿Que obliguemos a todos los habitantes de Oxford a recibir la eucaristía?

—Bueno, podríamos llevarla encima —sugirió Alejandro—, en un pequeño copón, por ejemplo.

—¡Bobadas! —replicó la hermana Edith—. Ya visteis cómo interrogamos a Lascalle. La hostia, al igual que las reliquias, hay que acercársela mucho al *strigoii*.

Murmurando y maldiciendo, Alejandro siguió a *sir* Godfrey hasta su cámara, donde recogieron sus pertenencias antes de acompañar a la hermana Edith a las cuadras. Los mozos prepararon sus caballos y no tardaron en salir del convento, recorriendo las calles que conducían al centro de Oxford. El día no había hecho más que empezar. Los mercaderes montaban sus puestos. Los aprendices corrían en todas direcciones. En el aire se mezclaban el olor a estiércol de caballo y a albañal con otros olores más agradables procedentes de las casas de comidas y las tabernas. Un grupo de jaraneros, ahora empapados de agua y con las manos atadas a la espalda, eran escoltados hacia la cárcel de la ciudad. Un falsificador gritaba y se golpeaba las manos en la picota que lo aprisionaba mientras el verdugo de la ciudad, con un hierro candente en la mano, le marcaba la «F» acusadora en la mejilla. Más allá, dos blasfemos que estando borrachos habían gritado obscenidades durante la misa, estaban metidos en unos barriles llenos de orines de caballo mientras unos alguaciles les ponían estiércol en la cabeza. Junto a ellos había una prostituta a la que habían encontrado buscando clientes en un lugar poco oportuno. Le estaban afeitando la

cabeza antes de pasearla por la ciudad detrás de un gaitero para que todos la insultaran y se rieran de ella hasta llegar a las puertas de la ciudad, donde sería condenada al destierro.

—Lo mismo de siempre —murmuró *sir* Godfrey.

Alejandro sonrió, pero esta vez también él percibió la tensión que el caballero había detectado con anterioridad. Unos cuantos estudiantes, con la comida todavía en las manos, eran sacados de una casa de comidas por un grupo de fornidos jornaleros. Un doctor en filosofía tuvo que precipitarse rápidamente hacia el pórtico de uno de los colegios mayores cuando unos aprendices empezaron a insultarle y a arrojarle puñados de barro.

Alejandro se quejó de aquella inquietud mientras ponían sus caballos en la cuadra de una taberna y se abrían paso entre el gentío hacia la iglesia de Santa María.

—¿Siempre reina este ambiente? —preguntó.

—No —murmuró la hermana Edith apretándole el codo—. Esto es diferente. Creo que la noticia de los horribles asesinatos se está extendiendo y está despertando viejos odios y enemistades. A los *strigoii* eso les encanta. Disfrutan con una atmósfera de odio. Cometan sus crímenes bajo el velo de la enemistad local. De vez en cuando ejecutan a otros por los crímenes que han cometido ellos.

Entraron en Santa María por una pequeña puerta y subieron por la nave. Un clérigo que estaba despabilando las velas del altar mayor bajó las gradas del altar y los llevó por la sacristía hasta la gran sala capitular donde se encontraba la biblioteca. El archivero, Simón Neopham, un clérigo de aspecto cansado y rostro ceniciento, los recibió cordialmente. Estaba ansioso por mostrarles los estantes y armarios que forraban las paredes, llenos de volúmenes encuadernados en cuero o becerro; los cofres donde se guardaba el pergamino; y los enormes atriles labrados, con sus gruesos infolios atados con cadenas a la pared, en los pequeños gabinetes del fondo de la sala. Neopham miró a la hermana Edith con interés, y luego echó un vistazo a las espadas y las dagas que asomaban por debajo de las capas de *sir* Godfrey y Alejandro.

—Pero no habéis venido para visitar la biblioteca, ¿verdad? —dijo secamente.

—No, señor. —Alejandro esbozó una sonrisa deslumbrante—. Creo que tenéis una crónica secreta, los *Annales Oxonienses*.

—¿La Crónica de Oxford? —Neopham parecía desconcertado—. Eso no tiene nada de secreto. —Sonrió mostrando una hilera de dientes rotos y amarillos—. ¡Ah! Es la crónica que estuvo estudiando la madre Constance. —Agitó las manos, de venas marcadas y dijo—: En realidad no es secreta, pero la madre Constance descubrió cierta pauta, unas noticias que se repetían. ¡Venid! ¡Venid! Os la mostraré.

Los hizo sentarse a la larga y pulida mesa que ocupaba el centro de la sala y encendió un candelabro de ocho brazos. Luego se marchó y regresó, jadeante, con un grueso infolio con cubiertas de piel. Alejandro miró alrededor y se estremeció. La sala capitular era larga y oscura. Miró hacia las vigas y vio cómo la luz de las velas

proyectaba sombras vacilantes que danzaban en el techo. Alejandro también se dio cuenta de que la exorcista estaba inquieta; vio cómo metía las manos por dentro de las mangas de su túnica, como si tuviera frío. La hermana Edith no paraba de moverse, volviendo la cabeza y escuchando.

—El mal anda por aquí —murmuró—. Quizá sea el registro de sus malas obras.

Neopham, sin parar de hablar, le acercó el volumen de cubiertas de piel a Alejandro y empezó a señalar las partes de la centenaria crónica que la madre Constance había marcado con cruces negras. Alejandro le dio las gracias al archivero y le aseguró que todo estaba bien, pero le pidió que les dejara a solas para estudiar los textos. Entonces el escribano se sentó, pasando las páginas, analizando las partes que la abadesa había marcado.

—¿Qué es todo esto? —preguntó *sir* Godfrey, malhumorado, mirando por encima del hombro de Alejandro. La hermana Edith tamborileó con los dedos en la mesa, impaciente por escuchar los comentarios de Alejandro.

—Bueno —contestó Alejandro—, la crónica está llena de las típicas noticias aburridas. Quién era gobernador, cómo afectó el clima a las cosechas, las actividades del concejo municipal, las fortunas de la universidad. Pero, de vez en cuando, una vez cada veinte o treinta años, cada cronista ha narrado una historia terrible.

—¿Como cuál? —preguntó *sir* Godfrey con impaciencia.

—Bueno, historias sobre hombres que murieron pero que después volvieron a la vida.

La hermana Edith se enderezó.

—¿Qué historias? —susurró. Tocó la mano del escribano—. Contádnoslas, Alejandro.

Alejandro suspiró, hinchó los carrillos y pasó una página.

—Veamos, aquí hay una entrada del año 1297. Según el cronista, cierto mercader de vida depravada y deshonesto se marchó de Herefordshire, por temor a la ley o para evitar la venganza de sus enemigos, y se compró una gran casa en Parismead, en Oxford. Pero no alteró sus costumbres, y siguió dedicándose a asuntos indecentes. — Alejandro levantó la cabeza y sonrió—. Y no describiré de qué se trataba. Sin embargo, según el cronista, ese hombre perseveró en sus malas costumbres, sin temer a Dios ni a los hombres. Se casó con la hija de un funcionario local, una hermosa mujer a la que trataba con suma crueldad.

—¿Dice cómo? —le interrumpió *sir* Godfrey.

—No, pero el mercader realizó un viaje al extranjero. En fin, a su regreso, la gente empezó a susurrar lascivas historias sobre su esposa, provocando los celos del mercader. — Alejandro siguió leyendo la crónica—. Nervioso y ansioso por saber si aquellas acusaciones eran ciertas, el mercader le dijo a su esposa que iba a emprender un largo viaje a Londres y que estaría ausente varios días. Pero regresó aquella misma noche, y una criada que le regalaba con sus encantos cuando él era soltero y que estaba al tanto de sus planes le abrió la puerta de la cámara de su esposa. — Alejandro

levantó la cabeza, fingiendo espanto—. Hermana Edith, no sé si deberíais oír esto. Parece una de esas historias de maese Boccaccio sobre damas apasionadas y maridos fisgones.

La hermana Edith le dio unas palmadas en la mano, como si Alejandro fuera un chiquillo.

—Los encantos de la carne —dijo— no me atraen en absoluto. —Luego sonrió y añadió—: ¡Tanto peor! Continúa, Alejandro.

—El marido entró en la cámara, se escondió y aquella noche vio cómo su mujer se lo pasaba en grande con un lujurioso joven. Se puso tan furioso que cayó de su escondite. El joven se retiró precipitadamente mientras el marido yacía inconsciente en el suelo.

—Una historia indecente —le interrumpió *sir* Godfrey—. He oído historias parecidas en muchos campamentos, y mucho más graciosas.

Alejandro agitó una mano.

—¡No, no, escuchad esto! El marido se había golpeado la cabeza contra una barra de hierro. Estuvo muy grave. Un sacerdote fue a decirle que estaba a las puertas de la muerte, y que debía confesarse y recibir el santo sacramento. Pero el marido se negó, murió sin arrepentirse de sus pecados y lo enterraron. —Alejandro pasó los dedos por la página—. Según el cronista, el malvado marido se levantaba de su tumba por la noche, se paseaba por las calles, merodeaba alrededor de las casas, haciendo que los perros ladraran y aullaran. Su aspecto era grotesco y, si se cruzaba con alguien, lo hería gravemente mientras el aire se volvía apestoso, impregnándolo del hedor de su cuerpo corrupto. —Alejandro siguió leyendo el texto—. Finalmente, los habitantes de North Oxford, cuya paciencia se había agotado, fueron a la tumba y empezaron a cavar. Creyeron que tendrían que cavar hondo, pero de pronto tropezaron con el cadáver, cubierto sólo por una delgada capa de tierra. —Alejandro compuso una mueca de asco—. La crónica dice que el cuerpo estaba hinchado, con una corpulencia espantosa, la cara colorada y rechoncha, con las mejillas llenas. La ropa y la mortaja del cadáver estaban manchadas y desgarradas. Uno de los ciudadanos le clavó inmediatamente el extremo puntiagudo de la espada, y salió un chorro de sangre caliente. Así que, antes del anochecer, llevaron el cadáver a Parismead, construyeron rápidamente una gran pira y prendieron fuego al cadáver.

—¡Bobadas! —gruñó *sir* Godfrey—. Esas historias son muy corrientes. Aparecen en las crónicas y los manuscritos de todo el reino.

La exorcista sacudió la cabeza mientras Alejandro pasaba más páginas.

—¡No, no, hay otras historias! —exclamó el escribano—. La madre Constance las ha marcado con sus cruces negras y todas son del mismo estilo. Aquí hay una de 1322 que sucedió durante la guerra civil entre el padre de nuestro rey y sus barones. —Siguió pasando páginas—. Otra de 1340. Todas son iguales. Individuos destacados por su maldad que vuelven a la vida y rondan las calles hasta que las autoridades intervienen y queman el cadáver.

—¿Hay alguna pauta de tiempo? —preguntó la hermana Edith.

—Sí —contestó Alejandro—. La misma historia se repite cada veinte o treinta años. —Miró el manuscrito y golpeó la superficie de la mesa subrayando los puntos—. Primero, el pecador muere; segundo, regresa; tercero, comete crímenes espantosos, asesinatos horribles; finalmente es destruido.

—¿Es eso lo que está ocurriendo ahora? —preguntó *sir* Godfrey cogiendo de la mano a la exorcista. Comprendió, por el gesto de la boca de la hermana Edith, que estaba desconcertada.

—No —contestó ella—, lo que está pasando ahora es diferente. Esas historias no son más que precursoras de un gran acontecimiento. Puras sombras de los horrores de ahora.

—Pero ¿qué es lo que las causa? —insistió Alejandro al cerrar el libro.

—Sólo Dios lo sabe. Quizá la liberación de alguna influencia funesta. Es como la charca de un bosque, clara y reluciente en la superficie; pero si metes un palo en el agua y remueves el fangoso lecho, toda la tierra y la suciedad suben a la superficie. —Se frotó la boca con el dorso de los dedos—. Lo que se removió recientemente ha causado el inicio de estos terribles asesinatos. —Se puso lentamente en pie—. Pero ya he oído bastante. Vayámonos de aquí.

Dieron las gracias al bibliotecario, que los había estado observando disimuladamente desde el otro extremo de la biblioteca. Aunque era un amante de los libros, Alejandro sintió un gran alivio cuando salieron de la iglesia y sintieron de nuevo la brisa y el bullicio de High Street, donde los gritos de los vendedores ambulantes y los mercaderes fueron un grato alivio tras el siniestro silencio de la biblioteca. Mientras se abrían paso entre la multitud, *sir* Godfrey oyó que lo llamaban por su nombre y divisó al padre Andrés, con sus ojillos risueños y sus arreboladas mejillas, caminando entre la gente con una cesta colgada del brazo.

—Buenos días, *sir* Godfrey, maese McBain, hermana Edith. —El sacerdote adoptó una expresión seria—. ¿Estáis haciendo progresos?

Sir Godfrey siguió caminando, el sacerdote a su lado.

—No, padre —contestó—. La verdad es que hemos adelantado muy poco. Pero gracias a Dios, no se han producido más muertes.

—¿Puedo hacer algo para ayudarlos? —preguntó el padre Andrés.

Sir Godfrey se paró para que Alejandro ayudara a la hermana Edith a montar su palafrén.

—¿Como qué? —preguntó *sir* Godfrey.

El sacerdote se encogió de hombros y señaló su cesta.

—Voy a comprar pan y verdura para los pobres que vienen a comer a la iglesia de San Pedro. Oigo los cotilleos de la ciudad. Podría hacer indagaciones.

Sir Godfrey le dio unas palmadas en el hombro.

—Os agradeceremos cualquier cosa que podáis hacer, padre.

—Y cada mañana, en la misa, rezaré por vos —dijo el sacerdote—, y para que

este tormento se acabe.

El caballero le dio las gracias. El sacerdote hizo la señal de la cruz en el aire y se perdió entre el gentío que se apiñaba alrededor de los puestos.

Sir Godfrey y sus acompañantes se pararon a comer algo en La Cabeza del Sarraceno, luego siguieron por High Street, hasta Eastgate, y entraron por la puerta del monasterio trinitario. Los edificios eran grandes e imponentes, con altos muros, almenas, torreones y aguilones. Las feas gárgolas hicieron estremecerse a Alejandro; vio que la hermana Edith también se ponía nerviosa.

—¡Que Dios me perdone! —susurró la exorcista—. Esta es la casa de Dios, pero me siento incómoda aquí.

Un hermano lego se les acercó con premura para ver qué querían. *Sir* Godfrey estuvo a punto de preguntar por el abad Sansón, pero se corrigió a tiempo y exigió, como representante del rey, ver al prior Edmundo. El hermano lego llamó a unos mozos para que se encargaran de sus caballos. A continuación los guió por el claustro, donde los hermanos, agachados en sus cubículos, aprovechaban la luz para copiar o ilustrar los manuscritos. Subieron por una amplia escalera de piedra y, tras llamar a una puerta tachonada, les hicieron pasar a la estancia donde los esperaba, muy nervioso, el prior Edmundo.

—¿Nos esperabais, padre? —preguntó *sir* Godfrey.

El prior cambiaba el peso del cuerpo de una pierna a otra y abría y cerraba continuamente la boca.

—Sí, sí —murmuró. De pronto recordó el protocolo y los invitó a sentarse ante las débiles llamas del fuego. Cogió una pequeña banqueta y se sentó en ella, agachado como un enano, su delgado y preocupado rostro delatando la intensa ansiedad, incluso el miedo, que le producía la presencia de aquellos tres personajes.

Alejandro examinó el pálido rostro del prior y se fijó en que llevaba el hábito gris manchado y arrugado.

«¿De qué tiene miedo? —se preguntó Alejandro—. Y ¿por qué se ha puesto tan nerviosa la hermana Edith?»

En cambio, *sir* Godfrey fue más directo. Rechazó con parquedad el ofrecimiento del prior, que quería que les llevaran algo de comer, y fue directo al grano.

—Padre, ¿habéis oído hablar de los espantosos asesinatos cometidos en la ciudad?

—Sí. —El prior intentó componer una sonrisa de lástima, pero empezó a parpadear todavía con más intensidad, mientras se pasaba continuamente la lengua por los delgados y resecos labios.

—Y ¿conocéis las leyendas que hay detrás de ellos?

—Hay muchas leyendas —replicó el prior con voz ronca—, leyendas sobre esta casa, sobre la ciudad...

—¿Por qué estáis tan nervioso, padre? —preguntó *sir* Godfrey bruscamente.

El prior bajó la cabeza y arrancó una gota de cera que tenía en el hábito.

—Yo no soy más que el prior, *sir* Godfrey —murmuró—. He oído hablar de esos horribles asesinatos, pero aquí también se ha producido una tragedia. El abad Sansón ha muerto. —Levantó la cabeza, mientras se limpiaba la cera seca de la ropa—. Me está costando mucho hacer frente a la situación. La orden debería nombrar otro prior.

—¿Cómo murió el abad Sansón? —le interrumpió bruscamente la exorcista.

El prior tragó saliva. De sus tres visitantes, la que más parecía asustarlo era aquella mujer ciega, menuda, de cabello blanco pero con un porte muy autoritario.

—¡Lo encontraron muerto en su cámara!

—Y ¿cuál fue la causa de la muerte?

—Sólo Dios lo sabe; yo no soy médico. Un paro del corazón, un agolpamiento de sangre en la cabeza, un desequilibrio de humores.

—Pero ¿gozaba de buena salud?

—Muchos hombres jóvenes y sanos mueren repentinamente —protestó el padre Edmundo.

—Padre prior —intervino Alejandro con diplomacia—, no estamos aquí para acusaros ni para fisgar, sino para formularos ciertas preguntas. Hemos oído las leyendas y hemos leído las crónicas. Cuentan que esta casa está construida sobre túneles y corredores secretos. En uno de ellos, en alguna vieja cámara, yace el cadáver de un hombre muy malvado que vivió en esta región hace cientos de años, un *strigoii*.

El prior levantó la cabeza. Estaba tan blanco como la cera.

—Nunca he oído nada parecido —susurró—. ¿Qué es un *strigoii*?

—Un hombre que ha muerto espiritualmente, y cuya alma está poseída por un espíritu maligno del infierno.

El prior Edmundo cogió un atizador de hierro y golpeó con furia los troncos del fuego, provocando un chisporroteo y una repentina oleada de calor.

—Eso son cuentos de viejas —masculló.

—Entonces, ¿no existen esos túneles?

—Puede que existan —replicó el prior Edmundo soltando el atizador—. Pero yo nunca he oído hablar de ellos. Ésta es la casa de Dios, una comunidad dedicada al servicio de Cristo.

—¿Os habló alguna vez el abad Sansón de estos temas? —insistió Alejandro.

—No, nunca.

—Y vos, ¿no sabéis nada en absoluto?

El prior Edmundo se levantó y metió las manos en las amplias mangas de su hábito.

—¡Ya os he dicho todo lo que sé! —dijo—. Cumplís una misión que os ha encomendado el rey. Podéis ir a donde os plazca, hablar con quien queráis. No puedo impedirlo. Sin embargo, tengo mucho trabajo, y si no tenéis más preguntas...

Se dirigió hacia la puerta y la abrió. *Sir* Godfrey se encogió de hombros.

Alejandro ayudó a la hermana Edith a levantarse y el hermano lego, que se había quedado esperando fuera, los acompañó de nuevo a las cuadras. Mientras recorrían las galerías y cruzaban el claustro, Alejandro miraba alrededor. El monasterio no se diferenciaba de otras instituciones religiosas que él había visitado. El olor a buena comida se mezclaba con el del jabón y la cera. Los hermanos y sus ayudantes seculares iban y venían. El enfermero llevaba un montón de tersas sábanas de lino a la lavandería; los criados preparaban el refectorio para la cena. Los ruidos eran normales: un murmullo de conversación procedente de los cubículos donde trabajaban los eruditos, el tañido de campanas, el estrépito procedente de las cocinas. Sin embargo, Alejandro detectó algo raro. Era como si todo el mundo estuviera representando un papel mientras observaban disimuladamente a aquellos tres extraños que habían entrado en su casa.

Tuvieron que esperar un rato en el patio de las cuadras. El hermano lego se disculpó.

—Pensé que os quedaríais más tiempo —explicó—, así que desensillé los caballos. No tardarán mucho.

Sir Godfrey asintió y miró los edificios del monasterio.

—Aquí todo está en orden —observó—, pero...

—Sé lo que queréis decir —dijo Alejandro.

—Esto es un lugar de oración y veneración —murmuró la hermana Edith—, pero hay algo más. —Sacudió la cabeza—. Me recuerda a un campo de batalla donde han enterrado a los muertos y han cantado las misas por el reposo de sus almas. Sin embargo, si te quedas un rato puedes oler la sangre y la matanza en el aire y experimentar una profunda desolación. —Movié la cabeza como un sabueso que olfatea el aire—. Deberían quemar este monasterio —continuó—, exorcizarlo mediante el fuego, limpiarlo y purificarlo.

La hermana Edith se calló cuando un monje de pelo canoso y encorvado por la edad se les acercó lentamente, golpeando los adoquines con su bastón de fresno. No se detuvo hasta que casi tocó a *sir Godfrey*; entonces levantó la cabeza, mostrando unos ojos legañosos y cansados.

—Me llamo Lanfranc —dijo secándose la flema blanca de la comisura de los labios—. Soy el historiador de esto... —Señaló el monasterio con una mano manchada y surcada de venas. Miró primero a McBain y luego a la exorcista.

—Al fin habéis venido —dijo con voz ronca. Señaló con el dedo a la hermana Edith—. Estoy perdiendo la vista, pero oigo muy bien. Sí, este lugar debería ser quemado, limpiado, los túneles abiertos y el mal que hay dentro destruido.

Sir Godfrey cogió la huesuda muñeca del hombre.

—¿Sabéis dónde están esos túneles?

—No —contestó el anciano—, y si lo supiera no podría enseñároslos, porque he hecho un voto de obediencia a ese idiota de Edmundo. Pero la muerte de Sansón no fue un accidente. Sansón era valiente, pero testarudo. —Levantó la cabeza y se dio

unos golpecitos en la nariz, que le chorreaba un poco—. Él fue a sitios a los que no debería haber ido, que Dios bendiga su alma, y la culpa la tiene el forastero.

—¿Qué forastero? —preguntó *sir* Godfrey.

—Volved —replicó Lanfranc—. Volved mañana con los hombres del gobernador. Traed perros. Os mostraré los manuscritos secretos.

—¿Os referís a las leyendas?

—Sí.

—¿Por qué esperar hasta mañana? —terció la hermana Edith—. *Sir* Godfrey, lleváis el mandamiento del rey.

El anciano rió y golpeó el suelo con su bastón.

—Sí, así se habla —dijo.

Sir Godfrey miró a McBain, que tenía los labios apretados.

—¿Qué hacemos?

—No podemos entrar por la fuerza —contestó Alejandro lentamente—, pero el prior nos ha mentado.

Sir Godfrey puso la mano en el puño de su espada y se disponía a gritar una orden cuando el mozo de cuadra, y luego otro hermano lego, salieron corriendo al patio, agitando las manos.

—¡Señor! ¡Señor! —gritó—. ¡Debéis regresar al convento!

Alejandro cogió al hermano lego por el brazo.

—¿Por qué?

—No lo sé, señor, pero el soldado del gobernador ha sido tajante. *Sir* Oswald Beauchamp exige vuestra presencia allí. —El hombre bajó la voz y añadió—: ¡Ha dicho algo de otro asesinato!

Capítulo 3

Sir Oswald y el censor *Ormiston*, muy nerviosos, estaban esperando en la sala de la madre *Constance* con el padre *Andrés*. La madre *Constance* había perdido algo de su altivez después del terrible susto de la noche anterior; estaba sentada a su escritorio, fingiendo que estudiaba un libro de cuentas. *Sir Oswald* apenas podía dominar su impaciencia.

—Más muertes —anunció bruscamente, sin esperar a que *sir Godfrey* y sus acompañantes se hubieran sentado—. Un hombre, su esposa y su joven hija fueron brutalmente asesinados anoche.

—¿Dónde fue?

—En *Boccardo Lane* —contestó el padre *Andrés*.

—¿Y los cadáveres?

—Ya los han sacado de allí, pero murieron igual que el resto: degollados, sin una gota de sangre y sin señales de que nadie entrara por la fuerza.

—Y ¿a qué vienen tantas prisas? —dijo *sir Godfrey*.

—Esta vez es diferente —dijo el pálido censor.

—¿Por qué?

—Primero, porque los cadáveres los descubrieron los vecinos, y la noticia está avivando los rumores que se extienden por la ciudad. Habéis estado en el mercado y habéis visto con vuestros propios ojos la tensión que reina en el ambiente. Los rumores se acumulan, y los cotilleos avivan las llamas. Los estudiantes culpan a los ciudadanos, y los ciudadanos hablan de grupos satánicos entre los estudiantes.

—Y ¿qué más?

El padre *Andrés* se volvió hacia la madre *Constance*.

—¿Puede venir?

La abadesa asintió y tocó la campanilla que había encima de su escritorio; una hermana lega entró en la sala y le ordenaron que fuera a buscar al «niño». Poco después, un chiquillo pálido entró en la sala con aire asustado. Sujetaba con fuerza la mano de la hermana lega y se chupaba ruidosamente el pulgar de la mano que tenía libre. Miró con los ojos como platos a las personas que había en la sala y se escondió tras las faldas de la hermana lega. El padre *Andrés* se agachó, con los brazos extendidos.

—Ven, Roberto —dijo en voz baja—. Ven conmigo. ¡Ven aquí, Roberto!

El niño corrió hacia él, y el sacerdote se incorporó, rodeando al chiquillo con el brazo con gesto protector.

—Este es Roberto *Cotterill* —anunció—. Cuando mataron a su padre, su madre y su hermana, él estaba jugando solo. Estaba escondido en una cámara secreta. Los vecinos no lo encontraron hasta que lo oyeron llorar.

Sir Godfrey se adelantó y se arrodilló delante del niño. Descolgó la espada del

talabarte e, ignorando las expresiones de asombro de los demás, colocó la vaina de cuero en la mano del niño.

—Hemos venido a ayudarte, Roberto —dijo en voz baja—. ¿Quieres quedarte aquí y guardarme esto?

El niño asintió con solemnidad.

—Si lo haces —prosiguió el caballero—, te daré unos dulces y te buscaré otra casa. Pero mientras tengas esta espada, que es sagrada, nadie podrá hacerte daño.

El niño esbozó una sonrisa, se sacó el pulgar de la boca y le acarició la mejilla al caballero. *Sir Godfrey* miró a la madre Constance.

—Este niño sufre una profunda conmoción —murmuró—. He visto casos parecidos en ciudades tomadas por asalto. A veces esos niños se quedan dormidos y nunca vuelven a despertar, y otras veces se ponen gravemente enfermos. Hay que darle vino caliente y procurar que duerma. No debe quedarse nunca solo. Si esos *strigoi*, esos vampiros, llegaran a saber que hay un superviviente... —No terminó la frase. Le acarició la cabeza al niño y miró a la abadesa.

—Se quedará en la enfermería —declaró la madre Constance haciendo una indicación con la cabeza a la hermana lega—, al cuidado de nuestra enfermera. Pedidle que le dé una pócima para dormir.

—¿Ha dicho algo? —preguntó Alejandro.

—Nada —contestó el padre Andrés—. Lo he traído aquí directamente con los vecinos que lo encontraron. Ellos nos han dejado en la puerta.

El niño se marchó con la hermana lega, con la enorme espada de *sir Godfrey* enfundada en su vaina cogida fuertemente con su manita. El caballero miró sonriendo al gobernador y dijo:

—¿Podéis prestarme la vuestra, *sir Oswald*?

El gobernador descolgó su espada y se la dio a *sir Godfrey*.

—Habéis hecho bien —dijo la exorcista, que estaba sentada en una banqueta junto al fuego calentándose las manos—. El niño dormirá y luego hablará, aunque dudo que viera u oyera mucho. Gobernador Beauchamp, debéis tomar precauciones.

—¡Ya las he tomado! —dijo Beauchamp—. Todos los soldados de que disponemos están recorriendo las calles.

El concejo municipal tiene sus propios alguaciles, y el censor Ormiston ha garantizado el apoyo total de la universidad.

—Y yo ya he terminado aquí —dijo el padre Andrés—. Si me disculpáis, señores, debo regresar a mi parroquia. —Saludó con una inclinación de cabeza a la abadesa y salió de la estancia.

El censor se disponía a hacer otro tanto, pero Alejandro lo retuvo educadamente.

—Todavía tenemos que haceros algunas preguntas —insistió—. Respecto a esos estudiantes desaparecidos. ¿No os parece extraño que el último, el brabanzón, os pidiera permiso para estudiar en la biblioteca de la iglesia de Santa María?

Ormiston se encogió de hombros y puso las palmas de las manos hacia arriba.

—Esos permisos son muy corrientes —contestó de mala gana—. Muchos estudiantes los solicitan. ¿Qué insinuáis, maese escribano?

Alejandro sonrió.

—Nada, señor. Sólo hago un comentario sobre un detalle que podría interesaros.

—Me interesan muchas cosas —replicó Ormiston—. Pero de momento tengo otros muchos asuntos de que ocuparme.

* * *

Los peregrinos observaban con expectación mientras el caballero interrumpía su relato para llenar de nuevo su copa de vino. Cuando estuvo llena hasta el borde la levantó y brindó en silencio mirando al criado de cabello ralo que estaba sentado a su lado. Por primera vez los peregrinos vieron cómo la enjuta cara del criado componía una débil sonrisa. Su sorpresa fue aún mayor cuando vieron que el criado levantaba una mano y se secaba las lágrimas que le empañaban los ojos.

—¿Qué está pasando aquí? —le susurró el terrateniente al abogado.

—Eso sólo lo sabe el Señor.

—Noble caballero —dijo el abogado—, ¿vais a terminar vuestro relato?

El caballero asintió. El criado se levantó, rodeó la mesa y le susurró algo al caballero; luego salió silenciosamente de la cervecería. El abogado se volvió y miró por el cristal dividido con parteluces; a la luz de un vacilante farol, vio al criado de pie en el patio, contemplando el estrellado cielo. El caballero le susurró algo al escudero, que fue a reunirse con el criado. Entonces el caballero retomó el hilo de la historia.

* * *

Leticia, la sirvienta de la taberna, corría por los oscuros callejones de Oxford hacia las puertas del convento de Santa Ana.

«Tengo que ver al caballero —susurró para sí—. Quizá lo que voy a decirle pueda serle útil. Se lo debo a Guido.» Se detuvo en la esquina de una calle para recobrar el aliento, tosiendo para aclararse la garganta. Se arrebujó en el chal que llevaba sobre los hombros. Tenía que cuidarse aquella tos, pues a veces le dolía el pecho y el dolor se extendía hasta la garganta y, lo que era aún peor, escupía sangre, además de flema. Recordó el alegre rostro y los risueños ojos de Guido. En el fondo la chica sabía que el estudiante estaba muerto. Le debía algo a su memoria, y, sobre todo, se lo debía a ella misma. Aquel escribano tenía unos ojos amables, era un hombre honrado y sincero. No la había asustado, pero le había prometido una moneda de oro si le contaba lo que sabía. Leticia inspiró hondo. ¡Sí, se lo iba a contar! Se lo contaría todo

y le enseñaría el disco metálico que Guido le había regalado, y que ella llevaba escondido bajo el tacón de su zapato de corcho.

Leticia siguió corriendo. Torció una esquina donde el callejón se hacía más estrecho que un alfiler, pero divisó los muros del convento y se emocionó. Casi había llegado a la boca del callejón cuando de pronto unas oscuras siluetas salieron de un portal y le cerraron el paso. Iban todos encapuchados y enmascarados. Leticia se detuvo, con el corazón latiéndole con violencia. Se volvió con intención de retroceder, pero apareció otra figura, obstaculizándole el paso. Leticia se llevó las manos al pecho y giró sobre sí misma.

—No soy más que una pobre sirvienta —susurró—. No tengo nada de valor.

Las oscuras, siniestras figuras se quedaron apoyadas en la pared.

—¿Qué queréis? —preguntó Leticia lloriqueando.

Las figuras empezaron a empujarla suavemente por el callejón.

—¡No, por favor! —Leticia, desesperada, miró alrededor. La luz era escasa, y sólo distinguió un ojo, el blanco de la piel entre el labio y la máscara. Se agazapó contra la pared manchada de orín.

—No soy ninguna prostituta —suplicó—. ¿Qué queréis de mí?

—No queremos nada, Leticia —susurró uno de los enmascarados. Agitó una mano en el aire y añadió—: ¡Puedes irte corriendo!

Leticia avanzó unos pasos.

—No, Leticia, con la cabeza bien alta. Eres una simple criada, pero puedes estar orgullosa de ti misma.

Leticia se tranquilizó y esbozó una sonrisa. A lo mejor sólo eran estudiantes, pensó, con ganas de bromear. Se arrepintió de no haber obedecido las órdenes decretadas recientemente por el gobernador, instando a todos los ciudadanos a permanecer en sus casas y no permitirle la entrada a nadie.

—¿Puedo marcharme? —preguntó.

—Por supuesto, Leticia —dijo la voz—. Pero con una condición. Puedes andar o correr, pero ¡ten la cabeza bien alta!

La figura se apartó. Leticia echó a correr, pero una malvada mano la sujetó por el hombro.

—¡Sólo si tienes la cabeza bien alta, Leticia!

La chica oyó cómo otro de los enmascarados se reía por lo bajo, y la recorrió un escalofrío.

—¡Vete, Leticia! ¡Corre!

Leticia no se lo pensó dos veces y echó a correr por el callejón. Se detuvo, miró por encima del hombro para ver si la seguían. Las oscuras siluetas seguían agrupadas.

—¡Corre, Leticia! —dijo la voz—. ¡Corre con orgullo!

Leticia obedeció. Llegó al final del callejón, con la cabeza erguida, y el afilado alambre tensado entre los edificios le cortó el cuello. La chica se tambaleó hacia atrás, con la sangre brotándole a chorros. Abrió la boca para gritar, pero tropezó

suavemente y cayó sobre los adoquines manchados de barro.

* * *

A la mañana siguiente, *sir* Oswald Beauchamp, el censor Ormiston y un pelotón de soldados entraron a caballo en el convento de Santa Ana; el gobernador iba gritando que tenía que ver inmediatamente al enviado del rey. *Sir* Godfrey, Alejandro McBain y la hermana Edith estaban desayunando en la hospedería. *Sir* Oswald abrió la puerta de par en par e irrumpió dentro, seguido de Ormiston como de una sombra.

—¡Por los cuernos de Satanás! —bramó el gobernador, con el rostro colorado de ira—. Ya ha empezado, *sir* Godfrey, y ahora estamos en un aprieto peor que el de antes.

El caballero posó la mano sobre la de la hermana Edith.

—Gobernador Beauchamp, os halláis ante una dama, y ese lenguaje no es propio de vos y ofende a la hermana Edith.

El gobernador le miró enfurecido, y a McBain le costó trabajo controlar la risa al ver la colorada cara y los saltones ojos del gobernador.

—Os ruego que aceptéis mis disculpas —dijo el gobernador—. *Lady* Edith, no pretendía ofenderos.

—Nos os preocupéis —repuso ella—. He oído cosas peores.

—*Sir* Oswald, censor Ormiston. —McBain se puso en pie y acercó dos banquetas a la mesa—. Por el amor de Dios, sentaos.

El gobernador murmuró palabras de agradecimiento. Se sentó sin la menor gracia y se tapó la cara con las manos. McBain, tras echar un vistazo a *sir* Godfrey, fue a la despensa y regresó con dos copas de vino que colocó delante de sus invitados. Beauchamp bajó las manos.

—Que Dios me perdone —dijo con voz ronca—, pero es como si el demonio en persona hubiera llegado a Oxford. Decidme, *sir* Godfrey, ¿conocíais a una sirvienta llamada Leticia, una mujerzuela de la taberna del Mitre?

Sir Godfrey asintió con la cabeza.

—Pues bien, la mujerzuela ha muerto —dijo *sir* Oswald—. A la pobre la degollaron anoche en un callejón, no lejos de aquí. Creo que iba a veros. ¿Es cierto que intentasteis interrogarla?

—Sí —contestó McBain—. Estaba enamorada de uno de los estudiantes desaparecidos. ¿Creéis que la mataron los *strigoi*?

—Sí, desde luego, pero no como a los demás. Pusieron un cable en la boca de un callejón y seguramente la asustaron para que echara a correr y tropezara con el cable.

—¿Estáis seguro de que venía aquí? —preguntó Alejandro.

—Sí. Le dijo al tabernero del Mitre adónde iba: a ver a los caballeros y a la dama ciega que intentó hablar con ella unos días atrás.

—¿Llevaba algo encima?

—No, nada. Ni un trozo de pergamino, ni cartera —contestó *sir* Oswald—. Pero cuando llevaron su cadáver a la casa mortuoria cerca de Eastgate encontraron esto en el tacón de su zapato. —Tiró un disco negro de metal, no más grande que un penique, sobre la mesa. *Sir* Godfrey y McBain lo examinaron meticulosamente, pero para ellos no tenía ningún significado.

—Deben de haber estado vigilándola —comentó Alejandro—. Cuando nosotros hablamos con ella, la asustaron de alguna forma para que callara, pero el oro que le prometí le infundió valor. —Se encogió de hombros—. Ahora ella ha muerto y nosotros no sabemos nada.

—Pero eso no es lo único que os ha traído aquí, ¿no es así? —preguntó la hermana Edith al gobernador.

Beauchamp suspiró.

—¿No lo habéis oído desde aquí?

—¿Qué teníamos que oír? —preguntó Alejandro.

—Antes he oído tañidos de campanas —dijo la madre Constance—. No eran llamadas a la oración, ni al oficio divino, sino un estruendo salvaje y frenético.

Beauchamp hizo una mueca.

—La noticia de la muerte de la chica se ha extendido por la ciudad y eso, junto con los rumores sobre los asesinatos, ha provocado el desbordamiento de la animadversión que reina en la ciudad. No sólo entre los propios estudiantes, la típica rivalidad entre los del norte y los del sur, sino algo más grave, entre los estudiantes y los ciudadanos. Para decirlo en pocas palabras, ha estallado un motín, y al parecer se está extendiendo.

—Ha empezado esta mañana —prosiguió el censor Ormiston—, cuando un estudiante del colegio Sparrow colgó un letrero en la taberna del Swindlestock buscando a alguien dispuesto a rezar por las almas de los ciudadanos que todavía no estaban muertos pero que pronto lo estarían a causa de sus «crímenes». —Ormiston se frotó el cansado rostro—. Una cosa condujo a la otra, como de costumbre. Un ciudadano leyó el letrero, lo rompió y dijo que los estudiantes no eran más que unos asquerosos asesinos. Empezaron a desenfundarse cuchillos, se desató una pelea y ésta se extendió. Tocaron la gran campana de San Martín y los cuernos de buey, y ambos bandos se echaron a las calles. En uno de los colegios mayores, Fulke, el rector de Piglesthorne, vertió un caldero de agua hirviendo sobre un grupo de ciudadanos que, a su vez, irrumpieron en el colegio prendiendo fuego a sus puertas. —Ormiston miró a Beauchamp y agregó—: El motín se está extendiendo, y no podemos hacer gran cosa para detenerlo.

—Los *strigoi* están detrás de esto —declaró la hermana Edith—. Provocan la violencia, el derramamiento de sangre y el desorden para disimular sus actividades criminales.

Beauchamp miró con expresión suplicante a *sir* Godfrey y dijo:

—Necesitamos vuestra ayuda. Tenemos que restablecer el orden. Sólo Dios sabe qué terribles crímenes podrían cometerse. *Sir* Godfrey, vos sois un soldado del rey. Lo único que yo tengo son soldados de leva, con unos cuantos sargentos para dirigirlos.

—Yo también iré —dijo Alejandro antes incluso de que *sir* Godfrey pudiera contestar.

Poco después salieron del convento, escoltados por los soldados del gobernador, y bajaron por High Street. Era evidente que los motines se estaban desmandando. No había ningún puesto abierto, y grupos de estudiantes y ciudadanos peleaban en las calles. En la entrada de un colegio habían colgado a un hombre por los tobillos y habían encendido un fuego debajo de su cabeza. En un estercolero cerca de Carfax un joven estudiante, con la ropa hecha jirones, yacía sangrando. En los callejones y los arroyos que salían de las calles principales el estruendo de vidrios rotos se mezclaba con los gritos de ira y miedo. Empezaban a elevarse columnas de humo por encima de los tejados. Nadie se acercó al gobernador ni a sus soldados, pero en varias ocasiones flechas y piedras pasaron silbando por encima de sus cabezas.

Sir Oswald guió a su grupo por la ciudad hacia el castillo, donde se les unieron refuerzos. Dividió a los hombres en dos grupos, uno bajo su mando y el otro bajo el mando de *sir* Godfrey y McBain. Entonces empezaron a recorrer las calles. Arrancaban las banderas negras de rebelión, liberaban a los prisioneros, golpeaban a los amotinados en la cabeza y deshacían grupos itinerantes de estudiantes o ciudadanos. Se organizaron patrullas de alguaciles encargados de apagar fuegos y apresar a los saqueadores. McBain admiraba los métodos implacables y crueles del caballero; limpiaban una calle, imponían el orden y dejaban vigilancia.

A veces un grupo de amotinados oponía una resistencia simbólica, pero generalmente huían entre silbidos y abucheos. *Sir* Godfrey y McBain sólo se vieron seriamente amenazados en una ocasión. Cuatro estudiantes encapuchados, con máscaras de cuero tapándoles la cara, aparecieron en las ventanas de un colegio y dispararon con ballestas, hiriendo a dos soldados de Beauchamp, uno de ellos mortalmente. *Sir* Godfrey desmontó y, con un pequeño grupo, tomó el colegio por asalto, apresó a los malhechores, averiguó quién había disparado la flecha fatal e inmediatamente colgó al responsable ante la puerta principal. Alejandro McBain no interfirió, pues consideraba que aquella crueldad era necesaria. Había visto motines parecidos en Cambridge; si no los controlaban, el incendio, el pillaje y la muerte de mujeres y niños inocentes se generalizarían. Al caer la noche, la paz se había restablecido y *sir* Godfrey y McBain se reunieron con Beauchamp, que había llevado a su grupo a la otra parte de la ciudad, al norte de High Street.

Frente a la taberna de La Cabeza del Sarraceno, todos descansaron un rato, pues estaban extenuados, tenían la cara tiznada y sudorosa, con miles de pequeños cortes y cardenales. Luego realizaron un último barrido de la ciudad. Para cuando llegaron al castillo, reuniéndose frente a la posada Trillok, entre el grupo del gobernador y el de

sir Godfrey habían apresado a más de cuatro docenas de alborotadores. A algunos los encerraron en las mazmorras del castillo, y a otros los llevaron atados con una cuerda a descansar en la cárcel del Bocardo.

—Buen trabajo —dijo Beauchamp secándose la frente—. ¿Venís a beber un poco de vino con nosotros, *sir* Godfrey?

El caballero negó con la cabeza mientras se frotaba la muñeca que un amotinado le había golpeado con una barra de metal.

—Os lo agradezco, *sir* Oswald, pero tengo bastante por hoy. Si desmonto y bebo un poco, me quedará dormido en el suelo. ¿Qué decís, McBain?

Alejandro asintió. Le dolía el trasero, tenía frío y hambre. Además, temía lo que pudiera haber pasado mientras él, *sir* Godfrey y las autoridades de la ciudad sofocaban los motines.

Se despidieron y regresaron por las calles de Oxford, ahora tranquilas. Había soldados, alguaciles y hombres contratados por la universidad plantados en las esquinas de cada calle y en la boca de cada callejón. Los pregoneros, provistos de campanas, proclamaban ruidosamente el toque de queda, amenazando con severos castigos a cualquiera que fuera encontrado merodeando por las calles aquella noche. Llegaron a Santa Ana y les dejaron los caballos a los mozos. *Sir* Godfrey ordenó que cerraran las puertas y ambos regresaron a la hospedería para afeitarse, lavarse y comer. La exorcista fue a recibirlos y escuchó en silencio mientras *sir* Godfrey, entre bocados de pan y carne, le explicaba lo ocurrido. Ella asentía, y de vez en cuando lo interrumpía para formularle alguna pregunta. Alejandro la observaba con atención.

—¿Creéis que el motín era una estrategia para ocultar algo más? —preguntó.

La hermana Edith se ajustó la venda que le tapaba los ojos y compuso una tímida sonrisa.

—En todos los pueblos y ciudades —contestó— hay siempre celos, odios y rivalidades latentes. Eso les encanta a los *strigoii*. En Valaquia era el odio entre los nativos y los turcos, el choque de culturas, países y religiones.

En Oxford pasa lo mismo. Los del norte odian a los del sur. Los galeses odian a los escoceses. Los franceses odian a los españoles. Los estudiantes detestan a los ciudadanos, etcétera. —Cogió una hogaza de pan de una bandeja y la partió en pequeños pedazos—. Me pregunto quién habrá extendido los rumores.

Su pregunta quedó sin respuesta, porque en ese momento se oyeron unos fuertes golpes en la puerta.

—¡Entrad! —gritó *sir* Godfrey.

Era un soldado sucio y desaliñado del castillo.

—Traigo mensajes de *sir* Oswald —balbuceó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alejandro alzándose del asiento.

—Nada, señor —dijo el soldado. Cerró los ojos para recordar el mensaje—. Pero *sir* Oswald ha dicho lo siguiente: «el disco negro de metal que encontraron en el cadáver de la chica...». —Abrió los ojos—. ¿Tiene sentido?

—Sí —contestó Alejandro.

—Bien —prosiguió el soldado cerrando de nuevo los ojos—. *Sir Oswald* dice que cuando registró las pertenencias del hospitalario, al que mataron en los bosques, encontró un disco parecido en el bolsillo de su jubón.

—¿Nada más? —preguntó *sir Godfrey*.

—No, señor. Eso ha sido todo lo que ha dicho. Y que os agradece la ayuda que le habéis prestado.

Sir Godfrey asintió con la cabeza y le dio un penique al mensajero, que se marchó con la misma premura con que había entrado.

—Discos negros de metal —dijo Alejandro—. ¿Qué pueden significar?

Sir Godfrey hinchó los carrillos, soltó un bufido y vació su copa de vino.

—Quién sabe, maese escribano. Hermana Edith, tendréis que disculparme. Me cuesta mantener los ojos abiertos, así que os deseo buenas noches.

Subió la escalera a trompicones. McBain se sentó delante de la exorcista, que no hizo gesto alguno de marcharse.

—Debéis de estar cansado —murmuró.

—Sí y no —contestó Alejandro—. Cansado sí, pero el cerebro sigue trabajando, y el corazón late con fuerza.

—Id a buscar al niño —dijo de pronto la hermana Edith.

—¿Al niño?

—Sí, al pequeño Roberto, el hijo de la familia asesinada. Me han dicho que apenas duerme. ¿Tenéis unos dulces, o un poco de mazapán?

Alejandro asintió.

—Pues traedlos.

Alejandro tenía la mano en el picaporte cuando la exorcista le llamó.

—¡McBain! —La hermana Edith controló el estremecimiento que sacudió su cuerpo—. ¡No vayáis a ninguna parte sin vuestra espada!

Alejandro iba a protestar, pero la exorcista había girado la cabeza hacia él, indicándole que le obedeciera.

—¡Por favor! —suplicó la hermana Edith—. ¡Haced lo que os digo!

Alejandro se encogió de hombros, subió a su cámara y se ciñó el talabarte a la cintura. Salió de la hospedería y echó a andar por los oscuros y silenciosos jardines del convento hacia la enfermería. Encontró al niño en un pequeño y encalado cubículo del dormitorio principal. Estaba sentado en la cama jugando a las damas, sin demasiado entusiasmo, con la enfermera, una anciana de aspecto severo. El niño sonrió al ver entrar a Alejandro, y cuando el escribano le pidió que lo acompañara, saltó de la cama y asió la mano de McBain. El escribano, turbado por aquel gesto de cariño, murmuró una disculpa a la enfermera y se llevó al niño abajo.

—¿Nos vamos a casa? —preguntó Roberto—. ¿Han vuelto madre y padre?

—No —contestó McBain con suavidad—. Pero tengo unos dulces para ti, y quizá pueda enseñarte a hacer trampas con las damas.

El niño dio un pequeño brinco. McBain se detuvo y le miró. Seguramente ese gesto le salvó la vida, pues al volverse distinguió a la oscura figura encapuchada saliendo de la oscuridad, corriendo sin hacer ruido por la hierba, con la espada en alto. McBain apartó al niño de un empujón y se hizo a un lado cuando la hoja de la espada silbó junto a su cabeza y golpeó el suelo. McBain, ágil como un gato, desempuñó la espada y la daga, pero el atacante se desvió, y, con la espada a media altura, corrió hacia el niño, que yacía tendido en el suelo, con los ojos como platos.

—¡Aquí del rey! ¡Aquí del rey! —gritó Alejandro abalanzándose sobre su atacante.

Su adversario se volvió. A la brillante luz de la luna Alejandro vio unos ojos malignos detrás de la máscara negra. El asesino volvió a la posición original, extendiendo la espada para golpear la de McBain. Luego se separaron. McBain soltó la daga y sujetó el puño de la espada con ambas manos. Se desplazó hacia la izquierda, luego hacia la derecha, intentando alejar al encapuchado del niño. El atacante avanzó, con la espada en alto, y de pronto la inclinó, apuntando al vientre de McBain. El escribano bloqueó el golpe y sus espadas chocaron antes de volver a soltarse. Se separaron. Una vez más el asaltante avanzó, ágil como un bailarín. La silenciosa pero mortal velocidad de su atacante desconcertaba a McBain, que no podía hacer otra cosa que parar los golpes. El miedo hacía que el corazón le latiera con violencia, y tenía el estómago encogido; no podía competir con su enemigo. Intuyendo su superioridad, el atacante volvió a acercarse. Esta vez las estocadas eran bruscas y apuntaban hacia la cara de Alejandro. McBain retrocedió, rezando para no tropezar con ningún obstáculo.

—¡Vete, niño! —gritó—. ¡Corre!

El atacante se detuvo. McBain avanzó, pero el hombre paró su torpe estocada. Roberto no se lo pensó dos veces y se levantó, pero para desesperación de McBain, no corrió hacia la hospedería, sino hacia la enfermería. De nuevo el asaltante se acercó, blandiendo la espada, apuntando hacia el cuello de McBain. El escribano sorteó los golpes, y sus espadas chocaron produciendo un brutal estruendo. De nuevo el escribano retrocedió, respirando con dificultad. Tarde o temprano su enemigo se convencería de su debilidad y lanzaría su ataque mortal.

—¡Ahora, *sir* Godfrey! —gritó McBain—. ¡Ahora!

La figura vestida de negro se volvió, aunque sólo unos segundos, antes de darse cuenta de que era un truco. Se dio la vuelta, pero era demasiado tarde. McBain se precipitó hacia él, desplazándose ligeramente hacia la derecha de su asaltante. McBain detuvo la estocada de su enemigo, embistió con todas sus fuerzas y oyó un ruido sordo cuando su espada se hundió en el tendón y en el músculo del cuello del agresor. El hombre retrocedió tambaleándose. Intentó levantar la espada, pero se le cayó de las ensangrentadas manos. Cayó de rodillas, luego hacia un lado y se desplomó; la sangre brotaba a chorro de la profunda herida que tenía en el cuello. McBain notó el calor de la sangre en el dorso de su mano antes de caer también él de

rodillas, clavando la punta de su espada en la blanda y húmeda hierba. Se arrodilló, jadeante, murmurando una y otra vez una oración o una maldición. Se había librado por muy poco. Tenía el cuerpo empapado de sudor, que el aire nocturno empezaba a enfriar. Oyó voces, alguien que corría, la voz de la hermana Edith, dominada por el miedo, preguntando qué había pasado, y las roncas respuestas de *sir* Godfrey. Luego el caballero soltó los dedos de Alejandro del puño de su espada y le ayudó a levantarse. McBain sólo atinaba a señalar, con mano temblorosa, al hombre abatido. *Sir* Godfrey desenfundó su daga y se la clavó al asaltante en el pecho. Al sacarla, la daga hizo un desagradable ruido; McBain se dio la vuelta y vomitó.

—¿Estáis bien? —preguntó *sir* Godfrey.

McBain asintió. Notó el delgado brazo de la exorcista alrededor de sus hombros, un lienzo húmedo secándole la baba y el vómito de la boca.

—¡Tranquilo! —dijo la hermana Edith mientras lo mecía suavemente—. Sois un buen hombre, McBain, y un fiero guerrero.

—¡Sí, habéis matado a ese desgraciado! —murmuró *sir* Godfrey—. Casi le habéis separado la cabeza de los hombros.

Retiró la capucha y la máscara de la cara del muerto. Varias monjas se acercaron para mirar.

—¡Apartaos! —ordenó *sir* Godfrey.

Las monjas se retiraron. *Sir* Godfrey tiró de la máscara y contempló el ceniciento rostro de un hombre joven, con el negro cabello empapado de sudor. Tenía los labios rojos y carnosos.

—¿Lo habíais visto antes?

Sir Godfrey miró por encima del hombro a Alejandro, que se santiguó rápidamente y sacudió la cabeza.

—Tenéis que quemar el cadáver —les interrumpió la hermana Edith—. ¡Quemadlo ahora mismo!

—¡Por el amor de Dios, hermana! —protestó *sir* Godfrey—. Este hombre podría no ser más que un asesino a sueldo.

La hermana Edith se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—Es uno de ellos —susurró—. Levantadle el labio.

Sir Godfrey miró fijamente a Alejandro.

—¡Haced lo que os digo! —ordenó la hermana Edith—. ¡Levantadle el labio superior!

Sir Godfrey obedeció, y dio un respingo al ver los afilados colmillos que el hombre tenía en la boca.

—¿Me entendéis ahora, *sir* Godfrey? No puedo ver, pero conozco a los *strigoii*. Su cuerpo debe ser quemado antes de que el espíritu abandone el cadáver, se reconozca y empiece a rondar por la tierra.

—Pesadillas de niños —murmuró *sir* Godfrey—. Hermana Edith, debo avisar al gobernador y al censor; quizá ellos reconozcan a este hombre. Este cadáver podría

proporcionar pistas acerca de la identidad y el escondite de los *strigoi*.

—¡Pues daos prisa! —dijo la hermana Edith—. ¡Rápido! ¡Antes de que el demonio venga a reclamar lo que le pertenece!

Capítulo 4

Sir Godfrey cogió el cadáver por las piernas y lo arrastró hasta la hospedería. Pidió a la hermana Edith que atendiera al escribano y volvió para asegurarles a la madre Constance y a las monjas que la situación estaba bajo control. También envió a un adormilado mozo a buscar al gobernador y al censor, y luego veló el cadáver hasta que llegaron los funcionarios. Iban desaliñados y sin afeitarse, pero el enojo por haber sido tan bruscamente molestados desapareció en seguida cuando *sir* Godfrey les contó lo que había pasado. Ambos examinaron cuidadosamente las facciones del muerto y sacudieron la cabeza.

—No lo había visto nunca —declaró Ormiston—, y el gobernador tampoco. Y no lleva nada encima que lo identifique. Quizá si lo desnudáramos y lo dejáramos en la entrada de una iglesia alguien lo reconocería.

—¡No! ¡No! —exclamó la hermana Edith—. Hay que quemar el cadáver ahora mismo. ¡Si no lo hacéis, regresaré a Londres!

Sir Godfrey, sorprendido, miró a aquella desafiante y menuda mujer, y vio que le corrían gotas de sudor por las mejillas. Comprendió que, en aquel estado de agitación, no se tranquilizaría, así que accedió a cumplir sus exigencias. El gobernador y Ormiston se marcharon. Alejandro, tras lavarse las manos y la cara y beber una copa de clarete, aseguró que se encontraba mejor. Fue a comprobar si el pequeño Roberto Cotterill estaba bien y lo encontró profundamente dormido, pues le habían suministrado una ligera poción para dormir.

A su regreso Alejandro encontró a *sir* Godfrey en el patio, sujetando el cadáver a una jaca que no paraba de relinchar, inquieta por la siniestra carga que llevaba. La hermana Edith insistió en acompañarlo y *sir* Godfrey estaba demasiado cansado para discutir, así que abandonaron juntos el edificio del convento. *Sir* Godfrey llevaba la jaca de la brida, la hermana Edith montaba un palafrén, y Alejandro caminaba a su lado, con una gran jarra de aceite que había cogido del almacén del convento. En una de las puertas de la ciudad despertaron a un centinela que, al ver el mandamiento de *sir* Godfrey, les dejó pasar. Avanzaron por los estrechos caminos que salían serpenteando de la ciudad y se perdían en los oscuros campos. Fue un viaje horripilante. Las estrellas centelleaban como gemas y la luna se asomaba entre las nubes. Los campos a ambos lados del camino estaban en silencio. De vez en cuando el sonoro ulular de un búho o la persecución de las criaturas nocturnas entre los helechos de las zanjas rompían el silencio. Nadie hablaba; *sir* Godfrey era demasiado consciente de la maligna amenaza que parecía emanar del cadáver, aunque estaba atravesado en la jaca como un saco de grano. La hermana Edith rezaba, repitiendo una y otra vez el Padrenuestro, poniendo énfasis en la frase Sed libera nos a malo, «pero líbranos del mal».

Siguieron el camino hasta la cima de una pequeña colina y luego bajaron hasta un

bosquecillo cerca de un pequeño y plateado arroyo. En un claro iluminado por la luna *sir* Godfrey se detuvo y miró alrededor; luego se adentró en la oscuridad, ordenando al escribano que recogiera ramas secas. Construyeron una pequeña pira y el caballero colocó el cadáver en lo alto, rociándolo con el aceite; golpeó una yesca y prendió fuego a los pequeños manojos de astillas que habían puesto bajo las ramas. Al principio la madera parecía insensible a las llamas, y Alejandro se estremeció. ¿Se estaba resistiendo el cadáver? Pero entonces, como respondiendo a una plegaria, las lenguas de fuego alcanzaron el aceite, y en cuestión de minutos la pira quedó envuelta en una cortina de llamas que rugían hacia el estrellado cielo. *Sir* Godfrey tiró más ramas, el fuego creció, iluminando todo el claro. Alejandro tuvo la impresión de que estaba en el infierno, mirando cómo se quemaba un alma, mientras el fuego devoraba con avidez el cadáver del *strigoii*. La hermana Edith seguía rezando.

Se quedaron allí al menos una hora y media. Cuando las llamas empezaron a extinguirse y una ligera brisa desvió el acre humo hacia ellos, regresaron entre los árboles, donde habían dejado los caballos. Se quedaron un rato allí de pie; sólo cuando *sir* Godfrey se convenció de que las llamas habían reducido el cadáver a negras cenizas y huesos amarillentos ordenó el regreso al convento. Durante un rato el hedor del fuego parecía seguirlos, como un espíritu maligno desplazándose por el frío aire nocturno, y Alejandro sintió un gran alivio cuando atravesaron de nuevo la puerta de la ciudad. Un adormilado criado les abrió la puerta del convento y se llevó sus caballos. La hermana Edith, absorta en sus propios pensamientos, se dirigía hacia el pórtico de la iglesia del convento cuando Alejandro la cogió por el brazo.

—Hermana Edith, ¿por qué había que quemar tan deprisa el cadáver?

La exorcista se volvió y, cogiéndose del brazo del escribano, caminó hacia donde estaba *sir* Godfrey.

—Ignoro el verdadero motivo. Pero recordadlo: un *strigoii* es un vampiro, y si el cadáver permanece, también permanece el espíritu, que esperará, buscando una nueva casa, otro cuerpo en el que instalarse.

—¿Queréis decir que esos hombres están poseídos?

—Por supuesto.

—Y ¿cómo se explica lo de los afilados colmillos?

La exorcista se encogió de hombros y dijo:

—Es una de las señales.

Alejandro se secó la boca con la manga.

—Y ¿es verdad que esos hombres se beben la sangre humana?

—Sí, cuando están en trance. Esas prácticas no son raras entre los paganos. He oído hablar de algunas tribus de las regiones inexploradas de Escitia que se comen el corazón de un hombre valiente para adquirir valor.

—Pero ¿los hace eso más fuertes? —preguntó *sir* Godfrey—. ¿Cómo es posible que beber sangre lo haga a uno más hábil o más fuerte?

La hermana Edith se dio unos golpeitos en la sien y dijo:

—Vos sois un soldado, *sir* Godfrey. Vos mejor que nadie deberíais comprender que un hombre es lo que cree que es. ¿Qué es lo que hace que un hombre sea un cobarde y otro un héroe? Al fin y al cabo, puede que tengan la misma sangre. Quizá hasta sean hermanos de la misma madre. Pues la diferencia está en lo que piensan. ¿Acaso no habéis conocido a caballeros que se creían invencibles?

Sir Godfrey asintió.

—Y ¿no los hacía eso más poderosos?

Sir Godfrey volvió a asentir.

—Y ¿no habéis visto a soldados que realizaban hazañas extraordinarias?

—Cierto —murmuró el caballero.

—Yo he visto a personas corrientes —continuó la hermana Edith— realizar proezas extraordinarias en las situaciones más difíciles. Una vez, en Londres, un carro volcó y un niño quedó atrapado bajo sus ruedas. Varios hombres fornidos intentaron levantar el carro sin éxito, pero la madre del niño salió corriendo de la casa, levantó el carro como si fuera una cesta y liberó a su hijo. Con estos *strigoii*, estos vampiros, pasa lo mismo. Ellos practican sus misteriosos rituales. Hacen sangrientos sacrificios, invocan al Señor de las Tinieblas y creen que nada ni nadie puede vencerlos. —Le dio unas palmaditas en el brazo a Alejandro—. Nuestro escribano es muy afortunado. Él utilizó el cerebro para escapar. Si se hubiera fiado únicamente de la fuerza de sus músculos, ahora él y el niño estarían muertos. —Se inclinó hacia delante, besó suavemente a Alejandro en la mejilla y siguió caminando hacia la oscuridad.

* * *

En los oscuros bosques que había bajo el monasterio trinitario las figuras encapuchadas y enmascaradas miraron hacia los puntos de luz del monasterio. Estaban plantados como perros del infierno acechando a su presa. Su jefe se agazapó y avanzó unos pasos, olfateando el aire nocturno, aguzando el oído. Luego, debajo de la máscara, su cara compuso un rictus de ira mientras miraba por encima del hombro a sus seguidores.

—Nuestro compañero no vendrá con nosotros —susurró—. Debemos irnos ya.

Los demás captaron el tono de triunfo de su voz.

—Esta noche veréis lo que os prometí. Uno de los grandes, durante tanto tiempo prisionero, será liberado de sus ataduras. Ya conocéis las órdenes: nada de matanzas, nada de violencia a menos que sea necesario. —Miró de nuevo hacia el monasterio y sonrió en la oscuridad—. Vamos a darle a ese necio prior algo por lo que rezar.

Las largas y oscuras figuras ascendieron por la colina destacándose a la luz de la luna, avanzando como murciélagos hacia el muro del monasterio. En el lugar acordado se detuvieron y sacaron la pequeña escalera de madera que previamente

habían ocultado allí. Una vez sobre el muro de ronda, se dispersaron, y el último recogió la escalera y la apoyó contra la parte interior del muro. Avanzaron lentamente y en silencio hacia los escalones y bajaron a los jardines. Se movían deprisa, amparándose en la oscuridad, manteniéndose alejados de la luz que arrojaban las antorchas. El prior Edmundo había ordenado que las encendieran por si los alborotos de la ciudad llegaban hasta el monasterio. Unos cuantos hermanos legos tenían que estar montando guardia, pero se habían quedado dormidos y no fueron obstáculo para que los intrusos escalaran los muros y se adentraran en el monasterio. Llegaron a la escalera que conducía a la cámara del prior y subieron hasta allí revoloteando como fantasmas. El jefe comprobó que la galería estuviera vacía, y entonces llamó suavemente a la puerta del prior.

El prior Edmundo oyó los golpes en la puerta, se frotó la cara y se levantó del reclinatorio donde estaba rezando. Adormilado, hizo girar la llave en la cerradura y, sin pensárselo dos veces, levantó el picaporte y abrió la puerta. Iba a gritar, pero un guante de cuero negro le tapó la boca y le hizo entrar en la cámara. Edmundo estaba aterrorizado. Los cuatro intrusos, vestidos de negro de pies a cabeza, parecían cuervos nocturnos. No le habría extrañado que hubieran extendido las capas y hubieran cruzado la estancia volando. Por un momento pensó que había muerto y se encontraba en el infierno; luego la mano le apretó más la boca y lo empujó contra la pared.

—Voy a soltaros —gruñó la voz—. Pero si gritáis o despertáis a alguien, ¡creedme, moriréis!

La mano se apartó de su boca.

—Bueno, necio, ¿queréis vivir o morir?

Edmundo no tenía madera de mártir.

—¡Vivir! —susurró sin apenas despegar los magullados labios.

—¿Dónde están los túneles y pasillos secretos?

—Esos túneles no existen.

El prior recibió un fuerte puñetazo en la cara.

—Por favor, necio. Decidnos dónde están los túneles y pasillos que hay debajo de este monasterio. —El hombre llevó la mano hacia atrás, pero Edmundo asintió con la cabeza—. Queremos que nos llevéis allí. Nos mostraréis las entradas secretas y nos conduciréis hasta la cámara donde yace nuestro amo. Nosotros iremos detrás de vos. Si nos cruzamos con alguien, no os detendréis ni diréis nada, y utilizaréis vuestra autoridad para protegernos. ¿Entendido?

El prior Edmundo no tuvo más remedio que aceptar. La figura vestida de negro lo agarró por el hombro y lo empujó hacia la puerta. Se oyó un débil estruendo de truenos. El jefe se volvió hacia la ventana de vidrio emplomado y sonrió.

—Muy oportuno —susurró—. Muy oportuno.

Empujó a Edmundo a la desierta galería y el prior, empapado de sudor, con el corazón latiéndole con violencia, el estómago encogido y las piernas rígidas, los guió

por la escalera y a través de los jardines. Entraron en otro edificio, la parte más antigua del monasterio. Aquel edificio albergaba la biblioteca en el piso superior y una larga sala capitular, raramente utilizada, en la planta baja. El prior, con manos temblorosas, metió la llave en la cerradura y entró en la húmeda y oscura estancia; le dio un vuelco el corazón cuando las figuras vestidas de negro entraron tras él. La puerta se cerró de golpe. Los encapuchados sacaron y encendieron velas. Edmundo siguió adelante.

—¡Mostradnos el camino! —susurró el jefe de los intrusos.

Tambaleándose y temblando de miedo, el prior los guió por el suelo cubierto de juncos hacia el fondo de la estancia, deteniéndose ante el entablado de madera de la pared.

—No veo nada —murmuró.

Acercaron la vela a la pared, y el prior notó cómo una mano lo agarraba fuertemente por la nuca.

—¡Buscad!

Edmundo gimoteaba de miedo. Habría rezado, pero la mano le apretó más el cuello.

—¡Nada de balbuceos ni de murmullos! —susurró la voz.

Las sudorosas manos de Edmundo palparon febrilmente el entablado de madera. Intentó soltarse de la mano que lo sujetaba.

—Por favor —suplicó—. Soltadme. No puedo...

La mano lo soltó. Edmundo respiró hondo y se quedó mirando el círculo de luz que iluminaba el entablado de la pared. Entonces vio el nudo de madera en la esquina de uno de los paneles. Lo apretó y el panel se movió. Edmundo lo abrió, metió la mano dentro, retiró un cerrojo, levantó un picaporte y presionó contra el entablado. Toda una parte de la pared giró suavemente sobre sus ocultas bisagras.

—¡Bajad! —ordenó la voz.

Le pusieron una vela en la mano. Edmundo tragó saliva y guió a sus captores por la escalera de piedra. Al llegar abajo encendió, sin que se lo ordenaran, una enorme antorcha, y la vieja cámara se iluminó. El jefe del grupo suspiró con placer al ver el enorme ataúd forrado de plomo que había en el centro de la cámara.

—¡Aquí está!

Chascó los dedos y sus compañeros entraron corriendo y empezaron a soltar la tapa. Edmundo, creyendo que se habían olvidado de él, se deslizó silenciosamente hacia la escalera. Creyó que podría escapar. Oyó cómo levantaban la tapa, un grito de sorpresa y alegría; entonces lo cogieron por el hombro y, antes de que se diera cuenta de lo que estaba pasando, le habían cortado el cuello.

* * *

A la mañana siguiente *sir* Godfrey y Alejandro durmieron hasta tarde. Los despertó Matilde, la sirvienta de sonrosadas mejillas; les anunció que la hermana Edith los esperaba en el salón de abajo y les preguntó si querían desayunar. Alejandro se levantó de la cama, recordó lo ocurrido la noche anterior y se tapó la cara con las manos.

«¿Cuándo terminará todo esto? —se preguntó—. ¿Cuándo nos iremos a casa?»

Se desperezó, se desnudó, se afeitó, se lavó y se puso ropa limpia. Esta vez no hizo falta que le recordaran que se ciñera el talabarte a la cintura. Abajo, *sir* Godfrey ya estaba desayunando con pan, pescado y vino rebajado con agua, y haciendo más preguntas sobre los *strigoii* a la hermana Edith. Alejandro los saludó y se sentó con ellos, mientras la exorcista describía a los espíritus nocturnos o *herlethingi*.

—Esa es la palabra sajona para denominar a los espíritus nocturnos —explicó—. Walter Mapp los menciona en su crónica, *De nugis curialium*.

—¿Existen de verdad? —preguntó Alejandro.

—Veréis, Mapp dice que han sido vistos en Bretaña; personas que llevaban muchos años muertas reaparecen en forma de seres vivos y se pasean por el mundo en caravanas de caballos, hombres y carros. El teólogo Peter Le Bois, en su decimocuarta epístola, dice que durante el reinado de Enrique II ejércitos enteros de vampiros deambulaban por el reino, sin hacer el menor ruido. Fueron vistos recorriendo los pantanos de Hereford y Gales con carros y bestias de carga, albardas, forraje, cestos, aves y perros, un grupo variopinto de hombres y mujeres.

—Y ¿también eran *strigoii*? —preguntó Alejandro mientras partía una pequeña hogaza de pan.

—Es posible que lo fueran, aunque lo que yo quería hacerle entender a *sir* Godfrey es que la realidad no es lo que parece ser; los muertos hacen sentir su presencia. —Sonrió mientras se ponía un pedazo de pescado en la boca y lo masticaba a conciencia—. Sin embargo, a lo que ahora nos enfrentamos es diferente; tengo la impresión de que esos *strigoii* están esperando algo.

—¿Como qué?

—A un líder, uno de los señores de las tinieblas que debió morir hace muchos años.

Alejandro se estremeció. Las palabras de la exorcista le trajeron a la memoria el terror de la noche pasada, así que se disculpó, pretextando que necesitaba un poco de aire puro. Una vez fuera de la hospedería fue directamente al jardín donde había visto a Emilia por última vez y su corazón se llenó de alegría al rodear el pequeño seto de alheña y verla allí sentada. Llevaba una capa de color crema forrada de piel, y clavaba la aguja en una labor de bordado mientras cantaba en voz baja. Alejandro tosió. Emilia levantó la cabeza y a Alejandro volvió a darle un vuelco el corazón al ver la belleza de aquellos espléndidos ojos azules.

—Buenos días, señora.

Emilia sonrió, clavó la aguja en el bordado e indicó a Alejandro que se sentara a

su lado. Alejandro se emocionó de poder estar tan cerca de ella. Percibió una ráfaga del perfume de la joven y se maravilló con la dorada redondez de su rostro.

—¿Estáis bien, señora?

Ella acercó la mano a la de Alejandro.

—Sí, señor, aunque algo asustada.

—¿Por qué?

—La madre Constance me ha contado lo que pasó anoche. —Lo miró con sus azules ojos—. Fuisteis muy valiente. ¡Cómo defendisteis a ese niño! —Suspiró y se mojó los labios con la rosada punta de la lengua—. La madre Constance dice que habéis venido a Oxford a apresar a unos malvados. Debéis de tener miedo.

—Sabiendo que tengo vuestro favor, señora —Alejandro acercó la mano a la de ella—, sería capaz de enfrentarme con el mismísimo Satanás.

Alejandro se volvió para mirarla de frente.

—Y cuanto más os veo, cuanto más me acerco a vos, más valiente me vuelvo.

—¿Os complace eso? —susurró ella deslizando la mano hacia la de él.

—Mi mundo, señora, se detiene ante vuestra bondad.

Lady Emilia esbozó una sonrisa e inició la cortés y elegante danza del coqueteo caballeresco.

—¿Pensáis a menudo en mí, señor?

—No, señora, pienso en vos continuamente.

Emilia apretó la mano de Alejandro y se acercó un poco más a él.

—Soy una doncella sin compromiso —murmuró ella.

—Yo podría cambiar esa situación, señora.

—¿Sois de noble cuna?

—Sí, y de noble corazón.

—¿Os enamoráis fácilmente?

—Sólo me he enamorado una vez.

Ella pestañeó con sus hermosos ojos y dijo:

—¿Y la añoráis?

Alejandro le apretó la mano.

—¿Cómo iba a añorarla, señora, estando sentado tan cerca de ella? —contestó.

Emilia movió la cabeza, apartando ligeramente la mejilla.

—Debéis de tener muchas admiradoras.

—¿Para qué quiero muchas, señora, cuando para mí sólo hay una?

Emilia miró los alegres ojos del escribano. Pensó en *sir Godfrey*, con su pétreo semblante y sus ardientes miradas, y se sintió culpable.

—¿Me amáis, señor?

—Así es, señora, os amo.

—Pero ¿y cuando os marchéis? —susurró Emilia.

Alejandro se levantó del asiento e hincó una rodilla en el suelo, sujetando la mano de Emilia y contemplando con adoración su angélico rostro.

—¿Puede un hombre olvidar su mano derecha? ¿Puede un hombre ignorar el latido de su corazón?

Lady Emilia iba a responder cuando oyó un ruido y se volvió. *Sir* Godfrey estaba allí de pie y, por la dolida expresión de su rostro y la intensa pasión de sus ojos, ella supo que el caballero estaba profundamente enamorado de ella. Tenía que reconocer que lo prefería a él, orgulloso como un águila, al que tenía arrodillado ante ella.

—¡*Sir* Godfrey! —dijo Emilia—. Buenos días.

Alejandro se puso rápidamente en pie.

—Señor —balbuceó—, no esperaba veros.

—Señor —replicó *sir* Godfrey con sorna—, si pensara que necesito un heraldo, habría contratado a uno. *Sir* Oswald y el censor Ormiston están en el convento y solicitan nuestra presencia.

Pero *sir* Godfrey no podía apartar la vista de *lady* Emilia. Ella le sostuvo la mirada sin inmutarse. «Por el amor de Dios —pensó—, haced algo, declaraos.» Sin embargo *sir* Godfrey se dio la vuelta y volvió a desaparecer tras el seto. Alejandro suspiró, tomó la mano de Emilia y se la acercó a los labios.

—Volveremos a vernos, señora.

Luego siguió presuroso a *sir* Godfrey, dejando a Emilia furiosa con el caballero por su brusca partida.

—¡*Sir* Godfrey! —gritó Alejandro.

El caballero se dio la vuelta y Alejandro captó la ira de su mirada.

—Señor —declaró Alejandro—, ¿habéis olvidado vuestros modales?

Sir Godfrey se le acercó y puso la mano sobre el puño de su espada.

—¡Maldito escribano! —gruñó *sir* Godfrey—. ¡Estoy harto de vuestra labia y de vuestros halagos!

Alejandro sonrió. «Así que tenéis corazón —pensó—. La sangre late en vuestro cerebro y envía furiosos mensajes que corren por vuestras venas.»

Sir Godfrey se adelantó.

—¿Os divierte mirarme?

Alejandro retrocedió y se llevó la mano a la espada.

—Yo os respeto, *sir* Godfrey.

—¡No juguéis conmigo!

El caballero movió rápidamente las manos y, como por arte de ensalmo, la espada saltó de su vaina. Alejandro hizo otro tanto, retrocedió y levantó la espada para detener la embestida de la del caballero.

—¿Por qué? —suplicó Alejandro.

—Porque me insultáis, señor.

—¡Voto a Dios que eso no es cierto!

Sir Godfrey respiró hondo, cerró los ojos y bajó la espada.

—No, señor, no me insultáis.

Envainó la espada; Alejandro lo imitó, y el caballero le tendió la mano.

—Me resulta difícil —murmuró—. No se me dan bien las palabras.

Alejandro sonrió, cogió la mano del caballero y la estrechó vigorosamente.

—Las palabras no son nada.

—¡No discutáis!

Sir Godfrey se dio la vuelta. La hermana *Edith* estaba cerca de allí, bajo las ramas de un olmo.

—¡No discutáis! —repitió. Agitó las manos—. ¿Por qué los hombres siempre tenéis que pelear por amor? Os basta con ver una cara hermosa para ponerlos como ciervos en celo. Vos, *sir Godfrey*, sois un caballero. Y vos, *Alejandro McBain*, sois su fiel escribano. Tenéis una misión que cumplir, así que ¡cumplidla! Y después yo os juzgaré a ambos. —Esbozó una sonrisa—. ¡Yo seré vuestra Reina de Amor! —Los obligó a caminar, como si fueran dos niños traviosos—. Ya sé lo que es un corazón hambriento —susurró—. Siempre andamos en busca de amor, pues el corazón humano es un devorador inagotable de afecto. Pero eso puede esperar. vuestras visitas os esperan.

Los dos hombres siguieron obedientemente a la exorcista hasta la hospedería, donde *sir Oswald Beauchamp* y el censor *Ormiston* esperaban impacientes.

—¡Por los clavos de Cristo! —gruñó el gobernador—. *Sir Godfrey*, debéis acompañarnos. Anoche atacaron el monasterio trinitario y mataron al prior *Edmundo*. Dicen que han violado una cámara secreta.

—Y ¿qué más? —dijo la hermana *Edith*.

—Han abierto un ataúd —balbuceó *Ormiston*—. ¿Por qué iban a matar por un cadáver?

—¡Dios Todopoderoso! —murmuró la hermana *Edith*, y se sentó en una de las banquetas—. ¡Ese prior inepto! —Sacudió la cabeza—. Bueno, ya ha pasado.

—¿A qué os referís? —preguntó *Alejandro*.

—Deben de haber liberado a su amo —contestó la hermana *Edith*—. Al *strigoii* que *sir Hugo Mortimer* encarceló allí hace cientos de años.

—¡Tonterías! —exclamó *McBain*—. Oh, hermana *Edith*, no pongo en duda vuestras historias sobre vampiros, bebedores de sangre, *strigoii*, muertos vivientes... Pero ¿cómo puede sobrevivir un hombre encerrado en un ataúd durante cientos de años?

La hermana *Edith* tamborileó con los dedos en la superficie de la mesa.

—¿Acaso no me escucháis? —dijo bruscamente—. ¡Los *strigoii* nunca mueren! ¡Si sus cadáveres se conservan, ellos se limitan a dormir!

—En ese caso —intervino el caballero—, ¿por qué no se levantó ese amo del ataúd por su propio pie?

—Hay que ir a buscarlo —dijo la hermana *Edith* con hastío—. Han de invitarlo a que regrese. Tiene que hacerse el sacrificio de sangre sobre él, y entonces vuelve a la vida. —Miró hacia los cuatro hombres y los maldijo en silencio por su desconfianza—. ¿Qué tiene eso de raro? —gritó—. Vos, *McBain*, ¿rezáis?

El escribano asintió.

—¿Y vos, *sir* Godfrey?

—¡Por supuesto!

—¿Y vos, gobernador Beauchamp, censor Ormiston?

Ambos asintieron.

—Y cuando rezáis —exclamó la hermana Edith— pedís a Cristo que acuda a vos, o invocáis los favores de vuestro santo patrón, ¿no?

Los hombres asintieron con la cabeza.

—Los *strigoii* hacen lo mismo —declaró la exorcista—. Ellos creen que si las invocan, las fuerzas del infierno acudirán en su ayuda. —Se puso en pie y apartó la banqueta—. Vamos al monasterio. ¡Ya veréis! Antes de que pase esta semana, veréis los efectos de los poderes del maligno.

Diálogo entre los peregrinos

El caballero interrumpió su relato y miró alrededor. Se fijó sobre todo en el monje, que no le quitaba los ojos de encima. Luego se volvió hacia su rubio hijo, el escudero, que estaba de pie en el umbral con el criado a su lado.

—¿Te encuentras bien, Roberto? —preguntó el caballero.

—Sí, señor. Pero la memoria a veces nos hiere, y el alma no olvida jamás.

El caballero sonrió e hizo señas a su hijo y al criado para que se sentaran, acercando la jarra de vino hacia sus copas vacías.

—¡Terminad vuestra historia, caballero! —dijo la viuda de Bath, sentada hacia la mitad de la mesa; se inclinó hacia delante, sonriendo y mostrando una hilera irregular de dientes—. Caballero, estáis jugando con nosotros. Habláis de la hermosa *lady* Emilia, y en la historia que nos habéis contado hoy durante el día, la de Arcite y Palamon, la dama también se llama Emilia.

El caballero arqueó las cejas.

—¿Y?

La viuda de Bath lo amenazó con el dedo índice.

—En vuestra historia sobre la antigua Tebas todos los nombres son griegos: Arcite, Palamon, etcétera. ¿Por qué en ambas historias, la que estáis contando ahora y la que habéis contado esta mañana, las heroínas se llaman Emilia?

El caballero compuso una sonrisa, pero la viuda de Bath no se rendía fácilmente.

—Decidme cómo se llama vuestra esposa —exigió.

—He estado casado dos veces —contestó el caballero—. La primera vez, con una dama llamada Catalina.

—¿Y la segunda?

El caballero se encogió de hombros.

—Dejadme acabar mi relato.

CUARTA PARTE

Capítulo 1

Encontraron el monasterio trinitario muy alborotado. El segundo prior, un joven llamado Roger, los recibió en la pequeña hospedería. Estaba aterrado, y no paraba de murmurar:

—¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?

—Podéis hacer acopio de valor —sugirió *sir* Godfrey, crispado—. Y ahora, decidme, ¿qué ha pasado?

—Esta mañana la campana llamó a maitines —contestó el segundo prior—. Nos congregamos en el coro para cantar el oficio divino. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que faltaba el prior Edmundo. Pensé que debía de estar enfermo, pero los hermanos legos que mandé a buscarlo regresaron y me dijeron que habían encontrado su cámara vacía y la puerta entreabierta. Así que ordené una búsqueda. Será mejor que me acompañéis.

Los guió por los jardines hasta la húmeda cámara capitular. La hermana Edith, sin embargo, se paró frente a la puerta. Movié la cabeza de un lado a otro. McBain vio que le temblaban las manos y la cogió por el brazo.

—¿Estáis bien, hermana Edith?

—Qué malvado —murmuró ella—. Se ha ido, pero el hedor permanece, la peste a corrupción. El perfume de la maldad impregna el aire.

—¿Qué tonterías dice? —preguntó, nervioso, el segundo prior.

—¡No dice tonterías! —bramó McBain—. Por el amor de Dios, ¿acaso no habéis oído las leyendas que cuentan sobre este lugar?

El segundo prior murmuró una disculpa.

—Pensaba que eran historias para chiquillos. Todos habíamos oído hablar sobre las cámaras y los pasillos secretos, pero hasta esta mañana no...

Señaló hacia el final de la sala, donde la puerta secreta seguía abierta. Cuando hubo recorrido la mitad de la sala, se detuvo para encender unas velas; a continuación bajó la escalera que conducía a la cámara secreta, seguido de sus acompañantes. Al llegar abajo *sir* Godfrey desenvainó su espada, pues hasta él percibía la amenaza que reinaba en aquella desnuda y siniestra cámara. La indecisión del viceprior aumentó y McBain sintió un irresistible deseo de subir corriendo la escalera y alejarse de aquella espantosa estancia. La hermana Edith, sin embargo, recobró la sangre fría.

—El maligno se ha marchado —murmuró—. *Sir* Godfrey, hay un ataúd, ¿no? Llevadme hasta él.

Se acercaron al ataúd de madera de roble, forrado de plomo, que había en el suelo. A ambos lados del ataúd colgaban unas cadenas rotas, y el brocado de seda en que había yacido el cadáver estaba en el suelo, arrugado.

—Describídmelo —ordenó la hermana Edith.

Sir Godfrey lo hizo, interrumpiéndose de vez en cuando para mirar hacia los

rincones de la estancia, temiendo que alguna maligna presencia se ocultara allí esperando para atacarlo.

—¿No hay nada corrompido? —preguntó la exorcista.

—No, señora.

—Eso demuestra lo que he dicho —gritó—. La persona que estaba enterrada aquí era un muerto viviente, un señor de los *strigoi*. Y ahora ha sido liberado. Tendremos que buscarlo.

El segundo prior, Roger, escuchaba con los ojos como platos.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó, perplejo.

—Eso no es asunto vuestro —contestó *sir* Godfrey bruscamente. Sacó un rollo de pergamino de su cartera y preguntó—: ¿Reconocéis el sello?

El viceprior examinó el mandamiento a la vacilante luz de la vela.

—Sí, por supuesto. Es el sello del rey.

—Y ¿qué dice la carta?

—Que lo que ordene el portador de esta carta ha de hacerse inmediatamente y sin hacer preguntas.

—¡Muy bien! —continuó *sir* Godfrey—. Ya lo habéis leído. Lo entendéis y habéis visto el sello que lleva. Pues bien, estas son mis órdenes: quiero que se retiren de la biblioteca del piso superior todos los muebles, manuscritos y libros.

—Y luego ¿qué? —gimoteó Roger.

—Quiero que se prenda fuego a esta cámara y que todo el edificio sea derruido. Después hay que rociar con aceite los ladrillos y la madera y prenderles fuego. Las ruinas que queden serán arrojadas a una fosa.

—Eso es imposible.

Sir Godfrey cogió al monje por el hábito.

—Quiero decir —suplicó el segundo prior— que para cumplir vuestras órdenes necesito el permiso de mis superiores.

—Yo represento al rey —susurró *sir* Godfrey con tono amenazador—. ¡Y si no me obedecéis, volveré, os apresaré por alta traición y quemaré todo este maldito monasterio! ¡Si vuestro estúpido prior hubiera sido sincero y hubiera colaborado conmigo desde el principio, esta tragedia quizás habría podido evitarse! ¡Prometedme que mañana por la noche habréis terminado de hacer lo que os he ordenado!

—Es necesario —insistió la hermana Edith.

Roger, el segundo prior, asintió. *Sir* Godfrey lo soltó.

—Y ahora, salgamos de este infierno —dijo.

—¿No queréis ver el cadáver del prior Edmundo?

—¿Está muerto? —preguntó McBain.

—Sí, claro, le han cortado el cuello.

—Entonces está en las manos de Dios, no en las nuestras. ¿Qué podemos hacer nosotros por él?

Fuera, en el jardín, los esperaba el hermano Lanfranc, el archivero.

—Caballero, ¿ha desaparecido el maligno?

—Sí, y ahora hay que derruir este lugar.

El anciano entrecerró los legañosos ojos y rió a carcajadas.

—Siempre dije que había que hacerlo. Pero ¿estarán a salvo mis libros y manuscritos?

—Por supuesto.

Al anciano se le iluminaron los ojos de placer. Miró con desprecio al joven Roger y dijo:

—Entonces os mostraré algo que tengo guardado, un diario.

Roger quiso protestar, pero *sir* Godfrey le dijo que se callara y se ocupara de sus asuntos. Subieron con el anciano por una empinada escalera que conducía a la alargada biblioteca, muy parecida a la que habían visitado en la iglesia de Santa María. Lanfranc encendió las velas bajo sus capuchones metálicos protectores y, resollando y murmurando, abrió un enorme cofre forrado de hierro que se cerraba con cinco candados. Revolvió dentro del cofre y sacó un delgado libro con cubiertas de piel de becerro que entregó a McBain para que lo inspeccionara. El escribano lo examinó con curiosidad, primero la portada, luego las diferentes entradas, pasando rápidamente las páginas.

—¿Qué es? —preguntó la hermana Edith con impaciencia.

—Es un diario secreto —explicó Alejandro—. Los secretos de esta casa pasaban de abad a abad. Tenían el deber de inspeccionar de vez en cuando la cripta y asegurarse de que todo estaba en orden. —Dio unos golpecitos en la portada—. Se les advertía que no debían intentar forzar el ataúd y se les obligaba, por su voto de obediencia a Dios, a registrar cada visita en este libro. —Sonrió con amargura—. Pero sospecho que aunque algunos abades siguieron fielmente estas instrucciones, a otros les pudo la curiosidad. Hace años, uno de ellos abrió el ataúd. Como no pasó nada, varios sucesores hicieron lo mismo.

—Pero eso produciría un efecto —insistió la hermana Edith.

—Desde luego —replicó Alejandro—. ¿Recordáis aquellos incidentes mencionados en los manuscritos de la biblioteca de la universidad?

—Sí —dijo *sir* Godfrey—. Sobre ciertos habitantes de la ciudad que tenían mala reputación y que regresaron de sus tumbas.

—Pues bien —prosiguió Alejandro pasando una página—, ahora conocemos el motivo. ¿Recordáis que os describí un incidente ocurrido en el verano de 1297? Según este diario, ese mismo año el abad visitó la cámara secreta. Creo que rompió su juramento y abrió el ataúd.

—Eso quiere decir —dijo *sir* Godfrey— que cada vez que alguien abría el ataúd, el mal escapaba e infligía su efecto en la ciudad.

—Por supuesto —dijo la hermana Edith—. Si ponéis ese diario junto a la crónica, descubriréis la correlación. Cada vez que un abad quebrantaba su juramento y tocaba ese ataúd, la influencia maligna de los *strigoii* se hacía notar. —La hermana Edith se

sentó en un taburete—. No hemos de olvidar —continuó— que el mal no es diferente de otras cosas. Como dice santo Tomás de Aquino, siguiendo a Platón, lo natural sólo refleja lo sobrenatural. Si abrís un horno, el calor escapa; destapad un tarro de perfume o una botella de vino y la fragancia se eleva hacia el aire. Cada vez que alguien abría el ataúd, parte del mal salía de él para hacer notoria su presencia. Ahora la causa de ese mal ha escapado, y que Dios se apiade de todos nosotros.

—¿Qué queréis decir? —preguntó *sir* Godfrey.

—Ese señor de los *strigoii* —explicó la hermana Edith— utilizará al grupo que lo ha rescatado para atraer a otros, en este reino y allende los mares.

—Entonces, ¿deben ser destruidos todos ellos?

La hermana Edith se pasó la lengua por los labios resecos. Intuía que la confrontación con aquel malvado no estaba lejos.

—Debemos destruir al señor de los *strigoii* o a sus seguidores; sin un grupo que lo apoye y lo nutra él no tendrá ningún poder. Pero ¡hay que hacerlo, y deprisa! —Separó la mano del cuerpo y cogió a McBain por la muñeca—. Buscad en las últimas entradas. ¿Qué encontráis?

Alejandro pasó las amarillentas páginas.

—¡Oh, Dios mío! —susurró—. Durante el último año el difunto abad Sansón entró en esa cripta al menos una docena de veces.

—Ya me lo imaginaba —dijo Lanfranc—. Ya me lo imaginaba. Sabía que Sansón estaba haciendo algo que no debía, porque siempre me pedía el diario. En una ocasión protesté, pero él rechazó mis protestas y me reprendió.

—¿Qué andaba buscando? —preguntó Alejandro.

—Era muy testarudo —dijo Lanfranc con desprecio—. Este monasterio nunca ha prosperado. Sansón creía que en la cripta se hallaba la clave de una secreta riqueza que él podría utilizar para desecar los pantanos y las ciénagas. Pero os diré una cosa, noble caballero, olvidad a ese mocosos segundo prior. Yo me marché de este monasterio mañana mismo. Me voy a nuestra casa madre de Francia. Me arrodillaré ante mis superiores y les suplicaré que quemem este lugar hasta que no quede piedra sobre piedra.

McBain volvió a hojear el diario.

—La última entrada —dijo— no la escribió el abad.

—Ah, debe de ser de ese idiota, el prior Edmundo.

—¿Qué dice? —preguntó *sir* Godfrey.

—Sólo dice que en mitad de la noche el abad Sansón y otro entraron en la cripta. El abad Sansón no salió con vida.

—¡Típico! —se burló Lanfranc—. Sansón no tuvo la agudeza de consultarlo conmigo ni con nadie más. Edmundo creyó que limpiaría su conciencia haciendo esa anotación.

—¿Cómo murió Sansón? —preguntó Alejandro.

—Miedo, susto, veneno —contestó la hermana Edith—. Pero ese pobre

desgraciado está muerto. ¡Que Dios lo acoja en su seno!

—Pero el otro no —añadió *sir* Godfrey—. Me pregunto quién sería ese *strigoii*.

—¿Puedo quedármelo? —preguntó Alejandro dando unos golpecitos en el diario.

—Por supuesto —contestó Lanfranc—. Ya no lo voy a necesitar, ¿no?

Recogieron sus caballos de las cuadras y regresaron al convento de Santa Ana. Cuando atravesaban la entrada principal, la hermana Edith detuvo su caballo e hizo señas a sus acompañantes para que se acercaran.

—Basta de correr de un lado para otro —susurró—. Podría haber otros ataques, otros asesinatos. Pero, por terribles que sean, no son más que fuegos fatuos, meras sombras de lo que realmente buscamos. Vos, maese escribano, tenéis todas las pruebas que necesitáis. Ahora sabéis a qué nos enfrentamos, así que utilizad el cerebro. Descubrid quién es ese «otro», el que entró con el abad Sansón en la cripta, y encontraremos al señor de los *strigoii*.

Alejandro sonrió, desmontó y regresó a la hospedería. Después de lavarse y de comer un poco, cogió el diario, junto con todas las anotaciones que había tomado desde su llegada a Oxford, y se sentó en uno de los gabinetes del escritorio del convento. Al principio estaba nervioso y le costaba concentrarse. Estaba horrorizado por lo que había visto en el monasterio, pero también lo distraían el hermoso rostro de *lady* Emilia y el dolor que había reflejado en los ojos del caballero. Suspiró, preparó un trozo de pergamino, escribió cuidadosamente un mensaje y, utilizando sus encantos, le pidió a una hermana lega que se lo llevara a *lady* Emilia. Luego Alejandro volvió a su trabajo, pero le resultaba difícil ordenar lo que habían averiguado. Se acordó de Roberto Cotterill y, dejando la pluma y los manuscritos, fue a la enfermería, donde encontró al niño jugando a las canicas en el suelo. Alejandro se agachó y lo estuvo observando; luego, cuando Roberto le invitó, se puso a jugar con él.

—Lo hacéis muy bien —dijo el niño—. Lo hacéis todo muy bien. Sabéis leer y escribir, y también usar la espada. Sois mejor incluso que ese caballero que nunca dice nada.

Alejandro sonrió.

—Antes jugaba muy bien a los bolos —dijo—. ¿Has jugado alguna vez a eso, Roberto?

El niño se metió el pulgar en la boca y negó con la cabeza.

—Se juega con diez bolos de madera —explicó Alejandro. Cogió las canicas—. Los colocas así y luego intentas derribarlos con una bola. Si eres listo de verdad, si eres muy hábil, puedes hacerlo de un solo tiro.

—Ese juego me gustaría —dijo el niño.

—Yo te conseguiré uno —le prometió Alejandro—. Pero mira, Roberto, necesito que me ayudes, aunque eso te produzca dolor. ¿Puedes decirme qué pasó aquella noche? ¿Qué oíste o qué viste la noche en que murieron tu hermana y tus padres?

Alejandro vio cómo el dolor y el miedo entristecían la mirada del niño. Le habría

gustado abrazar a Roberto y decirle que olvidara su pregunta. Pero estaba convencido de que el niño sabía algo.

—Por favor, Roberto, inténtalo —suplicó—. Si lo haces, quizá pueda llevar a un hombre muy malo ante la justicia.

El niño se acuclilló y cerró los ojos.

—Yo estaba jugando en mi cámara secreta —dijo—. Madre estaba enfadada con padre, por eso me quedé allí. Estaba mirando cómo vacilaba la llama de la vela. Oí unos golpes en la puerta. Madre rió y alguien entró en la casa.

—¿Oíste algo?

—Sí, oí a un hombre que decía «*diquite*», y eso me extrañó.

—¿*Diquite*?

—Sí.

—¿Qué pasó después?

—Madre fue a la cocina, oí ruido de cazos, y luego salió otra vez. Pensé que el visitante debía de ser un vecino, y me quedé dormido. Cuando me desperté... —A Robert le temblaba el labio superior—. Cuando me desperté comprendí que había pasado algo terrible. Me quedé quieto. Oí a alguien fuera, y luego se marcharon. —El niño se acercó a Alejandro, y el escribano lo rodeó con un brazo.

—Tranquilo —dijo acariciándolo suavemente—. ¿Seguro que no oíste nada más?

—No —balbuceó el niño.

Alejandro lo consoló un rato, le puso un pedazo de mazapán en la mano y regresó al escritorio. Cogió un trozo de pergamino, lo alisó, sujetó las cuatro esquinas con unas pesas de metal y empezó a redactar una lista de todo cuanto sabía. Las extrañas muertes, hombres y mujeres que morían en sus casas sin que hubiera señales de que se había forzado la entrada, sin alboroto ni alarma, y sin embargo los cadáveres eran hallados sin una gota de sangre. La entrada del abad Sansón en la cripta y el asesinato del prior Edmundo. La muerte del hospitalario en el bosque. La desaparición de la reliquia. La expresión «el caballero de ultramar» sobre la cama del hospitalario muerto, en el castillo. La muerte de Leticia, la sirvienta de la taberna. Los discos de metal encontrados en el cadáver de Leticia y en el del hospitalario. La antigua leyenda según la cual el diablo regresaría a «la roca cerca de la torre nueva». La descripción del pequeño Roberto Cotterill y el uso de esa extraña palabra, «*diquite*». Por último, ¿quién era la persona que había acompañado al abad Sansón, el «otro» — el prior Edmundo había utilizado la palabra latina «*alius*» — que se mencionaba en el diario? Alejandro se quedó medio dormido, mientras diferentes ideas daban vueltas en su cabeza. Luego se despertó. El prior Edmundo debía de haber recibido una educación clásica. ¿Por qué empleó la palabra «*alius*»? ¿No debería haber empleado el término «alter», es decir, «el otro de los dos»? ¿Por qué parecía importante aquel «*alius*»? ¿Dónde lo había leído? De pronto Alejandro se estremeció al recordar. ¡«*Christus alius*», «otro Cristo»!

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Claro! ¡Dios mío!

Volvió a toda prisa a la enfermería. Roberto seguía jugando a las canicas con una hermana lega, riendo y batiendo palmas ante la torpeza de la joven.

—¡Roberto! ¿Estás seguro de que la persona que entró en tu casa dijo «*diquite*»? ¿No diría «*benedicite*»?

Roberto se metió el pulgar en la boca y asintió. Alejandro lo cogió por los brazos.

—¿Dijo «*benedicite*», Roberto? ¡Tienes que contestarme!

Roberto se quitó el pulgar de la boca.

—Sí, dijo «*benedicite*» —confirmó el niño tartamudeando.

Alejandro miró a la sorprendida hermana lega.

—¡Corred! —ordenó—. ¡Decidles a *sir* Godfrey, a la hermana Edith y a la madre Constance que tengo que verlos! Decidle a la abadesa que hay que enviar inmediatamente un mensajero a buscar al gobernador y al censor Ormiston. Me reuniré con ellos en la hospedería. ¡Rápido! —Se volvió hacia el niño y dijo—: ¡Tú quédate aquí, Roberto! —Señaló hacia donde trabajaba la enfermera, al fondo del dormitorio—. ¡No te apartes de ella!

Alejandro volvió al escritorio, donde se puso a escribir. *Sir* Godfrey irrumpió en la estancia y le preguntó qué pasaba, pero McBain lo despachó con un ademán. Se quedó allí por lo menos una hora, y cuando llegó a la hospedería todos lo esperaban ya en el pequeño refectorio. Beauchamp y Ormiston parecían furiosos. La madre Constance estaba sentada con gesto arrogante, golpeando la superficie de la mesa con sus largos y finos dedos. *Sir* Godfrey paseaba arriba y abajo como un perro de caza. Sólo la hermana Edith parecía tranquila.

—Ya sé quién es el señor de los *strigoii* —anunció Alejandro cuando todos se hubieron sentado y la madre Constance empezaba a servir copas de vino blanco a sus invitados.

—Todavía no tengo ninguna prueba, pero la lógica y el sentido común dictan la verdad.

—¿Quiénes?

—El padre Andrés, el sacerdote de San Pedro, cerca del castillo.

—¡Tonterías! —se burló Beauchamp levantándose de su asiento—. ¿Cómo osáis calumniar a un buen sacerdote como el padre Andrés?

Sir Godfrey desenfundó la daga y golpeó la mesa con el pomo.

—¡Dejad hablar al escribano!

Alejandro se levantó, haciendo todo lo posible por dominar su emoción.

—En primer lugar —declaró—, tenemos a unos asesinos que pueden entrar en una casa en plena noche, asesinar a sus víctimas y salir impunes sin causar ni el menor tumulto o conmoción. ¿Quién mejor que un sacerdote? Él podría deslizarse por las calles y callejones de Oxford sin que la ronda lo detuviera. Hasta podría fingir que llevaba una hostia. Llama a la puerta de una casa y entra diciendo «*benedicite*», benditos todos.

—El padre Andrés quizá sea un hombre joven y fuerte —le interrumpió el censor

Ormiston—, pero ¿le creéis capaz de matar a tanta gente?

—¡Ah! —Alejandro cogió su copa de vino—. ¿Qué ocurre si ha llevado un poco de vino, un regalo? Roberto Cotterill oyó el «*benedicite*», pero, como sólo es un niño, sólo captó el final de la palabra, la parte que se acentúa: «diquite». También oyó a su madre entrar en la cocina a buscar cuencos o copas. Sirven el vino y lo beben, pero el vino contiene polvos para dormir, semillas de adormidera molidas o valeriana. Pasados unos minutos, los habitantes de la casa están drogados. —Alejandro dejó su copa sobre la mesa—. Y si había niños en la casa, el padre Andrés les permitía dar un sorbo de su copa. Aunque él no bebía ni una gota.

—Entonces, ¿los mató él mismo a todos?

—No, no. El padre Andrés abría la puerta para dejar entrar a los otros.

—Pero ¿y mis centinelas? —objetó Beauchamp—. La ronda nunca ha apresado a nadie.

—*Sir Godfrey* —dijo Alejandro—, aquella noche que paseamos por las calles de Oxford, ¿a quién vimos?

—A nadie.

—Pensadlo bien.

—A unos cuantos mendigos. —El caballero dejó caer la mandíbula—. ¡Claro! —exclamó—. ¿Quién iba a pensar que un mendigo lisiado, cubierto de barro y vestido con harapos pudiera ser el asesino?

—Exacto —continuó Alejandro—. Estamos acostumbrados a ver a mendigos por las calles. Pasamos por su lado, los tratamos con desprecio. Pues bien, ¿qué ocurre si cuatro o cinco de esos mendigos son en realidad los cómplices del padre Andrés? Unos cuantos de esos jóvenes que le ayudan en la iglesia, repartiendo pan y carne entre los pobres. Ya volveré sobre eso más adelante. Esos jóvenes, disfrazados de mendigos y al amparo de la noche, se sitúan fuera de una casa, como la de los Cotterill. Después de drogar a la familia, el padre Andrés les abre la puerta a sus cómplices. Degüellan a sus víctimas, realizan sus abominables prácticas y se pierden de nuevo en la oscuridad de la noche. —Alejandro hizo una pausa—. Nunca los molestan, salvo esa ocasión en que se cruzaron con aquel estudiante borracho al que después arrestasteis, *sir Oswald*. Estaban al corriente de nuestra llegada, así que rociaron al estudiante con sangre para engañarnos y siguieron con lo suyo.

—¿Qué otras pruebas tenéis? —preguntó la hermana Edith en voz baja.

—Bueno, tanto el hospitalario como la sirvienta de la taberna del Mitre llevaban unos discos de metal negros encima. Seguramente son fichas que repartían el padre Andrés y sus ayudantes para que los pobres pudieran pedir su cuenco de potaje y su hogaza de pan. ¿Os acordáis de cuando lo vimos delante de su iglesia?

Sir Godfrey asintió.

—Pero ¿por qué iba a matar a esos dos? —preguntó el censor Ormiston.

—Bueno, creo que Leticia pensaba traernos esa ficha para demostrar el vínculo entre su amado muerto, Guido, y el padre Andrés. Y en el caso del hospitalario —

Alejandro sonrió con amargura y se sentó—. No olvidéis que era un fugitivo de la justicia. Llegó a Oxford hambriento y sediento, y ¿qué hizo? ¿Dónde podía conseguir comida gratis?

—¡Claro! —La duda desapareció del rostro del gobernador—. Se unió al resto de mendigos frente a la iglesia de San Pedro. Por eso también él tenía una ficha.

—Sí, y además hizo otra cosa. Llevaba una valiosa reliquia. Creo que entró en la iglesia y la escondió en alguna parte. *Sir Oswald*, o vos, madre Constance, vos conocéis bien Oxford. ¿Hay alguna tumba de un cruzado en la iglesia de San Pedro?

—¡Un «caballero de ultramar»! —exclamó Ormiston.

—Exacto —confirmó Alejandro—. Un caballero que había cruzado el mar.

—Sí —contestó Beauchamp—, hay una gran tumba en uno de los cruceros. Encima hay una efigie de un caballero, con las piernas cruzadas por los tobillos para indicar que había servido en las Cruzadas.

—Si vamos allí, estoy seguro de que encontraremos el relicario. Veréis, el padre Andrés era un sacerdote diabólico. Puede que fingiera decir misa, pero en realidad nunca consagró el pan ni el vino. Puede que fingiera guardar el sacramento bendito en el sagrario, pero en realidad no era cierto. Por lo tanto, la iglesia no representaba ninguna amenaza para él. Pero, la presencia de un poderoso relicario, si hemos de creer a la hermana Edith, le afectaría a él y a sus seguidores. Por eso la iglesia estaba cerrada con el pretexto de que había que reparar el tejado. En realidad, el *strigoii*, el padre Andrés, tenía así una excusa para no acercarse a la reliquia. El hospitalario tenía que morir por su delito.

—¿Qué más pruebas hay? —preguntó la hermana Edith.

—Bien, ahora llegamos a la apertura de la cripta del monasterio trinitario por parte del abad Sansón. Quizá recordéis que el abad Sansón recibió la visita de alguien que lo acompañó a la cripta. El prior Edmundo lo llamó «*alius*», «otro». Sin embargo, Edmundo era un hombre educado, y debería haber utilizado la palabra «alter». Eso me intrigó. Pero cuando hablé con el pequeño Roberto y oí la palabra «*benedicite*», lo comprendí. Hermana Edith, ¿cómo se llama a veces a un sacerdote?

—*Christus alius* —contestó ella—. Otro Cristo.

—Creo que eso es lo que quiso decir Edmundo. Sansón y otro sacerdote entraron en la cripta. El padre Andrés se las ingenió para convencer a Sansón de que su presencia allí era necesaria, aprovechándose del deseo de obtener riquezas del abad, el medio para enriquecer su monasterio. —Alejandro se encogió de hombros—. El padre Andrés quería asegurarse de que el señor de los *strigoii*, enterrado vivo siglos atrás por *sir Hugo Mortimer*, todavía seguía allí. —Alejandro jugueteó con la copa que tenía en la mano—. Hay otras pruebas: el ataque que sufrí yo, cuando en realidad el *strigoii* quería matar al pequeño Roberto. Y ¿quién sabía que estaba aquí, además del padre Andrés y de los que estamos ahora aquí reunidos?

—¿Y los estudiantes desaparecidos? —preguntó el censor Ormiston.

—Ah, esa es la pieza del rompecabezas más difícil de encajar. Pero no olvidéis

que desaparecieron antes de que empezaran a producirse asesinatos dentro de la ciudad. El padre Andrés conoció a los *Luminosi*, explotó el carácter secreto de su sociedad y los utilizó para acceder a los archivos de la biblioteca y estudiar los manuscritos; luego los mató. Pero no tenían mucho donde elegir a sus víctimas; cuando él y sus secuaces necesitaron sangre fresca, empezaron los asesinatos en la ciudad.

—¿Por qué no mataban a los pobres a los que atendían? —preguntó *sir* Godfrey.

—Quizá lo hicieran —contestó Alejandro—. Es posible que mataran a uno o dos. A esas pobres criaturas nadie las iba a echar de menos, pero el padre Andrés quería proteger su reputación. Además, si empezaban a morir indigentes, alguien podría sospechar.

Sir Oswald Beauchamp se puso en pie, con una mezcla de confianza e incredulidad en la rechoncha y pálida cara.

—Lo que decís, maese McBain, podría ser cierto. —Señaló a la hermana Edith y añadió—: Pero ¿por qué no lo reconoció la hermana Edith? ¿Por qué no intuyó la maldad del padre Andrés?

—Hasta Satanás puede adoptar la apariencia de un ángel bendito —replicó la hermana Edith—. Vos sois un funcionario de la ley, *sir* Oswald, y como tal habréis visto a muchos malhechores. ¿Sois capaz de distinguir a un criminal por el simple hecho de hallaros en su presencia? —Se encogió de hombros—. Pues yo tampoco podría reconocer a ese sacerdote poseído por el demonio. A menos que cometiera un error, que se quitara la máscara, y ha tenido mucho cuidado de no hacerlo.

—¿Para qué necesitaban tanta sangre? —preguntó Ormiston, como si hablara solo.

—Para alimentarse —contestó la hermana Edith—. Para practicar sus ritos, para beber, para resucitar el cuerpo de su amo.

Beauchamp se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vais, *sir* Oswald? —le preguntó el caballero.

—Adónde *vamos* —le corrigió el gobernador—. Todos nosotros, excepto la madre Constance, iremos a la iglesia de San Pedro. Allí encontraremos la prueba.

—La prueba está allí. —Alejandro esbozó una sonrisa—. Vos nos hablasteis de las antiguas leyendas, cuando «el diablo de la torre vieja baje a la roca cerca de la torre nueva».

—¿Qué queréis decir? —preguntó *sir* Oswald.

—Pedro significa «roca» en latín —explicó Alejandro—, y San Pedro está cerca de la torre de vuestro castillo. La vieja torre es ahora el monasterio trinitario.

Sir Oswald se limitó a sacudir la cabeza.

—Quizá tengáis razón, escribano, pero debemos verlo con nuestros propios ojos.

Encontraron la iglesia sumida en la oscuridad, y en la casa del sacerdote tampoco había ninguna luz encendida. Los soldados de *sir* Oswald forzaron la puerta de la vivienda, y en cuanto entraron, la hermana Edith dijo que estaba mareada.

—Aquí ha habido un mal terrible —susurró mientras Alejandro la ayudaba a sentarse en un taburete en la pequeña cocina, mientras uno de los soldados de *sir Oswald* empezaba a encender velas. El caballero echó un vistazo a la limpia, lúgubre y encalada estancia.

—Nada interesante —observó, aunque también él notaba cómo el miedo le tensaba la mandíbula y le erizaba los pelos de la nuca.

—Qué limpio está todo —murmuró Alejandro—. Demasiado limpio. Y ¿os habéis fijado? No hay ningún crucifijo. No hay nada que indique que aquí vive un sacerdote. —Olfateó el aire—. Y este olor tan rancio, a comida podrida.

Sir Godfrey desenvainó la espada y subió por la desvencijada escalera hasta el pequeño altillo que servía de dormitorio. Pidió que le acercaran una vela.

—¡Alejandro McBain! —gritó—. ¡Subid!

El escribano obedeció. Al principio no vio nada raro, sólo un sencillo baúl, una cama y dos cofres viejos. *Sir Godfrey* levantó la vela y a Alejandro se le revolvió el estómago. En la pared del fondo había un crucifijo colgado boca abajo, y clavada en él, una rata muerta. A ambos lados del crucifijo habían pintado unos ojos rojos. A la débil luz de la vela parecía una tétrica cara que los observaba. Alejandro maldijo por lo bajo, fue hacia allí y arrancó aquella blasfemia de la pared.

—¡Se ha marchado! —dijo *sir Godfrey*—. ¡Y nos ha dejado esto como despedida!

Capítulo 2

Bajaron a la cocina. *Sir Oswald*, *Ormiston* y los soldados se apiñaron cerca de la puerta, como niños asustados.

—¡No bebáis ni comáis nada! —ordenó el caballero—. ¡Nada!

Sir Godfrey se disponía a salir a la calle cuando vio, en un rincón cerca del hogar, una pequeña argolla de hierro. Fue hacia allí, retiró los juncos con el pie y descubrió una trampa de madera. *Sir Godfrey* rompió el candado con un hacha que había en el suelo, levantó la trampa y bajó por ella. Percibió inmediatamente el hedor a podrido, a sangre rancia. Le hizo pensar en los campos de batalla, cuando, terminada la lucha, llegaba la hora de enterrar los cadáveres.

—¡Dios mío! —exclamó levantando la cabeza y mirando a *Alejandro*, que le pasó una vela—. ¡Qué horrores nos esperan aquí!

McBain lo acompañó abajo, tapándose la nariz y la boca con la capa. Al principio pensaron que era una bodega normal y corriente, aunque apestaba como un matadero. Oyeron los gritos y las exclamaciones de los demás, pues el hedor empezaba a extenderse por la cocina.

Sir Godfrey avanzó lentamente. Cuando la llama de la vela se hizo más intensa, vio que habían cavado una fosa de tres pies de profundidad y diez pies cuadrados de superficie en el centro de la bodega. *Godfrey* controló las ganas de vomitar, se acercó al borde de la fosa y miró hacia abajo. Parecía estar cubierta con algún tipo de tela, y el caballero la tocó con la daga. Sostuvo la vela más cerca y vio que era cuero de buey, grandes trozos cosidos y colocados uno junto a otro para cubrir toda la fosa. Se inclinó y pasó la daga por el cuero. Luego examinó la punta de la daga a la luz de la vela.

—¡Sangre! —exclamó—. Es como una cuba de vino. ¡Oh, Dios mío!

Miró por encima del hombro al escribano, pero ahora *McBain* estaba apoyado en la pared, intentando dominar unas violentas náuseas.

—¡Traían la sangre aquí! —susurró *sir Godfrey*—. Vaciaban a sus víctimas de sangre y la almacenaban aquí, seguramente en odres, convirtiendo esto en una especie de horrible cuba.

El caballero no lo soportaba más, así que ayudó a *McBain* a subir a la cocina. El gobernador y el censor ya habían salido de la estancia. Sólo la hermana *Edith* seguía allí, sentada en un taburete, con la cabeza hacia delante, la boca abierta.

—¡Sacadme de aquí! —susurró—. ¡Sacadme de este maldito infierno!

McBain se secó los ojos y la cara con la punta de su capa y ayudó a la exorcista a salir a la calle. *Sir Godfrey* dejó caer la vela encendida sobre los juncos secos del suelo y cerró la puerta de un portazo. *McBain* aspiraba el limpio aire nocturno, con la hermana *Edith* apoyada en su brazo. El caballero fue a informar a *sir Oswald* y a *Ormiston* de lo que había encontrado. El censor *Ormiston* no podía más. Miró

airadamente al gobernador, se recogió la túnica y se perdió en la oscuridad. Hasta el gobernador había perdido su habitual ampulosidad. No parecía el mismo; sus soldados murmuraban entre ellos que allí no pintaban nada. *Sir Oswald* los despachó cuando el caballero gritó:

—¡Decidles que regresen al castillo!

El gobernador se acercó a sus hombres y les dijo:

—¡No se lo contéis a nadie!

—¡No os preocupéis por eso, señor! —contestó uno de los soldados montando su caballo. Se quitó el tabardo de un tirón y lo arrojó al suelo. Sus compañeros lo imitaron.

—¡Maldito seáis, *sir Oswald*, por habernos traído aquí! ¡Y me importan un bledo vuestras órdenes!

El soldado echó un vistazo al fuego que ahora ardía en la casa del sacerdote y miró con aire compungido al caballero.

—Nosotros somos hombres de campo, señor, no como esos recios mercenarios vuestros. Nuestros hogares están en pequeños pueblos lejos de aquí. Pensamos regresar a ellos. Esta ciudad está maldita. ¡Que *sir Oswald* se encargue de este asunto!

Se dio la vuelta y él y sus tres compañeros salieron al galope.

Sir Oswald iba a gritarles algo, pero el caballero lo detuvo.

—Dejadles marchar —murmuró—. No hay necesidad de hacerles jurar silencio. No volveremos a verlos en Oxford.

—¿Y Ormiston? —preguntó el gobernador.

—Supongo que regresará a su colegio y cogerá una buena borrachera. Quién sabe, yo no se lo reprocho. Hemos visto cosas que destrozarían a un hombre de menos temple.

—Yo también he tenido bastante —dijo Beauchamp con cansancio—. Pero no os preocupéis, *sir Godfrey*, me encargaré de resolver este asunto. Sin embargo, cuando todo haya terminado y vos os hayáis ido, yo también me marcharé. Volveré a mi mansión, me casaré con alguna moza de rostro hermoso, me estableceré y labraré mis tierras. Jamás volveré a trabajar para el rey. —Se volvió, carraspeó y escupió en la oscuridad—. Me hice gobernador para mantener la paz del rey, para perseguir, apresar y castigar a criminales, y no para luchar contra las fuerzas de las tinieblas. ¿Podemos irnos de aquí?

—Nos queda una cosa por hacer —dijo el caballero—. McBain, quedaos con la hermana Edith. ¡Venid conmigo, *sir Oswald*!

Rodearon la iglesia hasta llegar a la entrada. Retiraron los tablones de la puerta, rompieron los candados y entraron en el húmedo recinto de la iglesia. *Sir Oswald* le pasó al caballero una chisporroteante antorcha de brea y los dos echaron a andar con cuidado por la nave desierta. Ambos luchaban por controlar el pánico, pues hasta sus propias sombras, danzando en las paredes proyectadas por la luz de la antorcha, los

asustaban.

—La tumba está allí —indicó el gobernador.

Llegaron al crucero. *Sir* Godfrey sostenía la vela en alto mientras avanzaban con cuidado. Finalmente llegaron a una gran tumba de mármol, con la efigie de tamaño real de un caballero encima. La figura llevaba cota de mallas y tenía las piernas cruzadas por los tobillos y apoyadas en un perrito, y las manos cogidas sobre el puño de la espada. *Sir* Godfrey cogió la antorcha, ignorando los extraños ruidos y los crujidos que se oían en la iglesia. Finalmente encontró una pequeña abertura bajo el cuello de la efigie. Metió la mano y sacó una cajita de unas tres pulgadas de ancho. Los lados y el dorso eran de oro, y la tapa de cristal estaba bordeada con pequeñas joyas incrustadas. En el centro, descansando sobre un brocado de seda blanco, había un pequeño trozo de madera.

—¡La reliquia! —susurró *sir* Oswald—. El hospitalario debió de esconderla aquí. ¡Vamos, *sir* Godfrey! —dijo mirando hacia atrás por encima del hombro—. Tenemos la reliquia y el sacerdote poseído se ha marchado de la ciudad. No podemos hacer nada más por esta noche.

Sir Godfrey se mostró de acuerdo, y fueron a reunirse con McBain, que hablaba con la hermana Edith bajo un tejo. El caballero le dio el relicario a la hermana Edith, que lo cogió con reverencia y lo apretó contra su mejilla.

—Ahora tenemos algo —susurró. Levantó la cabeza como si mirara el estrellado cielo.

Cogió a McBain por la muñeca con una mano, y a *sir* Godfrey con la otra.

—Han devuelto a su Señor de las Tinieblas a la vida —susurró—, y nosotros debemos buscarlos. Y matarlos. ¡Enviar su cuerpo y su alma al infierno!

Sir Oswald, agotado, estaba de acuerdo, pero dijo que aquellos asuntos tendrían que esperar hasta el día siguiente.

—Entonces, esta noche —le ordenó *sir* Godfrey—, cuando volváis al castillo, no le contéis a nadie lo que ha pasado aquí. Enviad a vuestro más rápido mensajero al canciller de Londres, pidiéndole que cierre todos los puertos de la costa sur.

El gobernador asintió.

—Utilizad sólo a vuestros mercenarios —prosiguió *sir* Godfrey—. Haced que controlen el paso a este lugar. Mañana por la mañana, en cuanto amanezca, registrad el cementerio.

El caballero, el escribano y la hermana Edith regresaron a caballo a Santa Ana. Un portero les abrió la puerta y se hizo cargo de sus caballos. La hermana Edith se quedó con sus acompañantes en la hospedería para comer un poco de pan y vino. *Sir* Godfrey apenas se tenía en pie. McBain estaba temblando, y bebía el vino con avidez. Sólo la hermana Edith parecía tranquila. Sacudió suavemente a *sir* Godfrey y dijo:

—Debemos hacer planes para mañana.

El caballero se frotó los ojos con vigor.

—Estoy cansado, hermana. Mis órdenes eran expulsar a ese malvado de Oxford,

y eso ya lo he hecho.

—¡Bobadas! —protestó la exorcista—. Ahora debemos perseguirlos. Son adoradores del diablo, criminales, traidores, y seguro que planean más asesinatos.

—¿Qué más podemos hacer? —murmuró Alejandro—. *Sir Godfrey* ha pedido que cierren todos los puertos del sur.

—¡Pero él no los va a utilizar! —replicó la hermana Edith—. Ese sacerdote no es idiota. —Mordisqueó un trozo de pan y bebió un sorbito de vino—. Cuando nos encontramos al padre Andrés ante su iglesia, él nos dijo que procedía de una ciudad del norte.

—Whitby —dijo *sir Godfrey*—. Un pequeño puerto pesquero entre el Tees y el Humber.

—Lo conozco muy bien —continuó la hermana Edith con una sonrisa—. Habéis olvidado que yo también soy de esa región. Se trata de un pequeño puerto dominado por una empinada colina con una abadía en la cima. Ah, sí, la abadía de Santa Hilda.

—¿Por qué iba a dirigirse hacia allí? —preguntó Alejandro.

—Emplead la lógica, maese escribano. El padre Andrés sabe que han cerrado los puertos del sur, pero tiene que huir de Inglaterra. ¿A dónde puede ir? ¿A Francia, por donde los ejércitos ingleses rondan a su antojo? ¿A Holanda y a Zelanda, llenas de mercaderes ingleses? No, intentará regresar a Moldavia o Valaquia, esos países salvajes donde yo estuve prisionera varios años. Y no hay mejor ruta que las tierras del norte, los vastos espacios abiertos donde nadie lo reconocerá, lejos de funcionarios o clérigos inquisidores.

Sir Godfrey se frotó los ojos.

—Estoy de acuerdo con vos —dijo—, y Whitby es el mejor puerto para esos destinos. Además, el sacerdote conoce bien las rutas, y nos llevará al menos dos días de ventaja. Las lluvias están remitiendo. Las carreteras estarán enfangadas, y él llevará poco equipaje.

McBain se puso en pie y se inclinó ante la hermana Edith.

—*Sir Godfrey*, hermana, necesito dormir. —Sonrió y añadió—: O al menos pensar. Os deseo buenas noches.

—¡Esperad! ¡Esperad! —*Sir Godfrey* se acercó a la ventana y escudriñó la oscuridad. McBain se detuvo, con una mano sobre el picaporte, mientras la hermana Edith torcía la cabeza hacia el caballero.

—¿Qué pasa? —murmuró la exorcista.

—Toda la vida he luchado contra seres de carne y hueso —dijo el caballero—: en las lizas, en los torneos, en batallas como la de Poitiers, donde ayudé a detener el avance de los franceses. He luchado con la daga y con la espada ante las ensangrentadas ciudades de Normandía o contra exploradores franceses en algún desolado y lluvioso claro. Pero esto... —*Sir Godfrey* sacudió la cabeza—. Cadáveres que resucitan después de cientos de años, sacrificios de sangre, sacerdotes diabólicos... —Soltó un bufido.

—Y sin embargo —le interrumpió McBain— vais a misa, ¿verdad, *sir* Godfrey? Y comulgáis. Creéis que una oblea de pan y una copa de vino son el cuerpo y la sangre de Cristo, ¿no?

—Sí. —El caballero se dio la vuelta, frotándose la mejilla—. Pero eso es religión, una cuestión de fe. No es lo mismo que... —no terminó la frase.

—¿Que la realidad? —preguntó la hermana Edith.

—¡Sí, eso es, que la realidad!

La hermana Edith se subió las mangas del hábito.

—Pero ¿qué ocurre, *sir* Godfrey, si resulta que no hay diferencia? Si todo es parte de una sola realidad. Y si, como dice el gran Aristóteles, nosotros trazamos líneas divisorias para que las cosas parezcan más razonables.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el caballero.

—Lo que la hermana Edith quiere decir —terció McBain— se debate a menudo en las facultades de Oxford y Cambridge.

El caballero hizo un ruido grosero con los labios.

—No, escuchad —explicó McBain con paciencia. Se acercó a la ventana y señaló el postigo, por donde se arrastraba un pequeño insecto—. ¿Creéis que esta pulga, o lo que sea, es consciente de que nosotros estamos en esta habitación? O mejor aún, *sir* Godfrey, ¿creéis que ese insecto entiende el concepto de esta habitación o de nuestra existencia?

El caballero sacudió la cabeza.

—Pero —insistió McBain—, el hecho de que ese insecto no sea consciente de nuestra existencia no significa que nosotros no existamos, ¿no?

El caballero se encogió de hombros.

—El escribano tiene razón —dijo la hermana Edith chascando la lengua—. Nosotros, al igual que el insecto, definimos nuestra realidad a partir de lo que vemos, tocamos, sentimos y entendemos, *Sir* Godfrey.

—Pero ¿y los *strigoii*? —exclamó *sir* Godfrey—. Con sus dientes afilados y sus sacrificios de sangre. Vuestra historia, hermana, sobre el espíritu de un *strigoii* capaz de salir de un cadáver e instalarse en otro cuerpo...

—¿Habéis visto los efectos de la peste? —preguntó la hermana Edith.

—Sí —contestó el caballero—. Mi primera esposa murió de esa enfermedad.

—Lo lamento, caballero. Sin embargo, ¿podéis explicar cómo pasó la peste de otra persona a ella? ¿O de ella a otra persona?

El caballero negó con la cabeza.

—Lo mismo ocurre con los *strigoii*, cuyo espíritu se traslada de un cuerpo a otro —continuó la hermana Edith—. Para decirlo con pocas palabras, *sir* Godfrey, el hecho de que yo no pueda explicarlo no quiere decir que no pueda pasar. —Suspiró y mostró las palmas de las manos—. Lo de los colmillos afilados no tiene importancia; al fin y al cabo, los dientes pueden limarse. Algunos los tienen, y otros quizá no los tengan.

—Pero ¿y el espíritu de los *strigoii*? —insistió *sir* Godfrey.

—Habéis dicho que luchasteis en Poitiers, y que ayudasteis a detener el avance de los franceses.

El caballero asintió.

—¿Os cansasteis, *sir* Godfrey? ¿Os fatigasteis?

—Sí, hermana, casi hasta morir.

—Pero otros caballeros, compañeros de armas, murieron en la batalla, ¿no?

—Sí, que Dios los acoja en su seno.

—Y ¿qué efecto tuvieron sus muertes en vos?

Sir Godfrey arqueó las cejas y contestó:

—Luché con más fuerza, como si mis energías se hubieran renovado.

La hermana Edith se inclinó hacia delante.

—Pero ¿cómo sabéis que los espíritus de vuestros compañeros muertos no os fortalecieron?

El caballero sonrió y volvió a la mesa.

—Todo en este mundo tiene una explicación —dijo la hermana Edith—. Como ya he dicho, el hecho de que no encontremos una no significa que no exista.

—Pero ¿y el señor de los *strigoii*? —preguntó McBain, sentándose junto a *sir* Godfrey—. Un cadáver que sobrevive incorrupto durante cientos de años y que luego resucita...

La hermana Edith se encogió de hombros.

—Lo único que puedo decir, Alejandro, es que debe de haber una explicación. —La exorcista se frotó la cara—. Cuando estaba prisionera en Valaquia, oí historias del este, extraños relatos sobre hombres que podían dormir durante años, como si estuvieran muertos. En Valaquia había historias parecidas sobre los *strigoii*. Pues bien, los campesinos tienen un nombre para el diablo. Lo llaman el «Gran Dragón», o «*Dracul*», y aseguran que esos *strigoii* son sus hijos. —La hermana Edith se dio unos golpecitos en la sien—. Sólo Dios conoce el poder de la mente humana. Su bondad es eterna, al igual que su maldad. El buen Dios dijo que si tenemos suficiente fe o poder podemos pedirle a un árbol que se desarraigue y se plante en el mar. ¿Por qué no van a tener los señores de las tinieblas poderes parecidos, si su maldad es lo bastante grande? Vivimos en un mundo de signos y símbolos. Os estrecho la mano, y con ello quiero decir que somos compañeros. Si pongo la mano sobre el libro de los evangelios para hacer una promesa, me comprometo un juramento. —Se encogió de hombros—. Los demonios del infierno y sus criados en la tierra también tienen sus siniestras y misteriosas ceremonias.

Alejandro se inclinó hacia delante, cogió la delgada mano de la exorcista y la apretó suavemente.

—Culta además de valerosa —bromeó—. La hermana Edith tiene razón, *sir* Godfrey. Si leéis la historia de Eusebio encontraréis un relato, bien documentado, sobre siete jóvenes hermanos que, durante el reinado de uno de los emperadores

romanos, se escondieron y durmieron durante siglos en una cueva cerca de Efeso.

—Sí, sí —le interrumpió *sir* Godfrey—. He oído ese cuento.

—E id a las iglesias —insistió Alejandro—. ¿Por qué los cuerpos de ciertos santos y santas permanecen incorruptos, como los de santa Filomena o santa Lucía?

Sir Godfrey se despezó.

—Tal vez tengáis razón, pero ese señor de los *strigoii*... —añadió de pronto— ¡Ahora debemos perseguir a ese hijo del demonio y matarlo!

—¡Exterminarlo! —declaró la hermana Edith con severidad—. Extinguirlos a él y a sus seguidores de la superficie de la tierra. No debemos dejarle un lugar de reposo bajo el sol. Creedme, existe un vínculo entre ese señor de los *strigoii* y este reino. Un día él regresará por el mismo camino por el que se marchó. Volverá solo o con sus compinches, pero regresará para causar grandes desgracias.

Los dos hombres se quedaron callados unos momentos, impresionados por la pasión que puso en sus palabras la hermana Edith. Luego la exorcista se disculpó y abandonó la hospedería, rechazando educadamente los ofrecimientos de *sir* Godfrey y de McBain para acompañarla. Caminó sin vacilar por la oscuridad, moviendo ligeramente la cara, recordando los diferentes caminos y obstáculos. Se paró un rato, sintiendo la brisa en las mejillas. Reprimió un sollozo al recordar su juventud en Northumberland, cuando paseaba por los caminos de ronda del castillo de su padre, dejando que el viento le agitara el cabello. Ahora los muertos se apiñaban a su alrededor, pero ella se sentía consolada, y no asustada, por su presencia. Sólo eran amigos que había al otro lado del río, esperando pacientemente que ella lo cruzara.

—Pronto —murmuró—. Pronto estaré con vosotros. Basta de dolor. Basta de terror. Basta de oscuridad.

La hermana Edith caminó por el camino de gujarros. Esperaba que McBain y *sir* Godfrey se quedaran con ella. «Son buenos y sinceros —pensó—. Que Cristo fortalezca sus brazos y agudice sus ingenios.» Luego se detuvo. Recordó la mano de McBain en el piso superior de la taberna. ¡Fría como el hielo! ¿Había sido aquello un aviso de las cosas que iban a suceder? Corrió hacia la iglesia. Una hermana lega que estaba dentro, junto a la puerta, la acompañó a su celda. La hermana Edith cerró la puerta tras ella y se tumbó en el sencillo jergón, entonando sus oraciones, pidiéndole a Dios que tuviera piedad, no de ella, sino de sus compañeros. La hermana Edith pensó en el viaje que le esperaba y levantó la cabeza.

—¡Tened piedad, Señor! —susurró. La hermana Edith se imaginó al señor de los *strigoii* y a sus seguidores galopando por los caminos desiertos, con las capas revoloteando, como cuervos corriendo hacia sus nidos.

—Necesitarán fuerza —murmuró—. Dios mío, tened piedad, necesitarán fuerza. Oh, buen Dios, bendecid a todos los viajeros en esta terrible noche.

Diálogo entre los peregrinos

–¡Por los clavos de Cristo! –exclamó Harry el tabernero acercando las manos hacia la llama de la vela–. Una historia espeluznante, señor.

El caballero bebió de su copa de vino y miró al monje, que ahora se había tapado la cabeza con la capucha.

–¿Es eso posible? –preguntó el capellán con su rica y melodiosa voz–. ¿Ocurren esas cosas?

–¡Yo lo he visto con mis propios ojos! –aseguró la viuda de Bath.

–¿Qué es lo que habéis visto? –le preguntó el cocinero.

–He visto los cuerpos incorruptos de hombres santos. –La viuda se cruzó de brazos–. Y si el buen Dios cuida de los suyos, Satanás puede hacer lo mismo.

–¿Dónde están los cadáveres? –la interrumpió el ecónomo.

–¿Qué cadáveres? –preguntó el tabernero.

–Los cadáveres –insistió el ecónomo–. Los de esos estudiantes asesinados por los *strigoii*.

El caballero se secó los labios con una servilleta.

–Todavía no he terminado mi relato –declaró–. Escuchad la verdad..

–¿La verdad? –se burló el ujier–. ¡Eso son cuentos para asustar a los niños!

El caballero se encogió de hombros.

–Señor, me han pedido que cuente una historia, y eso es lo que estoy haciendo.

–¡Es verdad!

El marino se puso en pie, derribando su banqueta. Señaló hacia el extremo opuesto de la mesa y dijo:

–Pongo por testigos a santa Ana y a todos los ángeles de Dios. ¿Habéis mencionado Whitby, señor?

El caballero asintió.

El capitán cogió la jarra de vino y llenó su copa.

–Señor –dijo el capitán levantando la copa–, brindo..

–¡Sentaos! –ordenó el caballero–. Y, como os he prometido, terminaré mi historia.

QUINTA PARTE

Capítulo 1

Los carros y carromatos de los gitanos avanzaban lentamente por el camino que discurría por los páramos, bajo un cielo gris y amenazador. Había parado de llover, pero los tojos y las zarzas de ambos lados del camino todavía estaban empapados de agua, y la calzada adoquinada se había convertido en un pantano. Las sábanas pintadas de los carromatos habían empezado a desteñirse, y la tinta chorreaba por los costados de los carros de cuatro ruedas. Hasta los caballos parecían desanimados; levantaban los cascos sin ganas y mantenían la cabeza baja para protegerse del frío y del intenso viento. Los carreteros, arrebuados en sus andrajosas capas, maldecían los elementos y la persistente lluvia que les había obligado a refugiarse en cuevas durante gran parte del día. No conseguirían llegar al siguiente pueblo antes del anochecer, y tendrían que acampar en los brezales.

Imelda, la bailarina, iba detrás de uno de los carros, su negro cabello oculto bajo una raída capucha; llevaba el voluptuoso y sinuoso cuerpo tapado con una manta vieja con un agujero cortado en el centro, y esa era su única protección contra la lluvia helada. De vez en cuando Imelda, con unos brazaletes baratos tintineando en sus muñecas, se secaba la lluvia de la cara y seguía avanzando, procurando mantenerse al menos a una yarda del carro para no mancharse con el fango y la tierra que levantaban las ruedas bordeadas de hierro. Oyó gemir y quejarse a su madre, que iba tendida en una cama en el carromato. Imelda cerró los ojos. Su madre volvió a quejarse.

—¡Cállate ya! —susurró Imelda para sí—. ¡Si no tienes nada!

La madre de Imelda nunca tenía nada, pero cada vez que un viaje se volvía arduo o difícil, ella en seguida se ponía enferma.

—¡Estoy demasiado cansada! —refunfuñaba—. ¡Estoy demasiado enferma para caminar! —Y subía al carromato pintado de colores para descansar, como si fuera la reina o una gran dama.

Un zarapito, desafiando el intenso viento, bajó en picado y chilló por el encapotado cielo. Imelda levantó la cabeza. Vio el destello de sus alas y deseó poder volar. ¡Se marcharía de allí! Lejos del frío, de la pobreza, de los peniques que le tiraban en las tabernas, de las apasionadas miradas de los hombres, de sus ansiosos toqueteos y las miradas celosas de las mujeres. Su padre tenía sueños parecidos, que esa noche, Imelda lo sabía, repetiría cuando se reunieran alrededor de la hoguera.

«Esta no es nuestra tierra —empezaría—. Nosotros somos de un pueblo noble y antiguo, expulsado de sus tierras después de la llegada de los romanos.»

Raquerel, su padre, empezaría entonces a describir extrañas tierras, oscuros bosques, exuberantes valles y ricas praderas, una tierra en la que el sol siempre sonreía. Imelda se preguntaba si ese país existía, y, en caso de que existiera, si su padre decía la verdad. Su abuela, que ahora iba sentada junto al carretero del carro de

delante, envuelta en su capa azul oscuro con extraños símbolos pintados, contaba una historia diferente. Decía que en los bosques de aquel país se refugiaban demonios y que unos extraños seres llamados *dracul* se escondían en fortalezas construidas por los demonios en lo alto de unos riscos solitarios. Imelda sonrió. ¿Qué más daba? Tenía frío, estaba calada hasta los huesos y los pies, protegidos sólo por unas sandalias holgadas, empezaban a convertírsele en bloques de hielo.

—¿Bailaréis esta noche, Imelda?

La chica se volvió y miró con severidad al corpulento individuo que de pronto apareció a su lado y que, como siempre, se le acercó hasta que sus hombros se rozaron. Imelda arrugó la nariz, molesta por el fétido aliento del hombre. Osbert no le caía bien. Él no era de los suyos. Era un malabarista, un saltimbanqui que se había unido a su caravana hacía dos o tres meses. El padre de Imelda lo había aceptado; Osbert era fuerte, se ganaba unos peniques y les proporcionaba protección por aquellos solitarios caminos. Sin embargo, a Imelda no le gustaba, no sólo por su cara cubierta de verrugas y sus peludas narices, sino también por sus gruesos dedos, con los que siempre estaba dispuesto a tocarla.

—¿Vais a bailar esta noche? —repitió Osbert acercándose un poco más a Imelda.

—No —contestó Imelda con los dientes apretados—. Lo único que quiero es entrar en calor.

—Yo os haré entrar en calor —susurró Osbert.

—¿Me habéis visto alguna vez hacer mi truco? —preguntó la chica.

—¿Qué truco? —dijo Osbert, sorprendido.

—Puedo hacer aparecer un puñal entre las costillas de un hombre.

El saltimbanqui abrió la boca para contestar, pero entonces ambos oyeron un grito a sus espaldas.

—¡Se acercan caballos!

Imelda oyó el retumbar de los cascos. Los carreteros empezaron a apartarse. Su padre siempre era muy sumiso, siempre estaba dispuesto a ceder el paso a nobles arrogantes y sus bien armados y altaneros criados, o a mercaderes engreídos para los que cada segundo contaba. Cuando el carro que tenía delante se hizo a un lado, Imelda montó en él.

—¿Qué pasa, Imelda? —preguntó su madre.

—¡Tranquila! —contestó la chica—. Sólo son jinetes.

Imelda asomó la cabeza y escudriñó la niebla. Los jinetes habían aminorado el paso y avanzaban a medio galope.

—¿Cuántos son?

—Cuatro; no, cinco. Van vestidos de negro, con capas y capuchas, pero los caballos son buenos. Quizá sea un grupo de monjes negros, de benedictinos.

Los jinetes se aproximaron. Imelda se estremeció. Ahora los extraños se agruparon. Imelda no vio armas, ni el destello del acero, pero aquellos individuos tenían un propósito oculto y siniestro. No miraban ni a derecha ni a izquierda. Imelda

oyó que su abuela emitía un grito de sorpresa y empezaba a entonar algo en aquella extraña lengua que Imelda apenas entendía.

—¡Silencio, abuela! —susurró.

Pero la anciana siguió cantando una antigua canción contra el maligno. Los jinetes se acercaron; el jefe se quitó la capucha y sonrió. Imelda se tranquilizó. El hombre tenía un rostro sereno y sonriente, suave y amable y, cuando inclinó la cabeza para saludar, ella vio la tonsura.

—¡Buenos días, padre!

—Buenos días, hermana. —El sacerdote acercó más su caballo a la parte trasera del carromato—. ¿Cuánto falta para el próximo pueblo?

—Unas cuantas millas —dijo Imelda devolviéndole la sonrisa—. Llegaréis antes que nosotros, señor, aunque si lo deseáis podéis pasar la noche en nuestro campamento.

El sacerdote sonrió y sacudió la cabeza.

—Nos esperan —dijo—. Y no tenemos mucho tiempo, pero de todos modos os agradezco vuestro ofrecimiento.

Osbert dio la vuelta al carromato y miró al sacerdote.

—¡Padre Andrés! —gritó.

La sonrisa se borró del semblante del sacerdote. Sus ojos se endurecieron, e Imelda se estremeció de miedo al ver que los otros jinetes, con la cara oculta bajo las capuchas, hacían avanzar sus caballos como si el saludo de Osbert supusiera alguna amenaza. El saltimbanqui, sin embargo, sin dar importancia a la actitud de aquellos extraños, sujetó el caballo del sacerdote por la brida.

—¿No os acordáis de mí, padre Andrés? Soy Osbert. Hace unos meses pasé por vuestra iglesia de Oxford. Fuisteis muy amable conmigo.

El sacerdote tiró de la brida y se tapó con la capucha.

—¡Creo que os equivocáis! —dijo bruscamente, y tirando de las riendas se puso al galope, seguido de sus acompañantes, y los cascos de sus caballos arrojaron barro y guijarros en todas direcciones.

Osbert se quedó mirándolos hasta que se perdieron en la oscuridad.

—Qué raro —dijo—. Estoy seguro de que era el padre Andrés. Pero era tan bondadoso. Él y sus ayudantes.

—No sabía que habíais estado en Oxford —se burló Imelda—. ¿Sois estudiante, Osbert?

El hombre la miró frunciendo el entrecejo.

—He viajado —murmuró—, y he visto cosas que vos jamás veréis, Imelda. —Y dicho esto, se alejó a grandes zancadas.

Cuando Osbert se dio la vuelta, Imelda le sacó la lengua y puso cómoda a su madre. Bajó del carromato y reemprendieron su monótono viaje. La abuela seguía entonando sus antiguas oraciones. De vez en cuando Imelda la oía interrumpirse y preguntar al carretero: «¿Se han ido esos jinetes? ¿Se han ido esos jinetes?».

—¡Claro que se han ido! —respondía el carretero—. ¿Qué pasa? ¿Qué esperáis? ¿Más clientela para esta noche? —Soltó una carcajada, pero la abuela siguió rezando.

Cuando los carros y los carromatos estaban de nuevo en camino, Imelda se preguntaba qué hacía Osbert en Oxford. A ella le gustaría ir allí y conocer la ciudad. Quizás incluso hojear un libro, como el que había visto en aquel monasterio dos veranos atrás. Le impresionaron los hermosos dibujos y los elegantes trazos de la pluma. Expresó su admiración e intentó acariciar las páginas, pero la maestra de novicias cerró el libro suavemente. Imelda se mordió el labio; su padre jamás iría a Oxford. Se había fijado en que en sus peregrinaciones por el reino, él siempre se mantenía alejado del valle del Támesis y de los alrededores de Oxford. Otros decían que era una buena fuente de ingresos. Raquerel sacudía la cabeza y murmuraba algo sobre un gran mal y antiguas leyendas. Imelda sonreía para sí, porque su padre tenía la cabeza llena de esos cuentos. Miró hacia arriba. Empezaba a oscurecer. Vio un búho real emprender el vuelo sobre los tojos, con las garras extendidas, acosado por un grupo de estridentes cuervos.

Finalmente su padre dio la orden de abandonar el camino. No llegarían al pueblo aquella noche, y acamparían en un pequeño soto donde los árboles les protegerían de la lluvia y del intenso viento. Colocaron los carromatos formando un círculo, recogieron ramas y pronto ardió una hoguera en el centro. Imelda se sentó entre su padre y su madre, que todavía lloriqueaba quejándose de las incomodidades del viaje. La chica, adormilada, extendió las manos y se deleitó con el calor del fuego. Cerró los ojos y durmió un rato. Cuando despertó, su padre y sus hermanos habían montado un espetón enorme sobre la hoguera y se disponían a asar el faisán y la codorniz que habían cazado con sus hondas. Habían degollado las aves y las habían escondido debajo del carromato por si los detenía algún aguzado alguacil o mayordomo.

—¡Ve por más ramas, Imelda! —le ordenó su padre.

—Yo os ayudaré —gritó Osbert.

Imelda sacudió la cabeza, y su largo y negro cabello ondeó.

—No hace falta —dijo—. No hace falta, Osbert.

El hombre se rió. Como su padre seguía gritando, Imelda no tuvo más remedio que adentrarse en el bosquecillo y buscar ramas secas bajo los húmedos helechos y zarzas. Osbert también buscaba, y mientras lo hacía no paraba de hablar. Imelda oyó que Osbert emitía un grito de asombro, pero no quiso mirar.

—Nada de bromas, Osbert. —Se adentró más en el bosque y se enderezó—. Qué silencio —murmuró, y miró por encima del hombro hacia el campamento, el agradable resplandor del fuego, las llamas vacilantes, la charla de sus parientes. Ella sólo percibía oscuridad y frío.

—¿Osbert? —Miró alrededor, pero el hombre había desaparecido. Oyó cómo las ramas crujían por encima de su cabeza. Imelda miró hacia arriba y quedó paralizada de miedo al ver la pálida y encapuchada cara que le sonreía con malicia.

A la mañana siguiente, *sir* Godfrey, alerta y recuperado, despertó a McBain.

—¡Vamos, escribano! —gritó—. Ha salido el sol y ya he llenado mis alforjas. Os sugiero que hagáis lo mismo, la hermana Edith insiste en venir con nosotros. Partiremos hacia Londres en menos de una hora.

—¿Por qué a Londres? —preguntó McBain, adormilado, bajando las piernas de la cama y maldiciendo por lo bajo la ostentosa alegría del caballero.

—Ya he enviado a uno de los mensajeros de la madre Constance al almirante de la Costa Este, con base en Queenshithe. He pedido una kogge, el barco más rápido para navegar por el Támesis, que nos llevará hacia el norte, hasta Whitby. Podemos bloquear el puerto o, si es necesario, perseguir a esos criminales.

Alejandro asintió; se desnudó y se afeitó, con los dientes castañeándole por el frío que hacía en su cámara. Se vistió con cuidado: camisa, jubón de lana, calzas y sus botas de viaje, forradas de piel. Metió sus pertenencias en las alforjas, incluido el diario que se había llevado del monasterio trinitario, y bajó a desayunar. La hermana Edith ya había pasado por allí, y se había ido con *sir* Godfrey a las cuadras para preparar los caballos. Alejandro comió con apetito y echó un vistazo a la pequeña y encalada hospedería. Sabía que allí ya había terminado. Intuía que jamás volvería a aquel convento, y eso le hizo sentir incómodo al recordar los rizos dorados de Emilia, sus relucientes ojos azules y el cálido y sedoso brillo de sus manos. Se apoyó en la mesa y pensó en los tumultuosos días pasados: su llegada a Oxford bajo una recia lluvia, las espantosas escenas que había presenciado, la aparente bondad del padre Andrés, el creciente silencio de la madre Constance y el colapso del censor Ormiston. Suspiró, se terminó la jarra de cerveza caliente, se santiguó y salió a reunirse con los demás.

Estaban ensillando los caballos. La madre Constance le había ofrecido su propio palafrén, una jaca dócil pero robusta, a la hermana Edith, y dos de sus mozos cabalgarían con ellos hasta que entraran en Londres. Cargaron las alforjas a lomos de unas acémilas y revisaron las cinchas, los estribos y las riendas de sus monturas. Los tres invitados partían al fin. La abadesa parecía aliviada de que su convento se librara de aquellos extraños huéspedes y del terrible asunto que habían estado investigando. Aunque ninguno lo reconocía, tanto *sir* Godfrey como McBain confiaban en ver aparecer a *lady* Emilia, y el caballero estaba a punto de pedirle permiso a la madre Constance para despedirse de la joven cuando Beauchamp, con aspecto cansado, entró a caballo en el convento. El gobernador estuvo a punto de caerse de la silla. Su rostro, por lo general sonrosado, estaba ahora pálido y ojeroso. El hombre parecía encontrarse al límite de sus fuerzas. Caminó lentamente hacia ellos, frotándose los muslos y refunfuñando en voz baja por el dolor producido por la silla de montar.

—¿Partís? —preguntó bruscamente.

—Vamos a Londres —contestó *sir* Godfrey—. Vamos a perseguir al padre

Andrés, a sus secuaces y a la espantosa criatura que sacaron de esa cripta.

—En ese caso, os deseo buen viaje.

Beauchamp se puso las manos en los riñones y se enderezó; luego se frotó la cara sin afeitarse.

—He cerrado la iglesia —dijo— con el pretexto de que ahora todo el edificio amenaza con derrumbarse. Mis soldados, los pocos mercenarios que tengo, ya han desenterrado varios cadáveres en el cementerio. Creo que son los estudiantes desaparecidos.

El gobernador se volvió y, sin importarle la presencia de la madre Constance, carraspeó y escupió.

—No es una imagen muy agradable —añadió—. Están como el resto, con el cuello cortado y sin una gota de sangre. Algunos ya están podridos. Los mataron como si fueran cerdos, y los enterraron en tumbas poco profundas.

—¿Y el censor Ormiston? —preguntó Alejandro.

El gobernador se dio unos golpecitos en la sien.

—El censor Ormiston está idiota, enfermo de la cabeza. Está sentado en su cámara hablando solo, sin parar de mover los papeles que tiene encima de su mesa. No se atreve a salir de la cámara, ni siquiera para hacer sus necesidades. Su carrera ha terminado. ¡Que Dios lo proteja! —*sir Oswald* miró con sus enrojecidos ojos al caballero y prosiguió—: ¡Maldad! ¡Pura maldad! Os diré una cosa, caballero —miró a *McBain* y después a la hermana *Edith*—. A vos y a vuestros amigos. Yo he estado en el Valle de la Muerte —se pasó la lengua por los labios—. Otro mensajero se dirige ya a Londres. Si Dios quiere, y si el rey está de acuerdo, me marcharé de Oxford la semana que viene. —Estrechó la mano del caballero y la de *McBain*, y luego besó suavemente los dedos de la hermana *Edith*—. ¡Que Dios os acompañe!

Volvió adonde estaba su caballo, montó, sujetó las riendas y los miró una vez más.

—Adiós. Espero que no volvamos a vernos. —Hizo girar su caballo y salió al galope por las puertas del convento.

Sir Godfrey y su grupo terminaron las despedidas. Cuando casi habían llegado a la puerta, la madre Constance apareció de nuevo, cogida del brazo de *lady Emilia* que estaba tan hermosa como una luminosa mañana de mayo. Alejandro hizo las cortesías de rigor, estirándose para besarle la mano y sosteniéndola un poco más de lo debido. *Lady Emilia* se acercó después a *sir Godfrey*. Puso las manos suavemente sobre su recio muslo y miró fijamente al caballero, que estaba impresionante con su capucha de cota de malla.

—¿Volveréis, *sir Godfrey*? —susurró *lady Emilia*.

El caballero asió la mano de la joven con torpeza.

—Sí, quizá vuelva.

—Gracias —*Emilia* sonrió—. Gracias por vuestro hermoso poema.

Sir Godfrey frunció el entrecejo.

—El poema —insistió ella—. El que compusisteis y le pedisteis a maese McBain que transcribiera —sacudió ligeramente la cabeza—. Es precioso.

Sir Godfrey miró a Alejandro, que sonrió, le guiñó un ojo y se encogió de hombros. *Sir Godfrey* miró de nuevo a la joven dama, le cogió la mano, se inclinó y la besó apasionadamente en la mejilla.

—Si Dios quiere —susurró con voz ronca— regresaré.

La joven se apartó y *sir Godfrey* guió al pequeño grupo hacia los sinuosos caminos de Oxford. Una hora más tarde habían dejado atrás la ciudad y se habían adentrado en el campo, siguiendo las antiguas rutas romanas que conducían a la capital. El cielo estaba limpio de nubes, el aire era frío, pero los caminos eran buenos y estaban secos. La hermana Edith demostró ser una experta amazona, y no retrasaba la marcha. Antes del anochecer habían llegado a Bishopsgate, donde dieron las gracias a los mozos de la madre Constance y los despacharon. *Sir Godfrey* insistió entonces en que debían seguir cabalgando a través de la ciudad, hasta los aposentos del almirante en el Vintry, al norte de los muelles de Queenshithe.

El almirante *sir Clement Chaucer* ya había recibido su mensaje. Era un hombre corpulento y de baja estatura, con el rostro curtido y ojos azul claro. Viejo amigo de *sir Godfrey*. Los recibió a él y a sus acompañantes cordialmente y sin hacer preguntas.

—Ya he recibido órdenes del canciller —dijo, acompañándolos a un pequeño comedor en la planta baja de su casa de tres pisos—. Tengo un barco preparado para vos. *La Estrella del Mar*, una kogge de tres mástiles, al mando de un buen capitán, Humphrey Grandison. Zarparéis con la primera luz. Pero ahora debéis descansar y comer un poco. ¿Qué os parece un poco de buey asado con pimienta y mostaza, vino y pan fresco? ¿Y colchones de plumas?

Sir Godfrey y Alejandro no pusieron objeciones, y *sir Clement* demostró ser un excelente anfitrión. Les habló del mar, sin apenas hacerles preguntas, y se mostró tan cortés con la hermana Edith como con cualquier otra dama. Comieron los tres hasta hartarse. *Sir Godfrey* se quedó dormido en la mesa y tuvieron que despertarlo los criados. Alejandro acompañó a la hermana Edith a sus aposentos, en la parte trasera de la casa, y unos minutos después de que su cabeza tocara la almohada en la cámara que él compartía con *sir Godfrey*, estaba profundamente dormido, roncando tan fuerte como el caballero.

Los criados los despertaron poco antes del amanecer y les sirvieron el desayuno. *Sir Clement* prometió cuidar de sus caballos y los acompañó por las calles todavía oscuras hasta el muelle de Queenshithe. El río estaba lleno de barcos: pequeños esquifes, barcazas, kogges y las enormes y hondas popas de los buques mercantes hanseáticos. En el muelle había ya mucho movimiento, pues los barcos se preparaban para aprovechar la primera marea. Unas pequeñas grúas depositaban barriles, baúles y enormes bolsas de cuero en las bodegas de los barcos. Había un bullicio de ruido, extraños juramentos, gritos y órdenes. *Sir Clement* no prestaba atención, y guiaba al

pequeño grupo por el muelle, ordenando a la gente que se apartara e ignorando los insultos y los juramentos que le lanzaban.

Finalmente encontraron *La Estrella del Mar*, un barco enorme con el casco abultado y el bauprés muy salido, los costados muy altos, la popa coronada por plataformas de lucha almenadas para proteger a los arqueros y soldados durante la batalla. *Sir Clement* saludó a los del barco y bajaron una ancha y grasienta pasarela. *Sir Clement* pasó primero. Alejandro ayudó a la hermana Edith, que rechazó con ímpetu la vacilante invitación de *sir Godfrey* a quedarse en el muelle, y el caballero fue el último en subir. A bordo del barco los marineros, descalzos, iban de un lado para otro, empujándose; algunos se pararon y miraron a la hermana Edith con curiosidad. *Sir Godfrey* oyó sus maldiciones y sus severas advertencias acerca de la presencia de una mujer a bordo del barco.

—No les hagáis caso —susurró *sir Clement* con disimulo—. A los marineros les encantan las excusas para formular misteriosas profecías. ¡Cuando se trata de subir a bordo a sus prostitutas, es muy diferente!

El barco se ladeó ligeramente y a Alejandro se le encogió el estómago al mirar los altísimos aparejos y mástiles. Echó un vistazo a la cubierta, llena de rollos de cuerda y cubos de cuero. Había dos enormes catapultas cubiertas con lonas. Junto a una de ellas, Alejandro vio una mancha de sangre seca. Supuso que el barco debía de haber participado en una de las muchas escaramuzas que tenían lugar en el mar; más allá de la desembocadura del Támesis, los barcos de varias naciones (Noruega, Dinamarca, Inglaterra, Escocia y Francia) libraban una larga y sangrienta guerra.

Un joven pelirrojo vestido sencillamente con un jubón de cuero, calzas oscuras y botas se les acercó y se presentó como Humphrey Grandison, capitán del barco. *Sir Clement* hizo las presentaciones y le entregó un pequeño paquete de cuero al capitán.

—Éstas son vuestras órdenes, señor —dijo—. Vos estáis al mando del barco, pero bajo las órdenes directas de *sir Godfrey*. Tenéis que navegar hacia el norte, hasta Whitby, y obedecer en todo a *sir Godfrey*.

El capitán asintió, y luego, haciendo rodar la lengua por la boca, señaló a Alejandro.

—Me parece que *sir Godfrey* ya se ha embarcado otras veces —dijo con un acento cerrado—. Pero el escribano se pondrá enfermo antes de salir del Támesis. Y ella, ¿quién es?

—Me llamo Edith Mohun —contestó la exorcista con enojo—. Y he viajado en más barcos de los que puedo recordar. En aguas del norte y en el canal. ¡Yo ya me dejaba mecer por las olas cuando vos todavía os balanceabais sobre las rodillas de vuestra madre, jovencito!

El capitán se quedó mirándola sin saber qué decir, se acarició la barba rala y luego soltó una carcajada que apagó todo el clamor del barco. El capitán miró alrededor y, tras soltar una retahíla de blasfemias, ordenó a los marineros que siguieran trabajando. Luego cogió la mano de la hermana Edith y se la acercó con

galantería a los labios.

—No pretendía ofenderos, señora.

—No me habéis ofendido.

Sir Clement se marchó y *Grandison* empezó a repartir órdenes; soltaron los cabos de los muelles y retiraron todos los obstáculos de la cubierta. Los marineros subieron como monos por los aparejos, desplegando las grandes velas. El barco giró y se tambaleó. Alejandro cayó de bruces al suelo, para regocijo de los marineros; *Grandison* le ayudó a levantarse, sonriendo abiertamente.

—Será mejor que os vayáis de aquí.

Los llevó a los tres abajo, a una pequeña cabina que había bajo el castillo de proa, una estancia pequeña y sucia que olía a alquitrán y a sal y en la que había un sencillo jergón, una mesa y varios taburetes.

Alejandro, poco acostumbrado al suave balanceo del barco, se golpeó la cabeza al enderezarse. Se hizo mucho daño, y aunque el capitán se rió de su torpeza, ofreció a *McBain* y a sus acompañantes unas copas de un vino excelente para aliviar el dolor y «fortalecer el estómago» para el viaje.

—La hermana *Edith* puede quedarse aquí —explicó *Grandison*—. Pero me temo, caballeros, que vos tendréis que viajar en la bodega, igual que el resto de los hombres.

Y silbando alegremente, *Grandison* los dejó allí.

Una hora más tarde *La Estrella del Mar* había salido del río y navegaba con rumbo noreste surcando un frío y agitado mar. A Alejandro se le pasó el dolor de cabeza, pero lo sustituyó una sensación de mareo cada vez mayor a medida que el barco se balanceaba en el agua. *Sir Godfrey* contemplaba divertido al pobre escribano, hasta que el rostro de *McBain* adquirió un tono verdoso.

—Vamos, Alejandro —dijo con jovialidad—. Hermana *Edith*, quedaos aquí. Si el escribano se va a marear, será mejor que lo haga en otro sitio.

Alejandro, murmurando maldiciones, siguió a *sir Godfrey* por la escalerilla y subió a la cubierta. Las velas ondulaban y se agitaban, azotadas por el fuerte viento del sur. *Grandison* se les acercó, sujetando las drizas.

—¿Estáis mareado, escribano?

Alejandro asintió.

—Pues permitidme que os dé un consejo. Intentad no pensar en el movimiento del barco y ocupaos en algo.

Alejandro hizo una mueca y se precipitó hacia el costado para arrojar el desayuno al embravecido mar. Después se sintió mejor, y se apoyó en la barandilla, respirando hondo y contemplando la tierra que se alejaba, escuchando los golpes de las velas y el crujido de las cuadernas.

Grandison vio cómo el placer asomaba al rostro del escribano.

—¡Sí, es un barco magnífico! —gritó—. Navega recto y certero como una flecha.

—Metió la mano en su jubón y sacó un rollo marrón de pergamino. Lo desenrolló,

separando las piernas para mantener el equilibrio. El capitán señaló con un grueso dedo el mapa toscamente dibujado—. Mañana por la noche llegaremos a Whitby —continuó—. ¿Qué haremos entonces?

—Buscamos a cuatro fugitivos, quizá cinco —explicó *sir* Godfrey—. Se embarcarán en Whitby.

—¿Y entonces?

—Si no han zarpado ya, bloquearemos el puerto.

—¿Y si han zarpado?

—Los seguiremos a toda velocidad.

—¿Y?

—Los eliminaremos.

Sir Godfrey señaló las enormes catapultas que había en la cubierta, tapadas con lonas.

—Cuando yo lo ordene, maese Grandison, hay que cargarlas y disparar. No hay que tomar prisioneros.

Grandison señaló a un grupo de hombres vestidos con sayos de cuero marrones que descansaban en la cubierta de estribor, cerca del castillo de proa.

—Ellos también serán útiles —dijo—. Son arqueros de Cheshire, verdaderos expertos con el arco.

Sir Godfrey sonrió y dijo que con eso bastaba, y, dejando a Alejandro en cubierta para que se recuperara, bajó a conversar con la hermana Edith.

La Estrella del Mar resultó ser un buen barco y Grandison un experto y hábil marino. Al anochecer del día siguiente habían avistado los altos acantilados de Whitby y la gran abadía que reposaba en la cima. A petición de *sir* Godfrey, tres oficiales y dos arqueros bajaron un bote y remaron hasta el puerto. Regresaron dos horas más tarde y hablaron con su capitán, que llevó a *sir* Godfrey y a McBain a la cabina donde estaba la hermana Edith.

—Me temo que son malas noticias —dijo Grandison apoyándose en la puerta y observando el sencillo farol de cuero que se balanceaba en el gancho—. Vuestros fugitivos han sido vistos aquí. De hecho, uno de ellos es muy conocido en esta región, Andrés Melbray, un sacerdote. Iba con otros cinco, uno de ellos un extraño encapuchado que no mostraba nunca la cara. Estuvieron en las tabernas del muelle de Whitby y alquilaron una barca de pesca con una tripulación de cuatro hombres para cruzar el mar del Norte. Han zarpado a primera hora de la tarde.

—¿Los perseguiréis? —preguntó la hermana Edith.

—Los perseguiré —contestó Grandison—, pero el tiempo está cambiando.

—¿Habrá tormentas?

—No, tormentas no, niebla. Ya se está cerrando. Tenemos que andarnos con cuidado. En estas aguas hay peligrosos bancos de arena, y perseguimos un barco manejado por gente que conoce este mar y sus crueles trucos. —Grandison hizo una pausa y añadió—: No se trata de criminales corrientes, ¿verdad? No es habitual

requisar un barco de guerra del rey.

—No, no lo son —reconoció *sir* Godfrey—. Y quizá veáis cosas que os helarán la sangre en las venas, maese Grandison. Pero haced lo que podáis, no sólo por vuestra lealtad al rey, sino por el bien de vuestra alma eterna.

Grandison se mostró sorprendido, pero se limitó a encogerse de hombros y regresar a la cubierta. Le oyeron gritar órdenes a sus hombres. Levaron el ancla y el barco empezó a navegar lentamente.

Alejandro subió a la cubierta, arrebujándose en la capa. Jirones de niebla envolvían el barco, confiriéndole un aspecto misterioso y fantasmal. Alejandro se estremeció. Estaba convencido de que alcanzarían a los *strigoii*, y tenía la impresión, en el fondo de su corazón, de que toda su vida no había sido más que una preparación para aquel terrible encuentro. Bajó a la bodega, y el pestazo le produjo náuseas y arcadas, pero se tumbó, cerró los ojos y dijo sus oraciones hasta que se quedó dormido. *Sir* Godfrey lo despertó con un cuenco de gachas de avena y una copa de vino. Después de comer, Alejandro se reunió con el caballero en la cubierta y sintió cierta aprensión al ver el barco preparado para la batalla: las catapultas destapadas y los arqueros plantados en el castillo de popa, en el aparejo y en el castillo de proa. Había vigías en lo alto de los tres mástiles.

La luz del día a duras penas atravesaba la niebla, que crecía densa como el vapor de un caldero. Alejandro se disponía a bajar a la cabina de la hermana Edith cuando oyó los gritos de uno de los vigías.

—¡Barco a la vista! ¡Al noreste! ¡No está lejos!

—¿La habéis visto? —gritó Grandison por su altavoz.

—La niebla se ha levantado, capitán, sólo un momento, pero hay una barca de pesca. ¡Y no se mueve!

—¿Qué queréis decir? —gritó Grandison.

—¡No lo veo! —bramó el vigía—. ¡Sí, ya lo veo! ¡La niebla ha vuelto a levantarse! ¡Ha embarrancado en un banco de arena!

Grandison se volvió y miró sonriente al escribano.

—¡He dado con vuestra presa!

Capítulo 2

El capitán espetaba órdenes; empezó a sonar un tambor, llamando a los hombres a sus puestos de combate. Los marineros corrían de un lado para otro, golpeando la mojada cubierta con los pies descalzos, apartando a empujones a *sir* Godfrey y a McBain. La hermana Edith oyó el alboroto y subió por la escalerilla de su cabina. Cuando menos lo esperaban, la niebla empezó a levantarse. *Sir* Godfrey bajó a recoger sus armas y las del escribano.

—¡Vamos, Alejandro! —dijo—. Ha llegado la hora de luchar. Esos marineros no pueden subir a bordo de esa barca. ¡Hemos de hacerlo nosotros!

La Estrella del Mar avanzaba lentamente. De vez en cuando la niebla se abría y podían ver un poco de mar, incluso un poco de luz; luego volvía a cerrarse como una cortina, y Grandison y sus oficiales se ponían a maldecir. La hermana Edith iba apoyada en la barandilla, con las manos entrelazadas, como si contemplara los bancos de niebla. Alejandro sabía que la exorcista rezaba con fervor. Y de pronto, como si Dios hubiera respondido a sus oraciones, la niebla se levantó. Se encontraban en mar abierto, y a media milla de distancia había una barca de pesca con la vela tensa y doblada, como si la sujetara una gigantesca mano submarina.

Sir Godfrey y McBain se unieron a la hermana Edith en la barandilla. Grandison se reunió con ellos.

—¿No podéis acercaros más? —preguntó *sir* Godfrey.

Grandison se encogió de hombros.

—No me atrevo, señor. La barca podría soltarse fácilmente del banco de arena, pero si un barco del tamaño del nuestro quedara atrapado allí, el mar lo destrozaría. —Grandison se volvió y le gritó al vigía—: ¿Qué ves?

—Nada, señor. Parece vacío.

—¡Oh, no! —susurró la hermana Edith—. No me digáis que han abandonado la barca. ¿Creéis que se habrán encontrado con otro barco en el mar?

—¡Ya no la veo! —gritó el vigía.

—¿Qué queréis que haga? —preguntó Grandison.

—¡Quemad la barca! —dijo la hermana Edith sin vacilar.

—¡No! —dijo *sir* Godfrey—. No podemos quemarla. Quién sabe, podría haber personas inocentes a bordo, y tenemos que asegurarnos. ¡Echad el bote al mar, capitán!

—¡Iré con vos! —anunció Grandison.

—No, señor, no podéis venir. En el bote sólo caben seis personas. Quiero que nos acompañe uno de vuestros mejores arqueros y que dos marineros nos lleven hasta allí remando.

—¿Pensáis ir todos? —preguntó Grandison.

—Sí —contestó la hermana Edith antes de que el caballero pudiera abrir la boca

—. Empezamos esto los tres, y los tres debemos acabarlo.

Grandison se encogió de hombros, dio una palmada y se puso a repartir órdenes. Bajaron el bote y lanzaron una escalerilla de cuerda por el costado del barco. Dos marineros se metieron en el bote. *Sir Godfrey* los siguió, y luego la hermana Edith, que llevaba una botella de aceite, con la ayuda de Alejandro. Los siguió un hombrecillo enjuto, de rostro curtido, que sonreía mostrando una boca sin dientes. A Alejandro le recordó a un bufón de corte, pero el arco que llevaba, el carcaj de flechas con punta de pluma de ganso y el puño de cuero evidenciaban que era un arquero. El pequeño bote se balanceaba sobre las olas. A Alejandro se le revolvió el estómago. Tenía ganas de vomitar; el mar se elevaba a ambos lados, y ahora *La Estrella del Mar* parecía un cómodo refugio.

—¡Que Dios os acompañe! —gritó Grandison, y el viento se llevó sus palabras.

Sir Godfrey, sentado en la proa del bote, asintió y dijo:

—¡Remad!

Los dos marineros empezaron a remar. Se les marcaban los músculos de los hombros y el cuello cada vez que se inclinaban sobre los remos, mientras entonaban una cancioncilla banal para no perder el ritmo. Alejandro se sentó en la popa y rodeó con el brazo a la exorcista. La notaba delgada y frágil, pero también notaba la tensión que recorría el cuerpo de la exorcista. El arquero de rostro enjuto los observaba con curiosidad. Debió de percibir su miedo, porque cuando llegaron junto a la barca de pesca que había embarrancado, su sonrisa, aparentemente inalterable, empezó a borrarse de su cara.

La barca de pesca, una embarcación estrecha, con la proa saliente y una pequeña popa, estaba hundida en el agua. *Sir Godfrey* vio que la vela estaba cuidadosamente doblada, pero no había señales de vida en la cubierta, donde sólo se veían unos montones de lona. Los remeros acercaron el bote hasta chocar contra el costado de la barca de pesca. Alejandro miró hacia abajo y vio, a través de las agitadas aguas, el difuminado trazado del banco de arena.

—¡No podemos quedarnos aquí! —gritó uno de los remeros compitiendo con el ruido de la madera golpeando contra la madera y el de las olas azotadas por el viento—. Embarrancaremos y las olas nos lanzarán contra la barca.

—No os preocupéis —le contestó *sir Godfrey*, con el rostro iluminado por las ganas de pelear—. ¡Dejadme en la cubierta y apartaos!

—¡No, *sir Godfrey*! —gritó Alejandro—. ¡Yo voy con vos!

—¡Yo también! —La hermana Edith se levantó, balanceándose peligrosamente en el bote—. ¡O subo a bordo, o me arrojo al mar!

Los marineros empezaron a gritarles que se dieran prisa. *Sir Godfrey* subió por el costado de la barca de pesca, asegurándose de que la espada no obstaculizaba sus movimientos. Se inclinó y ayudó a la hermana Edith; luego el arquero le dio la mano a Alejandro y los tres subieron a bordo. Estaban empapados, respiraban con dificultad y el viento azotaba sus rostros. El bote se apartó y los dejó en la silenciosa cubierta de

la barca de pesca. Vieron unos montones de lona, trozos de cuerda, cestos de mimbre para pescar langostas y cubos de cuero llenos de salmuera, pero nada parecía fuera de sitio.

—Nada —gruñó *sir* Godfrey desenfundando la espada—. ¡Bajemos a la bodega!

Avanzaron lentamente. La barca de pesca se movía un poco, crujiendo a medida que las olas rompían contra sus cuernas. De vez en cuando daba una sacudida, como si intentara soltarse del banco de arena. *Sir* Godfrey miró por la escalerilla que conducía a la diminuta cabina. Un olor rancio y apestoso le golpeó la cara, y el caballero arrugó la nariz. Pero había algo más: una fetidez que se le aferró a la garganta. Bajó a tientas los resbaladizos peldaños. Había poca luz, pero distinguió una gruesa vela de sebo en un candelabro de hierro, en el centro de una mesa clavada al suelo. Sacó una yesca y la golpeó varias veces hasta que la llama prendió y la vela se encendió. Alejandro y la hermana Edith ya le habían seguido hasta abajo.

—¡Que Dios se apiade de nosotros! —susurró Alejandro.

Miró los cadáveres de los cuatro marineros, que yacían con el cuello cortado, los ojos y la boca entreabiertos. Los habían dejado allí como si fueran basura, tumbados en grotescas posturas, y su sangre teñía de rojo el agua de mar que encharcaba el suelo.

—¡Más asesinatos! —susurró la hermana Edith—. Huelo el horror en el aire. ¡Más vidas inocentes malogradas!

Sir Godfrey levantó una mano. De pronto la barca crujió y oyeron los débiles gritos de los remeros que los habían llevado hasta allí. La hermana Edithladeó ligeramente la cabeza y se estremeció.

—¡Hay alguien en cubierta! —dijo con voz ronca. Abrazó con fuerza la botella de aceite que había cogido de la kogge—. No estamos solos.

Sir Godfrey lanzó un juramento y subió la escalera a toda prisa. Alejandro siguió sus pasos, y al llegar a la cubierta quedó horrorizado. Habían apartado las lonas y, en la proa del barco, con las espadas y las dagas desenfundadas y las negras capas al vuelo, estaban el sacerdote y sus secuaces. *Sir* Godfrey se había enfrentado a la carga de caballeros protegidos con armaduras, pero jamás había visto nada tan terrible como aquellos siniestros individuos, con las piernas separadas, plantados en el extremo de la cubierta, que se mecía suavemente. Iban vestidos de negro de pies a cabeza, lo cual subrayaba la palidez de sus rostros. Tenían la mirada enajenada y parecían demonios del infierno, espíritus malignos recién salidos de las profundidades de las tinieblas. El sacerdote estaba en silencio delante de sus compañeros, y la furia de sus ojos y la palidez de su rostro contradecían la falsa sonrisa que torcía sus labios.

—¿Está aquí? —preguntó la hermana Edith—. ¿Está el amo de los *strigoii*?

—¡Se ha ido! —gritó el sacerdote señalando la bruma—. Se ha ido, pero nosotros nos hemos quedado para cubrirle y para vengarnos de los que no deberían haberse metido donde no los llamaban.

Alejandro desenfundó la espada y la daga y se situó junto a *sir* Godfrey. Echó un rápido vistazo por la borda y vio el bote de remos meciéndose sobre las olas. El arquero, con el arco descolgado, les estaba gritando, sin saber qué hacer. *La Estrella del Mar*, hábilmente guiada por Grandison, intentaba acercarse a ellos.

La hermana Edith se puso a rezar. «¡*Jesu Misere...!*» Cuando iba por la mitad, el sacerdote y sus compañeros se acercaron a *sir* Godfrey y a McBain. Alejandro peleaba con todo su empeño. Percibía el movimiento de la cubierta, que se mecía bajo sus pies; las pálidas y fantasmales caras, las capas negras al vuelo y el choque de las espadas. Sus adversarios se retiraron. *Sir* Godfrey y Alejandro retrocedieron, con la hermana Edith detrás. Los lados de la escalera que conducía a la pequeña cabina sobresalían y les proporcionaban algo de protección. El sacerdote y uno de sus compañeros volvieron al ataque enarbolando las espadas con agilidad. McBain y *sir* Godfrey pararon las estocadas. El padre Andrés se apartó. Otro ocupó su lugar y la pelea continuó. McBain suplía la técnica con su ira. De pronto *sir* Godfrey se lanzó hacia delante, derribó a su asaltante y, con un rápido movimiento, le clavó la daga en el vientre. Su cuerpo, que no paraba de retorcerse, le cortaba el paso a otra figura vestida de negro que avanzaba para ocupar su lugar. Entonces *sir* Godfrey se dio la vuelta y, con las dos manos, le clavó la espada en el costado al adversario de McBain. La sangre salió a chorros, y el agua de mar que iba y venía por la cubierta se la llevó escaleras abajo, donde estaba la hermana Edith.

—¡Que Dios nos asista! —gritó la exorcista—. ¡Hay que quemarlos!

Pero los secuaces del sacerdote que quedaban avanzaban lentamente, como dos enormes arañas negras, hacia ellos. Alejandro oyó pasar una flecha por encima de la cubierta y hundirse en el mar, al otro lado de la barca; el arquero había empezado a disparar. Pero ahora los dos *strigoii* los atacaban, y eran más hábiles y más precavidos que los dos que yacían muertos. McBain empezaba a cansarse, y se dio cuenta de que tanto él como *sir* Godfrey se estaban viendo obligados a retroceder hacia la escalerilla que tenían detrás. *Sir* Godfrey se lanzó hacia delante, empujando a su asaltante, y mientras lo hacía, el arquero volvió a disparar; esta vez la flecha se clavó en el cuello de uno de los *strigoii*. Su compañero retrocedió, pero sin perder ni pizca de determinación. Hasta sonrió al sacerdote *strigoii*, su negro amo.

—Están dispuestos a morir —susurró *sir* Godfrey secándose el sudor de la cara con el dorso de la mano—. ¡Están aquí para morir! Para matarnos y cubrirle la retirada a su amo.

Alejandro abrió la boca para decir algo, y entonces el cuchillo del sacerdote se le clavó en el vientre. Alejandro se volvió, con expresión de asombro; el dolor que sentía era tan intenso que soltó la espada y cayó de espaldas sobre la exorcista. Ambos se tambalearon y cayeron rodando por la escalerilla. La hermana Edith se quedó tumbada en el suelo, sin poder ver lo que ocurría.

—¡McBain!

El escribano sólo pudo emitir un gemido, consciente del dolor abrasador que

sentía en el vientre y de la repentina debilidad de sus piernas y brazos. Movi6 una mano y cogió a la exorcista por la delgada muñeca.

—¿Y el aceite? —murmur6—. ¿Tenéis el aceite?

La exorcista lo busc6 a tientas.

—¡Ya lo tengo! —susurr6 al fin.

Alejandro hizo un último esfuerzo.

—¡Lo tengo! —repiti6 la hermana Edith—. Pero ¿d6nde est6 la escalera?

Alejandro tir6 de ella hacia sÍ hasta que la hermana Edith, estirando el brazo, toc6 el último peldaño.

—¡Subid! —susurr6 Alejandro—. ¡Subid, por amor de Dios!

La hermana Edith subi6 los escalones intentando ignorar el dolor que sentía en el pecho y en las piernas, causado por su brusca caída. Subi6 lentamente. Arriba, en la cubierta, *sir* Godfrey peleaba contra dos asaltantes, consciente del clamor y la destrucci6n que había detr6s de él. Intent6 rezar, pero no lo consigui6. La hermana Edith cogió la reliquia que llevaba colgada del cuello con un cord6n y la arroj6 hacia la cubierta. El pequeño cofre de oro golpe6 al sacerdote en la cara. El sacerdote grit6 como si se hubiera quemado, y retrocedió dando traspiés, dejando caer la espada. *Sir* Godfrey se volvi6 y, cogiendo al segundo atacante por sorpresa, le clav6 la espada en el cuello.

El sacerdote se tambale6; la arrogante sonrisa había desaparecido de su cara. *Sir* Godfrey se abalanz6 sobre él.

—¡Hijo de mala madre! —grit6. Y entonces resbal6. Se dio cuenta de que se caía, pero no pudo impedirlo. Solt6 la espada, la barca de pesca se inclin6 y la espada resbal6 por el suelo. *Sir* Godfrey, desesperado, mir6 por encima de la barandilla. *La Estrella del Mar* estaba m6s cerca, pero Grandison no podía hacer nada para ayudarle. El arquero seguía disparando, pero las flechas pasaban volando inútilmente por el aire. *Sir* Godfrey distingui6 una oscura silueta. Intent6 rodar sobre sÍ mismo, pero el movimiento del barco se lo impidi6. De pronto la hermana Edith salt6 sobre el sacerdote, que cay6 hacia atr6s; el sacerdote se la quit6 de encima de un empuj6n, enarbolando la espada, pero *sir* Godfrey ya se había puesto en pie; el sacerdote se volvi6, gruñendo como una fiera. Volvieron a pelear: chirridos de acero, golpes de botas. El caballero sabía que algo iba mal. El sacerdote no se había cansado, sino que parecía m6s fuerte y m6s alerta, y el caballero record6 las palabras de la exorcista asegur6ndole que los espíritus de los *strigoii* muertos pueden entrar en los cuerpos de otros *strigoii*. Empez6 a rezar.

—De *profundis*... Desde las profundidades te imploro, Señor, que escuches mi voz.

El sacerdote sonri6, retorciendo los labios como un perro. Blandía la espada asestando golpes de guadaña que *sir* Godfrey apenas podía detener. El caballero estaba empapado de sudor, le pesaban los brazos como si fueran de plomo, y tenía las piernas débiles a causa del esfuerzo y la tensi6n del combate.

—¡Morid! —susurró el sacerdote—. ¡Morid! ¡En nombre de las tinieblas, morid!

Sir Godfrey no podía hacer otra cosa que retroceder aún más, a pesar de que oía débiles gritos procedentes de *La Estrella del Mar*. Dio un paso hacia atrás y cayó cuan largo era sobre uno de los cadáveres. Levantó la cabeza, el sacerdote le clavó la punta de la espada en el pecho, dispuesto a asestar el golpe mortal. *Sir Godfrey* cerró los ojos.

—¡*Jesu Misere!* —susurró.

Entonces oyó un grito y miró hacia arriba. La hermana Edith se había lanzado sobre el *strigoii*, y estaba abrazada a su cuerpo, alejándolo de *sir Godfrey*. El sacerdote rugía con furia, mientras la hermana Edith le arañaba la cara con las uñas. El sacerdote sacó una daga de su bota y se la clavó dos veces, pero ella seguía pegada a él como una lapa. El sacerdote la apuñaló una y otra vez. La hermana Edith, gritando sus oraciones, le hizo girar hasta quedar dándole la espalda al postrado caballero. Como en respuesta a una oración, la cubierta se inclinó y ambos cayeron, mientras el *strigoii* seguía apuñalándola. Finalmente la exorcista gimió y se quedó quieta. El *strigoii* se levantó al tiempo que *sir Godfrey*, medio agazapado, blandía la espada para asestarle el golpe definitivo. El *strigoii* abrió la boca, pero la espada del caballero le golpeó el cuello y envió su cabeza rodando por la cubierta. La sangre brotaba a chorros, como una fuente roja. *Sir Godfrey* soltó una maldición, le dio una patada al torso decapitado con la bota y cayó de rodillas, jadeando. Miró a su alrededor. Las cubiertas estaban empapadas de sangre, que corría arriba y abajo mientras la barca se mecía sobre el banco de arena. *Sir Godfrey* gateó hasta donde yacía la hermana Edith, un montón de harapos ensangrentados bajo la barandilla de la barca. Levantó su cuerpo sangrante con los brazos y la llevó hasta el mástil, donde la apoyó. La venda se le cayó de los ojos, y a *sir Godfrey* le admiró lo tranquila que parecía la exorcista. Vio que la hermana Edith movía los labios y acercó la oreja a su boca.

—¡Ha llegado mi hora! —susurró la exorcista—. ¡Por fin muero, gracias a Dios! ¡En el paraíso volveré a ver!

Luego se dejó caer hacia un lado. *Sir Godfrey* le buscó el pulso en el cuello, pero no lo encontró. Se irguió, hizo señas con ambas manos hacia *La Estrella del Mar*, y luego se dirigió hacia la escalerilla y bajó a la cabina, donde yacía *McBain*. Vio las babas sanguinolentas en los labios del escribano y sintió tanta lástima que se habría puesto a llorar. *McBain* abrió los ojos.

—¿Me estoy muriendo? —preguntó con un hilo de voz.

Sir Godfrey asintió.

—¿Y la hermana Edith?

—Está muerta.

El escribano compuso una sonrisa.

—¡Entonces me esperará! —Parpadeó y añadió—: ¿Y el señor de los *strigoii*?

—¡Ha huido! —contestó *sir Godfrey*.

—Debéis perseguirlo. ¡Prometedme que lo haréis!

—Lo prometo.

El escribano sonrió de nuevo.

—Sois un hombre muy duro, caballero.

—Y vos sois un hombre muy bueno, McBain.

Alejandro intentó reír, mientras la sangre le chorreaba por la boca.

—Creí que jamás lo diríais —susurró. Entonces se estremeció. Al caballero le pareció oír que decía «¡Edith!». La cabeza de McBain cayó hacia un lado, con los ojos abiertos. *Sir Godfrey* lo tendió suavemente en el suelo, buscando alguna señal de vida en su ensangrentado cuello, pero no le encontró el pulso. El caballero susurró una plegaria para que Cristo acogiera a aquellas dos valientes almas y escudriñó con ira la oscuridad.

—¡Y condena a esos sabuesos infernales a las profundidades del infierno!

El caballero subió trabajosamente la escalerilla. Recogió su espada y su daga de la cubierta. Cogió también la reliquia de donde había caído, la besó y se la colgó con cuidado al cuello. Echó un último vistazo a la barca de pesca, que parecía el patio de una carnicería. La hermana Edith yacía junto al mástil, menuda y conmovedora, y debajo de la barandilla la cabeza del sacerdote lo miraba con los ojos entrecerrados. *Sir Godfrey* sintió un arrebato de ira. Caminó hacia el extremo de la cubierta, levantó la cabeza cogiéndola por el pelo y la ató a un cabo suelto para que se balanceara al viento como una fruta podrida. Luego trepó por la barandilla y bajó al bote que lo esperaba, y, sentándose en la popa, mantuvo los ojos clavados en aquella grotesca cabeza mientras los remeros regresaban a la kogge.

Grandison lo ayudó a subir por la escalera de cuerda a la cubierta de *La Estrella del Mar*. Toda la tripulación del barco estaba reunida: soldados, arqueros, hasta los cocineros. Contemplaban boquiabiertos los cadáveres que llenaban la pequeña barca de pesca, y la cubierta llena de sangre. Los cadáveres de los *strigoii* parecían dotados de una misteriosa vida y se movían por la empapada cubierta, al compás de las olas.

—¡Que Dios nos proteja, caballero! —exclamó Grandison—. ¿Qué terrible historia es esta?

—Una historia tramada en el infierno y contada por demonios —replicó *sir Godfrey*.

—¿Qué hacemos ahora?

—¡La quemamos!

Grandison repartió órdenes. Encendieron unos braseros de carbón en la cubierta; cargaron las catapultas con bolas de brea ardiente. Los arqueros tensaron sus arcos y se dispusieron a coger llama de los braseros.

—¡Esperad! —gritó *sir Godfrey*.

Se sujetó a la jarcia y subió a la barandilla del barco. Sostuvo la espada con la mano que tenía libre, con la hoja hacia abajo, como una cruz.

—¡Alejandro McBain! —gritó por encima del bramido del viento—. ¡Os saludo!

¡Hermana Edith, mujer con corazón de cruzado, os saludo! ¡Juro por la cruz que mi espada no descansará hasta que el señor de los *strigoii* haya muerto!

El viento se llevó sus palabras. El caballero se santiguó y bajó de la barandilla. Hizo una seña al capitán, que levantó la mano enguantada.

—¡Preparados!

Sir Godfrey oyó el crujido de las catapultas y las órdenes que gritaba el jefe de los arqueros. Grandison bajó la mano.

—¡Soltad!

Varias flechas volaron hacia la barca de pesca, describiendo arcos de fuego; algunas fueron a parar al mar, y otras dieron contra la cubierta.

—¡Otra vez!

Los arqueros dispararon una lluvia de flechas encendidas. Las catapultas vibraron y, de nuevo, una delgada cortina de fuego cayó sobre la barca de pesca.

—¡Otra vez!

Una vez más, el fuego, como una venganza de Dios, descendió de los cielos. *Sir* Godfrey vio cómo una bola de brea ardiente se metía por la puerta de la pequeña cabina. Empezaron a aparecer lenguas de fuego. Cuando el fuego alcanzó el aceite se oyó un desgarrar, y la barca de pesca y todo lo que había en ella quedó envuelto en las llamas. Grandison habría parado, pero *sir* Godfrey insistió en que continuaran disparando. Se quedó allí de pie una hora, hasta que la barca quedó reducida a un amasijo de maderas ennegrecidas que el mar azotaba lentamente.

Amén.

Epílogo

El caballero concluyó su relato y se quedó mirando las llamas de la chimenea de la cervecería.

—¿Qué pasó? —preguntó la viuda de Bath, casi sin aliento.

El caballero sonrió y se encogió de hombros.

—Mi historia ha terminado.

—¿Y el señor de los *strigoii*?

—Todavía vive.

—¿Es una historia? —gritó el abogado—. ¿Leyenda o verdad, caballero?

—Es verdad, ¿no es cierto? —El marino estaba de pie, mirando fijamente al caballero y señalándolo con el dedo—. Es verdad, ¿no es así? —susurró—. Yo estaba allí. Yo iba a bordo de *La Estrella del Mar*.

El caballero se limitó a devolverle la mirada.

—Pero si es la verdad —continuó el abogado, implacable—, todavía quedan cosas por explicar. Vos, señor —dijo mirando al pobre sacerdote—, dijisteis que el padre Andrés era un hombre muy respetado. Y vos, el estudiante de Oxford, dijisteis que sus restos reposaban en la iglesia de San Pedro. Y vos, señor monje, dijisteis que el monasterio trinitario no tiene constancia de semejantes leyendas.

—No, yo sé qué fue lo que ocurrió —terció el silencioso ecónomo—. *Sir Oswald Beauchamp* se retiró. El censor *Ormiston* enloqueció. *Sir Godfrey* había cumplido su misión, y la Iglesia y la Corona corrieron un tupido velo sobre el asunto. Obligaron a los monjes a hacer un solemne voto de silencio y el padre Andrés será recordado como un sacerdote estimado por todos. ¿Me equivoco, caballero?

El caballero se encogió de hombros, se puso en pie y se desperezó. Miró a su anfitrión y dijo:

—Ya he contado mi historia, señor.

—Y era muy buena —afirmó con vigor Harry, el tabernero—. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Esta noche no voy a dormir tranquilo!

El caballero bostezó, miró rápidamente al monje y se dirigió hacia la puerta.

—¿Caballero?

El caballero se volvió hacia la priora, que acariciaba tímidamente un broche con la inscripción *AMOR VINCIT OMNIA*.

—*Monsieur* —suplicó la priora—. ¿*Excusez moi. La belle dame Emily*?

—Ah, se casó con el amor de su vida.

El caballero sonrió y salió al exterior. Cruzó el patio, se sentó en el borde de un muro de piedra y se quedó contemplando el cielo estrellado.

—¡Padre!

El caballero se volvió y miró a su hijo.

—Dime, Alejandro.

—¿Eras tú el caballero?

—¡Claro que sí! —El caballero sonrió en la oscuridad—. Emilia era tu madre. Regresé a Oxford y la cortejé con todo mi empeño. Ella me amó y te dio a luz a ti, el hijo más noble que un hombre podría pedir. Pero... —el caballero miró con tristeza a su hijo—, hasta el día de su muerte siempre hubo un rinconcito en su corazón, un santuario cerrado, un recuerdo para Alejandro McBain.

—Y ¿eso te entristece?

—No, no me entristece. Soy un hombre afortunado, Alejandro. He servido a Cristo y a su Santa Madre toda mi vida. He amado y he sido amado. Mi primera esposa, *lady* Emilia, Alejandro McBain y la hermana Edith Mohun. —El caballero miró por encima del hombro de su hijo y vio que algo se movía en la oscuridad—. Y tú, Robert Cotterill, que desde que te saqué de Oxford me has servido con lealtad.

El criado salió de entre las sombras y se les acercó.

—Pero la persecución no ha terminado, ¿verdad? —preguntó Roberto.

—No, claro que no —dijo el caballero—. He dedicado mi vida entera a perseguir al señor de los *strigoii*. Lo perseguí hasta Alejandría, hasta Algeria, hasta Valaquia, hasta Prusia, hasta España, Asia Menor... Un día lo atraparé, le cortaré la cabeza y enviaré su alma de nuevo al infierno.

—Pero yo creía que lo habías hecho ya —dijo el escudero en voz baja.

El caballero cogió la mano de su hijo.

—No, pero no le doy tregua. No le dejo establecerse y recobrar fuerzas, ni reunir a un nuevo grupo a su alrededor. De vez en cuando atrapo a alguno de sus seguidores cuando él envía a uno de los suyos a matarme. Siempre acaban muriendo ellos.

—Y ¿siempre quemas sus cadáveres?

—Sí, y ahora ya sabes el motivo.

—¿Vas a hacer lo mismo en Canterbury?

El caballero sonrió y se puso en pie. Extendió los brazos, rodeó con uno a su escudero y con el otro al criado, y los abrazó con fuerza a los dos.

—No, en Canterbury no. Voy allí para dar gracias y pedir la ayuda del santo mártir Tomás. Y ahora, vamos, una copa de clarete y a dormir. —Bajó los brazos y tocó la reliquia que todavía llevaba colgada del cuello—. Ya he contado mi historia, y mañana escucharemos la de nuestra rolliza viuda de Bath.

Volvieron a la cervecería entre risas y chanzas.

Una sombra, más profunda que las demás, se movió en la oscuridad. Los ojos, semiocultos bajo una capa con capucha, destellaron con malicia, y los labios se torcieron en una sonrisa canina.

Fin

Nota del Autor

A mediados del siglo XIV, la Universidad de Oxford tenía básicamente las mismas características que hoy en día. Ya existían los colegios mayores y las facultades donde se estudiaban diferentes materias. Había una administración universitaria central en la que los censores, como ahora, eran responsables de la disciplina de los alumnos.

Una última nota: en la demonología medieval, el término *strigoii* podía ser utilizado para describir a los muertos vivientes o a un poderoso y maligno espíritu que se apodera de un alma viviente.

P. C. Doherty